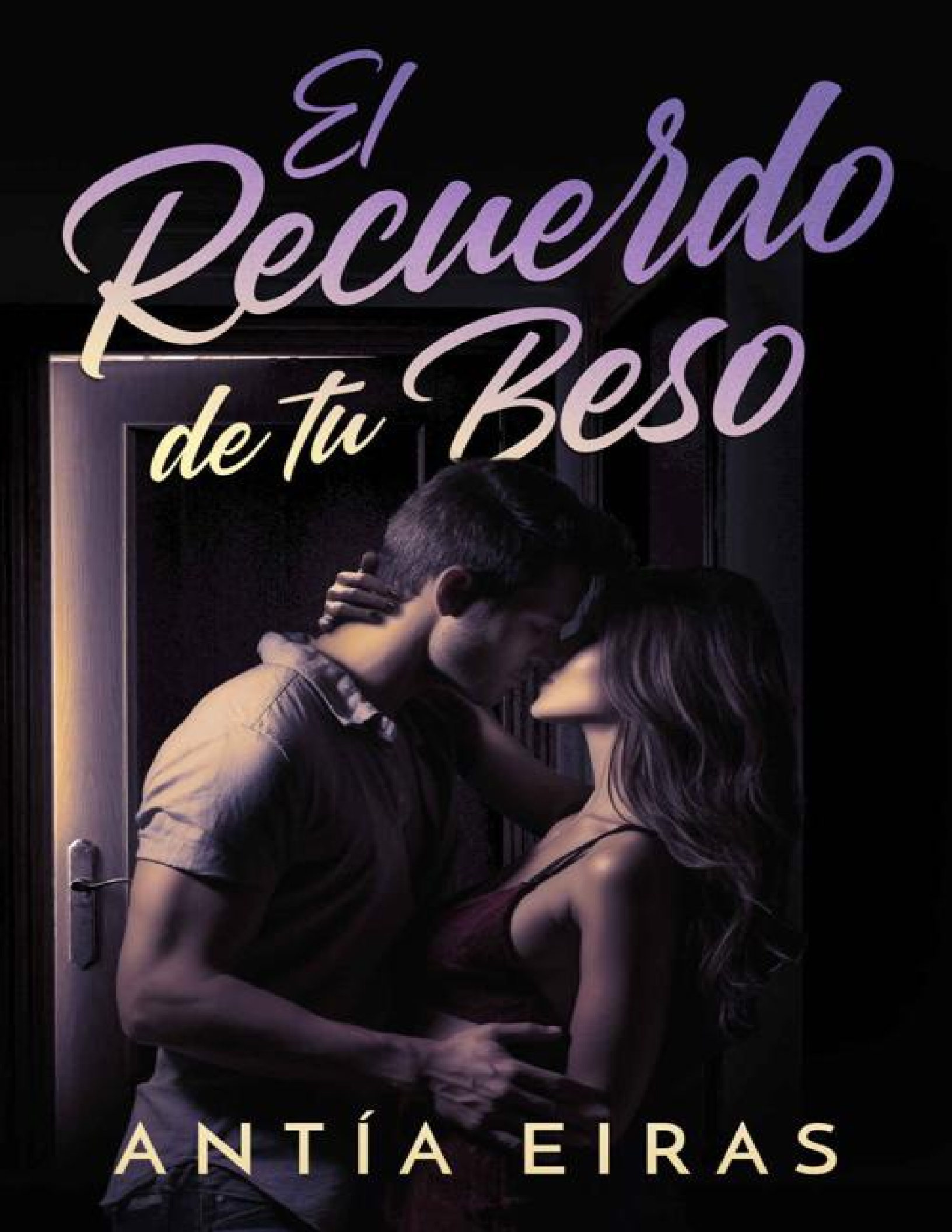
El Recuerdo de tu Beso



ANTÍA EIRAS

El Recuerdo de tu Beso

ANTÍA EIRAS

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo
Tu valoración me importa.

Biografía
Todos los libros de la autora



Prólogo

Las notas flotaban por el aire, transportadas por la suave brisa de una tarde de comienzos de verano, hasta colarse por la ventana abierta de la habitación de Mario. Tumbado boca arriba, encima de la cama, dejó el cómic que estaba leyendo a un lado y agarró el móvil que tenía sobre la mesita de noche para marcar un número de teléfono.

—Te has dejado la ventana abierta, Chloe —avisó, mirando al techo, cuando la voz de su amiga respondió al otro lado de la línea.

La adolescente, que vivía un piso más arriba y había dejado de tocar el piano para coger la llamada, echó un breve vistazo a la ventana entreabierta por la cual se escapaba la melodía que estaba interpretando.

—*¡Oh!, gracias por avisar* —respondió, revisando la entrada de los auriculares que impedía que el sonido saliera—. *No tenía bien conectado los cascos al teclado.* —Dejó escapar un suspiro cuando la clavija encajó hasta el fondo y alzó la vista al techo de su habitación antes de torcer el gesto—. *Espero que la vecina de arriba no se queje otra vez.*

—No creo que diga nada —asumió Mario con rapidez—. Te he llamado en cuanto lo he escuchado. Por cierto, ¿qué estabas tocando?

—*Una canción* —respondió misteriosa.

—Hasta ahí llego —replicó él después de bufar y achicar los ojos fingiendo ofenderse—. Pero ¿qué canción?

Mario conocía ese silencio, preludio de una respuesta evasiva.

—*Una que no conoces.*

—¿Por qué nunca me dejas escuchar lo que compones? —se quejó, haciendo un puchero—. Nos conocemos desde hace un montón de tiempo, ¿acaso no te fías de mí?

Él no podía verla, pero la imagen que se formó en su cabeza con seguridad era un fiel reflejo de la realidad. Iluminada por la luz que entraba por la ventana, frente a un imponente y lustroso piano de color negro, se encontraba su adolescente amiga de cabello oscuro y mirada dubitativa, sentada frente al instrumento con una mezcla de determinación e incertidumbre en su rostro. Sus dedos, delicados pero llenos de potencial, reposaban sobre las teclas blancas y negras del piano, mientras sus ojos se deslizaban entre las partituras apiladas sobre el atril, llenas de borrones. Las corcheas y semicorcheas danzaban en su mente, formando melodías que parecían nacer y desvanecerse en un instante, como si cada una de ellas fuera un salto al oscuro vacío de su inconfesable inseguridad. La chica suspiró, frunciendo el ceño, mientras luchaba con su propia autocritica, y su expresión se tornó una mueca de frustración antes de decir.

—*Todavía no*.

—¿Por qué?

—*Porque no es lo suficientemente bueno.*

—¿Alguna vez lo será?

—*Mmm… puede ser*.

—¿Algún día me enseñarás tus composiciones?

—*Mmm… tal vez.*

Mario suspiró también, pues sabía que era una lucha perdida, así que decidió cambiar de

tema.

—Está bien, como quieras —se lamentó—. Por cierto, vendrás hoy al cumpleaños, ¿verdad? —Cuando el silencio tomó forma al otro lado de la línea, Mario se incorporó en la cama con expresión ansiosa—: ¡¿Chloe?!

—*¿Qué?*

—¿No pensarás dejarme tirado?

—*No voy a dejarte tirado* —replicó con tono pesaroso—. *Pero no sé qué pinto yo ahí.*

—Venga, no seas muermo, lo pasaremos muy bien.

—*No, no es verdad. Además, yo debería practicar más para preparar el examen de acceso al conservatorio*.

—Te han invitado y no les puedes hacer ese feo.

Mario escuchó cómo ella chasqueaba la lengua desde el otro lado con impaciencia.

—*Invitaron a Blanca porque es la chica más popular del instituto, y a nosotros, de rebote, porque somos sus amigos.*

—Eso no es cierto.

—*Sí, sí lo es.*

—Tú eres igual de popular que ella, sino más —afirmó—. De todas formas, ¿cuál es el problema?

—*El problema es que yo no quiero ir porque me siento muy incómoda; en cambio, tú solo vas porque va ella.*

—Eso no es verdad.

—*No mientas, Mario, que nos conocemos.*

Al intuir que estaba a punto de rajarse, el muchacho apretó los dientes.

—No te muevas, tardo un minuto.

—*¡¿Qué?! ¡No! ¡Espera…!*

Pero la llamada se había cortado y el timbre de la casa de Chloe tardó en sonar el tiempo que a Mario le llevó salir de la suya y subir corriendo de dos en dos los escalones que separaban ambas viviendas.

A regañadientes, la muchacha se levantó de su asiento y fue a abrir la puerta para dejar pasar al pesado de su vecino. En el pasillo, se encontró con su madre, que salía del baño al escuchar el timbre de la entrada.

—Ya abro yo —señaló Chloe.

La mujer le lanzó una mirada de advertencia.

—¿Quién es? —preguntó entre curiosa y reticente.

—¿Tú qué crees? —Como ella no respondió y se quedó esperando una respuesta, Chloe le informó—: Es Mario.

Su madre giró sobre los talones para volver a lo que estaba haciendo en el aseo.

—Que no te líe mucho, tienes que ensayar.

Chloe torció el gesto ante la sutil regañina.

—Es sábado, mamá.

—¿Y?

Ella no se molestó en responder, pues no quería entrar en una nueva discusión. Arrastrando los pies, Chloe se acercó a la puerta y, justo al otro lado, se encontró con la mirada ansiosa de Mario, que parecía contener una petición importante.

—¡Tienes que venir! —rogó, hincado de rodillas y con las manos entrelazadas a modo de

súplica.

Ante su melodramática escena, ella dejó salir un suspiro resignado y le dio la espalda para regresar a su habitación.

—¿Por qué?

Mario se levantó y la siguió, esbozando una sonrisa nerviosa que apenas podía contener.

—Porque necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda para qué?

El que su amigo no dijera nada, quien por norma general sufría de incontinencia verbal, puso en alerta a Chloe, que le lanzó una mirada por encima del hombro antes de tomar asiento sobre el pequeño banco situado delante del piano.

Mario, como era su costumbre, se lanzó sobre la cama de su amiga, aterrizando de espaldas sobre el mullido colchón. Una mirada soñadora se fijó en las pegatinas fluorescentes en forma de estrellas y planetas que poblaban el techo, y después lanzó un breve vistazo a la ordenada y limpia habitación. No lo pilló por sorpresa que la luminosa y acogedora estancia se mantuviera impoluta, sin nada fuera de lugar. Su cuarto, un piso más abajo, era todo lo contrario, un auténtico caos acorde a su edad y naturaleza más dejada y descuidada.

No podía haber dos personas más diferentes que ellos dos. Chloe, poseedora de un carácter bastante introvertido, era por regla general callada, tímida y excepcionalmente metódica y organizada. En cambio, él… ¿Cómo decirlo? Era, en resumen, todo lo opuesto.

Sin embargo, sus personalidades, aunque opuestas, de algún modo se complementaban, logrando que ambos se llevasen y entendiesen a la perfección. Por otro lado, estaba Blanca, cuyo temperamento era más similar al de Mario, y de quien estaba enamorado en secreto desde hacía mucho tiempo.

—Creo que hoy lo voy a hacer.

Confusa, las cejas de Chloe se alzaron antes de preguntar:

—¿Qué es lo que vas a hacer?

Su amigo bajó la mirada, sintiendo cómo un furioso rubor encendía sus mejillas.

—Voy a robarle un beso a Blanca —confesó—. Y, si todo va bien, le diré por fin que me gusta.

Chloe sintió un nudo en el estómago al escuchar la firme determinación en sus palabras. Sabía lo importante que era para él dar ese paso y todo el valor que habría reunido para hacerlo.

—¿En serio? —Él asintió con vigor y ella no pudo evitar decir—: No lo hagas.

La sorpresa pintó el rostro de su amigo, quien la miró a la espera de una aclaración.

—¿Por qué? —preguntó cuando Chloe no dijo nada más.

Aunque le dolía el corazón, ella no se atrevió a expresarle sus motivos.

—No creo que sea una buena idea.

Apartando el desánimo a un lado, el muchacho de quince años esgrimió una sonrisa cargada de confianza.

—Me da igual. De hoy no pasa, ya lo he decidido. Creo que es el momento adecuado y no quiero perder esta oportunidad.

Ella se mordió el labio al sentir la punzada de dolor que apretaba su corazón ante la felicidad de su amigo.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

El silencio pesaba en el dormitorio de Chloe mientras Mario le revelaba su idea con una mezcla de nerviosismo y determinación. Ella lo escuchaba con atención mientras contenía el

aliento y notó cómo un nudo tomaba forma en su garganta.

—¿Qué opinas? —indagó él cuando terminó de contarle su infalible plan.

Chloe se giró sobre su asiento y le dio la espalda mientras acariciaba las teclas del piano con las yemas de los dedos.

—Conmigo no cuentes.

Un puchero escapó de la garganta de su amigo, quien se incorporó de inmediato sobre la cama.

—¿Por qué? —lloriqueó contrariado.

—Porque no pienso participar en ese estúpido juego.

Él se esperaba esa negativa inicial, por lo que intentó persuadirla de otro modo.

—Venga, Chloe, es el juego más popular del momento… —replicó desilusionado por su poca disposición a ayudarlo.

La sorpresa de Chloe salió en forma de jadeo.

—El juego del beso en un cuarto oscuro es más viejo que Matusalén.

—Y deberías estar de lo más entusiasmada por tener la oportunidad de jugarlo —asumió emocionado con la idea—. Podría ser tu primer beso con un chico.

Mario no pudo ver la expresión de Chloe cuando esta musitó entre dientes:

—No quiero que mi primer beso sea con alguien que no me gusta.

Él no pudo oírla, por lo que se levantó de la cama y se acercó a ella.

—¿Qué has dicho?

Un suspiro pesaroso escapó de los labios de Chloe.

—Nada —mintió—. Solo te repito que no cuentes conmigo. Además, no puedo creer que me estés pidiendo esto. Sabes que no me siento cómoda en ese tipo de fiestas y es muy injusto que me pongas en este compromiso.

Mario apoyó las manos sobre sus hombros y la obligó a girarse para quedar de frente. Lo tenía todo calculado y sabía que su plan no podía fallar, pero necesitaba a su amiga de su lado, por lo que no dudó en jugar la carta de la pena.

—No te lo pediría si no fuera extremadamente importante para mí —dijo, mirándola con sus grandes y elocuentes ojos de Bambi color chocolate. Cuando advirtió que ella flaqueaba, continuó—: Tú mejor que nadie sabes lo mucho que me gusta Blanca y el tiempo que llevo loquito por ella.

—Lo sé, pero…

—He pensado que el cumpleaños de Nacho sería el momento perfecto y me gustaría que me acompañaras. No quiero ir solo y tú eres mi amiga más cercana, aparte de ella. Me ha costado tanto decidirme que me dolería que no estuvieras ahí para apoyarme.

Chloe bajó la mirada, desanimada. Mario la estaba presionando y cada vez se le hacía más difícil decirle que no.

—No sé… —murmuró agobiada—. Sé que no me sentiré cómoda en la fiesta y lo pasaré fatal. No soy tan extrovertida como tú y Blanca, y la idea de tener que hablar con algún desconocido me pone muy nerviosa.

—Yo estaré ahí en todo momento, ya lo sabes.

Ella torció el gesto, nada convencida.

—Tú estarás muy ocupado buscando el momento de…

Las palabras murieron en su boca y él aprovechó ese instante para seguir persuadiéndola.

—Mira, si no quieres jugar, no lo hagas, no seré yo quien te obligue. Pero necesito que estés

ahí por si algo sale mal. Tu apoyo es fundamental para mí y necesito de tu fortaleza para no echarme atrás.

Chloe alzó la cabeza y lo miró por un momento; contempló sus ojos llenos de sinceridad y amistad, y no pudo evitar que, de pronto, la tristeza y el miedo le pellizcaran la boca del estómago.

—¿Y si no recibes la respuesta que deseas oír? —indagó tras carraspear y aclararse la voz, temerosa de que le hicieran daño por lo que estaba decidido a hacer—. ¿Y si resulta que esas señales que crees haber recibido no son tales y estás equivocado?

Él sacudió la cabeza, convencido de que su momento había llegado.

—Sé que no va a ser así —declaró con un brillo resuelto en su amable rostro—. Al principio tenía mis dudas, por eso no lo he intentado antes, pero desde hace un tiempo para acá creo que las cosas han cambiado. Cada vez estoy más seguro de que ella siente lo mismo que yo y ya no puedo esperar más, Chloe. Necesito decirle a Blanca lo que siento antes de que sea demasiado tarde. No puedo seguir escondiendo mis sentimientos

De algún modo, ella sabía que su confesión no iba a terminar bien, pero no se atrevía a decirle a Mario la verdad debido a que solo eran sospechas. Aunque los tres eran amigos desde los diez años, su amistad con Blanca había pasado por varios altibajos. Ambas eran de caracteres y apariencia muy diferentes, y esos contrastes en su personalidad habían causado algún que otro choque entre ellas. Discrepancias que habían resuelto de forma amigable, pero que inducían a Chloe a pensar que su amigo se equivocaba por completo con respeto a lo que ella sentía por él.

—¿Estás seguro? —interrogó, dándose por vencida—. ¿Estás completamente seguro de lo que vas a hacer?

La confianza de Mario llegó a niveles máximos cuando le respondió con la más hermosa y feliz de las sonrisas.



Capítulo 1

Trece años después

Chloe se paró frente al espejo con una percha en cada mano, incapaz de tomar una decisión. Contempló con ojo crítico su imagen y los vestidos que iba colocando delante de su cuerpo, alternando entre uno y otro: el primero era juvenil e informal; el segundo, un poco más serio y profesional.

—¿Cuál te gusta más? —preguntó, volviéndose hacia la pantalla de su móvil, el cual se encontraba apoyado de forma estratégica sobre la cómoda para que pudiera abarcar el mayor espacio posible.

Al otro lado, tirada sobre el estómago y encima de su propia cama con las piernas en alto, su mejor amiga se pensó la respuesta.

—*Depende de la impresión que quieras dar, claro.*

Chloe se giró de nuevo para enfrentarse al reflejo del cristal, al mismo tiempo que intentaba mantener a raya el nudo de emoción y nerviosismo instalado en la boca del estómago.

—Una buena, por supuesto.

Phoebe apoyó el rostro sobre las palmas de las manos mientras revisaba las susodichas prendas y mantuvo silencio durante unos eternos segundos antes de decir:

—*Los dos te quedan genial, así que cualquiera es una buena elección.*

El suspiro frustrado de Chloe se escuchó alto y claro.

—No me estás ayudando, lo sabes, ¿verdad?

Una sonrisa divertida despuntó en el pálido y pecoso rostro de su amiga, cuyo rubio cabello mantenía atado hacia atrás con una goma que asegurase que sus rastas no le cayesen sobre el rostro.

—*¿Nerviosa?*

—¿Tú qué crees?

—*Yo diría que sí.*

Por el semblante de Chloe cruzó una sombra de miedo antes de girar la cabeza y observar el amasijo de ropa desperdigado sobre la cama. Con manos temblorosas tomó de nuevo el primer vestido y lo colocó debajo de la barbilla. Era un atuendo sencillo pero elegante, de un color verde militar que combinaba con sus ojos. Sin embargo, a pesar de lo bonito que era, Chloe no pudo evitar sentirse insegura. Trece años en Inglaterra habían cambiado muchas cosas y temía no encajar en el mundo laboral español.

—¿Nadie te ha dicho que eres un lince? —replicó con fastidio.

—*Ya sabes que no me gusta presumir.* —Tras reprimir una carcajada, debido al fuerte e intransigente bufido de su amiga, continuó—: *Pero, si en algo valoras mi opinión, yo dejaría a un lado esos dos vestidos y me decantaría por esa blusa de gasa en color burdeos que tanto me gusta, y el pantalón negro pitillo que resalta tu figura de manera espectacular.*

La atención de Chloe se dirigió hacia la ropa mencionada al mismo tiempo que inclinaba la cabeza y meditaba sobre dicha sugerencia.

—¿No crees que es un poco excesivo para mi primer día de trabajo?

—*Cariño, esa ropa es una firme declaración de intenciones. Si lo combinas con unos impresionantes zapatos de aguja, no habrá hombre que no babeé por tus huesos, ni mujer que no te lance puñales con los ojos cuando cruces la puerta de tu nueva empresa.*

Una risa espontánea brotó de la garganta de Chloe al imaginarse la escena y, por un instante, se olvidó de los nervios instalados en su estómago. Adoraba a su amiga, de verdad que sí. Su carácter juguetón, irónico y entusiasta siempre le aligeraba el ánimo en momentos como ese.

—Eres terrible, no sé ni para qué me molesto en preguntarte.

—*Porque sabes que tengo razón.*

—Tendrías razón si mi intención fuera ligar en una discoteca, pero no para mi primer día de trabajo.

—*Todo es cuestión de opiniones* —replicó, encogiéndose de hombros.

—Lo que tú digas —dijo al tiempo que sacudía la cabeza al darse por vencida y dedicarse a la ardua tarea de revisar el otro vestido.

Se giró frente al espejo, admirando la pieza en color blanco con diminutas flores negras, hasta que al final la desechó por el vestido camisero verde militar.

—*¿Qué tal llevas lo de volver a casa?* —indagó Phoebe, preocupada.

—Rara, si te soy honesta —confesó al mismo tiempo que se enfundaba el vestido por la cabeza—. Añoraba tanto Madrid, tenía tantos recuerdos imborrables en mi cabeza, que regresar aquí se me antojaba casi como si estuviera cumpliendo un sueño. —Una sombra triste apagó el brillo de su mirada cuando confesó sus recientes dudas y preocupaciones—. Sin embargo, ahora no estoy tan segura de que mi decisión fuera la acertada, a decir verdad.

—*¿Por qué?*

Chloe se encogió de hombros.

—No lo sé… Creí que me sentiría como en casa, que la sensación de estar fuera de lugar desaparecería por fin, pero resulta que no ha sido así. ¿Tiene sentido lo que digo?

—*Claro que tiene sentido. En trece años, los lugares, las personas, los recuerdos, los sentimientos, todo cambia. Es lógico que albergues dudas, lo extraño sería que no las tuvieras.*

Una sutil sonrisa apareció en el rostro de Chloe, como agradecimiento las comprensivas palabras de su amiga, y se giró hacia la pantalla al mismo tiempo que se abrochaba el ancho cinturón de cuero marrón en su estrecha cintura.

—No sé, Phoebe —murmuró, dudando de sí misma—. He estado fuera de España por tanto tiempo… ¿Y si no me adapto en mi nuevo trabajo? ¿Y si mi música no es lo suficientemente buena? ¿Y si no cumplo con las expectativas que tienen sobre mí, o si no encajo con mis nuevos compañeros?

Phoebe frunció el ceño, disconforme con las inseguridades de su amiga.

—*Chloe, eres una compositora increíble* —afirmó con convicción a la vez que le enviaba una mirada tranquilizadora a través de la pantalla—. *Tu talento es innegable y ellos lo saben, por eso te quieren. Y en cuanto a encajar, recuerda que siempre estarás rodeada de tu música y ella te hará sentir como en casa. Además, siempre podrás volver a Londres si cambias de opinión. Esta vieja ciudad y yo te recibiremos con los brazos abiertos si decides que nos echas tanto de menos que no puedes vivir sin nosotras. Lo sabes, ¿verdad?*

Ella se acercó al móvil con los ojos brillantes por la emoción.

—Lo sé.

—*Bien, me alegro* —respondió con alivio.

Chloe apretó los labios cuando tuvo la impresión de que estos comenzarían a temblar debido

a la sensiblería que estaba creciendo imparable en su interior.

—Y tú sabes que te he echado de menos incluso antes de poner un pie en el aeropuerto de Heathrow, ¿verdad?

Phoebe hizo un puchero antes de responder.

—*Lo sé* —musitó—. *Y yo a ti.*

Un silencio se hizo presente entre las dos mientras se miraban a través de la pantalla con el corazón encogido, hasta que de pronto estallaron en carcajadas que rompieron el cursi e incómodo momento.

—*Eres muy ñoñas* —se burló Phoebe cambiando de postura en la cama.

—Anda que tú —replicó Chloe dándole la espalda.

—*Yo no era así hasta que te conocí* —señaló su amiga—. *No tenía ni idea de lo intensas que sois las españolas hasta que me lo has contagiado.*

Un jadeo estrangulado escapó de la garganta de Chloe.

—¿Intensas, nosotras? ¡Venga, hombre! —rebatió, vistiéndose una chaqueta motera negra —. Lo dice la que no hace más que escuchar a Adele cuando se acuerda de su exnovio, la que acaba con los suministros de *Kleenex* y se atiborra de chocolate hasta las cejas durante dos días.

—*¡Uy, lo que ha dicho!* —saltó ofendida—. *Retíralo ahora mismo.*

—Inténtalo si puedes —la provocó tras echarle la lengua.

—*Mira, bonita, si tú te atreves mentar al innombrable, yo puedo hacer lo mismo.*

La sonrisa en el rostro de Chloe se borró de repente y Phoebe se arrepintió al instante.

—*Lo siento* —se apresuró a disculparse.

Ella sacudió la cabeza para restarle importancia.

—Tranquila, no pasa nada. Solo era un buen amigo al que perdí la pista, nada más.

Su amiga, quien todavía se encontraba encima de la cama, se sentó sobre ella y cruzó las piernas.

—*Pero estabais muy unidos, ¿no es así?*

Chloe se limitó a asentir.

—Todo lo unidos que pueden estar dos adolescentes de quince años.

Phoebe se debatía entre preguntarle o ser una amiga considerada y quedarse con la curiosidad. Al final perdió la batalla.

—*¿Lo has visto?*

—No —admitió, enfocando de nuevo su atención en la imagen del espejo—, ni creo que lo haga.

—*¿Por qué?*

Chloe se atusó el cabello frente el espejo antes de aplicarse un poco de rímel en las pestañas. Trece años era un tiempo considerable como para replantearse retomar una amistad que se había enfriado debido a la distancia. No, lo mejor era dejar el pasado tal y como estaba.

—Ha pasado demasiado tiempo —respondió tras encogerse de hombros—, le he perdido pista. Además, dudo incluso que se acuerde de mí.

—*Yo no lo creo. De todas formas, podrías salir de dudas si lo buscaras en su antigua casa, tal vez siga viviendo allí.*

Chloe frotó los labios entre sí después de colocarse un poco de su carmín favorito y se volvió hacia su amiga con una falsa sonrisa.

—¿Qué tal estoy? —preguntó, cambiando de tema con toda intención.

Esta, que pilló la indirecta a la primera, le devolvió la sonrisa.

—*Preciosa, como siempre.*

—¡Genial! —respondió, colocándole la tapa al labial.

Phoebe estudió la tensión en su rostro y la miró abrir el bolso para guardar el maquillaje con manos temblorosas.

—*No tienes de qué preocuparte, cariño, todo va a salir muy bien, ya verás* —la animó desde el otro lado de la pantalla.

—Eso espero —respondió ella, retorciéndose las manos con inquietud—. Porque estoy de los nervios, la verdad.

—*Chloe, mírame* —le ordenó su amiga—. *¡Mírame!* —Cuando ella así lo hizo, continuó—: *Eres una compositora de primer nivel y lo sabes. Tu currículo es impecable y cualquier empresa audiovisual mataría por tenerte en nómina. Así que deja atrás esos estúpidos miedos y disfruta de este momento, o juro que pillo ahora mismo un avión solo por tener el enorme placer de darte una colleja.*

Las palabras de su amiga resonaron en el corazón de Chloe y calmaron un poco sus nervios. Tenía razón: su música era su hogar, su refugio, su lenguaje universal. Se miró en el espejo para visualizar la imagen de sí misma como una compositora exitosa que compartía su arte con el mundo, y un brillo de confianza y determinación surgió en sus grandes y expresivos ojos.

—¿Sabes qué?, tienes razón. He trabajado en los mejores estudios de producción británicos y he compuesto música para grandes series, películas y reconocidos cantantes. ¡Puedo hacerlo! Solo tengo que confiar en mí misma.

—*¡Así es!* —la animó Phoebe, alzando el puño con orgullo—. *¡Esa es mi chica!*



El corazón de Chloe latía con fuerza en su pecho mientras observaba el imponente edificio de hormigón y cristal que se alzaba ante ella. Era su primer día de trabajo en una de las productoras audiovisuales más importantes del país, encargada de la creación y producción de las series, películas y programas más punteros y reconocidos de los últimos años.

Su trabajo como compositora musical era el de crear piezas originales que se adaptasen a las necesidades específicas de cada producción. Esto implicaba escribir melodías, armonías, ritmos y estructuras musicales que complementasen y realzasen la narrativa visual o auditiva de cada serie o película en la que trabajase, colaborando mano a mano con el equipo de postproducción.

Ese mismo trabajo era el que llevaba años realizando en la prestigiosa BBC Studios, y cuyo reconocimiento a sus composiciones había sido otorgado a través de varios premios internacionales que sus series habían ganado.

Al cruzar las puertas giratorias, una ola de inseguridad la invadió. Se detuvo un momento e inspiró hondo, mientras a su lado personas de diferentes ámbitos caminaban y charlaban entre sí. Trajes impecables, corbatas perfectamente anudadas, rostros maquillados y miradas apresuradas de artistas, presentadores y ejecutivos completaban el panorama intimidante de un mundo tan irreal como despiadado.

Chloe tragó saliva y se dirigió hacia la recepción, donde una amable señorita le pidió que esperara. A los pocos minutos, una mujer de sonrisa impecable se le acercó.

—¿Es usted Chloe Aranda? —Cuando ella asintió, la desconocida extendió una mano para saludarla con formalidad—. Encantada de conocerla. Mi nombre es Mónica Araujo, soy la directora de Recursos Humanos, la estaba esperando.

—Gracias, el placer es mío.

La mujer de no más de cuarenta y cinco años le hizo un gesto con la mano para que la siguiera. Se dirigieron a la zona de ascensores y pulsó el botón metalizado de uno de ellos.

—Estamos encantados de recibirla —confesó sin que su sonrisa decayese—. Primero, necesito que venga conmigo para firmar algunos papeles y después, con mucho gusto, la presentaré al director y equipo de posproducción con el que trabajará a partir de ahora.

Chloe asintió justo cuando las puertas metálicas se cerraron, y notó cómo cada palabra dicha por la mujer caía en un agujero de ansiedad formado en su estómago. El interior del habitáculo olía a café y restos de perfume. Se observó en el espejo que recubría las paredes para revisar su aspecto antes de encontrarse con los ojos de la directora de Recursos Humanos.

—¿Nerviosa?

Sus dedos temblaron cuando se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, pero si quería parecer una profesional, no debía demostrar su nerviosismo ante una extraña.

—Estoy bien —mintió con una tensa mueca.

Mónica cruzó los brazos por encima del pecho y le dedicó una sonrisa.

—La están esperando con mucha expectación, a decir verdad —confesó con orgullo—. Si tuviera que hacer una analogía futbolística, el que trabajes con nosotros sería como haber fichado a Cristiano Ronaldo.

La inquietud brilló en los ojos de Chloe al escuchar esa información.

—Espero no decepcionar —murmuró.

Confusa, la mujer alzó ambas cejas al mismo tiempo.

—¿Por qué?

Ella decidió ser sincera.

—No me gusta ser el centro de atención. Y que la gente tenga tan altas expectativas sobre mí o mi trabajo, si le soy franca, supone mucha presión.

—Comprendo —dijo al entender sus miedos—. Sin embargo, no podemos hacer nada al respecto, ¿verdad? Piensa en este momento como si tuvieras que quitarte una tirita: cuanto antes y más rápido sea, mejor.

A Chloe, la similitud no le produjo ningún consuelo, pero sabía que tenía razón.

Al llegar al piso, las puertas del ascensor se abrieron y el bullicio de voces y el tecleo frenético de los ordenadores la recibieron. Observó a los trabajadores que allí se encontraban, concentrados en sus pantallas, intercambiando ideas con fluidez y seguridad, mientras ella seguía a Mónica a su despacho.

Poco tiempo después fue presentada a un hombre; por lo visto, era uno de los productores ejecutivos de la serie en la que ella trabajaría. A pesar de los nervios, conectaron al momento, y tras una breve charla, le pidió que lo acompañara para presentarle al resto de sus compañeros.

El hombre, alto y corpulento, con una mirada inteligente y obstinada, la guio hasta la sala de reuniones donde conocería a los demás.

—Sé que, por contrato, el grueso del tiempo lo pasará en su domicilio componiendo la música, pero creo conveniente que conozca al personal con el que tendrá que colaborar más estrechamente —explicó el hombre con amabilidad—. Por lo que he organizado una pequeña reunión con ese fin.

—Lo entiendo muy bien y le estoy agradecida por ello —respondió sincera.

El productor se detuvo ante una puerta y apoyó la mano sobre el picaporte.

—Quiero que sepa lo feliz que nos hace contar con su trabajo. Aquí todos respetamos su

enorme talento, se lo aseguro.

Ella bajó la mirada con timidez.

—Gracias —musitó con un hilo de voz.

La puerta se abrió y el hombre la hizo pasar. Tensa, ante la primera toma de contacto, inspiró aire profundo y forzó una sonrisa para enfrentarse a los que, a partir de ese momento, serían sus nuevos compañeros de trabajo. Sintió todas las miradas puestas sobre ella e intentó aparentar una calma que estabas muy lejos de sentir mientras era presentada a los diferentes miembros del departamento de postproducción.

Tras unos minutos, sus ojos se toparon con alguien que la contemplaba con estupefacción

—¡¿Chloe?! —exclamó el desconocido con la sorpresa pintada en su rostro—. ¿De verdad eres tú?

Ella centró toda su atención sobre él, intentando averiguar de qué lo conocía, hasta que se quedó sin respiración y sintió cómo su rostro perdía todo rastro de color.



Capítulo 2

Cuando Mario se despertó esa mañana, ni en un millón de años se habría imaginado la sorpresa que se le presentaría en aquella inesperada reunión. Desde que saltara la noticia de que una nueva compositora se uniría al equipo, todo tipo de rumores fueron esparcidos debido al secretismo con el que se manejaba la firma de su contrato. Solo sabían que era alguien de mucho renombre y cuya adquisición había sido todo un logro por parte de la empresa.

Sentado en una silla, disfrutaba del primer café de la mañana mientras esperaba junto a los demás en la sala de reuniones. Cuando la puerta se abrió, todos los ojos se volvieron hacia la figura que entraba por ella, y Mario sintió cómo su corazón se detenía por un instante.

Chloe caminaba con confianza hacia el centro de la habitación, con una sonrisa nerviosa en el rostro mientras saludaba al encargado de su equipo, quien se había levantado para presentarse y saludarla en nombre de todos.

—Bienvenida a nuestro humilde hogar —habló el hombre estrechándole la mano—. Mi nombre es Rubén García y soy la persona encargada de dirigir al equipo de postproducción.

—Encantada —respondió educada.

Rubén mantuvo una breve charla con ella antes de presentarla al resto de compañeros. Mario la observaba en silencio desde su lugar, sintiendo cómo una oleada de emociones lo inundaba por dentro. Aunque habían pasado trece largos años desde la última vez que la había visto, la reconoció al instante.

Él podía vislumbrar, por el gesto tímido e indeciso de Chloe, que la adolescente de quince años que guardaba en su memoria todavía seguía ahí, bajo una fina capa de inseguridad. Pero ahora también brillaba con luz propia; una luz que opacaba al resto de los presentes de un modo que no sabía explicar.

Siempre había sido una chica introvertida, cuyo complejo de inferioridad la llevaba a menospreciarse sin ninguna razón. Tanto ella como Blanca habían sido las chicas más populares del instituto, aunque si le preguntabas a Chloe, ella jamás lo admitiría. Para ella, Blanca estaba a años luz de cualquiera y nadie podría hacerle sombra. Una realidad que solo ella vivía y que distaba mucho de la verdad.

Ambas, a su modo, llamaban la atención de los chicos que las rodeaban. Blanca era una chica simpática, alegre, de sonrisa fácil y carácter extrovertido. Su cabello rubio, piel pálida y ojos azules la hacían parecer una muñeca angelical, cuyo carácter afable atraía el interés de cualquiera que quisiera hacerse su amigo.

En cambio, Chloe era todo lo contrario. Su cabello castaño, repleto de rebeldes rizos, enmarcaban un hermoso y dulce rostro que resultaba encantadoramente misterioso debido a su carácter tímido y reservado. Los chicos de su clase se sentían cautivados y atraídos hacia esa personalidad distante y enigmática, solo reservada para sus amigos de mayor confianza, y cuyo muro infranqueable muy pocos podían atravesar. Para su sorpresa, él había sido de esos pocos privilegiados, al menos, antes de que ella se mudara a Londres.

El corazón de Mario latió con fuerza en el pecho mientras se preguntaba cómo sería encontrarse con ella después de tanto tiempo, si todavía seguía siendo la dulce y tímida Chloe. Su mejor y única amiga. La amiga que tanto había extrañado en aquellos largos años.

Cuando sus miradas al fin se encontraron, el tiempo pareció detenerse por un instante. Los ojos de ella se abrieron con sorpresa al reconocer a Mario, quien sostenía una sonrisa nostálgica dibujada en sus labios, pues apenas podía creer que estuviera viendo a Chloe después de todo ese tiempo.

Un silencio tenso llenó la habitación mientras se miraban el uno al otro, incapaces de apartar la vista, a la vez que una multitud de emociones los recorrían por dentro. Hasta que, al fin, Mario rompió el silencio cuando un extraño impulso lo obligó a levantarse del asiento.

—¿De verdad eres tú?

Ella no fue capaz de responder. Las palabras se quedaron atascadas en su garganta al reconocer a su amigo de la infancia. Mario se adelantó un paso con una mezcla de incredulidad y emoción reflejada en su rostro, sus ojos fijos en Chloe como si quisiera asegurarse de que no era un sueño. El resto del equipo de postproducción observaba la escena con curiosidad, preguntándose qué estaba sucediendo.

—¿Os conocéis? —indagó Rubén.

Abrumada por lo inesperado del momento, y la multitud de emociones y recuerdos que comenzaron a agolparse en su interior, ella se limitó a asentir con la cabeza.

—Eso creo —confirmó con un susurro apenas audible.

—¿Eso crees? —preguntó Mario, frunciendo el gesto, con aire entre sorprendido y ofendido.

El hombre que tenía delante de ella había cambiado, eso era obvio, pero al mismo tiempo seguía siendo el mismo. Chloe se había preguntado muchas veces cómo sería el aspecto de su amigo después de trece años y en qué clase de persona se habría convertido. Pues bien, la respuesta a sus preguntas había aparecido ante sus narices de forma inesperada. Aunque su apariencia era más madura y su cuerpo había desarrollado altura y músculo en los lugares adecuados, sus expresiones —como aquel inconfundible gesto de descontento— seguían siendo las mismas de siempre.

Los ojos de Chloe no podían apartarse del rostro de Mario, quien siempre había sido un chico muy atractivo y cuyas facciones aniñadas tenían un público entregado en el instituto. Pero entonces, su rostro, moldeado con líneas angulares y definidas, irradiaba una masculinidad innegable que se complementaba con una mandíbula cuadrada y firme. Sus grandes y expresivos ojos de Bambi brillaban con una intensidad y profundidad cautivadora, transmitiendo una fuerza y sinceridad que resultaba hipnotizante. Su cabello seguía siendo del mismo color trigueño de siempre; ligeramente alborotado, enmarcaba su rostro de manera elegante. Aunque podía lucir peinado con pulcritud si así lo deseaba, prefería dejarlo un poco desaliñado, lo que añadía un toque de rebeldía a su apariencia.

Un torrente de emociones invadió a Chloe en ese singular reconocimiento: alegría, nostalgia, sorpresa, un rastro de miedo… No había pensado que se encontraría con él en ese lugar, ni mucho menos que la reconocería después de tantos años. Y sintió una extraña sensación de zozobra y agitación instalarse en el centro de su pecho, que salió a la luz en forma de respingo.

La fijeza con la que Mario la observaba, con sus grandes y castaños ojos recorriendo cada detalle de su rostro, pusieron más nerviosa a Chloe si cabía. Detalle que no pasó desapercibido para el encargado del equipo, quien al ver que ella no respondía decidió intervenir.

—¿Por qué no nos dijiste que la conocías? —preguntó a Mario, sorprendido.

Este se encogió de hombros ante la pregunta.

—Porque no sabía que vendría y, mucho menos, que comenzaría a trabajar con nosotros.

—Pero ¿no dices que la conoces?

—Así es —se apresuró a explicar Chloe con timidez—. Aunque hace mucho tiempo que no nos vemos; en concreto, trece años.

Rubén asintió al comprender el motivo de la fría respuesta por parte de ella.

—Me alegra oír que conoces a alguien del equipo. —Le hizo una seña a Chloe para que tomara asiento a su lado—. Y aunque me encantaría dejar que os pusieseis al día, hoy no va a poder ser, pues tenemos mucho que explicarte antes de la comida de bienvenida programada con el «gran jefe».

Una sombra de decepción empañó el semblante de Mario, a quien no le quedó más remedio que tomar de nuevo asiento con evidente fastidio.



Ese día fue imposible para Mario volver a coincidir con Chloe. Tras la reunión, se habían sucedido otras muchas donde se le explicaba en detalle el proyecto de la nueva película y cuyo rodaje estaba a punto de dar comienzo. Él sabía del desafío y responsabilidad que Chloe asumiría en su gestión como compositora principal de aquel encargo, por eso no le extrañaba que los siguientes días fuera impensable tan siquiera imaginarse la posibilidad de cruzarse con ella. Un hecho que le resultaba de lo más frustrante, por cierto.

Por otro lado, su labor como editor de vídeo tampoco estaba exento de trabajo acumulado y fechas al límite de vencimiento. Su responsabilidad de dar forma final a las imágenes grabadas durante la filmación, para crear una narrativa coherente y atractiva, era fundamental en el resultado de la producción audiovisual que tenía entre manos. Y esa carga lo tenía trabajando horas extras esa noche.

—¿Todavía estás aquí?

La cabeza de Gonzalo asomando por el quicio de la puerta sacó de su ensimismamiento a Mario, quien se reclinó hacia atrás en la silla al tiempo que se revolvió el cabello con ambas manos.

—Eso parece —dijo, soltando un largo y profundo suspiro.

Su compañero de piso se adentró en el estudio tras comprobar que estaba solo.

—¿Dónde están los demás?

Mario alzó la vista para mirar la hora que marcaba el reloj que colgaba sobre la pared que tenía delante, al tiempo que estiraba todo el cuerpo entumecido; era tarde y todavía no había cenado, tal vez fuera hora de tomar un descanso.

—Hace un buen rato que se fueron a casa —admitió, agarrando una botella de agua para llevársela a la boca.

—¿Y te quedaste tú solo? —interrogó su amigo, con cierto tono de reproche en la voz al no ver por ningún lado a la persona que tendría que estar dando el callo a su lado.

La impotencia por el escaqueo continuo de su jefe más inmediato estaba llevando al límite a Mario, quien veía cómo el trabajo de sus compañeros se resentía y atrasaba debido a la pésima dirección y liderazgo del encargado de departamento.

—Vamos superretrasados con la serie, así que alguien tenía que quedarse a terminar, ¿no crees? —respondió, encogiéndose de hombros.

Gonzalo agarró una silla y la acercó antes de sentarse en ella.

—Te equivocas si crees que ese imbécil te lo va a agradecer —señaló claramente molesto—.

Se aprovecha de que eres un tipo de lo más responsable, incapaz de realizar un trabajo mediocre o dejarlo a medias. Y flaco favor le haces al resto, y a ti mismo, tapando sus cagadas.

—Lo sé —admitió Mario a regañadientes—. Pero poco puedo hacer cuando él es el cuñado de uno de los productores ejecutivos.

Gonzalo torció el gesto y mantuvo silencio al admitir que tenía razón, por mucho que le fastidiase.

—Ya —refunfuñó entre dientes—. Solo espero que al cabrón se le acabe la buena suerte algún día.

Mario sonrió, agradecido al escuchar su comentario, y palmeó la espalda de su amigo para rebajar la tensión antes de preguntar.

—¿Y cuál es tu excusa? —indagó curioso—. ¿Por qué no te has ido a casa todavía?

—Me he quedado a ayudar a Chloe. —Una sonrisa secreta apareció de pronto en su rostro, dejando claro que en su caso no le desagradaba en absoluto la idea de hacer horas extras—. La pobre está desbordada y no sería caballeroso de mi parte dejarla con todo el marrón.

—¿Sigue aquí? —preguntó esperanzado a la vez que se ponía en pie.

Gonzalo negó con la cabeza echando por tierra las ilusiones de su amigo.

—No, se fue a casa hará unos cinco minutos.

—¡Mierda! —maldijo él tomando asiento de nuevo.

El ayudante de edición y mezcla se reclinó en su silla antes de preguntar:

—¿Todavía no has hablado con ella?

Mario sacudió la cabeza y chistó con la lengua para expresar su disgusto.

—No he podido —explicó cabizbajo—. Ha sido literalmente imposible acercarme a ella. Y tampoco quería molestarla en sus primeros días de trabajo.

—No me extraña —comentó su amigo, que conocía mejor que nadie la cantidad de faena que tenía Chloe por delante—. Por eso mismo me he ofrecido voluntario para echarle una mano. —Una mirada entre soñadora y pícara brilló en su rostro cuando puntualizó—. Y para nada me estoy quejando, todo lo contrario. Tu amiga es un encanto y, además, está buenísima.

Mario no tardó nada en señalarlo con el dedo de forma amenazadora.

—Ni se te ocurra, colega. No vayas por ahí, que te conozco.

—¡Ey! —se quejó ofendido—. No sé por qué me ves así, te juro que mis intenciones son buenas. —La mueca de desagrado tomó desprevenido a Gonzalo, quien no entendió el gesto de Mario—. ¿Acaso te gusta?

Un jadeo de sorpresa escapó de la garganta de este.

—¡Por supuesto que no! —exclamó molesto—. Solo te lo digo porque es mi amiga y no quiero que le hagan daño.

—Una amiga que hace trece años que no ves —le recordó—. Por cierto, ¿por qué no me contaste nunca que la conocías y que, además, erais tan cercanos?

Mario se encogió de hombros con indiferencia.

—No lo sé, supongo que porque nunca salió el tema —explicó con cierta pereza—. Además, éramos cercanos a los quince años. Cuando ella se mudó a Londres, con el tiempo, perdimos el contacto.

Intrigado por la historia, Gonzalo se inclinó en su asiento y lo miró fijamente a los ojos.

—Y cuando erais más jóvenes, ¿nunca tuvisteis nada?

Mario abrió los ojos ante la sutil insinuación.

—¡No! ¡Nunca! —exclamó con un punto de ofensa en su voz—. Te lo he dicho, solo éramos

amigos. Además, a mí, en aquella época, me gustaba alguien en secreto.

Su compañero de piso, de nuevo, se reclinó hacia atrás en su asiento con un gesto de desagrado.

—En aquella época y ahora también —puntualizó.

—¡Eso no es cierto! —Mario lo negó con tanto énfasis que su compañero entornó los ojos con ironía.

—Claro, colega, lo que tú digas.

—Te lo estoy diciendo en serio.

Gonzalo miró a su amigo arqueando una ceja y cruzándose de brazos.

—Te conozco desde que empezamos la carrera y nunca has dejado de estar enamorado de Blanca, a pesar de que ella jamás te ha hecho caso. Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que la viste?

Mario decidió que había llegado el momento de dar por finalizado el descanso, así que giró su cuerpo y se centró en la pantalla que tenía delante.

—Eso a ti no te incumbe.

El mensaje era claro y su amigo lo pilló a la primera.

—Está bien, como quieras —dijo tras lanzar un suspiro y levantarse de su asiento—. Y sobre Chloe, quiero que te quedes tranquilo, pues me gusta mucho. Es demasiado pronto para decir si tengo alguna oportunidad con ella, pero te aseguro que mi interés va muy en serio.

—El que te lo advierte muy en serio soy yo —refunfuñó Mario entre dientes—, ni se te ocurra ponerle los ojos encima.

Una sonrisa brabucona asomó al rostro de Gonzalo, que ignoró la amenaza de su amigo y caminó con ligereza hacia la salida del estudio.

Si había algo en lo que no coincidían ambos amigos, era en la perenne obsesión que Mario sentía por su amiga de la infancia, hecho que siempre arruinaba el humor entre ellos cada vez que salía su nombre. A Gonzalo no le caía bien Blanca y eso era un hecho incuestionable. Cada vez que Mario le preguntaba sus motivos, este le ofrecía una serie de explicaciones sobre las cuales él no estaba en absoluto de acuerdo, por lo que, al final, solían terminar discutiendo. Así que, de algún modo, decidieron no mencionar el tema por el bien de su amistad. Y aunque Mario adoraba a Gonzalo, Blanca no solo era su amiga desde la niñez, sino una persona muy importante en su vida, por lo que no permitiría que nadie hablase mal de ella en su presencia.

—¿Ya te marchas? —interrogó Mario sin ninguna intención de ocultar su molestia.

—No —respondió Gonzalo desde el quicio de la puerta—. Iba a buscarte un sándwich a la máquina expendedora. No puedo dejar morir de hambre a mi mejor amigo, ¿verdad?

Mario se giró hacia él con una enorme sonrisa de gratitud.

—Eres el mejor.

—Lo sé —respondió este tras guiñarle un ojo de manera cómplice.

—Por cierto… —Mario esperó un instante a que la cabeza de su amigo asomase de nuevo por la puerta—. ¿Puedo pedirte otro favor enorme?

Gonzalo elevó ambas cejas, confuso.

—¿Cómo es de enorme?

—No mucho, no te preocupes.

La vaga respuesta, unido a la sonrisa sibilina de Mario, no le dio muy buena espina, por lo que otro suspiro cargado de paciencia salió sin pensar de la boca de Gonzalo.



Capítulo 3

Chloe abrió la puerta del estudio y dejó caer su exhausto cuerpo sobre la silla giratoria que se encontraba al lado de Gonzalo. Este se quitó los cascos y los dejó sobre la mesa de mezclas después de mirarla preocupado por la fatiga y tensión reflejados en su rostro.

—¿Ha ido bien la reunión?

Ella cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz, agotada por la cantidad de información que llevaba recibiendo desde que comenzó a trabajar en la productora. Era un nuevo comienzo, un riesgo y una enorme responsabilidad que caía directamente sobre sus hombros. La aterrorizaba fracasar o defraudar, por lo que no estaba ni durmiendo ni comiendo como era debido en los últimos días, decidida a tenerlo todo bajo control y hacerlo perfecto.

—Ajá —musitó, reclinando la cabeza sobre el respaldo de la silla—. Creo que tengo más o menos claro lo que los productores y el director quieren. Aunque hemos repasado los momentos más significativos del guion, este fin de semana debo estudiarlo a conciencia para comenzar a componer la música.

Gonzalo agarró su móvil y escribió algo en él antes de comentar.

—Se te ve molida, ¿estás bien? —preguntó con voz suave—. Has estado trabajando sin parar toda la semana.

Chloe asintió con lentitud, sus labios se curvaron en una sonrisa cansada.

—Solo necesito un momento para respirar. Estoy bien, de verdad.

Gonzalo la observó con atención, con un nudo en el estómago al verla tan agotada.

—Deberías tomarte un descanso, no puedes seguir así. ¿Quieres que te traiga algo de beber o de comer?

Chloe negó con la cabeza, agradecida por su preocupación.

—No, gracias, solo necesito un momento. Tenemos tanto trabajo por delante…

Preocupado por su bienestar, él torció el gesto.

—Entiendo que quieras ponerte al día lo antes posible, Chloe, pero no tiene sentido que te exijas tanto, ¿sabes? Deberías tomar un descanso y retomarlo más tarde, ¿qué dices? O mejor aún, ¿por qué no lo dejas por hoy y te vas a casa a descansar?

Chloe se encontraba en ese delicado equilibrio entre la necesidad de seguir adelante y el deseo abrumador de rendirse y retirarse a descansar por ese día. Las largas jornadas de trabajo comenzaban a pasarle factura y la dejaban agotada tanto física como mentalmente. La imagen reconfortante de su hogar, con la cama acogedora llamándola, se dibujaba de forma vívida en su mente, tentándola con la promesa de un sueño reparador.

Sin embargo, al abrir los ojos y encontrarse con la mirada preocupada y compasiva de Gonzalo, un sentimiento de gratitud la invadió. No pudo evitar sentirse conmovida por tenerlo a su lado en esos días agotadores. En verdad, no sabía muy bien qué habría hecho sin su apoyo inquebrantable y su dedicación a ayudarla en todo lo posible. Chloe sabía que Gonzalo estaba sacrificando su propio tiempo y comodidad para ayudarla a enfrentar los desafíos que se les presentaban. Su generosidad y bondad eran evidentes en cada gesto, en cada palabra de aliento que le ofrecía, y se sintió avergonzada al comprender que tal vez le estaba pidiendo demasiado.

—Estoy siendo muy egoísta, ¿verdad?

Él no entendió lo que quería decir y lo expresó arrugando la frente.

—¿Por qué dices eso?

Ella subió las piernas a la silla y las rodeó con sus brazos.

—Es viernes noche, seguro que has quedado con alguien para ir a cenar o tomar una copa, y yo estoy aquí tocando las narices.

—No, te equivocas —negó, sacudiendo la cabeza con una dulce sonrisa que pretendía tranquilizarla—. No es nada de eso.

Chloe se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja y lo observó con calidez y gratitud.

—Me alegra oírlo —respondió, con un tono de voz más ligero—. Pero, aun así, siento que estoy ocupando tu tiempo más de lo que debería. Por lo que, siguiendo tu consejo, lo mejor es dejarlo por hoy y seguir el lunes.

Gonzalo la interrumpió con un gesto tranquilizador, colocando una mano con suavidad sobre la suya. En ese momento, las miradas de ambos se encontraron, y ella tuvo que contener con todas sus fuerzas la necesidad de retirar la mano de forma brusca.

—No te preocupes por mí, estoy aquí porque quiero estarlo. No hay ningún otro lugar en el que preferiría estar esta noche, Chloe.

Las palabras de Gonzalo resonaron en el estudio, pillándola totalmente desprevenida. Un incómodo silencio se apoderó de la habitación mientras sus mejillas se teñían de un intenso rubor que la obligó a apartar la mirada hacia otro lado. A pesar de sentirse halagada, la confesión inesperada del ayudante de edición la puso tan nerviosa que se levantó con rapidez, para poner algo de distancia entre ellos.

—Y yo te lo agradezco, de verdad —dijo tras carraspear con fuerza un segundo después—. Pero pensándolo bien, me he dado cuenta de que tienes razón, porque estoy tan agotada que no me siento capaz de concentrarme en nada ahora.

Una sonrisa divertida asomó al rostro de Gonzalo al verla nerviosa y descolocada. Que se la notara tan incómoda después de lo que acababa de decir, significaba que tal vez sintiera cierta atracción hacia él. Si no fuera así, ella se lo habría dejado claro, de eso estaba seguro. Al menos, era lo que deseaba creer.

—Muy bien, pues déjame hacer una copia de seguridad antes de cerrar el programa y nos vamos.

—Claro.

Chloe se vistió el abrigo mientras esperaba a que él terminase, e iba a agarrar su bolso e improvisar una excusa, cuando la puerta del estudio se abrió de repente y apareció Mario.

—¡Hola!

Sorprendida, ella lo vio acercarse con mucha seguridad y una enorme sonrisa dibujada en su rostro.

—Hola —balbuceó.

—¿Has terminado por hoy? —Cuando ella asintió, él no dudó en tomarla de la mano—. Genial, porque vengo a secuestrarte para invitarte a cenar.

Perpleja, Chloe miró a Gonzalo con cierta culpa por el arrebato impulsivo de Mario. Se debatía entre los dos, incapaz de tomar partido, y este, que enseguida se dio cuenta, se apresuró a aclarar.

—Por mí no te preocupes. Hace un montón de tiempo que no os veis, así que es lógico que queráis poneros al día.

—¡Gracias! —exclamó Mario guiñándole un ojo a su amigo, quien había corrido a buscarla

después de recibir su mensaje de móvil—. Nos vemos más tarde, ¿vale?

—¡Ok! —respondió Gonzalo mientras los veía desaparecer, sin darle tiempo a despedirse de forma apropiada.



Sujetándola con firmeza, Mario arrastró a Chloe por los desiertos pasillos de la empresa hasta llegar al ascensor. Las luces del exterior se colaban por las ventanas, al mismo tiempo que los pasos amortiguados de ambos resonaban sobre la moqueta. Con un movimiento rápido y decidido, ella logró zafarse de su agarre cuando llegaron a las puertas metálicas.

—Mario, tranquilo, no hace falta correr.

A él se lo veía tan feliz y emocionado, y contrastaba tanto con la actitud de Chloe, que esta no pudo ser muy severa con su impaciencia.

—Llevo toda la semana intentando encontrar un momento para hablar a solas contigo y no ha habido forma humana de pillarte libre —explicó él pulsando el botón de bajada—. Si fuese propenso a desconfiar, empezaría a pensar que tal vez has estado evitándome a propósito.

Chloe sabía que la última frase había sido expresada como una forma de hablar, pero quedó impresionada por lo cerca que había estado de dar en el clavo. Así que jadeó con fuerza y se apresuró a cruzar el umbral de las puertas metálicas antes de que estas se cerraran.

—Para nada —mintió—. He estado muy ocupada, eso es todo.

A pesar de los años, él reconocía cuando Chloe mentía debido a que las orejas se le ponían ligeramente rojas, algo en lo que, al parecer, no había cambiado, Así que, escéptico, torció el gesto y la siguió al interior, después pulsó el botón de bajada al mismo tiempo que una sensación desagradable recorrió su cuerpo. Tal vez era demasiado optimista por su parte pensar que ella lo había extrañado tanto como él, o que seguía siendo la misma persona que recordaba. Quizá a ella no le interesaba retomar su amistad y solo había sido amable cuando se reencontraron. Esas dudas surgieron imparables en la mente de Mario, quien decidió despejarlas de un modo muy simple.

—Lo sé, Gonzalo me lo ha dicho. Por eso, con su ayuda, he aprovechado que es viernes para secuestrarte e invitarte a cenar. Si te parece bien, claro.

Si Chloe ponía alguna excusa, entonces él podría pensar que la amistad que un día los había unido de algún modo se había roto para siempre. Podía notarlo, no era estúpido, la tensión que percibía entre ellos en ese preciso momento era evidente. Lo que desconocía era el motivo, pues para él, el cariño y amistad que sentía hacia ella seguía igual que trece años atrás.

Esperó su respuesta reteniendo el aliento en su interior. Una respuesta que no tardó en salir a la luz.

Ella lo miró de reojo al notar su tono zalamero y se topó con un puchero caído y un batir de pestañas. Por desgracia, no pudo evitar caer en su trampa debido a ese gesto empleado por él tantas veces en el pasado y que lograba desarmarla por completo. Sintió una punzada de nostalgia que le pellizcó la boca del estómago, por lo que un suspiro resignado escapó de sus labios mientras cedía ante la insistencia de Mario, reconociendo la futilidad de resistirse a su familiar encanto.

—Está bien —concedió, perdiendo la batalla.

Mario sonrió triunfante ante su rendición, sintiendo un alivio momentáneo al verla aceptar

su invitación. Con un gesto galante, extendió su brazo hacia las puertas metálicas cuando estas se abrieron, en una invitación a salir.

—*Madeimoselle* —dijo, inclinándose con una profunda reverencia.

Una risa ligera agitó el pecho de Chloe.

—Sigues siendo tan tonto como recordaba.

Él le guiñó un ojo, contento por recuperar el buen ambiente entre los dos.

—Tú lo llamas tonto, yo lo llamo encanto natural.

—Sí, sí, lo que tú digas.

Los pasos de Chloe y Mario resonaron en el pavimento mientras salían a la calle, sumergiéndose en el frescor de la noche. La luz de las farolas proyectaba sombras en la acera, al mismo tiempo que una suave brisa jugueteó con sus cabellos, trayendo consigo el sonido dulce del bullicio de la ciudad.

—¿Qué te apetece comer? Hay un italiano aquí cerca que está muy bien —propuso Mario, su voz amortiguada por el sonido del tráfico.

Chloe consideró la sugerencia por un momento, dejando que el recuerdo de la comida italiana tentara sus sentidos. Sin embargo, justo en ese momento, un bostezo escapó de sus labios, sorprendiéndola por su propia fatiga.

—Lo siento —se disculpó con rapidez, y se llevó una mano a la boca en un intento de ocultar su cansancio.

Mario observó con atención las líneas de agotamiento que se marcaban en el rostro de Chloe; sintió una punzada de culpa por haberla llevado a esta situación.

—Si estás muy cansada, lo podemos dejar para otro día —propuso sincero, su tono ahora lleno de preocupación y consideración hacia ella.

Chloe se esforzó por restar importancia al cansancio desviando la atención con un gesto decidido y convincente.

—No te preocupes, estoy bien —dijo con determinación, su voz resonó con seguridad—. Pero ¿qué te parece si cambiamos los planes y los trasladamos a mi casa? Está muy cerca de aquí y podemos pedir una *pizza*.

Mario arqueó una ceja, sorprendido por la propuesta inesperada. La miró con duda, preocupado por su bienestar.

—¿Estás segura? —preguntó, buscando asegurarse de que ella estaba cómoda con la idea y que no se sentía presionada por no quedar mal con él.

Chloe asintió con firmeza, irradiando confianza y entusiasmo.

—Muy segura.

Después de unos segundos de contemplación, él finalmente aceptó la sugerencia y dejó que un atisbo de sonrisa asomara a sus labios.

—Está bien, por mí no hay problema —concedió más tranquilo.

Chloe celebró la decisión con una sonrisa y juntos comenzaron a caminar en dirección al apartamento. El paseo fue breve pero reconfortante, trayéndoles los recuerdos de las caminatas que ambos daban en su adolescencia a la vuelta de sus clases. Bromearon y rieron durante el trayecto, rememorando sus travesuras adolescentes, y cuando llegaron a la entrada del céntrico edificio, una sensación de paz y familiaridad los envolvió. Era curioso, pues parecía como si la distancia y el tiempo que habían estado separados durante aquellos trece años hubiera desaparecido por completo, dejando solo el vínculo que siempre los había unido.

Subieron hasta el décimo piso mientras la nostalgia de personas y lugares de su adolescencia

les arrancaban una sonrisa. Chloe se detuvo frente a la puerta de su apartamento y rebuscó en el interior de su bolso las llaves, mientras Mario, perdido en sus pensamientos, captó un sonido metálico a su espalda.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando giró la cabeza y se encontró con la mirada penetrante de unas pupilas que los observaban sin la menor intención de ocultarse. Entre la estrecha rendija de la puerta entreabierta, una sombra se proyectaba ominosa, bloqueando la escasa luz del interior del apartamento vecino. La atmósfera se cargó de un aura inquietante, debido a la pesada respiración que se escuchaba desde el otro lado. Mario sintió un nudo en el estómago mientras el silencio se espesaba a su alrededor, y un escalofrío recorrió su piel al percatarse de que no estaban solos en aquel pasillo, en apariencia de lo más tranquilo.

—Pero ¿qué cojones…?

Justo en ese momento, se escuchó el sonido sordo de una cadena de seguridad siendo deslizada de su lugar. El eco metálico resonó en el pasillo y dio paso a la figura de un tipo de lo más peculiar.

—Hola, encanto, ¿va todo bien?

Mario se vio obligado a cerrar la boca tras unos instantes; momentos que necesitó para procesar la surrealista situación. Un hombre, de unos treinta y pocos años, con el pelo ralo y una protuberante barriga cervecera, lo observaba desde el umbral de su apartamento con evidente chulería. Vestido con un pantalón de chándal desgastado y una vieja camiseta que parecía haber sido atacada por manchas de grasa, mascaba un chicle con una dentadura notablemente descuidada y amarillenta, como si el cepillo de dientes fuera un objeto desconocido para él.

El aroma rancio a comida rápida revelaba la poca costumbre de aquel desconocido a salir de su aparente cueva. No había duda de que pasaba la mayor parte de sus días encerrado entre aquellas cuatro paredes, y lo evidenciaba su desaliñada y ermitaña apariencia.

Mario se sintió observado bajo la mirada despectiva de aquel desagradable tipo, quien parecía creerse el rey de aquel diminuto reino de apartamentos. La expresión del vecino estaba impregnada de una arrogancia desafiante, como si considerara a Chloe de su propiedad personal, un objeto que debía ser protegido de cualquier intruso. Sus ojos pequeños y juntos, entrecerrados con desdén, lanzaban dardos invisibles de desprecio hacia Mario, como si cuestionara su derecho a estar allí, frente a su puerta.

—Hola, Fredy —lo saludó ella cordial—. ¿Qué tal está tu madre? —Y a continuación, Chloe procedió a presentarlo, como si aquella situación fuera de lo más normal y a Mario no le produjera repelús—. Él es mi vecino Alfredo, un *gamer* de lo más famoso, al parecer.

—¿*Gamer*? —farfulló Mario, apartando la vista por un momento de aquel desagradable tipo.

Chloe se limitó a asentir mientras introducía la llave en la puerta de su apartamento.

—*Gamer, streamer,* jugador profesional de videojuegos, puedes llamarme como quieras, colega —aclaró este, sorbiendo por la nariz y apoyando un hombro sobre el marco de la puerta con una sonrisa autosuficiente, convencido de que esa postura le confería un aire irresistible—. He ganado varios torneos en línea y me gano muy bien la vida transmitiendo mis partidas en varias plataformas. Soy el mejor en lo mío, te lo aseguro.

Mario parpadeó varias veces seguidas, asombrado por la desbordante confianza que emanaba aquel personaje.

—Cualquiera lo diría —murmuró entre dientes, con un toque de sarcasmo apenas perceptible.

La actitud del supuesto «maestro de los juegos» provocó en él una mezcla de incredulidad y

curiosidad. ¿Cómo alguien podía ser tan seguro de sí mismo con aquella facha? ¿Qué hacía un friki como ese vigilando a su amiga? Y lo más importante, ¿por qué a ella no le molestaba lo más mínimo? Las preguntas se amontonaban en su mente mientras observaba al hombre, tratando de descifrar el misterio detrás de esa injustificada arrogancia.

—Podría vivir en Andorra a todo lujo, pero prefiere quedarse aquí cuidando de su madre, ¿verdad? —explicó Chloe con una expresión convencida.

Mario no fue capaz de descubrir si esa explicación tenía un fondo sarcástico o no, así que se dedicó a estudiar al vecino y preguntarse si en realidad ese tipo podría cuidar a otro ser vivo que respirase y viviese en un mundo real, porque era obvio que el trabajo que hacía consigo mismo era bastante deficiente.

—Que no te escuche decir eso —respondió Fredy, arrastrando las palabras y tirando de los pantalones hacia arriba—, porque se pondría hecha una furia. Ya sabes lo independiente que es y las ganas que tiene de perderme de vista. Se niega a ver que ya es mayor y que no puede cuidarse sola.

Chloe se mordió la lengua ante esa respuesta. Era obvio que el único que pensaba que Adela era mayor y necesitaba de sus cuidados era él.

—Lo sé—dijo ella, dando por finalizada la conversación.

Pero su vecino no, quien se enderezó con rapidez y se apresuró a preguntar.

—Por cierto, ¿y este pardillo quién es? ¿Acaso te está molestando?

Mario, quien estaba a punto de seguir a Chloe, se giró con una expresión de total incredulidad.

—¡¿Perdón?!

Fredy se apartó el poco cabello que le quedaba hacia atrás con un gesto de superioridad mientras sorbía por la nariz con aire engreído.

—Que sepas que esta preciosidad no está sola —advirtió con arrogancia, caminando hacia Mario mientras se ajustaba el pantalón de chándal para disimular su abultada barriga—. Ella todavía no me ha dicho que sí, pero será mi novia antes de lo que piensa.

—¿Me acaba de llamar «pardillo»? —cuestionó, mirando perplejo a Chloe.

Antes de que su vecino pudiera articular una respuesta que hiciera más incómoda la situación, ella se interpuso entre los dos y empujó a Mario hacia el interior de su apartamento.

—Es un amigo de la infancia, Fredy, así que no te preocupes, no me molesta en absoluto.

—¿Estás segura? —inquirió este con tono desafiante, estirando el cuello hacia Mario con una mirada amenazadora.

Mario miró hacia atrás, mientras ella insistía en que entrase, y pudo ver al desagradable personaje acechándolo con una expresión que prometía problemas.

—Totalmente segura —respondió ella con firmeza, a punto de cerrar la puerta—. Hasta mañana, Fredy.

Lo último que Mario percibió antes de que la puerta se cerrara de golpe, fue a aquel friki señalándolo con un gesto de los dedos y una mirada amenazante que, con claridad, decía «te estoy vigilando» que lo dejó boquiabierto y muy ofendido.



Capítulo 4

—Pero ¿quién cojones se cree ese pirado para hablarme así? —estalló Mario, todavía atónito por el esperpéntico recibimiento que acababa de presenciar, y sin poder apartar los ojos de la puerta como si esperara que la respuesta mágica a su desconcierto apareciera de repente.

Chloe, por su parte, se movió con familiaridad por el espacio encendiendo las luces con un suave clic antes de dejar las llaves sobre un elegante mueble recibidor. Con cuidado se despojó del abrigo, revelando la suave tela de su blusa de seda que se deslizaba sobre su piel como un susurro. Colgó la prenda en el perchero de la entrada con movimientos precisos, y luego se volvió hacia él, encontrando su mirada inquisitiva.

—No le hagas caso, en el fondo, no es mala gente.

Mario frunció el ceño, sus ojos centellearon con incredulidad y desconfianza.

—¿Estás segura? —preguntó, su voz sonaba escéptica mientras se acercaba a ella—. Porque a mí me parece que ese tipo no está bien de la cabeza.

Ella le pidió la cazadora para colgarla junto a su abrigo antes de responder.

—Si fuera un mal tipo, no estaría cuidando de su madre y haciéndole compañía, ¿no crees?

Una sombra de sospecha cruzó el rostro de él mientras consideraba sus palabras.

—Tengo que ver yo quién cuida a quién —murmuró para sí mismo, imaginando en su cabeza la famosa escena de *Psicosis*, con el esqueleto de la madre del protagonista descansando en la mecedora—. Además, ¿has oído lo que acaba de decir? Porque a mí me sonó al típico acosador que se obsesiona con su vecina de enfrente.

Chloe se encogió de hombros para restar importancia a las palabras de Fredy.

—Llevo aquí un mes y te aseguro que no es peligroso. En el fondo me da pena, porque no creo que tenga amigos de verdad más allá de los virtuales que conoce por internet.

—¿Y te extraña? —cuestionó preocupado al recordar las pintas de aquel friki.

—Pues lo cierto es que sí —admitió convencida—. Cuando me mudé a este apartamento, fue el único que se acercó a preguntarme si necesitaba algo y se ofreció a ayudarme con la mudanza. Fue muy amable de su parte, la verdad.

Mario abrió la boca para bufar y explicarle los motivos exactos que llevan a un hombre soltero a ofrecerse para tales empeños, pero en ese momento se quedó paralizado cuando se encontró con unos intimidantes ojos amarillos que lo observaban con tal fijeza que pareciera a punto de abalanzarse sobre él. De nuevo, sintió que su presencia producía rechazo en un completo desconocido, aunque esta vez se tratase de un peludo british shorthair color gris ceniza con cara de mala leche.

—¡Hola, precioso! —lo saludó Chloe agachándose para saludarlo con una caricia en la cabeza.

El impasible animal cerró los ojos por un instante, como si apreciara el gesto proveniente de su dueña, antes de volver a clavar los iris sobre Mario con una intensidad que envió escalofríos por la espalda de este.

Indeciso, Mario se quedó clavado al suelo, observando con horror cómo su amiga se alejaba por el pasillo hacia el interior de la vivienda, dejándolo solo y desamparado frente al peligroso enemigo de cuatro patas.

—¡Chloe! —llamó en un susurro, rogando que ella lo escuchara y regresara en su rescate—. ¡Chloe, no te vayas!

Pero sus súplicas cayeron en oídos sordos y Mario tragó saliva con dificultad. Durante unos eternos segundos, gato y humano se midieron en un tenso silencio, decidiendo quién sería el primero en dar el siguiente paso.

—Hola, gatito…

Su garganta se cerró con fuerza cuando el felino respondió con un bufido repentino, expulsando aire de manera brusca acompañado de un ligero gruñido. Mario se quedó paralizado, sorprendido por la audacia del pequeño animal y por la sensación de desaprobación que transmitía su sonido áspero y tirante.

—¿Me acabas de bufar? —interrogó, sus ojos abiertos de par en par por la sorpresa, mientras se daba cuenta de que estaba siendo rechazado por un gato de lo más gruñón—. ¡Guau, pedazo bienvenida, colega!

Incapaz de moverse, Mario se mantuvo en su sitio sin despegar los ojos de su fiero oponente.

—¿Se puede saber qué haces? —indagó confusa Chloe, tras volver sobre sus pasos y verlo parado en la entrada.

Él señaló a la mascota de cuatro patas con la cabeza.

—Me acaba de bufar —casi lloriqueó, dolido por su rechazo.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Y?

La nuez de Mario subió y bajó temblorosa al tiempo que su atención se volvía hacia el felino de espeso pelaje.

—Y que no pienso acercarme a ese bicho ni muerto —anunció—. No le caigo bien y tengo la ligera sospecha de que mi hermosa cara corre peligro de recibir un zarpazo de esa fiera.

Chloe luchó con todas sus fuerzas para sofocar una carcajada.

—Pero si esta bola de pelo es la cosita más dulce del mundo —dijo, agachándose para coger a aquel demonio del Averno en brazos y besar sus grandes y redondos mofletes—. ¿A que sí, Mr. Mochi? ¿A que eres el gatito más dulce y bueno del universo entero?

Este protestó ante sus dulces carantoñas con un débil maullido y colocando sus suaves y mullidas patas sobre su barbilla para evitar que lo siguiera besuqueando, mientras ella se dirigía de nuevo hacia el salón.

—Será la cosa más dulce para ti, pero te aseguro que hasta hace solo un segundo, esa bola diabólica estaba maquinando un modo de acabar conmigo —refunfuñó al tiempo que la seguía —. Pude leer sus pensamientos asesinos, ¡te lo juro!

—Mira que eres exagerado —se burló Chloe dejando al animal en el suelo.

Gato y humano se midieron otra vez.

«Te estaré vigilando, patético humano».

Si Mario no supiese que eso era imposible, casi podría jurar que eso es lo que le dijo ese engendro del demonio cuando dejó salir otro bufido. Por lo que, ofendido por su actitud amenazante —y porque contaba con que su amiga lo defendiese en caso de ser necesario—, le respondió con un gesto grosero; gesto que Mr. Mochi ignoró con un resuelto desdén, antes de levantar el trasero y darle la espalda a la vez que se alejaba con el rabo en alto.

—¿Desde cuándo te gustan esos bichos?

Chloe, que se había descalzado en la entrada, caminaba con sigilo y elegancia hacia la

moderna y coqueta cocina americana que se encontraba justo delante del salón.

—Ese bicho es un gato, uno de los mejores y más populares animales de compañía que existen. Y si haces algo de memoria, recordarás que me gustan desde siempre, pero que mis padres me prohibían tener uno cuando vivía con ellos.

Mario tuvo que admitir que eso era cierto.

—¿Y a qué viene ese ridículo nombre? —La mirada que ella le lanzó lo dejó clavado al suelo—. Sin ofender —aclaró.

Tarde, demasiado tarde, pues Chloe entrecerró los ojos con innegable inquina mientras sostenía la puerta abierta de la nevera.

—¿Cerveza, agua, refresco, vino…? —ofreció.

Con cierto aire de arrepentimiento y viniéndose un poco abajo, todo hay que decirlo, Mario se pasó la mano por el cabello antes de responder.

—Cerveza, por favor.

Ella le lanzó una lata y tomó otra para sí misma con una precisión que denotaba práctica. Mientras él se preparaba para abrir la suya, Chloe comenzó a hablar, masticando las palabras con un sutil pero evidente tono ofendido.

—Para tu información, un Mochi es un delicioso, dulce y esponjoso postre japonés —explicó, sus labios formando una fina línea de desaprobación ante lo que para ella suponía su grosera pregunta—. También es el apodo que recibe mi cantante favorito, un integrante de un grupo surcoreano cuya dulce personalidad y suaves y blanditas mejillas lo hacen parecer de lo más adorable. Lo que me recuerda al encantador temperamento de Mr. Mochi, a quien amo con toda mi alma, y cuyos redondos y tentadores mofletes merecen que le levanten un monumento.

Chloe alzó una ceja invitándolo a que le llevara la contraria, algo a lo que Mario se negó por pura prudencia e instinto de supervivencia. Y como sus gustos musicales también eran bastante limitados, no se atrevió a preguntar nada más.

—Vale, perdona si te ha sentado mal —se disculpó sincero—. Pero entiende que estoy un poquito tenso y no sé muy bien lo que me digo. Primero, me topo con un vecino bastante tocado del ala que me saluda amenazante. Y, después, un gato intimidante me bufa sin venir a cuento. La bienvenida a tu casa ha dejado bastante que desear, por decirlo suavemente.

De pronto, Mario descubrió la enorme lucha que Chloe mantenía con las comisuras de sus labios, hasta que al fin una risa alegre y burbujeante rompió la tensión que se había acumulado, aliviando la atmósfera cargada.

—Me estoy burlando de ti, tonto —declaró ella con una sonrisa traviesa bailando en su rostro.

Aliviado porque todo fuera una broma, él también sonrió y un suspiro escapó de su pecho.

—¡Joder! Así, a lo tonto, qué mal rato he pasado.

Otra carcajada resonó en la estancia, llenando el espacio con una sensación de ligereza y camaradería.

—A pesar de todo este tiempo, todavía sigues cayendo como un tontaina —se mofó tras guiñarle un ojo—. ¿Por qué no llamas para pedir la *pizza* mientras me cambio de ropa y me pongo algo más cómodo? —propuso Chloe, sus ojos brillaban con diversión y complicidad.

Como respuesta a su pulla, Mario le enseñó la lengua, y desbloqueó el teléfono al mismo tiempo que la vio meterse en una habitación. La felicidad por haber recuperado a su mejor amiga se dejó notar a través de la enorme y radiante sonrisa que se dibujó en su cara. Sabía que la había echado de menos, incluso sus bromas, pero nunca supo cuánto hasta ese momento.

Tras hacer el pedido, se dirigió hacia el sofá con un extraño revoltijo de emociones revoloteando en su estómago, hasta que un bajón momentáneo lo hizo ponerse serio.

—¡Ey, tú, colega! ¡Baja de ahí!

Mr. Mochi, que se encontraba en pleno momento de aseo personal, detuvo sus actividades y dirigió una mirada de superioridad hacia Mario, como si estuviera por encima de cualquier molestia que pudiera surgir.

«¡Ni de coña, humano! Este es mi trono, y todo lo que ves aquí, mi reino».

Mario jadeó sorprendido por su actitud insolente. No podía escuchar los pensamientos del animal, pero su actitud era tan altiva y arrogante que no necesitaba palabras para hacerse entender.

—Mira, amiguito, tu dueña es mi mejor amiga desde la infancia, así que la conozco desde hace más tiempo que tú. No vas a poder conmigo, que lo sepas —declaró, intentando hacer valer su autoridad.

Sin apartar los ojos del extraño humano que le hablaba con tanta confianza, el gato abrió la boca en un bostezo aparentemente desinteresado.

«¡Pobre incauto! Ya la has oído antes, me ama con toda su alma y poseo unos redondos y tentadores mofletes a los que merecen que le levanten un monumento. Compite contra eso si puedes, pardillo».

Sintiéndose insultado, Mario abrió la boca, incapaz de encontrar una réplica adecuada.

—¿Acabas de bostezar en mi cara? ¿En serio?

Cuando Mario creyó que había captado la fría atención de Mr. Mochi con su tono perentorio, este se levantó de su sitio para darse la vuelta con una indiferencia épica y sentarse de nuevo para comenzar a lamerse la otra pata con evidente desdén, como si el extraño que lo estaba molestando no valiera ni siquiera un solo segundo de su preciado tiempo gatuno.

—¿Qué?, ¿ya sois amigos? —indagó Chloe, apareciendo tras cambiarse.

Durante un segundo, Mario cayó embelesado por la esbelta y elegante imagen de su amiga, quien, ataviada con un desgastado vaquero y un exquisito suéter que dejaba un hombro al descubierto, caminaba con gracia hacia ellos.

—¡¡JA!! —exclamó, recuperando el habla y la indignación hacia aquel bicho mal encarado —. ¡Amigos, dice! ¡¡JA!!

Un brillo divertido cruzó por los ojos de ella.

—No me digas que todavía le tienes miedo.

Ofendido, él arrugó la nariz y torció el gesto.

—¿Miedo de esto? ¡Venga, hombre! —bajó el tono de voz y lo cambió por uno ligero y suplicante—. ¿Puedes sacarlo de ahí para que pueda sentarme?

Con gran esfuerzo, ella luchó para esconder la sonrisa que amenazaba con salir.

—¡Por supuesto! —dijo con voz ahogada.

«¡No, Chloe, no me hagas esto! ¡Yo soy el macho alfa, el rey de la casa! ¡No me respetará jamás si ahora me obligas a bajar del sofá!».

La protesta de Mr. Mochi dibujó un gesto de triunfo en el rostro de Mario, quien a punto estuvo de sacarle la lengua al felino en un claro ejemplo de madurez emocional. Con actitud de extremo orgullo, se dirigió al hueco libre que la mascota había dejado contra su voluntad y lo ocupó con un ademán de lo más grandilocuente.

—Gracias —dijo, lanzándole una mirada retadora al gato.

Este pegó las orejas hacia atrás y abrió la boca, expulsando aire con brusquedad. Tras

quedarse a gusto, se dio la vuelta con mucha dignidad y abandonó la estancia con su caminar elegante y silencioso.

«Ya verás cuando te levantes y te veas el pantalón lleno de pelos, pardillo».



La luz suave de la lámpara de pie iluminaba la sala de estar, destacando los tonos cálidos de los escasos muebles que decoraban la estancia, pero que habían sido elegidos cuidadosamente con mucho gusto y elegancia. Se notaba que Chloe hacía poco tiempo que se había mudado, pues todavía quedaban cajas por desembalar, las cuales no pasaron desapercibidas para Mario.

El aroma tentador de la *pizza* recién horneada flotaba en el aire, mezclado con la fragancia suave de las velas perfumadas que adornaban la mesa del comedor. Habían pasado trece años desde la última vez que disfrutaron de un momento como ese. Trece años en los que la vida los había llevado por caminos separados. Sin embargo, en ese acogedor apartamento, mientras comían una *pizza*, un viernes por la noche, el tiempo parecía haberse detenido. Eran de nuevo los dos adolescentes de antes, compartiendo risas y confidencias entre mordisco y mordisco de masa caliente.

Mario contempló a Chloe con ternura; había conseguido domar los suaves y rebeldes rizos de su cabello castaño, con reflejos más claros que resaltaban aquí y allá, y que caían en cascada por encima de sus hombros bajo un moderno corte estilo Bob que realzaba sus hermosas facciones. Sus ojos verdes brillaban con una chispa pícara mientras contaba divertidas anécdotas de su vida en Londres con la misma alegría contagiosa de antaño. Mario la escuchaba embelesado, fascinado por la mujer en la que se había convertido su amiga de la infancia.

Él, por su parte, había cambiado menos. Su cabello trigueño seguía ligeramente despeinado, sus ojos marrones reflejaban una calidez familiar. Le costaba creer que hubieran pasado tantos años. Era como si ayer mismo estuvieran jugando en su habitación o paseando por el parque, compartiendo sueños y secretos.

De repente, Mario se dio cuenta de algo. La había echado de menos. La había extrañado muchísimo. No solo a su amiga, sino a su confidente, a su compañera de aventuras, a la persona que siempre lo había hecho reír.

Un nudo de emociones se formó en su garganta. Quería decirle todo lo que sentía, pero las palabras se atascaron en su interior. Solo pudo mirarla a los ojos y sonreír, una sonrisa que ella comprendió a la perfección.

—¿Qué?

Él bajó los ojos al sentir cómo el nudo en su garganta se apretaba un poco más.

—Nada —respondió, sacudiendo la cabeza con una mezcla de frustración y resignación.

Chloe se limpió la boca y las manos de los restos de *pizza* con una servilleta de papel.

—Venga, suéltalo.

Mario tomó otro sorbo de su segunda cerveza antes de mirarla de nuevo.

—¿Por qué te fuiste? —Aunque no fue con esa intención, su pregunta sonó ligeramente a reproche, por lo que se apresuró a matizar—: No me malinterpretes, sé que la oportunidad de tu padre de dar clases en la universidad de Oxford era única. Pero el plan original era que tú y tu madre os quedarais en España hasta que terminases el curso, sin embargo, te marchaste mucho antes.

Ella agarró su lata y comenzó a girarla entre los dedos, sumida en sus propios pensamientos, mientras el silencio se extendía entre ellos durante unos instantes. Mario no entendía por qué tardaba tanto en responder, pero fue paciente y le dio su tiempo.

—Ese era el plan —admitió al fin, su voz suave y reflexiva—. Pero después de mudarnos, un compañero de mi padre le mencionó una vacante como profesora de piano en la Royal Academy of Music de Londres. Dar clases en un conservatorio era el mayor sueño de mi madre, así que no dudó en aceptar la oportunidad.

—Y después de tantos años, con tu vida ya encauzada, ¿por qué decidiste volver a España?

Una sonrisa triste se dibujó en los labios de Chloe.

—Necesitaba un cambio de aires, supongo.

Mario no era estúpido, intuyó al instante que la respuesta no era tan simple como ella pretendía. Pero también la conocía lo suficiente como para deducir que no le diría nada más. Por la tensión en su rostro, supo que, si insistía, se encerraría en sí misma como una almeja, así que esperó a que las cervezas obrasen su magia para que ella le contase el verdadero motivo que la había llevado de regreso a Madrid.

—¿Y tú qué me cuentas? —indagó Chloe cambiando de tema a propósito—. ¿Qué ha sido de tu vida durante todos estos años?, además de estudiar y trabajar como editor de vídeo.

Él se reclinó en la silla y tomó otro sorbo de su bebida.

—No mucho, la verdad. Mi vida ha sido bastante sencilla durante todos estos años, nada que ver con la brillante carrera que te has labrado en Londres —reconoció con un brillo orgulloso en sus ojos color chocolate.

Avergonzada, Chloe levantó una pierna y la apoyó en el asiento de la silla.

—No es para tanto.

—No te quites mérito, anda —dijo, chocando su lata con la de ella a modo de reconocimiento—. O me harás quedar como un cretino ante la gente con la que llevo fardando años cuando les decía que eras mi amiga.

Una risa agitó el pecho de Chloe ante su inocente broma.

—Tú también lo has hecho muy bien —admitió orgullosa—. Jamás hubiera imaginado que coincidiríamos trabajando para una de las mejores productoras de España. ¿Qué te llevó a dedicarte a la edición de video?

La nostalgia envolvió a Mario mientras recordaba sus principios.

—Poco tiempo después de que te fueras a Londres, a Blanca se le ocurrió la brillante idea de subir tutoriales de maquillaje a las redes sociales —explicó—. Yo me encargaba de grabar y editar esos vídeos con diferentes filtros y transiciones para que resultasen divertidas y atrayentes, hasta que me di cuenta de que realmente era lo mío y decidí aprender para dedicarme de forma profesional.

—Ah, entiendo.

Mario fue consciente del cambio en la expresión de Chloe cuando mencionó el nombre de Blanca.

—¿Todavía sigues enfadada con ella? —indagó curioso—. A día de hoy, sigo sin saber qué ocurrió en aquella fiesta de cumpleaños para que las dos os dejaseis de hablar.

Chloe se revolvió en su asiento, incómoda.

—Han pasado muchos años, Mario, no quiero hablar de ello.

—Así es, han pasado muchos años y yo sigo sin saber qué sucedió entre vosotras.

Ella subió la otra pierna y le dedicó una mirada insegura.

—Supongo que ella te habrá contado su versión.

—Pues te equivocas, le he preguntado muchas veces y me dijo que era algo entre vosotras dos.

Un gesto de alivio afloró por un breve instante en el rostro de ella, antes de ocultarlo bajo una capa de indiferencia y responder:

—Así es, lo que pasó ese día es algo que solo nos concierne a Blanca y a mí.



Capítulo 5

Mario despertó de su sueño cuando unas incómodas cosquillas le produjeron ganas de estornudar. Se frotó la nariz al mismo tiempo que abrió los ojos y se encontró con una mata de pelo gris restregándose por su rostro.

—¡Qué demonios…! —farfulló todavía sin comprender la situación.

Mr. Mochi, echado sobre el brazo del sofá en el que Mario se había quedado dormido, balanceaba su cola de un lado a otro barriendo su rostro en el proceso. Todavía aturdido, procesaba aquella visión poniendo en orden sus recuerdos, hasta que un ligero olor llegó a sus fosas nasales en forma de flatulencia felina.

—¡Quita, bicho! —exclamó, apartando la cola de un manotazo.

El british shorthair lo saludó con su familiar bufido.

«¿A quién estás llamando bicho, humano?».

—¿Te has tirado un pedo, so guarro? —interrogó. incorporándose en el sofá.

La lánguida mirada del animal, unido a su oportuno silencio, fue respuesta suficiente.

«Es mi forma de darte los buenos días, pardillo».

—¿Estás despierto?

La voz de Chloe llamó la atención de Mario, quien giró la cabeza hacia la cocina. De pie, delante de la isla donde solía preparar los alimentos que iba a cocinar, ella lo observaba mientras llenaba una cafetera que pondría al fuego en breve.

—Hola —saludó ligeramente avergonzado.

—Hola —respondió Chloe con una expresión serena.

Mario se acomodó el cabello con la mano en un intento de que no se le notara incómodo.

—No sabía que los gatos se tiraban pedos —refunfuñó entre dientes.

Chloe trataba de conservar la compostura con todas sus fuerzas, aunque le estaba costando la misma vida lograrlo.

—Eso demuestra lo bien que le caes a Mr. Mochi —mintió, luchando por mantener a raya la sonrisa guasona que quería aflorar a toda costa—. Mi príncipe no se tira cuescos delante de cualquiera.

Mario clavó los ojos sobre ella intentando descifrar si se estaba burlando o no. En vista de que Chloe le dio la espalda justo en ese momento, no pudo descubrirlo, así que optó por dejarlo pasar.

—No recuerdo haberme quedado dormido, lo siento —se disculpó.

—Estabas un poco borracho y más cansado de lo que parecía —explicó ella.

Él contempló la cálida manta que le cubría la parte inferior del cuerpo.

—Suelo aguantar bastante bien el alcohol, pero puede que no fuera buena idea mezclarlo con los antihistamínicos que tomé ayer —meditó taciturno—. Por cierto, ¿por qué no me despertaste?

—¿Por qué iba a hacerlo? Ni que fuera la primera vez que te quedas a dormir en mi casa.

—Eso es verdad.

Mario le lanzó una mirada triunfal a Mr. Mochi, queriendo dejar constancia de que él había llegado a la vida de su dueña mucho antes. Pero este no estaba interesado en su presencia y se

incorporó en su asiento irguiendo la cola, momento en el que Mario se alejó por miedo a que le soltase otro regalito mañanero de los suyos.

—¿Te ayudo? —indagó, levantándose del sofá y acercándose a ella.

Ella lo miró de arriba abajo; notó su camisa arrugada y frunció la nariz ante el ligero olor a cerveza rancia que emanaba de él.

—¿Por qué no te duchas antes? —sugirió con confianza.

Él agarró un trozo de la parte delantera de su camisa para aspirar profundo por la nariz. Como era lógico, detectó un sutil aroma a sudor y alcohol que se había impregnado en la tela durante la noche.

—¿No te importa? —preguntó, con un deje de duda en su voz.

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—En absoluto, seguro que tengo alguna camiseta por ahí que te pueda prestar —señaló, poniendo la cafetera italiana en el fuego.

—Mientras no se la pidas al friki de tu vecino —bromeó él, recordando al peculiar tipo de enfrente y su ropa repleta de manchas de grasa.

El rostro de Chloe se iluminó con una expresión pícara.

—Oye, pues no es una mala idea —respondió, fingiendo considerarlo.

Mario la amenazó con un dedo, su expresión mitad seria, mitad divertida, mientras se dirigía al baño.

—Ni se te ocurra —advirtió, en un intento de mantener un tono amenazante, pero fracasó al final, ya que ambos estallaron en risas.

Chloe se dirigió a su dormitorio, abrió algunas de las cajas desperdigadas por el suelo y rebuscó entre las prendas guardadas en su interior. Encontró una vieja y cómoda sudadera, lo suficientemente holgada para que a él le quedara bien, y sonrió al recordar los tiempos en que compartían ropa.

Mientras tanto, Mario se desnudó en el baño y disfrutó del chorro caliente de la ducha que lo enroscaba como un abrazo cálido. Sus pensamientos volaron a momentos compartidos, risas, secretos y esa complicidad que solo sentía con ella desde que tenía uso de razón. Minutos después, se envolvió en la suave calidez de una tolla, aspirando el embriagante aroma del suavizante de Chloe. El vapor aún colgaba en el aire, y su piel, algo enrojecida por el calor, brillaba con las gotas de agua que todavía se aferraban a él. Se pasó una mano por el cabello mojado, despeinándolo sin esfuerzo, y se miró al espejo con una sonrisa relajada. Era extraño, pero a pesar de los años y la distancia, estar en el apartamento de Chloe le proporcionaba una sensación de familiaridad y paz que hacía tiempo que no experimentaba.

Salió del baño vestido solo con los vaqueros y se dirigió al encuentro de su amiga, quien preparaba con esmero un delicioso desayuno. Caminó por el pasillo dejando huellas húmedas a su espalda, disfrutando de la frescura del aire en contraste con el calor de la ducha, mientras el aroma del café recién hecho impregnaba sus fosas nasales. Al llegar a la cocina, se detuvo en el umbral y observó a Chloe mientras cocinaba.

Cuando ella alzó la mirada se quedó clavada al suelo, sin apartar los ojos del fuerte torso de Mario, quien se había apoyado casualmente en la pared. Su piel, todavía húmeda, recogía las suaves gotas que caían de su cabello mojado, deslizándose por sus hombros y pecho en un lento y tentador recorrido. La luz del sol que entraba por las ventanas realzaba cada contorno de sus músculos y creaba sombras que acentuaban su figura atlética.

Chloe sintió cómo su corazón comenzó a latir con fuerza en su pecho, sus pensamientos se

dispersaron y olvidó por un momento el bol de huevos que sostenía en sus manos. Había conocido a Mario de adolescente, pero, en este instante, lo vio bajo una nueva luz. La imagen de su amigo de la infancia se entrelazaba con la del hombre que tenía delante, creando una insólita mezcla de nostalgia y atracción que la tomó por sorpresa.

—Eso huele de miedo —reconoció él con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo—. ¿Qué es?

Lo ojos de Chloe, como si tuvieran entidad propia, se negaban a apartar la atención de los fuertes antebrazos de Mario. Sus músculos saltaban con cada movimiento, atrayendo el interés sobre los trabajados pectorales y marcados abdominales.

Consciente de su reacción, de repente, Chloe sacudió la cabeza ligeramente, tratando de despejar su mente mientras un ligero rubor comenzaba a colorear sus mejillas.

—Tostadas francesas —balbuceó, obligándose a concentrar su atención en lo que estaba haciendo.

Se giró hacia la sartén, sus manos temblaban un poco mientras volteaba las gruesas rebanadas de pan blanco. El silencio en la cocina se llenó con el suave chisporroteo de la mantequilla y el sonido de su respiración acelerada.

—¿Estás bien? —indagó, confuso ante su extraña actitud.

Ella enderezó los hombros y carraspeó con fuerza.

—Sí, claro —dijo, forzando una sonrisa—. Las tostadas francesas son muy parecidas a las torrijas, así que espero que te gusten —habló con rapidez—. Por cierto, te he dejado una sudadera encima del sofá.

Mario asintió y se giró en busca de la prenda, pero no pudo evitar torcer el gesto al comprobar que aquella bola de pelo estaba amasando en ella como si la vida le fuera en ello.

«Por si no ha quedado claro, estoy marcando territorio, pardillo», maulló Mr. Mochi antes de ser apartado a la fuerza.

Mario sacudió los pelos grises de la prenda y se la vistió después de lanzarle una torcida mirada a su enemigo de cuatro patas.

—¿Qué hago con esto? —indagó, enseñándole la húmeda toalla con la que se había secado.

Chloe sacó la última tostada de la sartén y la colocó en un plato.

—Dámela, la pondré a lavar junto con tu camisa.

—No es necesario —se negó, decidido a no causar molestias.

Ella se acercó y tomó la ropa sin hacerle caso.

—Hoy es día de colada, así que no me molesta poner una camisa más —aclaró, cortando de raíz sus reticencias—. Mientras tanto, ¿por qué no pones la mesa y así desayunamos?

Mario asintió, encantado de obedecer. Por un lado, no quería ser un incordio, pero, al mismo tiempo, la perspectiva de pasar más tiempo con ella le resultaba irresistible.

Desayunaron con tranquilidad, disfrutando de la deliciosa comida preparada por Chloe. Las tostadas francesas eran esponjosas y doradas, con un toque de canela que les daba un sabor especial. La conversación fluía sin esfuerzo, saltando de un tema a otro, desde recuerdos de su adolescencia hasta anécdotas de la vida de Chloe en Londres. Cada risa compartida y cada mirada cómplice hacían que el tiempo pareciera detenerse.

Mario estudió a su amiga con atención, capturando cada detalle. No solo se había convertido en una mujer hermosa, sino que también exudaba una elegancia natural que lo fascinaba. Sus movimientos eran gráciles y fluidos, y hasta el simple gesto de colocar un mechón de cabello detrás de la oreja tenía una delicadeza que lo mantuvo absorto durante unos segundos.

—¿Te aburro? —preguntó Chloe de repente, al notar que su atención parecía estar en otro lugar.

Avergonzado por el rumbo de sus pensamientos, Mario regresó a la realidad al instante.

—En absoluto —se apresuró a aclarar, arrancando otra uva del racimo que descansaba en el frutero y llevándosela a la boca.

Ella simplemente sonrió, una expresión que iluminó su rostro.

—Pues no lo parecía.

Mario se encogió de hombros y le devolvió la sonrisa.

—Solo me preguntaba por tus planes para hoy.

Ella terminó su té con leche de un trago antes de responder.

—Tengo un montón de trabajo pendiente, ¿lo recuerdas? Este fin de semana me toca sentarme delante del piano y rezar para que las musas me ayuden a componer la canción principal de la película.

—Cierto. —Mario asintió, aunque no pudo evitar sentir una punzada de decepción. Había esperado poder pasar más tiempo con ella, recuperar un poco más del tiempo perdido.

En un gesto que ya era característico en Chloe, subió ambas piernas a la silla y las rodeó con sus brazos antes de inclinar ligeramente la cabeza hacia un lado, sus ojos brillaban con curiosidad.

—¿Qué está maquinando esa cabecita tuya?

Él contempló el suelo y se fijó en las cajas de muebles que todavía estaban sin abrir. Los paquetes amontonados en una esquina del salón evidenciaban lo reciente de la mudanza de Chloe. De pronto, una idea iluminó su rostro.

—¿Qué te parece si llamo a Gonzalo y le pido que me ayude a montar los muebles que todavía faltan? —sugirió con entusiasmo.

Ella negó con la cabeza, su expresión se tornó seria.

—Ni de coña.

—¿Por qué?

Chloe bajó las piernas y se levantó de la silla.

—Porque no.

—Estoy seguro de que a él no le importará.

Ella comenzó a recoger la mesa con una expresión que reflejaba su desacuerdo.

—No pienso abusar más de su paciencia, bastante ha hecho ya el pobre.

—Estoy seguro de que le encantará la idea.

Antes de que Chloe pudiera seguir protestando, Mario estaba llamado a Gonzalo, y este se presentó en su casa con ropa limpia, un taladro y una caja de herramientas en tiempo récord. La obligaron a encerrarse en su estudio mientras ellos desembalaban varios muebles, entre los que se encontraban un colchón y un canapé para la habitación de invitados. Los dos amigos trabajaron con pericia, como si hubieran estado haciendo eso durante años.

Tuvieron un breve descanso a la hora de la comida y después continuaron hasta dejarlo todo listo. La tarde transcurrió para Chloe aislada en su mundo, mientras la melodía de su nuevo trabajo tomaba forma bajo los auriculares que la excluían del sonido de los tornillos ajustados y piezas encajadas. Cuando la noche cayó sobre la ciudad de Madrid, Chloe salió de su cueva para encontrarse con los dos sentados en el sofá, bebiendo unas cervezas y mirando un partido de fútbol.

—¿También habéis sintonizado la televisión? ¡Vaya, sois increíbles!

Los dos muchachos la miraron con orgullo.

—Pepe Gotera y Otilio a tu servicio —bromeó Gonzalo.

Una sonrisa de satisfacción por el trabajo bien realizado asomó al rostro de Mario, quien se enderezó en el sofá a la vez que cogía el mando a distancia y bajaba el volumen del partido. No contaba con dejarlo todo resuelto tan pronto, pero las cajas eran más voluminosas de lo esperado y el trabajo más fácil de que lo habían pensado. Por lo que, en cuanto acabaron, llevaron los cartones y plásticos al contenedor y esperaron a que ella terminase con lo suyo.

—Te hemos robado unas cervezas —dijo, levantando su fría lata en señal de disculpa.

Ella asintió y fue a sentarse al sofá que quedaba libre, momento en el que Mr. Mochi aprovechó para bajarse de las piernas de Gonzalo y subirse a las suyas. La presencia cálida y ronroneante del gato hizo que ella sonriera con ternura al tiempo que acariciaba su suave pelaje.

—Gracias por todo, chicos.

—Ha sido un placer —respondió este con un brillo peculiar en sus ojos.

Mario torció el gesto ante la maniobra del gato, quien parecía haber aceptado bastante bien a Gonzalo desde su llegada. Humano y felino se miraron durante unos escasos segundos para dejar constancia de su aversión mutua.

—¿Cómo os lo puedo pagar?

La voz de Chloe atrajo la atención de Mario.

—Yo me muero de hambre —dijo sincero.

Chloe soltó una carcajada, una melodía alegre que llenó la sala. Se levantó con cuidado para no molestar a Mr. Mochi y se dirigió a buscar su teléfono.

—Pues no se hable más. ¿Qué os apetece cenar? Sushi, chino, hamburguesas…

—Coreano —interrumpió Mario con un brillo expectante en los ojos—. Nunca lo he probado y hay un sitio por aquí que dicen que es espectacular.

Ella sonrió y comenzó a buscar el número del restaurante en su móvil mientras los dos hombres se relajaban en el sofá. Después de unos minutos colgó la llamada y regresó con una sonrisa satisfecha.

—Pedido hecho. En treinta minutos tenemos comida coreana para un batallón —anunció.

—¡Genial! —celebró Gonzalo al escuchar la noticia—. Por cierto, ¿qué tal con la melodía, has avanzado algo?

Chloe, que contemplaba el trabajo que los dos chicos habían realizado en su casa con una mezcla de asombro, asintió.

—¿Podemos escucharlo? —pidió interesado.

Mario intervino con una mueca escéptica.

—Ni te molestes. De pequeños, nunca me dejaba escuchar nada de lo que componía y no creo que haya cambiado.

Chloe levantó una ceja, ofendida por la acusación.

—Pues me gustaría que lo oyerais para conocer vuestra opinión —lo contradijo, dejando a Mario sorprendido.

—¡Vaya, esto es nuevo! —exclamó él, aún incrédulo.

—Estamos hablando de trabajo, Mario —explicó ella con resolución mientras los invitaba a su estudio.

Los tres entraron en el íntimo refugio de Chloe, un espacio lleno de inspiración y creatividad. La habitación estaba decorada con partituras desperdigadas aquí y allá, biografías de cantantes reconocidos apiladas en estanterías y un piano de cola en una esquina. En el centro de

la habitación, pegada a la pared del fondo, se encontraba una mesa de mezclas con un ordenador y varios teclados conectados entre sí.

Ella se sentó ante la mesa y encendió el equipo con manos expertas. Abrió un archivo en el ordenador y, tras una breve pausa para reunir valor, le dio a reproducir. La melodía comenzó a llenar la habitación, una pieza delicada y emotiva que parecía capturar la esencia misma de Chloe.

Mario y Gonzalo escuchaban en silencio, absortos en la música. Chloe los observaba de reojo, en busca de una pista sobre sus pensamientos en sus expresiones. La tensión se acumulaba en su pecho, cada segundo que pasaba parecía alargarse infinitamente.

Cuando la corta melodía terminó, el silencio se instaló en la habitación.

—¿Y bien? —preguntó nerviosa, su voz cargada de incertidumbre.

Ambos amigos se miraron entre sí, generando una tensión expectante que le secó la boca. Por fin, Gonzalo fue el primero en hablar.

—Es… impresionante, Chloe —dijo con sinceridad, sus palabras cargadas de admiración.

Mario asintió, todavía procesando la belleza de la pieza.

—Sí, es increíble. Has capturado algo muy especial —admitió, mirándola con una mezcla de asombro y respeto.

Chloe dejó escapar un suspiro de alivio, una sonrisa cálida iluminó su rostro.

—Esto es solo la guía, todavía falta mucho trabajo —dijo, sintiéndose más ligera, como si un peso se hubiera levantado de sus hombros.

—Pues pinta genial —la alabó Mario.

—Gracias —respondió tímida.

—¿Esta será la canción principal de la banda sonora? —indagó Gonzalo, perplejo porque hubiera creado algo con tanta calidad en tan poco tiempo.

—Ajá —asintió orgullosa.

—¿Y ya sabes quién será el cantante que han elegido para que la interprete?

Chloe subió ambas piernas encima de la silla y las rodeó con sus brazos.

—Pues sí, ayer me dijeron quién iba a ser —confesó excitada—. A mí no me suena de nada, porque al parecer es un cantante emergente que está comenzando a despuntar en España, pero tal vez vosotros lo conozcáis.

—¿Cómo se llama? —indagó Gonzalo, curioso.

—Milo.

Un silencio incómodo se apoderó de la habitación cuando ambos amigos intercambiaron una extraña mirada al escuchar ese nombre.

—¿Lo conocéis? —preguntó ella, sorprendida.

La expresión de Mario se transformó en una máscara inescrutable, al contrario que la de su amigo, el cual esbozó una sonrisa maliciosa.

—No tenemos el enorme placer —respondió irónico—. ¿No es así, colega?



Capítulo 6

Chloe intercambió una mirada cargada de confusión con Gonzalo cuando Mario salió de la habitación con el rostro endurecido. El ambiente relajado y cordial se había desvanecido, y una nube negra espesaba el aire, tornando la atmósfera pesada y tensa.

—¿He dicho algo malo? —preguntó inquieta.

Gonzalo sacudió la cabeza, frustrado.

—No, tranquila. No ha sido culpa tuya.

—¿Entonces?

Él no respondió de inmediato y siguió a su compañero de piso fuera del estudio con pasos decididos. Chloe, curiosa y preocupada, los observaba de cerca.

—¿A dónde vas? —inquirió Gonzalo cuando vio a Mario dirigirse hacia la puerta de entrada.

—Voy a buscar más cervezas —respondió este, su tono estaba cargado de irritación apenas contenida.

—La comida está a punto de llegar, Mario —le recordó Gonzalo.

Él le lanzó una mirada fulminante, sus ojos brillaron con una mezcla de enojo y frustración.

—No tardo nada —dijo con voz firme.

Gonzalo le sostuvo la mirada, chistando con la lengua en claro desacuerdo.

—Haz lo que quieras, pero tomártelo así no cambia las cosas —musitó entre dientes, dejándose caer en el sofá.

Mario giró sobre sus pies al escuchar sus palabras, con movimientos bruscos y tensos.

—No me lo estoy tomando de ninguna manera. Solo necesito salir y que me dé un poco el aire, ¿de acuerdo?

Gonzalo no se dejó intimidar, su tono se volvió más incisivo.

—¿Para qué? ¿Para encontrar una excusa que explique por qué Blanca no te dijo nada?

Chloe, completamente desconcertada, seguía la conversación con la mirada como si estuviera presenciando un partido de tenis. El nombre de su antigua amiga salió a la luz, y añadió más confusión a la situación.

—No tengo que encontrar ninguna excusa —mintió Mario con voz cortante—. Si Blanca no me dijo nada, es porque hace tiempo que no nos vemos.

Gonzalo soltó una carcajada amarga, incrédulo.

—¡Uy, sí, qué casualidad! Me pregunto por qué.

Mario abrió la boca para replicar, pero optó por cerrarla de nuevo, pues sabía que, por mucho que lo intentara, él nunca cambiaría de opinión.

Chloe, tratando de poner orden en el caos, se acercó a ambos con una expresión preocupada.

—¿Alguien me puede explicar por qué estáis discutiendo?

Los dos amigos se retaron con la mirada durante unos tensos segundos, hasta que al fin Mario dejó salir un suspiro resignado. Trató de suavizar su expresión al girarse hacia ella.

—No es nada —se disculpó con pesar—. Volveré enseguida.

Chloe alzó una ceja al tiempo que lo veía salir por la puerta, su mente trabajaba a toda velocidad para entender la situación. Luego se volvió hacia Gonzalo en busca de respuestas.

—¿Y bien? —interrogó, cruzando los brazos sobre el pecho.

Este se revolvió el cabello, molesto consigo mismo por no ser capaz de morderse la lengua. En ocasiones como aquella, se había prometido mantenerse al margen, pero por desgracia siempre incumplía su promesa.

—Emilio Ferrer, más conocido como Milo, el cantante elegido para interpretar la canción principal de la película, es el nuevo novio de Blanca —respondió, arrastrando las palabras, como si estas le arañasen la garganta.

Un tenso silencio se adueñó de la habitación durante unos instantes. Chloe giró la cabeza hacia la puerta por donde Mario había desaparecido, luego se sentó al lado de Gonzalo, procesando la nueva información.

—No lo sabía —confesó aturdida, mientras su cerebro daba vueltas sin parar.

Gonzalo bufó, dejando escapar un sonido de impotencia.

—Entiendo que tú no lo supieses, pero ¿ves normal que Blanca no le dijese nada a su amigo del alma?

—¿Decirle el qué?

—Pues que su nuevo novio interpretaría la canción de la película en la que él trabaja.

—¿Por eso se ha molestado?

Su compañero chistó la lengua contra el paladar.

—No es para menos, ¿no crees? —asumió sin ninguna duda.

—Tal vez ella no lo sabía o no tuvo oportunidad de decírselo —comentó con cautela.

Gonzalo dejó salir un jadeo de descrédito, frunciendo el ceño.

—¡Venga, no fastidies!

—Veo que no te cae muy bien Blanca —observó Chloe, leyendo entre líneas la evidente animosidad en su tono.

Incómodo, él se revolvió en su asiento.

—Lo siento —se disculpó, torciendo el gesto—. Sé que también es tu amiga, pero admito que no es santo de mi devoción.

—Te equivocas —aclaró sincera—. Blanca no es mi amiga, así que no tienes por qué sentirlo.

La curiosidad se reflejó en el rostro de su compañero de trabajo.

—¿No es tu amiga? Yo creí que os conocíais desde pequeños. Pensé que…

Ella hizo un gesto con la mano restándole importancia.

—Perdimos todo contacto cuando yo me fui a Londres. De eso hace trece años, así que, técnicamente, la considero más bien una conocida.

Él recordó lo que su amigo le había contado al respecto.

—Es cierto, ahora que me acuerdo, Mario me dijo que antes de que te fueras a Inglaterra las dos discutisteis, o algo así, ¿no?

—Algo así.

La expresión de Chloe era un lienzo en blanco, así que Gonzalo se vio en la obligación de preguntar:

—¿Por qué?

—Cosas nuestras —dijo evasiva—. ¿Y tú? ¿Has tenido algún problema con ella?

Era obvio que Chloe no quería hablar del tema, así que a él no le quedó otra que tragarse la curiosidad.

—En realidad, no.

—¿Entonces?

—Cuestión de *feeling*, supongo —respondió, encogiéndose de hombros.

Chloe alzó ambas cejas, no muy convencida.

—No soy tonta, ¿sabes? Esta reacción no es solo una cuestión de *feeling*.

Mr. Mochi aprovechó ese momento para subirse al sofá y restregar su cabeza contra Gonzalo. Este, agradecido por la interrupción, acarició las orejas y el suave pelaje del gato mientras pensaba si podía confiar en Chloe. Los tres eran amigos, o al menos lo habían sido, no quería confrontaciones innecesarias, y menos con ella.

—Mario es mi mejor amigo —dijo tras tomar la decisión de ser sincero—. Lo conocí en la universidad y nos entendimos tan bien que hemos mantenido la amistad hasta ahora. Es casi como un hermano para mí.

—Se os nota —respondió ella con una suave sonrisa.

Él asintió mientras ponía en orden sus sentimientos.

—Inevitablemente, conocer a Mario supuso conocer a Blanca. Al principio ella me caía muy bien, pero con el tiempo, cambié de opinión.

Chloe subió las piernas al sofá, acomodando a Mr. Mochi en su regazo, mientras observaba a Gonzalo con interés. No estaba interesada en juzgar, solo en conocer su opinión.

—¿Por qué cambiaste de parecer? —preguntó con suavidad.

Gonzalo torció el gesto con desagrado al recordar aquella época.

—No estoy ciego —admitió sincero—. Reconozco que Blanca es un bombón con una sonrisa angelical que sería el sueño de cualquier tipo con ojos en la cara. Su carácter dulce y agradable atrae a los hombres como la miel a las moscas, pero con el tiempo me di cuenta de que su fondo tiene algo oscuro.

Las miradas de los dos se encontraron y, de algún modo, sin que Chloe admitiese nada, ambos sabían de lo que estaba hablando.

—Sabe tejer una red con su encanto que te mantiene atrapado —continuó—. Eso es lo que ha estado haciendo con Mario desde que eran adolescentes. Con los años, Blanca ha perfeccionado el modo de mantenerlo fiel a su lado, ofreciéndole una de cal y otra de arena, sin comprometerse nunca del todo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Chloe luchaba consigo misma en ese momento. Por un lado, no deseaba involucrarse ni tomar partido, pero por otro, quería saber más.

—Creo que sí —se limitó a decir, intentando sonar neutral—. Pero yo creí que sí se habían comprometido. Que, después de mudarme a Londres, habían estado saliendo.

Él sacudió la cabeza de forma negativa.

—Te equivocas. Hasta donde yo sé, jamás han estado juntos.

La sorpresa sacudió a Chloe, quien no entendía cómo había estado tan equivocada.

—¡Vaya! —exclamó en verdad asombrada—. Pensé que después del beso en aquella fiesta… —confusa, las palabras murieron en su boca al mismo tiempo que ordenaba sus recuerdos.

Una carcajada cínica flotó en el salón.

—Ese maldito beso trae loco a Mario desde entonces —admitió molesto—. Pero Blanca niega que fuera ella.

La extraña expresión que ensombreció el rostro de Chloe atrajo la atención de Gonzalo, quien dejó salir un pesado suspiro ante su confusión.

—No entiendo —murmuró ella.

—Yo sí —admitió él con fastidio—. Al comienzo no era consciente del sutil modo en el que Blanca maneja a los demás, lo hace de forma impecable, hasta el punto en el que te hace creer que es idea tuya. Te manipula, te confunde con su sonrisa y aspecto de no haber roto un plato en su vida, pero en el fondo sabe muy bien lo que está haciendo. Cuando Mario me habló sobre ella, no entendía por qué llevaba tantos años colgado, hasta que me la presentó y la vi en acción. Él niega que le guste, pero yo no me lo trago.

En este punto, Gonzalo la miró, buscando en sus ojos alguna señal de juicio, pero solo encontró comprensión. Animado por esto, continuó:

—Blanca es seductora por naturaleza, le gusta gustar y que todo el mundo esté pendiente de ella. Al principio me confundía, porque yo creía captar mensajes de su parte que eran totalmente contradictorios, haciéndome pensar que le gustaba, pero al mismo tiempo mandándome a la *friend zone* sin tan siquiera pestañear. Por un tiempo, llegué incluso a dudar de mí mismo y de la amistad que me unía con Mario, hasta que me di cuenta de su juego. Ahí fue cuando dije basta.

Al encontrar por fin a una persona con la que poder desahogarse, Gonzalo dejó salir toda la rabia que llevaba dentro.

—En ese instante entendí por qué Mario lleva años obsesionado con Blanca. Ella sabe que él está enamorado hasta las trancas, por lo que juega con su cordura de un modo que, en mi opinión, resulta de una crueldad inimaginable. Mario siempre ha estado a su merced, Chloe, a la espera de algo más que nunca llega. Alimentado por una falsa esperanza que ella se encarga de fomentar a su conveniencia. Lo utiliza cuando le interesa y después lo desecha como un *Kleenex*. Y saberlo me toca los cojones, por eso no puedo evitar saltar a la mínima cuando ella, por un motivo u otro, regresa a su vida. No quiero verlo sufrir, joder. Eso es todo.

Ella asintió, comprendiendo la preocupación de Gonzalo.

—Entiendo lo difícil que es ver a alguien que te importa atrapado en una relación así —admitió, recordando viejos tiempos, cuando ella misma estuvo en esa posición.

—No tienes ni idea —confesó enojado— de la impotencia que siento al ver a mi mejor amigo en una relación tan tóxica y no ser capaz de hacerlo entrar en razón. Para él, Blanca es la mujer perfecta y nada de lo que le diga o haga lo hará cambiar de opinión. Y eso me desespera.

Tras dejar salir toda su frustración, el silencio se instaló entre ellos, cargado de reflexiones. Chloe acarició a Mr. Mochi, quien ronroneaba plácidamente, y miró a Gonzalo con una nueva perspectiva.

—¿No crees que, en cierto modo, él también tiene parte de culpa?

Gonzalo arrugó el ceño ante su comentario, la confusión se reflejaba en su rostro.

—¿Qué quieres decir?

Ella solo se limitó a encogerse de hombros, sin querer no tomar partido.

—No me malinterpretes, Gonzalo —dijo, buscando las palabras adecuadas—. No estoy defendiendo a Blanca, ni mucho menos, pero creo que es injusto culparla por completo. Como bien has dicho, has intentado en innumerables ocasiones abrirle los ojos a Mario sobre cómo ella lo manipula. Si después de tantos años sigue siendo incapaz de ver la realidad, no creo que sea solo culpa de Blanca, ¿no crees?

Él se frotó la barbilla y meditó sus palabras durante un segundo, su mirada perdida en la distancia.

—Está totalmente cegado por ella —murmuró con pesadumbre—. No hay otra explicación posible.

Ella entrecerró los ojos, dudando de esa afirmación.

—¿De verdad es lo que piensas?

Gonzalo la miró con incredulidad, como si la idea jamás se le hubiera pasado por la cabeza.

—No hay otra explicación… ¿O sí?

—¿Y si no es así? —preguntó, desafiando su punto de vista—. ¿Y si Mario, en el fondo, es consciente de la situación, pero no tiene la fuerza suficiente para alejarse de Blanca?

—No creo que eso sea posible —respondió él con vehemencia—. Si lo que dices fuera cierto, sería demasiado triste, joder.

Chloe suspiró al sentir una punzada de tristeza por su amigo.

—El amor no siempre es racional, Gonzalo —dijo con voz suave—. A veces nos aferramos a personas que nos hacen daño por el simple temor de no avanzar o admitir nuestra derrota.

Él permaneció en silencio, meditando sobre las palabras de Chloe. Las frases resonaban en su mente como un eco que lo invitaban a contemplar una perspectiva diferente sobre la obsesión de Mario por Blanca. Por primera vez, se abría la posibilidad de que su amigo no fuera tan víctima de las manipulaciones de Blanca como él había creído hasta entonces.

—¿De verdad piensas que Mario sabe cómo es ella en realidad? —preguntó con un tono de voz teñido de duda y cierta esperanza.

Chloe no se apresuró a responder. La pregunta de Gonzalo la sumió en una profunda reflexión. No tenía una respuesta definitiva, pero sí podía intuir las emociones que se agitaban en el interior de su compañero.

Su mente viajó en el tiempo, retrocediendo a los innumerables momentos que había compartido con Mario cuando tan solo eran unos adolescentes. Recordaba con nitidez las innumerables confidencias que su amigo le había hecho sobre sus planes de declararle su amor a Blanca. En su cabeza, revivía las conversaciones en las que él, con los ojos brillantes y el corazón rebosante de esperanza, le hablaba de sus planes para al fin abrirle su corazón a la chica que lo cautivaba. Chloe recordaba las sonrisas ilusionadas, los gestos llenos de entusiasmo y las palabras cargadas de anhelo que Mario pronunciaba al hablar de Blanca.

Y, a pesar de sus advertencias, de sus intentos por hacerle ver la realidad de la situación, esos planes se frustraban una y otra vez, dejando el corazón de Mario hecho pedazos. Chloe había presenciado de cerca el dolor que cada fracaso provocaba en su amigo, la desolación que lo invadía al verse una vez más relegado a un segundo plano por la atención de Blanca. Había sido testigo de ese ciclo doloroso en innumerables ocasiones, y cada vez que Mario regresaba a ella, cabizbajo y abatido, la ira y la impotencia crecían en su interior. No podía comprender cómo un chico tan inteligente, tan sensible y con tanto que ofrecer, podía seguir aferrado a un amor que solo le traía dolor.

Hasta que llegó el día en que Chloe se hartó, incapaz de romper el círculo vicioso que lo mantenía atrapado, y decidió alejarse de todo aquello.

—No lo sé —admitió con tristeza, su voz cargada de resignación—. De todas formas, gracias por contármelo, aprecio tu sinceridad.

Gonzalo la miró y se sintió aliviado de haber compartido sus pensamientos con alguien que también podía entenderlo. Sus hombros, antes tensos, se relajaron ligeramente y la dureza en sus ojos se suavizó.

—No, gracias a ti por escucharme.

La mirada de Gonzalo expresaba un aire cómplice que puso nerviosa a Chloe, que justo fue salvada por la llamada del timbre que avisaba de la llegada de la cena. Con un suspiro de alivio, ella se levantó y caminó hacia el telefonillo. Tras unos minutos, abrió la puerta y recibió el olor

tentador de la cena coreana, acompañada por un Mario más calmado, quien se había topado con el repartidor en la puerta del edificio.

—Siento haberme ido así —dijo apesadumbrado—, pero no vengo con las manos vacías.

Chloe sonrió al verlo levantar en el aire dos bolsas; una, con la cena y la otra, con varias latas de cervezas.

—Pasa, anda —dijo, haciéndose a un lado.



Capítulo 7

En las siguientes semanas, Chloe trabajó de forma incansable, tanto en la creación del tema principal como en la banda sonora de la película. Había recibido la letra de la canción, por lo que tenía que ajustar el ritmo con los versos, hacer brillar el estribillo, crear el puente y culminar de un modo que fuera perfecto. Todo ello, por supuesto, no serviría de nada si no encajaba con la voz y tono del intérprete que estaba destinado a cantarla, por lo que todavía quedaba mucho trabajo por hacer.

Después de la última cena en su apartamento, los chicos y ella habían creado una agradable rutina: reunirse para tomar algo después del trabajo. Todo dependía de la hora en que salían de la oficina, o del cúmulo de trabajo pendiente que cada uno debía enfrentar, pero siempre encontraban el momento para verse varios días a la semana. Estos encuentros se habían convertido en un oasis en medio del caos diario, un refugio donde la risa fluía libre y las ideas se intercambiaban con la facilidad de una conversación entre viejos amigos.

Cuando Chloe no estaba físicamente en la empresa, mantenía la comunicación con su equipo a través de correos electrónicos o llamadas telefónicas. Enviaba melodías, armonías y ritmos en archivos de audio que, más tarde, el equipo analizaba con meticulosidad. Decidían si esos fragmentos serían utilizados o descartados, siempre evaluando la calidad y la emoción que transmitían. El proceso creativo era a la vez intenso y a veces desesperante, pero tan estimulante y gratificante que Chloe no lo cambiaría por nada en el mundo.

Gonzalo, respetando su forma de trabajar, a menudo se presentaba en su casa para discutir detalles específicos. Otras veces, ella acudía a la empresa para resolver cuestiones que solo podían ser tratadas de manera presencial.

Chloe había logrado crear un ambiente de trabajo conjunto y armonioso, demostrando una ausencia total de ego cuando alguien en su equipo sugería cambios o ideas que ella no había considerado. Estas aportaciones enriquecían el material y lo elevaban a un nivel impresionante que la asombraba de manera constante. Su forma de proceder, permitiendo que el proceso creativo fluyera libre y sin restricciones, generaba un respeto y admiración profundo entre los músicos y técnicos que estaban bajo sus órdenes. Muy pocos lograban tanto reconocimiento en tan poco tiempo, y sus compañeros entendían los motivos que la habían llevado a triunfar siendo tan joven. Si alguno de ellos albergó dudas con respeto a su capacidad para liderar el trabajo, estas habían sido desechadas de forma inmediata por evidentes razones.

En cuanto a ella, que había temido no encajar en un nuevo país y grupo de trabajo, se dio cuenta de que estaba rodeada de un talento inmenso que facilitaba su adaptación. Cada día, se sentía más agradecida por la oportunidad de colaborar con personas tan creativas y apasionadas. El carácter latino era muy diferente al inglés, pero sabía aprovechar ambos mundos de un modo muy eficiente. Los momentos de duda se disipaban con rapidez, reemplazados por la certeza de que estaba exactamente donde debía estar, creando música que no solo resonaba en su alma, sino también en la de quienes la rodeaban.

Sentada frente al ordenador de Gonzalo, Chloe escuchaba atenta los cambios realizados en la instrumentación. El ambiente en el estudio estaba cargado de una electricidad creativa, cada nota resonaba con potencial y emoción.

—El tono de este bajo le da un aire más *funky*, ¿verdad? —comentó él, mientras sus dedos tamborileaban con suavidad al ritmo de la música.

Con los ojos cerrados, saboreando las notas que salían por los altavoces, ella asintió con una sonrisa.

—Me gusta.

Nacho y Jesús, los otros dos miembros del equipo, se miraron con complicidad y chocaron las manos, felices por la respuesta lograda.

—¡Bien! —exclamaron ambos al unísono, el entusiasmo evidente en sus voces.

Chloe les devolvió la sonrisa y luego intercambió una mirada significativa con Gonzalo.

—Déjame escuchar los instrumentos de viento —pidió, con voz suave pero decidida.

Él habilitó la capa en el programa y avanzó hasta el lugar donde unos violines rasgaban con suavidad las notas, añadiendo un manto de elegancia a la mezcla.

—¿Qué te parece? —preguntó, sus ojos oscuros fijos en ella, observando cada matiz de su reacción.

Plenamente concentrada, Chloe inclinó la cabeza hacia un lado, se dejó llevar por sus emociones a través de las notas.

—No lo sé —respondió, su voz cargada de duda—. No estoy muy convencida. Tengo la sensación de que le quita frescura y modernidad a la pieza.

Nacho no perdió tiempo y sugirió con rapidez:

—Podemos probar con otra cosa. —Y realizó unos ligeros cambios en la pista musical—. ¿Qué te parece así?

La nueva mezcla llenó el estudio, cada nota ajustada con extremo cuidado. Chloe escuchó con atención, su expresión cambiaba a medida que los nuevos sonidos cobraban vida.

—Creo que, si ajustamos la ecualización aquí y añadimos este efecto, tal vez… —su voz se desvaneció, sus pensamientos interrumpidos por una llamada en la puerta.

Gonzalo se levantó y cruzó la habitación con pasos decididos. Chloe lo observó mientras se alejaba, su mente aún sumida en las complejidades de la música que estaban creando juntos. La voz del encargado de producción la sacó de sus pensamientos.

—¿Podemos pasar?

Ella también se levantó de su asiento ante la inesperada visita, su curiosidad se despertó por la interrupción.

—Sí, por supuesto —respondió con una sonrisa amable.

Rubén García se adentró en el moderno estudio, acompañado por dos hombres; uno de ellos, un joven que aparentaba menos edad de la que tenía. Este contemplaba los monitores y equipos de última generación con los que Chloe y sus compañeros trabajaban con la boca ligeramente abierta en una expresión de asombro. Reconocía el potente software con el que grababan, creaban, mezclaban, editaban y masterizaban las melodías que nacían del alma de cada uno de ellos.

El estudio albergaba diferentes guitarras y bajos que se mantenían en pie sujetos por soportes y perchas colocados de forma estratégica en el suelo y las paredes. Varios modelos de teclados, altavoces, micrófonos, cables y conectores componían un equipo de trabajo de lo más profesional; todos conectados a la interfaz de audio y a la mesa de mezclas. El ambiente estaba impregnado del sutil aroma a café, madera y electrónica, una mezcla que siempre le resultaba reconfortante a Chloe.

Rubén rompió el silencio con su tono profesional, pero con un toque de emoción que no

pudo ocultar.

—Me gustaría presentarte al nuevo fichaje que cantará la canción principal de la película. —Señaló con la mano al hombre de mayor edad a su lado—. Su mánager nos sugirió que sería agradable que vinieran antes para conocer la empresa y a familiarizarse con el ambiente y el equipo de trabajo, así que este encuentro es algo informal que…

El joven aludido no dejó que Rubén terminara y se acercó a Chloe con una expresión de admiración que le iluminaba el rostro.

—Mi nombre es Emilio Ferrer, aunque todo el mundo me conoce como Milo —dijo, con los ojos brillantes de emoción—. No puedo creer que por fin te conozca. Soy un gran admirador tuyo y no puedo esperar a trabajar contigo.

Chloe sonrió, conmovida por el contagioso entusiasmo del muchacho, y extendió la mano para estrechar la suya.

—Para mí también es un placer conocerte, Milo, estoy deseando trabajar contigo en este proyecto.

Los ojos del joven cantante brillaron aún más, si eso era posible, mientras apretaba su mano con entusiasmo. La mirada dulce del recién llegado armonizaba con su cabello castaño alborotado y unas adorables pecas que adornaban su rostro. Vestido con sencillez y un estilo desenfadado, combinaba unos jeans ajustados con una camiseta gris desgastada y una chaqueta de cuero negra. Aunque no era su tipo, Chloe admitió que Milo era un chico guapo y simpático que transmitía una energía y pasión desbordantes.

—El placer es mío, Chloe. Si te soy sincero, el motivo principal por el que acepté este trabajo fue porque me enteré de que tú componías y producías la canción. En ese instante supe que no podía dejar escapar esta oportunidad.

Un ligero rubor tiñó el rostro de ella mientras cruzaba una mirada con Gonzalo. Ambos pensaron lo mismo: ese chico era el nuevo novio de Blanca y, por muy encantador que pareciese, Mario iba a odiarlo con toda su alma.

—¡Vaya, no sé qué decir! —murmuró abrumada.

Una sonrisa deslumbrante despuntó en el rostro del cantante.

—Llevo tiempo siguiendo tu trabajo, ¿sabes? —confesó sincero—. He escuchado todas las colaboraciones que has hecho con gente muy top dentro del panorama musical, y te aseguro que en estos momentos se siente como un sueño estar frente a ti.

—Bueno…, yo… espero no defraudarte —respondió, sintiendo de pronto una fuerte presión sobre sus hombros.

—Eso sería imposible.

Chloe forzó una incómoda sonrisa con cierto aire de culpabilidad mientras el rostro de Mario acudía a su mente. Tras unos instantes, se sacudió un mal presentimiento del cuerpo y procedió a presentarle al resto del equipo.

El tiempo pasó veloz y los nervios iniciales de Milo se transformaron en verdadera concentración cuando comenzó a hacer preguntas pertinentes que demostraban su indudable interés por el proceso con una mezcla de admiración y curiosidad absolutas. Lo que en un principio iba a ser una breve visita, terminó alargándose en un emocionante viaje de ideas creativas.

—¿Quieres escuchar lo que tenemos hasta el momento? —preguntó Chloe, amable.

Él asintió con un entusiasmo palpable.

—Lo estoy deseando.

Ella le hizo una seña a Gonzalo y la música comenzó a fluir, llenando el estudio con una melodía que prometía ser el comienzo de algo extraordinario.

Milo cerró los ojos por un momento, dejándose llevar por las notas y las emociones que surgían de la melodía.

—¿Tenéis ya la letra?

Chloe asintió y, cuando quiso darse cuenta, Milo se encontraba parado delante de un micrófono. Comenzó a cantar, al principio con cierto miedo, afinando detalles, probando diferentes enfoques y dejando que su garganta y creatividad fluyera con libertad. Después de unos minutos, cuando alcanzó mayor confianza, su voz comenzó a llenar el espacio con una calidez y una pasión que resonaban profundamente entre los presentes.

Nacho y Jesús, siempre atentos y dispuestos, aportaban sus ideas y sugerencias creando una sinergia que elevaba cada parte de la canción a un nivel superior.

Chloe no podía evitar sentirse inspirada por Milo. Su dedicación y entusiasmo eran contagiosos, y ella se encontraba deseando cada vez más escuchar sus ideas, olvidándose por completo del tiempo que llevaban allí encerrados. Alzó los ojos y se encontró con la mirada de Gonzalo, quien la observaba desde la distancia con una sonrisa natural y orgullosa por cómo manejaba la situación. Su profesionalismo y pasión eran evidentes, y eso solo aumentaba el respeto que todos sentían hacia ella.

Tras unos minutos, el teléfono de Chloe llamó su atención al iluminarse con una llamada. Ella desbloqueó la pantalla con disimulo y leyó el mensaje de WhatsApp que Mario le había enviado.

MARIO

Ya estoy en el Olimpo, ¿vais a tardar mucho?

Los pulgares de Chloe volaron sobre el pequeño teclado para responder.

CHLOE

No lo sé, todavía estamos en una reunión.

MARIO

Ok. Avisa cuando vengas para ir pidiendo algo de picar.

CHLOE

Ok.

El mánager de Milo aprovechó ese momento para mirar su reloj de muñeca, constatando lo tarde que era.

—Creo que ya es hora de irnos, Milo.

Sorprendido por el comentario, el novio de Blanca observó a Chloe guardar su móvil y alzó la mirada al reloj que colgaba en la pared sobre sus cabezas.

—¡Oh, vaya, cuánto lo siento! —se disculpó con cierto aire de arrepentimiento, que quedaba deslucido debido a los evidentes deseos que demostraba de no querer terminar con lo que estaban haciendo—. Se me ha ido el santo al cielo y no me he dado cuenta de lo tarde que es.

Chloe esbozó una sonrisa dedicada a tranquilizarlo.

—No pasa nada, creo que todos nos hemos dejado llevar por el momento.

Milo negó con la cabeza y dejó la guitarra con la que había rasgado las notas unos segundos antes y la apoyó en su pedestal.

—No, no tengo excusa. Vine solo para presentarme y os he dado la paliza todo este tiempo.

Gonzalo se acercó al muchacho y apoyó una mano sobre su hombro con agradable camaradería.

—Hoy hemos adelantado mucho trabajo gracias a ti.

Una risa satisfecha y orgullosa sacudió el pecho de Milo, el cual se había sentido muy cómodo en su compañía esa tarde.

—No contabas con ello, ¿eh?

—Para nada —respondió con una sonrisa franca.

Agradecido, correspondió a su amabilidad palmeándole la espalda.

—Genial, me alegro mucho. Pero ahora es mejor que ahueque el ala y os deje con vuestras cosas.

Nacho, quien estaba apagando el micrófono y recogiendo algunos cables desperdigados por el suelo, soltó con naturalidad.

—La verdad es que hemos quedado en un *after work* para picotear algo y tomar unas cervezas antes de irnos a casa. ¿Por qué no vienes con nosotros? —lo invitó.

Milo le lanzó una breve mirada a su mánager antes de sacudir la cabeza, ajeno a la expresión de horror en el rostro de Chloe.

—No, en serio, no quiero molestar.

Jesús, que estaba guardando algunas de sus cosas en una pequeña mochila, se apresuró a decir.

—No es ninguna molestia, de verdad.

Chloe, con una mezcla de nerviosismo y anticipación, decidió intervenir.

—Chicos, estoy segura de que Milo también tiene otros compromisos, así que no insistáis.

El cantante la miró con un aura resignada.

—La verdad es que no tengo nada mejor que hacer.

El destello travieso que iluminó los ojos de Gonzalo envió escalofríos por la espalda de Chloe.

—¿En serio? Pues no se hable más, vente a tomarte unas birras con nosotros al bar. Además, estoy seguro de que la noche será mucho más interesante con tu presencia.

El joven cantante, tocado por la calidez de la invitación, sonrió ampliamente.

—Bueno, en ese caso, acepto. Solo espero que mi presencia no sea demasiado inoportuna.

Gonzalo rio por lo irónico de su comentario y le dio una palmada en la espalda.

—¿Inoportuna?, para nada. Será genial tenerte con nosotros.

El mánager se acercó a Milo para despedirse por ese día, y mientras recogían los últimos equipos y apagaban las luces del estudio, Chloe se volvió hacia Gonzalo con una expresión de pocos amigos.

—¿Se puede saber qué leches estás haciendo? —murmuró entre dientes.

Él se encogió de hombros con una alarmante despreocupación.

—Nada que no fuera a ocurrir más tarde o más temprano, ¿no crees?

Chloe apretó los labios, molesta por no haber sido consultada antes.

—No creo que sea necesario hacerlo ya.

—¿Para qué alargar lo inevitable?

—Gonzalo…

—¿Qué? ¿Acaso te preocupas por lo que vaya a hacer Mario cuando lo vea?

—¿Tú no?

Él se aseguró de que todos habían salido del estudio antes de apagar la luz y cerrar la puerta a su espalda, dando por finalizada la jornada.

—Preocupado no es la palabra que yo utilizaría, más bien estoy ansioso.

—¿Ansioso de qué? ¿De ver el mundo arder?

—Ansioso de que por fin tu amigo se dé un baño de realidad.

—No seas ingenuo —replicó irónica—. Si piensas que conocer a Milo cambiará algo, estás equivocado. Si no lo ha hecho con los anteriores novios de Blanca, tampoco lo hará con él.

Gonzalo le guiñó un ojo con picardía.

—Tal vez podríamos ayudarlo un poquito, ¿no crees?

La expresión de espanto en el rostro de Chloe no logró cambiar la opinión de Gonzalo; al contrario, la reafirmó. Y ella no tuvo más remedio que seguirlo si no quería levantar sospechas ante el resto.

El grupo salió del estudio caminando juntos bajo las luces de la ciudad. Las risas y las conversaciones animadas llenaban el aire, y Chloe no pudo evitar sentir un creciente dolor de cabeza por lo que estaba a punto de suceder. Mientras miraba a Milo, cuya sonrisa iluminaba la noche, arrastraba los pies hacia el bar cercano a la oficina, sabedora de que estaba a punto de originarse una hecatombe. Una hecatombe que no tenía modo de evitar.



Capítulo 8

Sentado a la mesa del bar que solían reservar, Mario miró su reloj de muñeca con impaciencia. Tomó su cerveza y le dio un sorbo mientras vigilaba la ventana que daba a la calle, con la esperanza de ver a Chloe aparecer en cualquier momento.

—Van a venir, ¿verdad? —indagó José, su compañero de trabajo, al notar la ansiedad en su rostro.

Él desvió la mirada de la ventana y la posó sobre su amigo. Justo en ese momento, la pantalla de su móvil se iluminó para notificar un mensaje entrante de WhatsApp.

CHLOE
Estamos saliendo.

MARIO
Ok.

—Sí —confirmó aliviado, sintiendo cómo la tensión abandonaba su cuerpo—. Ya vienen para aquí.

José le dedicó una sonrisa comprensiva y continuaron charlando sobre temas de trabajo, sin embargo, la mente de Mario estaba a kilómetros de distancia. No había visto a Chloe en varios días y la echaba de menos de una manera que le parecía absurda. Después de tantos años separados, la vida los había reunido de nuevo y su relación se había vuelto sorprendentemente cercana otra vez. Trabajar en el mismo sector les había dado una excusa perfecta para retomar la amistad, y lo hicieron sin esfuerzo alguno, como si aquella ausencia forzosa hubiese estado en *stand by*, a la espera de seguir en el punto exacto donde la habían dejado.

Cada encuentro con ella era un recordatorio de los momentos, secretos, risas y sueños de juventud compartidos. Incluso cuando discutían, lo olvidaban todo a los pocos minutos, igual que cuando eran más jóvenes. Sus conversaciones fluían con una facilidad que le sorprendía y, a menudo, se encontraba buscando su opinión en temas tanto profesionales como personales. La chispa que siempre había compartido con ella, esa complicidad que los unía de un modo tan especial, ahora ardía con más intensidad.

Mientras esperaba, recordó la última vez que la vio; la forma en que su risa iluminaba la habitación, cómo sus ojos brillaban cuando hablaban de sus ilusiones y aspiraciones… Sentía una conexión que iba más allá de lo superficial; era como si el tiempo no hubiese pasado, como si los años de distancia no hubiesen hecho mella en lo que siempre habían tenido. La gente decía que la amistad entre un hombre y una mujer no era posible; Mario no podía estar más en desacuerdo. Chloe era distinta al resto, era como abrazar su lado femenino sin miedo a que lo juzgaran. Ella lo entendía, lo apoyaba como nadie, siempre lo había hecho desde que tenía uso de razón. Como cuando estuvo a punto de fastidiar aquel momento en su apartamento por culpa de los comentarios fuera de lugar de Gonzalo. Sin embargo, todo se resolvió, y los tres terminaron la noche entre risas y cerveza. Y fue gracias a que ella intervino entre los dos para suavizar su desacuerdo.

El sonido de la puerta del bar al abrirse sacó a Mario de sus pensamientos. Giró la cabeza con rapidez y vio a Chloe entrando, acompañada por el resto del grupo. Su corazón latió con fuerza al ver su sonrisa, esa sonrisa que podía iluminar incluso el día más oscuro. Esa sonrisa que había traído de cabeza a más de la mitad de sus compañeros de instituto.

Ella se acercó a la mesa con paso ligero, su mirada se encontró con la de él. No obstante, al sentarse a su lado, el ambiente cambió sutilmente. Encontró algo forzado en esa sonrisa y la mirada desprendía una sombra de inquietud.

—¿Todo bien? —indagó preocupado.

Ella se limitó a asentir con una mueca tensa.

—Chicos, espero que no os importe que se nos una alguien más en esta ocasión —anunció Gonzalo, clavando la mirada sobre Mario y José, mientras rodeaba los hombros del joven a su lado, con un brillo malicioso en sus ojos.

Mario centró su atención en el desconocido y entornó los párpados cuando su rostro le resultó familiar.

—Ya es oficial —prosiguió su compañero de piso con entusiasmo—. Milo, aquí presente, cantará la canción oficial de *Te quiero y te odio a partes iguales*.

Al desvelar la identidad del nuevo novio de Blanca, todos los músculos de la espalda de Mario se tensaron. Chloe creyó detectar cierta crispación en su expresión ante la inesperada presencia, pero él enseguida la ocultó bajo una máscara impenetrable.

El cantante esbozó una sonrisa tímida y levantó la mano en un saludo alegre. Chloe observó a Mario con preocupación al notar cómo su mandíbula se apretaba y sus ojos se oscurecían.

—Por favor, siéntate a mi lado, Milo —intervino Chloe con rapidez, tratando de disipar la tensión en el ambiente.

Este se apresuró a seguir su sugerencia y tomó asiento junto a ella. Sus ojos se movieron nerviosos alrededor del pequeño pero acogedor local, atestado de gente.

—Entonces, ¿soléis venir a este lugar después de trabajar? —preguntó, en un intento de entablar una conversación mientras echaba un vistazo al bar.

Los demás asintieron, confirmando su suposición, y pronto decidieron pedir algo para beber y picotear. Nadie entendía por qué Mario se comportaba de forma tan grosera, pues no le había dirigido ni una sola palabra al invitado, pero tampoco se atrevieron a preguntar por si acaso. Lo mejor sería ignorar ese comportamiento para que Milo no se sintiese más incómodo aún. Aunque la conducta de este era cercana y amistosa, no dejaba de ser un cantante medianamente famoso que podría ponerlos en un aprieto si decidía quejarse ante sus jefes.

Mario, entretanto, se sentía atrapado en una tormenta interna. Ver la expresión satisfecha en el rostro de Gonzalo lo ponía de mal humor. Estaba seguro de que la idea de traer a Milo al bar había sido suya, por lo que apretó los labios en una fina línea de disgusto. Sus dedos tamborileaban con nerviosismo sobre la mesa, tratando de contener la ira que burbujeaba en su interior.

—Este lugar tiene un ambiente genial —comentó Milo, mirando a Chloe con una sonrisa genuina—. Me gusta mucho.

—Sí, es uno de nuestros favoritos —respondió ella devolviéndole la sonrisa, aunque sus ojos se desviaron un instante hacia Mario con una expresión de preocupación.

Las bebidas llegaron y el grupo trató de relajarse. Hablaron del encuentro de Milo en el estudio y de lo bien que la voz de este había encajado con la guía de la canción. El cantante planteó algunas dudas y sugirió pequeños cambios que tal vez funcionasen o no, pero que

demostraban el nivel de compromiso que poseía hacia el proyecto.

A medida que Milo hablaba, Mario intentaba controlar sus emociones. La voz del cantante era agradable y su pasión por la música era evidente, pero no podía evitar sentir una ola de celos e ira. La presencia de Milo lo disgustaba, no podía evitarlo, y además parecía tener muchas cosas en común con Chloe. Por otro lado, encajaba demasiado bien en su reducido e íntimo grupo de amigos, como si no le costase nada conectar con el resto.

Las risas y conversaciones del grupo seguían llenando el aire, pero Mario se sentía como si estuviera en una burbuja, aislado en sus propios pensamientos oscuros. Chloe le lanzó una mirada preocupada, sabiendo que este encuentro podría ser el detonante de algo mucho más grande.

—¿Cuándo vendrás de nuevo por el estudio? —indagó Nacho, ajeno a la preocupación de ella por los sentimientos de Mario.

—Mi mánager le envió mis horarios a la empresa —respondió Milo, tras lo cual se giró hacia Chloe—: Pero, si quieres, te los puedo pasar a ti personalmente.

—Me encanta la idea —aceptó agradecida—, así puedo planificar y encajar mejor las fechas y cumplir con los objetivos.

—No sabes lo feliz que soy de poder trabajar contigo, Chloe —repitió Milo de nuevo—. Tener esta oportunidad es un sueño para mí.

Un ligero rubor tiñó el rostro de ella, que no sabía dónde meterse.

—Me haces sentir fatal, de verdad, para —le pidió avergonzada.

—¿Por qué? ¿Acaso no puedo expresar lo mucho que te admiro? —replicó con sincero orgullo—. Es de todos conocido que has trabajado con grandes artistas, impulsado carreras en declive de viejas glorias con canciones que han sido un rotundo éxito. Incluso muchos se pelean por trabajar contigo en sus álbumes…

—No, eso no es verdad —lo interrumpió ella, abrumada por sus palabras.

—No te quites méritos —objetó Mario por primera vez esa noche, su mirada suavizada cuando la posó sobre ella, pero sombría cuando se centró en la joven promesa musical—. Lo que él está diciendo es verdad.

Ella hizo un gesto con las manos para restar importancia.

—No todo es mérito mío —respondió franca—. Ya sabéis cómo va esto: nada sería posible sin un trabajo en equipo.

Gonzalo observaba la escena en silencio, hasta que decidió romperlo.

—Qué curiosa es la vida, ¿verdad? —intervino de pronto.

Milo arrugó la frente, confuso.

—¿Por qué?

—Porque tenéis más cosas en común de lo que piensas —dijo, dándole un tono misterioso a sus palabras.

Inquieta, Chloe se revolvió en su asiento al comprender por dónde iban los tiros. Y aunque Milo abrió la boca para preguntar, Jesús fue más rápido que él.

—¿A qué te refieres? —sondeó, picado por la curiosidad.

Una de las comisuras de la boca de Gonzalo se elevó dibujando una sonrisa socarrona y fijó su atención sobre el cantante.

—¿Sabes que tu novia conoce a Chloe? —Ante la sorpresa de este, continuó y señaló a Mario—: Pero no solo la conoce a ella, el hombre que está sentado a su lado es su mejor amigo.

El silencio se adueñó de la mesa por un instante eterno. Milo parpadeó, asimilando la

información. Su mirada se posó en Mario, quien no había probado bocado en todo aquel tiempo, dedicado en beber una cerveza tras otra para tragar el nudo de rabia que tenía enroscado en el pecho. Chloe, por su parte, lanzó puñales por los ojos a Gonzalo en un inútil intento de que se detuviera.

—¿En serio? —La sorpresa demudó el rostro de Milo, quien miró a Chloe esperando una respuesta.

—Éramos amigas en el colegio —explicó escueta—, y de eso hace muchos años. Perdimos todo contacto cuando me mudé a Inglaterra.

—Oh, no lo sabía —murmuró, intentando procesar lo que acababa de escuchar.

Tras unos segundos, Gonzalo esbozó una sonrisa traviesa.

—El mundo es realmente un pañuelo, ¿verdad?

Mario mantenía su expresión tensa, procurando calmar la tormenta de emociones que bullía en su interior, pero que el alcohol, en vez de apagar, pareciera dar más combustible a su ira. Intuía las intenciones que llevaban a su compañero de piso a mantener, en apariencia, aquella simple charla, y no le estaba gustando nada.

—¿Por qué no te callas, Gonzalo? —siseó entre dientes.

Este, disfrutando del momento, ignoró su tono amenazante y se dirigió a Milo directamente.

—¿De verdad que Blanca no te dijo nada? —indagó, decidido a que la verdad saliera a la luz.

—Gonzalo… —La expresión seria de Chloe era una advertencia en sí misma, una súplica silenciosa para que se detuviera, pero este estaba decidido a que su amigo por fin abriera los ojos esa noche.

—Sí, Gonzalo, déjalo ya —recomendó Mario, su voz cargada de una tensión apenas disimulada.

Él los ignoró a ambos, mientras Milo los miraba sin entender nada, sus cejas fruncidas en una expresión de perplejidad.

—¿Decirme el qué? —preguntó con inocencia.

Mario apretó los puños bajo la mesa, luchando por mantener la calma. Sabía lo que su amigo intentaba hacer, y cada palabra de Gonzalo era como una chispa en un barril de pólvora que amenazaba con encender una explosión incontrolable.

—Pues decirte que ibas a trabajar en la misma empresa que su mejor amigo —respondió él sin paños calientes.

La extrañeza se pintó en el rostro del cantante, quien se tomó unos segundos para procesar esa información.

—La verdad es que no lo hizo —respondió él con total transparencia en sus palabras—. Supongo que no lo sabría. Es más, la llamé viniendo hacia aquí con la intención de que se uniera a la reunión.

Mario, sorprendido, se inclinó hacia adelante, su interés despertó por la respuesta de Blanca.

—¿Y qué te respondió? —interrogó con rapidez, con la voz cargada de una urgencia que no podía ocultar.

Incrédulo, Gonzalo fijó sus ojos en Mario con una intensidad perturbadora. Su amigo esperaba una respuesta que nunca escuchó, debido al fuerte y exasperado bufido que soltó.

—¿No crees que es más importante descubrir por qué no le habló de ti? —cuestionó serio, empeñado en su misión de desenterrar la verdad.

El alcohol enturbiaba los sentidos de Mario, quien sentía su control deslizarse poco a poco.

Las palabras de Gonzalo resonaban en su mente, alimentando su frustración y celos.

—Te lo acaba de decir, supone que no lo sabía —respondió entre dientes, tratando de mantener un tono neutral, aunque su furia apenas podía contenerse.

—¿Y de verdad te lo crees?

La expresión crispada de Mario se acentuó todavía más.

—Ese es mi puto problema, Gonzalo.

Milo sintió la creciente tensión y decidió intervenir para suavizar el ambiente.

—Chicos, de verdad, no hay por qué hacer un drama de esto —dijo con una sonrisa conciliadora—. Blanca y yo no discutimos cada detalle de nuestras vidas, y entiendo que algunas cosas pueden no haber salido a la luz aún. Llevamos poco tiempo juntos, es normal.

Agradecida por la ingenuidad de Milo, Chloe le lanzó una mirada de agradecimiento mientras intentaba desviar la conversación hacia un terreno más seguro.

—Exactamente, Milo tiene razón —dijo, forzando una sonrisa mientras buscaba calmar los ánimos.

Gonzalo, sin embargo, no estaba dispuesto a ceder con tanta facilidad.

—¿En serio piensas que solo ha sido un despiste? —insistió, mirando a Mario con una expresión de desafío.

Este sintió que su paciencia se agotaba. El nudo en su pecho se apretaba más con cada segundo que pasaba y sabía que estaba al borde de estallar.

—Gonzalo, basta —siseó finalmente, su voz temblaba de ira contenida—. Este no es el lugar ni el momento.

El grupo cayó en un incómodo silencio, las palabras de Mario colgaban en el aire como una advertencia. Milo miró a cada uno de los presentes tratando de entender la compleja dinámica que se desarrollaba ante sus ojos.

Los dos amigos se sostuvieron la mirada, retándose de forma silenciosa, al mismo tiempo que Chloe se sentía dividida entre el cabreo y la compresión. Podía entender la motivación de Gonzalo, empatizar con su afán para que Mario abriera los ojos de una vez. Pero este tenía razón, aquel no era ni el momento ni el lugar.

—Cierto, Gonzalo —dijo, poniéndose en pie con aire serio y una mirada amenazante, haciendo valer en ese momento su rango dentro del equipo—. Basta ya. —Y se giró hacia el cantante con una falsa sonrisa dedicada a rebajar la tensión—. Perdona a estos dos idiotas, Milo. Uno está medio borracho y el otro lleva todo el día picado. Además de amigos, son compañeros de piso, y aunque estoy harta de decirles que no traigan los problemas domésticos al trabajo, parece que no me hacen mucho caso.

Gonzalo captó el mensaje y apretó los labios en una fina línea de disgusto.

—¡Oh!, ¿son pareja? —comentó el cantante, malinterpretando todavía más la situación—. Eso lo explica todo, entonces.

Mario se atragantó con la cerveza y la expresión de horror de Gonzalo hizo que la mentira de Chloe tuviera menos importancia.

—¡¿Qué?! —exclamaron los dos a la vez—. ¡¡Ni de coña!!

Los dos se afanaron en sacarlo de su error, enredados en una maraña de excusas sin sentido que solo los hundía más en el ridículo. El resto del equipo, lejos de ayudarlos, aprovechó la ocasión para burlarse más de ellos, lanzando dardos verbales que pinchaban su orgullo y los convertían en el centro de las bromas, propiciando a que la tensión se rebajara de forma considerable. Aliviada, Chloe se sentó de nuevo y dejó que sus colegas se encargaran de desviar

la atención de Milo, y de paso, disfrutar ante la resignación en su papel de bufones involuntarios.

—Bueno, bueno —dijo José, riendo, minutos después, dando por finalizadas las burlas y el cachondeo a costa de Mario y Gonzalo, quienes, avergonzados, habían desistido en su empeño de defenderse—, ya era hora de que aclarásemos las cosas entre estos dos tortolitos. Pero vamos a centrarnos en lo importante: celebrar la nueva colaboración y rezar por que esta película sea todo un éxito.

Chloe asintió, agradecida por la intervención de este y el resto de sus compañeros, cuya estrategia de distracción tornó la atmosfera más ligera. Alzaron sus copas y brindaron por el futuro y el trabajo que todavía les quedaba, y tras unos minutos, no pudo evitar observar por el rabillo del ojo a Mario, en el que notó una la ligera relajación en su postura.

Aliviada por haber logrado capear el temporal, Chloe también se calmó e intentó disfrutar de la noche. Pero el alcohol comenzó a surtir efecto, uno en el que la vejiga clamaba alivio con extrema urgencia, así que se disculpó con los de la mesa y se fue al baño.

Sin embargo, su humor cambió por completo cuando, a su regreso, su asiento estaba ocupado por la última persona a la deseaba ver en este mundo.



Capítulo 9

El aire en la sala se espesó con una mezcla de sorpresa, incomodidad y una pizca de expectación mientras Chloe y Blanca se observaban fijamente. La primera, con el rostro pálido como la porcelana, apenas podía creer lo que sus ojos veían. La segunda, en cambio, la miraba con una expresión confusa, como si intentara descifrar un rostro familiar perdido en las brumas de su memoria.

Los presentes observaban la escena en un silencio expectante, roto solo por el tintineo de los cubiertos y el murmullo distante de los demás clientes del bar. Chloe, con el corazón latiendo a mil por hora, reconoció a Blanca al instante, quien había llegado mientras ella estaba en el baño. A pesar de los años transcurridos, su belleza seguía intacta, su cabello rubio ondulado enmarcaba el mismo rostro angelical.

Por su parte, Blanca parecía no recordarla en absoluto. La miraba con una mezcla de curiosidad y confusión, como si intentara descifrar un enigma. La tensión era palpable, se podía sentir en el aire como una corriente eléctrica.

De repente, Milo se levantó de su asiento y rompió el incómodo silencio. Con una sonrisa radiante, pidió a los demás que se movieran para colocar una silla adicional junto a él. Chloe deseó con todas sus fuerzas que la tierra se la tragase, pues la idea de sentarse cerca de su vieja amiga le resultaba angustiosa.

Sin embargo, por primera vez en esa noche, Gonzalo acertó al sugerir que se sentara entre él y Mario. Indecisa, pues lo único que Chloe deseaba era desaparecer de allí, tomó asiento maldiciendo su mala suerte. Ajeno a su malestar, Milo se giró hacia su novia con una expresión radiante.

—Cariño, no sabes cuánto me alegro de que al final hayas podido venir —dijo, sus ojos brillaban de pura emoción—. ¿Recuerdas que te hablé de lo ilusionado que estaba con este proyecto y de la maravillosa oportunidad que tenía de conocer a una talentosa compositora que venía desde Inglaterra?

Blanca, confundida por tanto entusiasmo, miró a todos los presentes en la mesa. Su mirada se detuvo un instante en Mario, quien parecía haberse tensado todavía más al verla.

—Sí, claro —se limitó a responder.

—Pues déjame decirte que no solo es increíblemente talentosa —continuó el cantante señalando a Chloe—, sino que además también es encantadora. Pero lo más alucinante de todo ha sido descubrir que las dos habéis sido amigas en la adolescencia. ¿No te parece asombroso?

La expresión atónita de Blanca pasó de su novio a la mujer que tenía enfrente de ella, y después se posó sobre Mario, buscando algún tipo de aclaración.

—¿Amigas? —preguntó, la incredulidad teñía su voz.

Chloe se removió en su asiento al notar el peso de todas las miradas puestas sobre ella. Hasta que, de pronto, la expresión de Blanca se transformó en un destello de reconocimiento que iluminó su rostro. Y si en algún momento creyó que podría poner mala cara al verla de nuevo, no pudo estar más equivocada.

—¡¿Chloe?! —exclamó anonadada—. ¿De verdad eres tú?

Ella la miró con desconfianza, su rostro era una máscara impasible ante la súbita emoción de

su antigua amiga. La conocía demasiado bien como para creer que su reacción fuera genuina.

—Tampoco ha cambiado tanto —farfulló Gonzalo entre dientes, pues había visto fotos antiguas de las dos y le costaba creer que no la hubiese reconocido nada más verla.

Blanca, conocedora de la animadversión que él sentía por ella, ignoró su comentario. Y sin darle tiempo a responder a Chloe, se levantó de su asiento y se acercó a ella con una rapidez que la tomó por sorpresa. La envolvió en un abrazo efusivo y sus palabras brotaron con una alegría aparentemente desbordante.

—¡No me lo puedo creer! ¡¿En serio eres tú?!

Chloe, a pesar de sus dudas, aceptó el abrazo con recelo. Su último encuentro no había sido tan amistoso como para sospechar que la emoción por su inesperado regreso fuera verdadera. También lo había confirmado la breve sombra de cautela que cruzó por los ojos de su examiga antes de acercarse a ella y disimular delante de todos.

Fingir era algo que se le daba muy bien a Blanca, ella lo sabía mejor que nadie.

—Así es —musitó con seriedad, correspondiendo a su gesto amistoso a desgana.

—¿Por qué no me dijiste que la conocías? —le reprochó Milo con un puchero infantil.

El resto de la mesa también observaba la escena con curiosidad, ansiosos por escuchar la respuesta.

—Porque no lo sabía —respondió Blanca con una voz que sonaba convincente—. Le perdí la pista cuando se mudó a Inglaterra, ¿cómo leches iba a saber que era ella?

—Vaya, eso lo aclara todo, ¿verdad? —comentó José, lanzando una mirada significativa a Gonzalo.

Este, consciente de la severa advertencia de Chloe, apretó los labios en una fina línea. Le estaba costando un mundo mantener la lengua sujeta, pero no quería meterse en más problemas esa noche.

—Supongo —dijo entre dientes, aunque su gesto contradecía sus palabras.

Blanca, que había recuperado la atención del grupo, se dirigió a su asiento mientras le dedicaba a Chloe una gran sonrisa, intentando disimular cualquier rastro de incomodidad.

—¿Cuándo has vuelto a España? ¿Piensas quedarte mucho tiempo?

La pregunta de Blanca sonó casual, como si no tuviera ninguna importancia. Sin embargo, Chloe sabía que era solo una forma de desviar la atención de lo que había ocurrido antes. Pero antes de que Chloe pudiera responder, Mario intervino con voz extremadamente seria.

—Empezó a trabajar en mi empresa, al igual que tu novio.

El gesto sorprendido de Blanca parecía real, sus ojos se abrieron con incredulidad.

—¡¿En serio?! —exclamó anonadada—. ¡Guau, menuda casualidad!

—¿No lo sabías? —indagó Gonzalo, su tono cargado de suspicacia.

Blanca se volvió hacia él alzando ambas cejas como si el desconocimiento la golpeara de frente.

—Pues no, no tenía ni idea.

Tanto Milo como Mario arrugaron el ceño al mismo tiempo.

—¿Cómo puedes decir que no lo sabías cuando llevo quince días hablándote de ello? —cuestionó el cantante con la voz teñida de incredulidad.

Una risa ligera sacudió el cuerpo de Blanca, que se inclinó un poco sobre su novio con una mezcla de vergüenza e inocencia.

—Cariño, sabes que te quiero mucho —dijo con suavidad, acariciando su mejilla con la yema de los dedos—, pero yo también tengo mis propios proyectos y un millón de cosas en la

cabeza como para recordar todo lo que me cuentas. No te ofendas.

Chloe, observando la interacción entre Blanca y los demás, sintió cómo una ola de recuerdos y emociones enterradas afloraban a la superficie. La fascinación se mezclaba con la inquietud mientras presenciaba la forma en que Blanca jugaba con los presentes. Esa mezcla de candidez e inocencia que desplegaba era, sin duda, una de sus mejores tácticas de manipulación.

—¿De verdad has estado tan liada como para no tener tiempo de descolgar el teléfono y hablar con tu mejor amigo?

A pesar de todos sus esfuerzos, Gonzalo no pudo evitar hacer la pregunta que Mario no se atrevía a realizar. La rabia ante la actuación de Blanca lo estaba consumiendo por dentro. Esos gestos cariñosos hacia Milo delante de las narices de su amigo le repateaban el hígado, y su impulsividad lo llevó a desoír la advertencia anterior.

Sin variar su expresión, Blanca lo miró con inocencia antes de responder:

—Siento decepcionarte, Gonzalo, pero por desgracia mi trabajo como *influencer* consume casi todo mi tiempo. Tengo varios eventos a la semana y viajo a menudo fuera de España, así que a veces se me hace difícil recordar las pequeñas cosas. —Se giró hacia Mario y le sonrió con dulzura—. Además, él me conoce bien y sabe lo despistada que soy. Estoy segura de que no me lo tendrá en cuenta y me perdonará por no haberlo avisado antes. ¿Verdad que sí?

Gonzalo torció el gesto y se removió en su asiento al ver que su amigo no decía nada. La indignación por las mentiras de esa mujer lo encendieron, pero se contuvo cuando notó la mano de Chloe sobre su antebrazo, llamándolo a la calma.

—Pues claro que sí, la fama es lo que tiene, ¿verdad? —medió José para rebajar la tensión en el ambiente.

Jesús y Nacho pillaron la indirecta y trataron de cambiar de tema. Agradecida por el intento de los chicos en desviar la atención, Chloe alzó su copa junto con el resto del grupo para brindar por el futuro y los proyectos que tenían por delante. El reencuentro con Blanca solo había servido para remover recuerdos que creyó enterrados y superados, por lo que intentó calmarse y tomar un sorbo de su bebida mientras respiraba hondo, convenciéndose de que ocurriese lo que ocurriese no debía afectarla. Ya no estaba en ese punto de su vida y por eso había desaparecido trece años atrás.

El ambiente pareció relajarse un poco, aunque una tensión subyacente seguía presente, y lo reflejaba el hecho de que Mario seguía bebiendo cerveza tras cerveza mientras su ceño se hacía más profundo. Blanca, que ahora tenía de nuevo la atención del grupo sobre ella, continuó hablando y riendo, obviando a propósito el humor huraño de Mario. Fingía no darse cuenta, pero la delataba la forma en que sus ojos volvían hacia sus amigos de adolescencia con frecuencia, buscando cualquier indicio de su reacción.

—Y dime, Chloe, ¿has dejado a alguien en Londres? —preguntó Blanca de forma natural, como si realmente le interesara la vida de su antigua amiga.

Esta se tensó ante la pregunta y se tomó su tiempo en responder.

—No te lo puede decir —anunció Milo con un guiño cómplice hacia Chloe.

Toda la atención se posó sobre el cantante, los ojos de Blanca brillaron con curiosidad.

—¿Por qué? —preguntó su novia, intrigada.

Milo no tardó en confesar, disfrutando de la pequeña intriga que había creado.

—Porque es un secreto.

Una sonrisa astuta se dibujó en el hermoso rostro de la *influencer*, sus ojos se clavaron en Chloe con un brillo malicioso.

—¡Vaya!, ¿en serio? —exclamó sorprendida—. ¿Todavía con secretos, Chloe?

Esta se estremeció ante la inoportuna pregunta.

—¿Acaso no los tenemos todos?

Su comentario, en apariencia inofensivo para los demás, era una advertencia velada. Y Blanca, que no era estúpida, la captó al instante.

Las dos mujeres se midieron durante unos segundos, hasta que Mario, a pesar de tener los sentidos bastante afectados por el alcohol, intervino.

—¿Qué secretos?

Incómoda, Chloe se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja antes de agarrar su cerveza.

—Ninguno —aclaró tras darle un buen sorbo a su vaso.

Milo se tapó con la mano una risilla burlona. En su ingenuidad, no se había percatado del tenso momento entre las dos amigas, así que soltó sin un ápice de maldad.

—Es verdad, no se puede decir que sea un secreto cuando en Londres todo el mundo habla de ello, aunque nunca hayan confirmado su relación de forma oficial —desveló feliz.

La curiosidad del resto aumentó de forma considerable, sobre todo cuando Chloe se atragantó con la cerveza ante el comentario.

—¿De quién estás hablando? —interrogó Gonzalo.

Un sentimiento de orgullo se apoderó del rostro del cantante, ya que la identidad de la pareja de Chloe era alguien a quien él admiraba profundamente.

—De CeCe Jay, por supuesto —reveló al fin—. Me enteré cuando fui a grabar mi último disco, era la comidilla de todo el estudio de grabación. —Luego sonrió con enorme orgullo a Chloe cuando dijo—: Cuando venga a verte a Madrid, tenemos que quedar los cuatro para ir a cenar. Me encantaría conocerlo en persona.

La sorpresa de los presentes quedó de manifiesta cuando su atención se posó sobre Chloe. Esta los miraba con una mezcla de horror y vergüenza, al mismo tiempo que comenzó a sacudir la cabeza para negar tal información.

—Te equivocas…

Blanca fue la primera en reaccionar, su sonrisa se ensanchó aún más al comprender el alcance del secreto de Chloe.

—¡CeCe Jay! —exclamó, su tono se tiñó de incredulidad y diversión—. ¡Eso sí que no me lo esperaba! —Y pareció encubrir su envidia con una sonrisa forzada—. Enhorabuena, Chloe, por salir con una superestrella mundial de pop.

Chloe se mordió el interior de la mejilla al tratar de mantener la calma, mientras su mundo personal era expuesto sin su consentimiento. Pero sabía que no podía escapar con facilidad de esa situación, así que se apresuró a aclarar.

—No me felicites, pues CeCe y yo no estamos juntos. Al menos, ya no.

Los ojos de Blanca se abrieron ante la sorpresa de su confesión. Y Chloe creyó captar una especie de lucha por mantener a raya una satisfacción que no sería bien vista entre los presentes.

—¿Acaso te dejó? —indagó con lo que parecía una falsa nota de preocupación y empatía en su voz—. ¡Qué asco de hombres! ¡Todos son iguales!

Ese tono condescendiente sacó de quicio a Chloe, cuyos músculos de la espalda se tensaron como cuerdas de un violín.

—¿Por qué presupones que me dejó él?

La expresión de cándida inocencia en Blanca fue extremadamente convincente.

—¿No ha sido así? —cuestionó, desarmándola con su mirada inofensiva—. Perdón si me he equivocado.

Cansada de aquella pantomima, Chloe se frotó la frente y dejó salir un profundo suspiro.

—Da igual, no quiero hablar del tema.

Mario, que hasta entonces había permanecido en silencio, apretó los puños, intentando contener su rabia, y se puso en pie con expresión seria.

—Me piro —anunció.

Perplejo, Gonzalo lo agarró del brazo.

—¿A dónde vas?

—A mi casa.

José, quien tampoco entendía por qué se había puesto de ese modo, no dudó en preguntar.

—¿Por qué?

Mario les lanzó una mirada llena de inquina a sus «supuestas» amigas. El alcohol enturbiaba su mente, haciendo que se sintiera traicionado por ellas. Cuando Milo comentó que Blanca aparecería esa noche, el interés por su presencia esa noche aumentó debido a la esperanza de que por fin pudiera descubrir un misterio que llevaba persiguiéndolo durante trece años. Pero la decepción se sintió como un jarro de agua fría cuando ninguna de las dos parecía dispuesta a afrontar el problema que las había enfrentado en aquel entonces.

—Porque no veo qué pinto aquí —señaló dolido, y miró a Chloe con una sombra de profunda amargura empañando su nublada mirada —. Llevo semanas trabajando contigo y tengo que enterarme por otros que tienes o tenías novio. Qué bonito, ¿no? ¿Por qué no me dijiste nada? —inquirió ofendido, arrastrando las palabras por el alcohol—. ¿Acaso no se supone que somos amigos?

Chloe parpadeó varias veces, asombrada por su inesperado arranque, y se señaló así misma.

—¿Estás enfadado conmigo?

Él dio un golpe en la mesa, ofuscado, y decidió incluir a Blanca en su reproche, señalándolas a las dos con el dedo.

—Estoy cansado de vuestros secretitos. Harto de que me mantengáis al margen cuando os conviene.

Gonzalo se puso en pie e intentó calmar a su amigo.

—Estás borracho.

—¡¿Y qué?! —explotó este—. ¿Acaso no puede dolerme que mis dos mejores amigas me den de lado?

—Eso no es cierto —replicó Chloe con tono neutro.

Mario soltó un jadeo de descrédito antes de responder.

—¿En serio? ¿Por eso te fuiste hace trece años y no volví a saber nada más de ti? —rebatió dolido, dejando salir por fin la pregunta que lo llevaba atormentando tanto tiempo—. No soy tan estúpido, ¿sabes? Sé perfectamente que algo pasó entre vosotras en aquel cumpleaños, pero ninguna de las dos me lo quiere contar. Y me gustaría saber por qué, Chloe. ¿Qué ocurrió en aquella fiesta que fue tan grave como para que os distanciarais?

Al ver que ninguna de las dos tenía intención de responder, Mario se revolvió el cabello y se alejó de la mesa, tambaleante.

—¿A dónde vas? —cuestionó Gonzalo yendo tras él.

Mario se deshizo de su agarre, cuando a punto de tropezar este lo agarró por el brazo.

—¡Déjame en paz! ¡Joder! —exclamó cabreado.

Agobiada, Chloe lo miró alejarse inestable entre las mesas y también se puso en pie mientras se disculpaba con el resto.

—Lo siento, pero creo que yo también me voy a ir.

—Será mejor que nos vayamos todos —acordó José, preocupado por el estado de su compañero.

Milo, quien se sentía culpable por haber estropeado el ambiente, pidió disculpas y se ofreció a pagar la cuenta.

—Lo siento —dijo al despedirse de Chloe—. Creo que no debí abrir la boca antes.

Ella miró a Blanca, quien permanecía callada e impasible ante lo que estaba ocurriendo.

—Tranquilo, Milo, tú no tienes la culpa de nada —le aseguró—. Nos vemos en el estudio en unos días.

Dicho lo cual, salió a toda prisa del bar con la esperanza de alcanzar a Mario. Afuera, el aire fresco la golpeó y la ayudó a despejarse un poco mientras escudriñaba la calle en busca de ambos amigos. Al fin, los vio a lo lejos, Mario apoyado en Gonzalo mientras este intentaba buscar un taxi.

Chloe no dudó en correr hacia ellos, preocupada.

—¿Estás bien? —preguntó al llegar a su altura.

Con la mirada vidriosa y ofuscada por el alcohol, Mario torció el gesto al escuchar su pregunta.

—¿De verdad te importa?

Molesto por su actitud egoísta, Gonzalo chistó la lengua contra el paladar para dejar claro la poca paciencia que le quedaba.

—No la pagues con ella, Mario. Chloe no tiene culpa de tu frustración ni de los celos que sientes de Milo.

Fastidiado por su comentario, este lo empujó con fuerza para alejarlo.

—Esto no tiene nada que ver con ese cantante de tres al cuarto —exclamó, intentando que la lengua no le patinara al hablar. Y señaló a Chloe y así mismo con la mano—. Esto se trata de confianza mutua.

Chloe sintió un nudo en la garganta.

—¿Confianza? —cuestionó con los ojos llenos de una tristeza profunda.

Mario se paró en medio de la calle intentando mantener el equilibrio.

—Sí, confianza —recalcó serio—. Confianza para decirme la verdad.

—¿De qué verdad estás hablando?

Él dio un paso al frente, pero se detuvo cuando su cuerpo se inclinó peligrosamente hacia un lado.

—Hace trece años, en aquel cumpleaños, yo besé a alguien. Blanca dice que no fue ella, y tú también lo niegas, así que… ¿Quién de las dos miente, Chloe?



Capítulo 10

Su pregunta, llena de desconfianza, hirió a Chloe como un cuchillo afilado.

—¿A quién quieres creer? —indagó, ansiosa por descubrir su respuesta.

—Esa no es la pregunta.

Ella lo miró con tristeza, sus ojos suplicantes buscaron la verdad en los suyos.

—¿Estás seguro? —Y se acercó a él con una expresión que Mario jamás había visto antes—. Mírame bien. Me conoces, sabes que yo jamás jugaría a aquel estúpido juego.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué dudas? ¿Por qué no me crees? —la pregunta brotó de sus labios con impotencia.

Entonces fue Mario quien escogió quedarse en silencio y los dos se sostuvieron la mirada durante unos eternos segundos. Gonzalo, que observaba la escena con inquietud, dudó si intervenir, pero algo en el ambiente le indicó que no era el momento.

Chloe esperó la respuesta de su amigo, pero se dio por vencida cuando detectó cómo sus ojos color chocolate se ocultaban bajo un velo de misterio. Él también escondía algo, pero ella estaba demasiado cansada de todo aquello para averiguarlo. Así que dejó salir un largo y pesado suspiro. La noche que se suponía iba a ser una celebración se había convertido en un campo de batalla lleno de reproches, mentiras y dudas. Podía echarle toda la culpa a Blanca, pero no sería justa. Mario tenía gran parte de responsabilidad de que todo se fuera a la mierda, y ella estaba harta de aquel círculo vicioso.

—Da igual —dijo con resignación, girando sobre sus pies para dirigirse hacia su casa—. Estás demasiado borracho para que importe.

—¡Espera! —gritó Mario, pero Chloe no se detuvo, no estaba dispuesta a ceder ni a seguir escuchando sus dudas.

De pronto, un grito ahogado y una retahíla de improperios la detuvieron en seco. Al mirar hacia atrás, vio a Mario retorcerse de dolor en el suelo, con Gonzalo arrodillado a su lado. Su tobillo se había doblado de forma preocupante al colarse su pie en un pequeño agujero en la acera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, corriendo hacia ellos.

—Un maldito hoyo —gruñó Gonzalo, apretando los dientes para contener su enfado.

—Ayúdame a levantarlo para llevarlo a casa —dijo Chloe, tomando el brazo de Mario y colocándolo alrededor de su cuello.

Con la ayuda de Gonzalo, Mario se puso de pie y cojeó hasta un banco cercano. El dolor era intenso y, aunque no parecía haberse roto el tobillo, parecía ser una lesión grave.

—Creo que deberíamos llevarlo al hospital —señaló Gonzalo con preocupación tras examinarle el tobillo a su compañero de piso; estaba hinchado y rojo, y le dolía al tacto.

Chloe asintió de acuerdo con su valoración.

—No, no es necesario —respondió él con los ojos pesados, restando importancia a su lesión —. Solo necesito descansar un poco.

—Lo que necesitas es dormir la mona, así que mejor te callas —lo regañó su amigo con un cabreo monumental.

Pararon a un taxi y, entre los dos, lo llevaron a Urgencias. Durante el trayecto, Chloe miraba por la ventanilla, perdida en sus pensamientos. Tal vez no había sido buena idea volver a Madrid. Creía haber superado su pasado, pero parecía estar de nuevo en el punto de partida del que con tanto empeño había tratado de huir.

Miró a Mario, quien dormía con la cabeza apoyada en el hombro de Gonzalo, y sintió un cúmulo de sentimientos encontrados. Le dolía verlo así, todavía anclado a unos sentimientos de los que no podía o, tal vez, no deseaba escapar. No comprendía cómo, después de tantos años, seguía aferrado a aquella ilusión adolescente que sentía hacia Blanca. La esperanza y el deseo de que la persona que amaba le correspondiese debería de haberse esfumado hacía mucho tiempo; era lo más lógico. Sin embargo, no había sido así, convirtiendo ese amor en una barrera emocional que lo impedía avanzar para encontrar el afecto sano e incuestionable de alguien que realmente lo respetase y correspondiese. El que todavía no se hubiese dado por vencido solo significaba dos cosas: o Mario era un tremendo cabezota, o su obsesión no tenía límites.

Un suspiro de pesar escapó de su garganta y centró su atención en las casi desiertas calles de Madrid. La rabia, la tristeza y el resentimiento formaron un nudo en el estómago de Chloe, avivando la frustración en su interior que amenazaba con desbordarla. Era una mezcla de emociones que la consumía por dentro cada vez que pensaba en aquel cumpleaños.

La rabia brotaba de la impotencia de ver cómo Blanca manipulaba a todos a su antojo, sin que nadie pareciera darse cuenta de su verdadera naturaleza. La tristeza la invadía al recordar el pasado, al pensar en las consecuencias de las acciones que su examiga había causado y de las cuales no sentía ningún tipo de remordimiento. Y el resentimiento la carcomía por dentro, haciéndola experimentar rencor hacia Blanca y hacia sí misma por no ser valiente y contar la verdad. Pero lo peor de todo era sentirse culpable y al mismo tiempo traicionada, dejando un vacío que dolía como una herida abierta.

No tardaron mucho en llegar al hospital y Mario fue atendido de inmediato. Le hicieron varias pruebas y un médico le diagnosticó un esguince de tobillo grado 1, tras lo cual, le recomendó reposo durante varias semanas. Semanas en las que debía tener el pie vendado y ayudarse con muletas.

La noticia cayó como un revés doloroso y decepcionante. Ese pequeño accidente retrasaría mucho más el trabajo de su equipo, un serio inconveniente que a sus jefes no les haría ni la más mínima gracia.



El timbre de la entrada sonó con insistencia, sacando a Chloe de la burbuja en la que se sumergía cuando estaba componiendo en su estudio. Arrugó la frente con desconcierto, se quitó los auriculares y los apoyó encima del piano. Miró la hora en la pantalla del móvil: las diez y media de la noche. No esperaba visitas a esa hora, por lo que se levantó de su asiento con desgana y se dirigió hacia la puerta. Acercó el ojo a la mirilla y miró a través de ella; como consecuencia, dio un paso atrás con desconcierto. Sonó de nuevo el timbre con impaciencia y ella tardó varios segundos en llevar la mano a la cerradura y abrir. Tras lo cual, tres rostros con distintos grados de desagrado aparecieron ante ella: Gonzalo, Mario y Fredy; su vecino de enfrente la miraban con expresiones que oscilaban entre el desagrado y la impaciencia.

—¿Podemos pasar? —preguntó Gonzalo nada más verla.

Chloe despegó los labios con la intención de preguntar qué hacían allí, pero Fredy se le adelantó.

—¿No crees que ya es un poquito tarde para visitas, Chloe? —cuestionó ceñudo, al mismo tiempo que estiraba un brazo para impedir la entrada de los inesperados visitantes.

Ella parpadeó sorprendida por ser reprendida debido a algo de lo que no tenía culpa alguna.

—Solo son las diez y media de la noche —rebatió Mario, apoyado en sus muletas.

El vecino de Chloe torció el gesto, manifestando su fastidio.

—Lo sé, he sido el primero en señalar lo intempestivo de la hora.

Un gruñido salió de la garganta de Mario, quien estuvo tentado de dejar una marca de muleta en la calva de aquel idiota.

—¡Piérdete, friki!

Fredy se envaró ante el insulto.

—¿Por qué no te pierdes tú, pardillo? —respondió con igual hostilidad.

Los dos se dedicaron a lanzarse puñales envenenados, momento que Chloe aprovechó para dirigirse a Gonzalo en busca de algún tipo de explicación.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó sin entender nada.

Su compañero alzó una mochila ante sus ojos.

—Necesito un favor.

Confusa, Chloe advirtió por el rabillo del ojo cómo Mario empujaba a su vecino, y cómo este respondía de igual modo, haciendo que su amigo trastabillase y estuviese a punto de caer.

—¿En serio os vais a comportar como dos críos?

—Ha empezado él —se chivó Fredy. Y cuando ella abrió la boca con la intención de mandarlo a casa, este se apresuró a decir—: Y no pienso dejarte sola con estos dos. No me fío ni un pelo, así que ni te molestes.

Mario tomó una de las muletas y la alzó sobre su cabeza, pero Gonzalo paró su ataque interponiéndose entre él y el *gamer*.

Resignada, Chloe alzó los ojos al cielo, clamando paciencia.

—Pasad, anda —los invitó a regañadientes.

Los tres hombres entraron en el piso de Chloe: Fredy lo hizo refunfuñando, mientras que Mario se movió con dificultad debido a su tobillo lesionado. Gonzalo, por su parte, parecía más tranquilo, pero con una expresión claramente incómoda que le produjo un escalofrío.

Cuando llegaron al salón, Mario se dejó caer en el sofá, soltando un suspiro de alivio al liberar el peso de sus muletas. Fredy, por su parte, se quedó taladrándolo con los ojos.

—¿Qué favor necesitas para tener que venir a estas horas a mi casa? —inquirió ella, dirigiendo su atención hacia Gonzalo mientras intentaba ignorar la actitud belicosa de los otros dos.

Este se llevó la mano a la nuca y la frotó con aire pesaroso.

—Verás… —comenzó a hablar despacio, como si estuviese buscando las palabras adecuadas para producir el menor impacto—, necesito que Mario se quede contigo unos días.

—¡¡¿Qué?!! —chilló Fredy al escucharlo, y sin pensarlo dos veces soltó un rotundo—: ¡Ni de coña!

Los tres se quedaron mirando la reacción del vecino con una expresión estupefacta.

—¿Y a este idiota qué le pasa? —cuestionó Mario, señalándolo con el pulgar en un tono de lo más desdeñoso—. ¿Quién cojones le ha dado vela en este entierro?

Fredy se crispó y no tardó en saltar, su rostro enrojeció por la ira.

—¡Oye! Cuidadito con cómo me hablas.

—Te hablo como me da la gana —replicó Mario sin inmutarse por la amenaza—. Pero ¿quién te crees que eres?

—Soy su vecino y estoy aquí para protegerla de indeseables como tú —respondió con toda su arrogancia.

—¡¿Indeseable?! —jadeó perplejo—. Soy su amigo de toda la vida, a ti te conoce desde hace dos días.

—Un amigo gorrón, al parecer.

La mandíbula de Mario se descolgó al oír el insulto.

—¿Me acabas de llamar «gorrón»?

—También eres duro de oído, por lo que veo.

Mario agarró la muleta e intentó ponerse en pie, pero el bufido de Mr. Mochi lo disuadió de su empeño. Así que probó a clavarle la barra metálica en el estómago a su oponente, el cual lo esquivó con facilidad dando un paso atrás. Ignorando por completo su estúpida batalla de egos, Chloe se giró de nuevo hacia Gonzalo.

—Estás de broma, ¿verdad?

Este dejó salir un largo y pesado suspiro. Y aprovechando que los otros tres —un gato y dos supuestos humanos— no se quitaban el ojo de encima, la agarró del brazo y la alejó de ellos para buscar un poco de privacidad.

—Ojalá.

Chloe alzó ambas cejas y su atención regresó de nuevo a la escena que ocurría en su salón. Acorralado entre Mr. Mochi y Fredy, Mario se repantingó en el sofá con actitud provocadora, persiguiendo algún tipo de reacción en su vecino que le diese una buena excusa para buscar más bronca. Tras lo cual, miró a su compañero con una expresión mortalmente seria.

—Sé que es mi amigo y todavía no entiendo por qué —comentó Chloe con un gesto de las manos que expresaba la extrañeza de esa amistad—. Pero no creo que haya nada en este mundo que me obligue a tener que aguantarlo.

Asustado, porque no se esperaba una negativa tan rotunda, Gonzalo intentó que cambiara de opinión.

—Antes de negarte…

—No.

—Escúchame, Chloe…

—He dicho que no —reiteró, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Chloe, por favor…

—Es tu compañero de piso, no el mío.

—Pero también es tu amigo —le recordó él.

—Un error que subsanaré enseguida —informó seria, todavía cabreada con Mario por poner en duda su palabra.

—No te lo pediría si no fuese necesario —insistió Gonzalo, con la voz cargada de urgencia.

Ella lo miró a los ojos y percibió una nota suplicante en su tono que la hizo dudar.

—Dame un buen motivo, uno que me haga cambiar de idea, porque ahora mismo estoy deseando sacarlo de aquí a patadas.

—Ha reventado una de las tuberías de la cocina, por lo que no tenemos agua ni gas en nuestro piso —se apresuró a explicar—. Nuestro casero está de viaje, y aunque nos aseguró que llamaría a alguien para que viniese a ver la avería, también nos dijo que no sería rápido. Yo me

mudaré a casa de mi madre hasta que todo se solucione —continuó—. Y aunque me encantaría llevarme a Mario conmigo, vive en un quinto sin ascensor. Impedido como está, es inviable que él venga con nosotros.

—¿Y sus padres? —preguntó Chloe, buscando otra alternativa.

—Cuando su padre se jubiló, después del ataque al corazón, los dos se mudaron al pueblo.

Chloe miró a Mario con una expresión inescrutable. La ira del otro día seguía presente en ella, pero tampoco podía ignorar la situación.

—¿Por qué tengo que hacerme cargo yo? Que llame a su adorada Blanca.

Gonzalo se revolvió el cabello ante su lógica respuesta.

—Sabes tan bien como yo que Blanca no es la solución —respondió sincero—. Mario necesita que alguien lo ayude en las cosas más sencillas. Y yo pensé que, ya que pasas tanto tiempo en casa, podría quedarse contigo.

—¿Y por qué no me lo ha pedido él?

Aliviado, Gonzalo siguió el rumbo de su mirada.

—Porque no es estúpido y sabe que todavía estás cabreada con él por el numerito de la otra noche. En realidad, no quería molestarte —admitió con franqueza—. Se empeñó en que podía apañárselas él solito en una pensión, pero lo obligué a venir contra su voluntad.

Chloe suspiró, debatiéndose entre su resentimiento y la necesidad de ayudar a su amigo. No era una decisión fácil, pero sabía que no podía dejar a Mario tirado en esa situación.

—¿Cuánto tiempo tardará en arreglarse la tubería? —preguntó finalmente en un tono más conciliador.

—No lo sé —respondió sincero—. Ya conoces cómo va lo de las obras en casa: sabes cuando empiezan, pero no cuando acaban. Aunque espero que no sea mucho tiempo.

Chloe se mordió el labio, sopesando sus opciones. Miró a Mario, que seguía discutiendo con Fredy, y suspiró profundo.

—Sé que puede ser un grano en el culo cuando quiere —dijo Gonzalo, dándole un pequeño empujón con el hombro en un gesto cariñoso—, pero en el fondo es un buen tipo.

Ella sacudió la cabeza al recordar lo irritante que su amigo podía ser si se lo proponía.

—Lo sé —reconoció entre dientes—, y no sabe la suerte que tiene de tenerte.

Agradecido por sus palabras, Gonzalo le dio un breve abrazo a la vez que le susurró al oído.

—Y de tenerte a ti —le recordó.

Chloe se obligó a forzar una sonrisa. La idea de tener que compartir su espacio con Mario durante un tiempo indefinido la ponía nerviosa, por muchas más razones de las que quería admitir.



Capítulo 11

Chloe contempló al trío que tenía delante y no pudo evitar soltar un largo y pesado suspiro. La noche había tomado un rumbo inesperado y la tensión en la sala era palpable. Fredy observaba a Mario con una mirada amenazante, su postura rígida y sus brazos cruzados evidenciaban su hostilidad. Mario, por su parte, le devolvía el mismo gesto, pero con una actitud aún más chulesca de lo habitual, dejando claro que no le intimidaba la situación. Y, en medio de ellos, Mr. Mochi alternaba su mirada entre uno y otro, percibiendo el aura inquietante que reinaba en el ambiente. Sin embargo, la máxima atención del felino estaba sobre Mario, a quien consideraba su nuevo archienemigo, mientras que a Fredy ya lo tenía muy visto y no representaba mayor amenaza.

—Es muy tarde ya, así que será mejor que cada uno se vaya para su casa —resolvió tras darse por vencida ante la súplica de Gonzalo.

Sin quitarle los ojos de encima a Mario, el *gamer* se movió hacia la salida a regañadientes. Este, malinterpretando la situación, agarró la muleta para apoyarse sobre ella y ayudarse a levantar del sofá.

—Tú no —dijo ella haciendo una seña con el dedo para que se volviera a sentar.

Sorprendido, Mario obedeció y se dejó caer de nuevo, acción que asustó a Mr. Mochi y que le valió un fuerte bufido por su parte.

Fredy se detuvo en seco y volvió sobre sus pasos.

—Si él no se va, yo tampoco —amenazó rotundo.

Chloe alzó los ojos, clamando paciencia. A continuación, se acercó a su vecino y lo empujó hacia la salida con cierta consideración, pero al mismo tiempo con firmeza.

—¿Tú no tienes que jugar algún torneo, partida o algo así?

Él se revolvió con terquedad.

—Cuando se trata de protegerte, no importa nada más.

Mario jadeó ofendido.

—Definitivamente, al friki este le falta un puto tornillo.

Este se encrespó ante el nuevo insulto, pero Chloe se interpuso entre ambos con rapidez.

—Ya te lo he dicho, Fredy —habló con paciencia—. Mario es un amigo de la infancia, no necesitas protegerme de él.

El hombre sacudió la cabeza en claro desacuerdo al mismo tiempo que sorbía por la nariz.

—Es obvio que eres demasiado inocente, encanto —dijo con presunción—. Un hombre es un hombre y no te puedes fiar de ninguno. Al final, todos quieren lo mismo.

Chloe y Gonzalo intercambiaron una mirada de asombro ante las arcaicas ideas de su vecino.

Gonzalo decidió intervenir en ayuda de Chloe.

—No te preocupes por él. —Y procedió a señalar a su compañero con el pulgar—. Ese idiota es gay.

Fredy entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿En serio?

Mario, que no estaba por la labor de ayudar, exclamó.

—¡Ja! No se lo cree ni él.

La resolución retornó al rostro de su vecino.

—Lo dicho, si él se queda, yo también. No me fío ni un pelo de ese patán.

Chloe sofocó la réplica de Mario lanzándole una zapatilla que pasó muy cerca de su cara. Después, ayudada por Gonzalo, obligó a Fredy a darse la vuelta y lo empujó hacia la entrada.

—Vale, no es gay —explicó Gonzalo con la intención de apaciguar los ánimos del vecino mientras lo dirigía hacia la puerta—, pero está enamorado de una bruja desde hace la hostia de años que no le hace ni caso. En mi opinión, es como si estuviera castrado, te lo aseguro.

—Además, está cojo de una pierna —añadió Chloe—, te garantizo que no es ninguna amenaza.

Nada convencido, el *gamer* caminaba por el pasillo mirando hacia atrás mientras era apremiado sin miramientos.

—¿Estás segura? —insistió todavía disconforme.

—Por supuesto —aseveró Gonzalo.

—Me quedaría más tranquilo si…

—Agradezco tu ofrecimiento, de verdad —lo interrumpió ella—. Pero no puedo permitir que dejes sola a tu madre toda la noche.

Fredy se resistía a avanzar.

—Sabes que ella madruga un montón para ir a trabajar y, como consecuencia, se recoge como las gallinas. A las nueve ya está durmiendo. No se va a enterar.

Una risilla por lo bajo de Gonzalo al escuchar el símil hizo que Chloe resoplara a la vez que se apresuró a abrir la puerta de la entrada.

—¿Y si te necesita? —replicó con rapidez—. No me perdonaría si le pasase algo en medio de la noche y tú no estuvieses en casa para ayudarla.

—Pero…

Entre ella y Gonzalo lo obligaron a salir al descansillo.

—¡Está bien! —Se rindió él por fin. Se agarró los pantalones del chándal y se los subió por encima de la cintura con irritación a la vez que sorbió por la nariz—. He captado la indirecta.

—¡Aleluya! —musitó Gonzalo entre dientes.

Fredy fingió no oírlo.

—Pero que sepas que estaré toda la noche pegado a la mirilla, ¿vale? Si ese idiota intenta propasarse, solo tienes que gritar y estaré aquí a la velocidad de la luz.

Chloe tuvo que reprimir una sonrisa al imaginar la situación. Su vecino podía ser un poco entrometido y algo fastidioso, pero en el fondo sabía que lo hacía de buen corazón. Sin embargo, debido a su vida sedentaria y mala alimentación, imaginarlo salir en su ayuda a la velocidad de la luz con su sobrepeso le produjo cierta ternura.

—De acuerdo —aceptó, hecho que se llevó una mirada sorprendida por parte de Gonzalo.

Ella se encogió de hombros como respuesta ante su muda pregunta. Fredy, que no se había percatado del intercambio de gestos entre ambos, insistió algo más tranquilo.

—¿Me lo prometes?

Chloe se inclinó sobre él y le dio un beso en su regordeta mejilla.

—Te lo prometo.



Tras despedirse de los dos inesperados visitantes, Chloe cerró la puerta a su espalda y apoyó la cabeza en ella. Un suspiro de alivio escapó de sus labios mientras se dejaba llevar por la quietud de su hogar. Sentado en sus cuartos traseros, observándola con sus preciosos y enigmáticos ojos amarillos, Mr. Mochi soltó un suave maullido. Como si percibiera la agitación de su humana favorita, se acercó con sigilo hasta ella para frotar la cabeza contra sus piernas en un gesto de cariño y comprensión. Una tierna sonrisa se dibujó en el rostro de Chloe cuando su adorada mascota la consoló ronroneando suavemente. Agradecida por ese gesto de empatía, se agachó para tomarlo en brazos y prodigarlo de mimos, buscando refugio en su suave pelaje y calidez reconfortante.

—Tú eres el único que me entiende, ¿verdad que sí? —susurró, caminando por el pasillo, con la voz llena de cariño y confianza.

Mr. Mochi respondió cerrando los ojos ante sus caricias y emitiendo un ligero maullido. Pero su aptitud cambió cuando se pararon cerca de Mario; su pelaje se erizó y le dedicó un sonoro bufido.

«Largo, capullo».

—¿Por qué me tiene tanta manía ese bicho? —preguntó él, sorprendido por su reacción.

Ella se sentó en el otro lado del sofá, manteniendo las distancias.

—No es tonto, puede oler a los idiotas a kilómetros.

«Exacto —bufó de nuevo—. Si es que hay que explicárselo todo».

Mario ignoró la mala leche de aquella bestia peluda y aceptó la pulla de Chloe rascándose la nuca con aire arrepentido.

—¿Sigues cabreada conmigo?

Ella torció el gesto ante la obvia pregunta. La ira del otro día seguía presente en su interior, a la espera de, al menos, una disculpa de su parte que todavía no había recibido.

—¿Tú qué crees? —respondió con sarcasmo, su tono de voz dejó claro su desagrado.

Él se encogió de hombros con esos ojitos de Bambi que tan bien funcionaban con ella de jóvenes.

—Creí que me habías perdonado al dejar que me quedara.

Chloe chistó la lengua contra el paladar, expresando su disgusto.

—No te confundas, dejo que te quedes porque me das pena. Eso no significa que no siga enfadada contigo.

—¿Qué quieres que te diga?, ¿que lo siento?

—No, quiero que recapacites sobre lo que hiciste —respondió Chloe con firmeza—. Pensaste solo en ti mismo sin importarte las consecuencias.

—Me pillasteis de sorpresa, ¿vale? Me dolió que ese idiota supiese más cosas de ti que yo —se excusó, intentando justificar su comportamiento.

—¿Con ese «idiota» te refieres a Milo?

—Sí.

—¿Y eso te da derecho para comportarte como un cretino? —cuestionó enojada porque no reconociera su error—. ¿Tienes idea de lo que habría ocurrido si se hubiese molestado? Milo no es un simple trabajador de la empresa como tú o como yo, él es…

—Un cantamañanas que no lo conocen ni en su casa —la interrumpió con absoluto desdén.

Ella cerró los ojos y dejó salir un suspiro derrotista. Su actitud la frustraba y la entristecía haciendo que quisiera gritar de impotencia.

—Me voy a la cama —dijo con un tono resignado, levantándose del sofá—. Ya sabes dónde está la habitación de invitados.

Mario la agarró de la muñeca para detenerla.

—Chloe… —suplicó—, no quiero que sigamos enfadados. No por esta tontería.

—¿Crees que es una tontería?, porque para mí no lo es —señaló seria—. No solo te emborrachaste y perdiste los papeles comportándote de forma grosera con Milo, sino que pagaste tu frustración conmigo. Y no creo que me lo merezca, Mario. Además, no es que yo le haya ido contando sobre mi vida, ¿sabes? Sino que, al parecer, nos movemos en los mismos círculos y… —Chloe detuvo su explicación cuando no captó ningún tipo de remordimiento en él—. No sé ni para qué me molesto.

Mario despegó los labios para justificarse, pero los volvió a cerrar.

—Me gustaría disculparme por lo que dije —confesó al fin—, pero en verdad no puedo hacerlo. Fui sincero cuando expresé mi sentimiento de decepción con las dos. No soy estúpido y sigo creyendo que ambas me ocultáis algo. Y esa noche me quedó muy claro que ninguna está siendo honesta conmigo.

—Es inútil hablar contigo —respondió con amargura—. ¿Cuántos años han pasado? ¿Trece? Y sigues sin poder pasar página.

—No es tan fácil —replicó él, empeñado en defender su posición.

—¿Qué es lo que te resulta tan difícil de entender, Mario? —cuestionó con impaciencia—. Esa noche no estábamos solas en la fiesta, había más chicas en la casa, pudo besarte cualquiera de ellas. Blanca no tiene ningún tipo de interés hacia ti, asúmelo de una vez. Jamás lo ha tenido ni lo tendrá.

Una extraña expresión que Chloe no supo descifrar cruzó por el rostro de Mario.

—Eso no lo sabes —rebatió terco.

Ella, decidida a romper las barreras de su autoengaño, incluso a costa de su amistad, optó por la brutal honestidad

—El único que no lo sabe eres tú. El único que no lo quiere ver eres tú —afirmó, mirándolo directa a los ojos—. ¿Has oído hablar alguna vez del amigo pagafantas? —Mario se puso tenso en cuanto escuchó esa temida y desdeñosa etiqueta—. Te lo digo con todo el cariño que te tengo, pero, para ella, eres simple y llanamente eso; el amigo pagafantas que hace lo que sea por un poco de su atención. Y con eso te paga, con migajas de amistad para tenerte sujeto a su correa como un fiel perrito que mueve el rabo cuando lo llama.

Él apretó los dientes y se le marcó un músculo en la mandíbula. Sus palabras habían sido duras, pero también necesarias.

—¿No estás siendo muy cruel? —le reprochó con un tono de voz bajo, sintiendo el dolor que le producía escuchar su descarnada honestidad.

—Blanca lleva trece años siendo más cruel que yo, te lo aseguro. Y esa obsesión que sientes por ella debe parar de una maldita vez. Si en verdad quieres ser feliz algún día, tienes que seguir con tu vida sin estar pendiente de sus más mínimos deseos. Esta absurda obcecación no es sana, Mario, entiéndelo.

El mensaje de ella resonó en la sala alto y claro, dejándolo en silencio. Por primera vez en mucho tiempo se vio a sí mismo desde otra perspectiva, desde la perspectiva de Chloe, y no le gustó lo que vio.

Con un suspiro de derrota soltó su mano, su expresión marcada por el abatimiento. Chloe sintió una punzada de culpa, pero sabía que tenía que mantenerse firme por su propio bien.

Mario cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, el cansancio y la tristeza se reflejaban en cada línea de su rostro.

—Gonzalo piensa lo mismo que tú —confesó él muy a su pesar, con una voz que apenas era un susurro—. Pero no tenéis ni idea de lo equivocados que estáis.

Chloe lo observó con una mezcla de tristeza y determinación. La preocupación sincera en su voz era palpable mientras intentaba llegar a él.

—Los dos somos tus amigos y te apreciamos —dijo ella, intentado ser lo más suave posible —, tal vez deberías escucharnos. —Se sentó de nuevo a su lado, le dolía el corazón al verlo tan hundido—. Si hubieses tenido alguna oportunidad con Blanca, trece años es tiempo suficiente para que ese momento hubiese llegado, ¿no crees?

Mario abrió los ojos con lentitud, encontrando los de Chloe llenos de una mezcla de compasión y firmeza.

—Es difícil, Chloe. —Su voz temblaba ligeramente, con un anhelo profundo, incapaz de expresar algo que llevaba enterrado muy adentro—. No puedes ni imaginarte lo difícil que es esto para mí.

Chloe asintió, comprendiendo su lucha interna.

—Lo sé, Mario. Y no te estoy diciendo que sea fácil. Pero vivir en función de alguien que no te valora, que no te corresponde, solo te está haciendo cada vez más daño. Mereces algo mejor, alguien que te quiera de verdad.

Él la miró, sus ojos estaban llenos de una mezcla de aceptación y desespero. Una fugaz sombra de sonrisa apareció en sus labios antes de desaparecer, dejando atrás un atisbo de vulnerabilidad.

—Te debo parecer de lo más patético, ¿verdad? —declaró, su voz mezclada con un toque de autodesprecio.

Ella sacudió la cabeza.

—En absoluto, te comprendo mejor de lo que piensas —confesó sincera.

Mario despegó los labios con un millón de preguntas y confesiones en la punta de la lengua, pero se contuvo al creer que era mejor no presionar más por ese día. En su lugar, dejó salir un largo y pesado suspiro.

—¿Has cenado ya? —cambió de tema.

Chloe miró hacia el reloj que colgaba en la pared de la cocina.

—Pues no —reveló al ver lo tarde que era—. Estaba trabajando y perdí la noción del tiempo.

—Pues déjame invitarte —propuso—. Es lo menos que puedo hacer por dejar que me quede de okupa en tu casa.

Ella asintió conforme y se levantó para buscar folletos de comida a domicilio.



Chloe miró el reloj de su teléfono, entrecerrando los párpados, y la intensa luz de la pantalla atravesó sus ojos cargados de sueño. Eran las ocho de la mañana, una hora intempestiva para cualquiera que no fuera el más entusiasta de los madrugadores. Un gemido escapó de sus labios mientras luchaba contra el impulso de esconderse bajo las sábanas e ignorar el insistente timbre. Aturdida, se levantó de la cama y sus pies protestaron a cada paso.

Amodorrada, caminó por el pasillo haciendo eses y a punto estuvo de tropezar y caerse de

bruces cuando Mr. Mochi se interpuso en su camino. Se acercó a la mirilla y acercó un ojo al pequeño círculo. Lo que vio al otro lado hizo que apoyara la frente sobre la madera y maldijera por lo bajo.

Un bostezo involuntario surgió de pronto mientras abría la puerta para enfrentarse al madrugador e inesperado visitante.

—¡Buenos días! —saludó Fredy, pasando al interior sin esperar a ser invitado.

Chloe lo miró desaparecer por el pasillo y alzó ambas cejas al mismo tiempo, sorprendida por la brusca invasión de su privacidad.

—¿Qué haces a estas horas aquí, Fredy?

Él escaneaba la estancia en busca de una presencia en concreto.

—¿Tú qué crees?

Ella cerró los ojos y apretó los labios reprimiendo su incipiente cabreo.

—Ya te dije que…

—¿Todavía no ha despertado? —interrogó, cortando de cuajo su perorata e irrumpiendo en la habitación de invitados.

A punto de explotar, Chloe inspiró hondo tratando de calmar su genio.

—Fredy…

Al ver que Mario dormía a pierna suelta, cerró la puerta de nuevo más tranquilo.

—Tú haz lo que tengas que hacer —la interrumpió de nuevo, acomodándose en el sofá—. Yo esperaré a que se despierte para ayudarlo a ducharse. Porque no pretenderás hacerlo tú, ¿verdad?

La boca de Chloe se abrió con sorpresa. En realidad, no había considerado esa posibilidad hasta ahora.

—¡Oh, mierda!



Capítulo 12

Mario abrió los ojos con pereza, la luz del sol que se colaba por las rendijas de las persianas lo saludaba con timidez. Le tomó unos instantes recordar que se encontraba en casa de Chloe. Estiró los brazos y se desperezó por completo, soltando un enorme bostezo que resonó en la habitación silenciosa.

¡Dios, qué bien había dormido!

Se colocó las manos detrás de la nuca y contempló el blanco techo durante unos instantes, permitiendo que su mente se despertara con calma ya que no tenía que ir a trabajar. Una suave línea de preocupación se marcó en su rostro, la sensación de bienestar que lo invadía en ese momento no borraba el recuerdo de la conversación con Chloe la noche anterior. Una mezcla de emociones encontradas se enroscaba en su pecho, y no solo por el contenido en sí de la conversación, que sin duda había sido importante y lo habían dejado tocado, sino por revivir un momento que había creído perdido para siempre.

Había extrañado esas conversaciones con su mejor amiga, esas charlas íntimas y profundas que compartían desde la infancia. No sabía cuánto las había echado de menos hasta ese mismo momento. Chloe era la única persona en el mundo que podía decirle las verdades más crudas sin rodeos, la única en la que confiaba ciegamente. Ella era su confidente, su alma gemela, su hogar. Sí, su hogar. Ese lugar en el que podía ser él mismo sin máscaras ni pretensiones, ese lugar en el que se sentía seguro y protegido, en el que se sentía confiado. Por eso había dormido a pierna suelta esa noche, un lujo del que no recordaba la última vez que había disfrutado.

Un suspiro de pesar escapó de los labios de Mario mientras se sumía en una profunda reflexión. Su mente vagaba por los senderos del «si hubiera sido», imaginando una vida por completo diferente a la que conocía. Una vida donde la chica que había robado su corazón le hubiera correspondido.

Desde el principio, Chloe había captado su atención. Su belleza serena y su personalidad amable la convertían en la más guapa y atractiva para él. Sin embargo, ella nunca había demostrado más que una simple amistad entre ellos, tratándolo como a un hermano menor y mandándolo a la zona de amigos nada más conocerse.

Al lado contrario se encontraba Blanca: ella era como un imán irresistible. Desde el primer momento había captado su afición al coqueteo, las miradas furtivas y sus sonrisas insinuantes. Era divertida, extrovertida, llena de vida, una fuerza irresistible que lo atraía hacia ella como una polilla a la llama.

Ambas chicas eran polos opuestos, como la noche y el día, el agua y el aceite. Chloe representaba la seguridad, la estabilidad y la amistad verdadera. Alguien en quien tenía confianza ciega, que lo escuchaba y apoyaba cuando más lo necesitaba. Blanca, en cambio, era la emoción, la aventura, lo desconocido, la libertad, la familiaridad y la diversión en estado puro.

El problema era su falta de valor. Su timidez lo había paralizado, impidiéndole expresar sus verdaderos sentimientos hacia la chica que le gustaba. Con cada día que pasaba, la confesión se tornaba más difícil, más inalcanzable.

Pero tal vez Chloe llevaba razón. Trece años eran más que suficientes para que algo hubiera florecido entre ellos, ¿no? Si no estaban juntos, quizá su destino era muy diferente al que Mario

había soñado durante tanto tiempo.

Un torbellino de emociones lo invadió: la tristeza por un amor no correspondido, la frustración por su cobardía, la duda sobre su futuro. Se sentía atrapado en una encrucijada, sin saber qué camino tomar.

En ese instante, una oleada de determinación lo recorrió. No podía seguir viviendo de ese modo, lamentándose por lo que podría haber sido. El consejo de Chloe, aunque dolía, no podía ser más acertado: ya era hora de tomar las riendas de su vida, de enfrentar sus miedos y de intentar ser feliz.

Con un nuevo brillo en sus ojos, Mario se levantó de la cama, dispuesto a cambiar el rumbo de su historia. Había llegado el momento de dejar de lado los «si hubiera sido» y comenzar a escribir su propio destino. Un destino donde él, por fin, tomara las decisiones y viviera la vida que se merecía.

Agarró las muletas apoyadas en la pared y se ayudó para levantarse de la cama. Cuando salió de la habitación se detuvo en seco, pues delante de la puerta, como si estuviera haciendo guardia, Mr. Mochi esperaba pacientemente.

«¡Qué te largues, idiota!».

Mario era cada vez más inmune a los bufidos y desplantes del malhumorado centinela. Con las orejas pegadas a la cabeza y la mirada fija en él, el taimado animal no iba a dejar de recordarle que no era bienvenido en su territorio.

—Buenos días a ti también —respondió con retintín.

Con un ligero empujón de su muleta apartó al peludo obstáculo de su camino. Mr. Mochi emitió un bufido indignado, su cola se movió con irritación.

«Me caes mal», maulló ofendido.

Mario torció el gesto al captar el mensaje al momento.

—Tú también me caes muy mal a mí, que lo sepas —replicó como si hablaran el mismo idioma.

Mr. Mochi, decidido a no perder la oportunidad de molestar, se interpuso en su camino una vez más, haciendo que Mario tropezara y casi perdiera el equilibrio.

—¡Maldito bicho! —refunfuñó cabreado tras evitar ir de cabeza contra el suelo—. Lo has hecho a propósito, ¿verdad?

El gato, con una arrogancia felina digna de un rey, levantó la cola y se pavoneó frente a él, como si disfrutara de la incomodidad del humano.

«No sé de qué me hablas, pardillo», pareció decir su mirada desafiante.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó Chloe al escucharlo maldecir desde la cocina, donde estaba preparando el desayuno.

Mario se giró hacia ella con una mezcla de exasperación y horror.

—Con tu querido gato —admitió—. Tengo la fuerte sospecha de que no solo me odia, sino que está intentando acabar conmigo.

Chloe soltó una risa mientras vertía café en una taza.

—No seas tan dramático. Simplemente, a Mr. Mochi no le agradan los cambios y necesita su tiempo para adaptarse. Cuando menos te lo esperes, te habrá aceptado, ya verás.

—Tú dirás lo que quieras, pero en estos momentos soy su enemigo número uno, y estoy seguro de que tiene ideado un plan malévolo para deshacerse de mí.

—No te lo tomes como algo personal —le aconsejó Chloe, dejando la taza de café sobre la encimera de la cocina—. A él no le gusta nadie que invada su espacio. Y tú, querido amigo, estás

invadiendo todo su reino.

Mario, con un gesto de gratitud por el café recién hecho, se encaramó en una de las dos sillas altas de la pequeña zona de desayuno de la cocina. Su sonrisa, sin embargo, se esfumó al percatarse de una presencia adicional en la casa.

—¿Y este qué hace aquí? —preguntó con recelo.

Sentado en el cómodo sofá, con un portátil apoyado en las rodillas, Fredy alzó la mano y lo saludo con un irónico movimiento de dedos.

—Holi.

Mario giró el rostro demudado hacia Chloe.

—¿Estás de broma?

Ella se limitó a encogerse de hombros mientras se llevaba su propia taza de café a los labios.

—Parece que has hecho un nuevo amigo —respondió con un brillo divertido bailando en sus verdes ojos—. ¿Qué quieres desayunar? ¿Tostadas, cereales…?

—Te lo digo en serio, Chloe —susurró entre dientes—. No quiero tener nada que ver con ese puto friki.

Ella se acercó a él con una expresión determinada.

—Ese «puto friki» ha venido a ayudarte con la ducha.

Mario arrugó la frente mientras procesaba la información, hasta que una sombra obstinada cruzó su semblante.

—¡Ni de coña! —replicó con firmeza—. No pienso entrar en una ducha con ese tipo ni loco.

—No pretenderás que lo haya yo, ¿verdad?

Mario alzó la pierna y la apoyó sobre el otro taburete vacío, pues una de las recomendaciones para su recuperación era mantenerla en alto para no acumular líquidos, y poner hielo sobre la torcedura cada cierto tiempo para bajar la inflamación.

—Puedo ducharme yo solito, gracias.

Chloe suspiró, su paciencia puesta a prueba a primera hora de la mañana. Si el resto de días iban a ser así, estaba decidida a pedir una orden de alejamiento contra esos dos.

—Sí, claro, para que te mates.

Mario miró a Fredy, quien le guiñó un ojo con evidente recochineo. Con un bufido de frustración, se volvió hacia Chloe.

—No puedo creer que me estés haciendo esto.

Ella le dedicó una mirada de compasión mezclada con firmeza.

—La ducha es un lugar peligroso para alguien que no puede apoyar el pie en el suelo. Solo quiero asegurarme de que no te hagas más daño. Él está aquí para ayudarte, así que, por favor, coopera.

—¿Ha sido idea tuya?

Chloe se frotó la frente con resignación, dejando escapar un suspiro mientras negaba con la cabeza.

—Se presentó aquí a las ocho de la mañana y no tiene pensado marcharse.

Mario resopló irritado y se inclinó sobre la encimera de la pequeña isla con los brazos cruzados, su postura desafiante. Aceptar la ayuda de Fredy le resultaba más humillante de lo que podía soportar

—¿Por qué le permites hacer esto? Deberías echarlo de aquí a patadas.

Ella se inclinó del mismo modo, hasta que sus rostros estuvieron a escasos centímetros.

—No tiene más amigos —cuchicheó, sus ojos reflejaron una lástima que Mario no esperaba.

—¿Y te extraña?

—Solo quiere ayudar —replicó—. ¿Por qué te parece tan mal?

Él señaló a Fredy con el pulgar, la desconfianza y el desdén estaban patentes en su gesto.

—Ese tipo me odia. Miedo me da lo que puede hacerme en esa ducha.

Chloe, con una chispa burlona bailando en sus ojos, lo observó con una mezcla de diversión y complicidad

—Ya sabemos que eres guapo, pero no creo que seas su tipo ni tenga ninguna intención de aprovecharse, tranquilo.

Mario la miró fijo durante unos eternos segundos, sus pupilas dilatadas como pozos profundos que guardaban secretos inconfesables. Recorrió el rostro de ella y su atención se quedó atascada en la boca de Chloe, la cual contempló a conciencia, hasta que sus miradas se encontraron y se enredaron en un baile hipnótico, sus almas confusas ante la intensa e inexplicable conexión que surgió entre ellos. Por alguna insólita razón, Chloe detectó algo en la expresión de Mario, una mezcla de vulnerabilidad y deseo que la hizo ponerse en guardia.

—No sabía que te parecía guapo —comentó con una voz ligeramente ronca.

Chloe, presa de una incomodidad repentina, se incorporó de inmediato y se llevó la taza de café a los labios, tratando de ocultar con ese simple gesto el rubor que se extendía por sus mejillas.

—Yo no he dicho eso —lo contradijo, luchando por mantener la compostura ante la penetrante mirada de Mario.

—Sí que lo has hecho —insistió él con una sonrisa traviesa jugando en sus labios

En sus ojos brillaba una chispa de coquetería que Chloe no había visto antes, una chispa que la dejó confundida y desorientada. Ella apartó la mirada, el calor subió por su cuello hasta teñir sus mejillas de un suave carmesí, pero la chispa juguetona en los ojos de Mario no hacía más que avivar su nerviosismo.

—¿Qué leches estáis cuchicheando? —quiso saber Fredy ante su extraño comportamiento.

Su pregunta, como una bofetada de realidad, los sacó de su ensimismamiento. Dejó el portátil encima de la mesa auxiliar y se acercó a ellos, picado por la curiosidad.

—Nada —respondió Chloe, dándole la espalda a ambos.

La interrupción de su vecino fue un alivio para ella, quien se dedicó a poner un poco más de pan en la tostadora para el desayuno de Mario.

—¿Has desayunado antes de venir? ¿Quieres que te prepare algo? —le ofreció para cambiar de tema y aquietar los erráticos latidos de su corazón.

Fredy se sacudió con los dedos unas pocas migas que habían quedado prendidas en su camiseta antes de responder:

—No, gracias, tal vez más tarde.

Mario miró al hombre con inquina, deseando perderlo de vista cuanto antes.

—¿Por qué no te piras de aquí? —refunfuñó molesto por su sola presencia.

Este, lejos de molestarse, le dio una fuerte palmada en la espalda con un gesto jovial.

—¿Y quién ayudará a limpiar tu culito respingón? —preguntó irónico.

El rostro de Mario palideció al escuchar la broma de Fredy, sintiendo una mezcla de humillación y rabia

—¡Oh, venga! ¡Ni de coña! —se negó rotundo.

Chloe suspiró, tratando de mantener la calma.

—Mario…

—Tengo mi dignidad —replicó serio, al mismo tiempo que se bajaba del taburete y agarraba las muletas para alejarse de allí—. Y este tipejo no me va a tocar ni con un palo.

Ella lanzó una mirada recriminatoria a su vecino, su expresión cargada de desaprobación.

—¿Ves lo que has conseguido?

Fredy se encogió de hombros sin sentir ni un atisbo de culpabilidad. Sin embargo, debido al mal gesto de Chloe, decidió ir detrás de Mario.

—¡Vamos, colega, que era una broma!

Este se detuvo y lo apuntó con una muleta.

—¡Ni se te ocurra acercarte a mí, pervertido!

Incapaz de resistirse, Fredy sorbió por la nariz y se subió el cedido pantalón del chándal a la vez que esgrimía una sonrisa socarrona.

—Cuanto más te resistes, más me pones, ¡bribón!

Horrorizado, Mario se giró de nuevo e intentó buscar refugio en su habitación lo más rápido posible, sus muletas resonaron en el suelo mientras se alejaba.

Chloe observó la escena luchando por contener una risa nerviosa mientras miraba a Fredy con una mezcla de frustración y diversión.

—Fredy, no lo hagas más difícil de lo que ya es —le pidió, sacudiendo la cabeza—. Por favor, intentad llevaros bien.

El *gamer* se encogió de hombros una vez más, su expresión mostró una mezcla de diversión y resignación.

—No prometo nada, encanto.



Mario finalmente se salió con la suya y logró que lo dejaran ducharse sin la ayuda del maldito friki. Este se había quedado cerca por si necesitaba ayuda, pero fuera del baño y con las manos muy lejos de su trasero.

Con el tobillo envuelto en plástico para no mojarlo, hizo verdaderas acrobacias para mantener el equilibrio y no resbalar en el plato de ducha. El agua caliente caía sobre su cuerpo, creando una cascada de alivio que le permitió soltar un suspiro de placer. Sus músculos, tensos por la incomodidad y el dolor de cargar su peso en las muletas, comenzaban a relajarse bajo la caricia del agua tibia. Con cuidado, enjabonó su cuerpo, evitando que el agua mojara la venda que sujetaba su hinchado y dolorido tobillo. Luego, mientras tarareaba una canción que resonó con fuerza en su cabeza —*I Gotta Feeling*, de The Black Eyed Peas—, lavó su cabello, disfrutando de la sensación de limpieza y frescura que invadía su cuerpo.

Cuando terminó, su humor había mejorado de forma considerable, pues había demostrado que no necesitaba a ese vecino loco y podía valerse por sí mismo. Secó su torso y brazos con una toalla y después la envolvió alrededor de su estrecha cintura, sintiendo una renovada sensación de independencia. Cojeando, se acercó al espejo del lavamanos y barrió la humedad con la palma hasta que su imagen surgió ante él. Por un instante, se quedó ensimismado observando su reflejo. La humedad perlaba su piel y hacía que su cabello cayera en desordenadas ondas sobre su frente. Y, de repente, a su mente acudió el recuerdo apetecible de los labios de Chloe, tan deseables, tan carnosos, tan… prohibidos.

Por un momento, tan solo por un momento, la tentación lo dominó. La idea de inclinarse

sobre ella, de capturar esos labios entre los suyos y devorarlos con una pasión incontrolable, lo embriagó por completo. Mario casi pudo sentir el sabor de su boca, la textura de su piel, el calor de su cuerpo contra el suyo.

Pero entonces, en el último segundo, la cordura lo golpeó como un jarro de agua fría. Se dio cuenta de la locura de sus pensamientos y se llamó a la calma y la prudencia. No podía arriesgar esa conexión tan especial por un momento de debilidad. Por un deseo que, de materializarse, solo traería dolor y arrepentimiento. Él tenía otros planes. Unos planes que debía considerar con meticulosidad antes de dar el salto al vacío o lo arruinaría todo.

Con un esfuerzo titánico, apartó esos pensamientos de su mente y se concentró en la imagen del espejo. Se peinó el cabello hacia atrás con los dedos, un gesto mecánico que buscaba recuperar el control de sí mismo. Una sonrisa prepotente se dibujó en sus labios, una sonrisa que pretendía camuflar la batalla interna que libraba en su interior. Guiñó un ojo a su reflejo, como un cómplice en su acto de valentía.

Con la canción todavía resonando en su cabeza, se dirigió hacia la puerta del baño, listo para salir y cambiarse de ropa en su habitación. Sin embargo, lo que Mario no esperaba era el encuentro repentino con Mr. Mochi, quien, con un potente maullido y un impulso felino digno de un corredor de 100 metros lisos, pasó a toda velocidad por delante de él.

La inesperada aparición de aquella bola de pelo provocó una serie de eventos desafortunados. La muleta de Mario salió volando por los aires, desequilibrándolo y haciéndolo trastabillar por el pasillo. En un intento desesperado por no caer de bruces y romperse los dientes, Mario apoyó su pie vendado en el suelo, lo que le provocó un agudo grito de dolor.

—¡¡Joder!! —chilló furioso—. ¡Maldito animal!

Cojeando y con el rostro enrojecido por la ira, se agachó para recoger la muleta. Sin embargo, la mala suerte lo perseguía. La toalla que llevaba enroscada alrededor de la cintura se aflojó, cayó al suelo y dejó al descubierto su trasero ante la mirada atónita de una mujer de unos sesenta y pocos años, sentada en el sofá con una taza en la mano.

—¡Oohh, madre del amor hermoso!



Capítulo 13

Chloe acababa de sentarse en su estudio, dispuesta a comenzar a trabajar, cuando sonó de nuevo el timbre de la entrada. Maldiciendo entre dientes, se levantó de su asiento y fue a ver quién era esta vez.

—Hola, cariño, ¿puedo pasar?

Una mujer que aún no llegaba a los sesenta y cinco, con una mirada muy despierta y las líneas de expresión en su rostro marcadas por el paso del tiempo, la miraba con una cálida sonrisa.

—¡Adela! —exclamó sorprendida de verla allí—. Claro, claro, pasa, por favor.

La mujer cruzó el umbral y se agachó para rascar a Mr. Mochi detrás de las orejas.

—Hola, precioso —lo saludó con un tono de voz acaramelado que evidenciaba el cariño que le tenía al animal—, ¿cómo estás?

El british shorthair cerró los ojos y disfrutó de la caricia ronroneando como el motor de una moto de gran cilindrada. Tras unos segundos, la mujer enderezó la espalda.

—Espero no molestar —dijo, caminando por el pasillo con decisión—. Solo vengo a asegurarme de que el idiota de mi hijo no te está molestando.

—En absoluto —respondió Chloe siguiendo sus ágiles pasos.

Al llegar al salón, madre e hijo se encontraron. Ella puso los brazos en jarras y él le devolvió una mirada retadora.

—¿Tú qué? —le espetó.

Fredy alzó una ceja con gesto pasota.

—¿Yo qué de qué?

Su madre dejó salir un fuerte bufido.

—Tú qué de nada, claro.

Chloe abrió la boca y alzó las cejas ante el extraño lenguaje empleado.

—Adela —intervino confusa—, ¿quieres tomar algo?

Ella la ignoró y se acercó a su hijo.

—¿No crees que ya eres mayorcito para andar molestando con tus tonterías? ¡Vamos para casa ahora mismo, esta mujer tiene que trabajar!

—Tranquila, yo no… —intentó decir Chloe, pero fue interrumpida.

—Mamá, no estoy molestando a nadie —replicó su vecino con tono quejicoso—. Solo estoy aquí para ayudar.

La mujer rodó los ojos ante su respuesta.

—¿Ayudar a qué, muchacho? No veo yo que esta chiquilla necesite ayuda de ningún tipo.

—En realidad…

—Tú no lo entiendes —dijo él, interrumpiendo de nuevo a Chloe—. Ella necesita a un hombre que la proteja.

La mujer se sentó a su lado y le propinó una colleja con la mano abierta.

—¡¿Protegerla tú?! —rebatió, echando humo por las orejas—. ¿Que lo único que haces es perder el tiempo matando marcianitos en tu ordenador?

—¡Mamá! —protestó Fredy, completamente abochornado, al mismo tiempo que se frotaba

la nuca.

—¿Acaso estoy mintiendo? —lo retó a contradecirla.

Él torció el gesto, frustrado por la incapacidad de su madre para entender las nuevas tecnologías.

—¡Es mi trabajo!

Su madre chistó la lengua contra el paladar.

—A cualquier cosa le llaman trabajo hoy en día.

El *gamer* se ofendió por el tono desdeñoso.

—Pues es el que paga las facturas.

—¿Las facturas? Lo que tienes es que encontrar a una novia de una buena vez y casarte, que no voy a vivir toda la vida.

—Eso es lo que intento.

—¿Metido en casa todo el día y con estas pintas? —inquirió, echando un vistazo a su ropa dejada con gesto hastiado—. Cuando menos te lo esperes, echo esos trapos al contenedor de desechos tóxicos.

Fredy se tapó la camiseta de la Guerra de las Galaxias con los brazos para ocultarla de sus malas intenciones.

—¡Ni se te ocurra!

Ella entrecerró los ojos con aire amenazador.

—Un bien día, cuando te despistes y te olvides de cerrar tu habitación con llave, quemaré todo lo que tienes ahí.

—¡¡Mamá!! —chilló él, horrorizado ante la idea.

Ella hizo un gesto con la mano quitándole importancia a su amenaza y cambió de tema.

—Lo hago por tu bien, hijo. Te repito que con esas pintas no encontrarás a una buena chica en la vida, y yo ya estoy mayor para aguantar tus tonterías. Necesito que te independices, pero ya.

—Con tu carácter del demonio tampoco es que me lo pongas fácil —replicó molesto—. Además, ¿quién va a cuidar de un vejestorio como tú?

—¿Me estás llamando «vejestorio»? ¿A mí?

La mujer levantó de nuevo la mano, pero se detuvo cuando vio a su hijo encogerse ante el inminente golpe, por lo que Chloe aprovechó para salir en defensa de su vecino.

—Adela, es cierto que no necesito que Fredy me proteja, pero es verdad que su ayuda me viene bien.

Perpleja, la voz de su vecina se suavizó al oírla.

—¿En serio?

Ella se limitó a asentir y le contó la visita inesperada de Mario y su reciente accidente. Durante su explicación, Mr. Mochi se subió al sofá con un grácil salto y olisqueó a la buena mujer para después restregar la cabeza contra ella en busca de atención.

—¡Oh!, no lo sabía —admitió un tanto avergonzada, a la vez que acariciaba el brillante y suave pelaje del mimoso animal.

—Me lo imaginaba —respondió Chloe, comprensiva.

—¿Ves como te decía la verdad? —le reprochó Fredy.

Adela achicó los ojos y le lanzó una mirada fulminante a su hijo.

—No te veo ayudando mucho.

—Porque ese idiota no me ha dejado.

La mujer esbozó una sonrisa socarrona.

—No me extraña —espetó—. Es un chico listo.

—¡¡Mamá!! —lloriqueó de nuevo Fredy por hacerlo de menos ante la chica que le gustaba.

Ella no se inmutó ante su caprichoso reclamo.

—¡¿Qué?! —lo retó otra vez.

—¡¿Qué de qué?!

Chloe se levantó y se dirigió a la cocina, dejándolos con su peculiar intercambio de palabras otra vez. Mientras preparaba una taza de café, intentaba contener la risa ante la escena de sus vecinos. La dinámica entre Fredy y su madre era extraña, pero de alguna manera entrañable. Cada comentario sarcástico y respuesta ingeniosa formaba parte de un ritual que evidenciaba el profundo cariño que se tenían.

En verdad, les estaba muy agradecida a los dos. Desde su llegada al edificio se habían portado de maravilla con ella, en especial Adela, quien se había convertido en una figura maternal de lo más impensada. Su carácter dicharachero y jovial la rodeaba de una calidez que Chloe valoraba profundamente. La mujer se había preocupado por su bienestar en todo momento; ofreciéndose a ayudarla ante el más mínimo problema, invitándola a comer a su casa cuando todavía no le había llegado la nevera y no disponía de comida fresca, y pendiente de ella como si fuera su hija. Algo que ni tan siquiera la propia madre de Chloe había hecho desde que se mudó a España. Todavía seguía esperando una llamada de esta.

Sacudió la cabeza para ahuyentar esos pensamientos y se dirigió con una humeante taza y unas *shortbread* hacia el salón. Las deliciosas y típicas galletas inglesas de mantequilla que tanto le gustaban a su vecina siempre lograban arrancar una sonrisa a Adela, y una protesta por parte de su hijo debido a que tenía que controlar el azúcar por culpa de su edad.

Chloe se sentó en el sillón frente a ellos, observando con una sonrisa la peculiar forma de interactuar entre madre e hijo, quienes estaban discutiendo de nuevo por culpa de la sobreprotección de Fredy con respeto a la salud de su rebelde madre.



Chloe no supo exactamente cuándo Mr. Mochi abandonó las caricias de Adela para acercarse a la puerta del baño. Supuso que la curiosidad del gato pudo más que los mimos que estaba recibiendo y quiso investigar el ruido que provenía del interior. Lo que el pobre animal no esperaba era que Mario, al salir del baño, pisara su cola con la muleta sin querer, desencadenando el siguiente desastre.

Chloe se puso en pie de inmediato cuando escuchó el aullido de dolor de Mr. Mochi. El gato huyó despavorido entre las piernas de Mario, quien, sorprendido, perdió el equilibrio y la muleta salió volando por los aires. En un intento desesperado por no caer de bruces, Mario apoyó su pie lastimado en el suelo, lo que le provocó un grito agudo de dolor. Chloe sintió el impulso de correr hacia él para ayudarlo, pero se detuvo al verlo maldecir y recuperar el equilibrio por sí mismo.

—¡Maldito animal! —gritó furioso, cojeando y con el rostro enrojecido de ira.

Se agachó para recoger la muleta, pero el cúmulo de despropósitos aún no había terminado. La toalla que llevaba enroscada alrededor de la cintura se aflojó y cayó al suelo, dejando al descubierto su blanco y firme trasero ante la atónita mirada de Adela, cuyos ojos se salieron de

las órbitas al ver semejante espectáculo.

—¡Oohh, madre del amor hermoso! —exclamó esta, llevándose una mano a la boca para sofocar un grito de emoción.

Mario, completamente petrificado por la vergüenza, se giró hacia la voz que había resonado a su espalda.

—¡Oh, mierda! —dijo al mismo tiempo que corrió a taparse el miembro con ambas manos.

Estupefacto, contempló los tres rostros que lo observaban con una mezcla de asombro, diversión y morbo, a la vez que apoyaba todo su peso en la pierna sana. La sorpresa fue tal que incluso Chloe, que siempre parecía tener el control de la situación, se había sentado de golpe en el sillón, sin saber qué decir.

Aunque Adela enseguida recuperó el habla.

—Así que este es tu amigo de la infancia —inquirió, comiéndose con los ojos a Mario—. Un jovencito de muy buen ver, con todo bien puesto en su sitio, sí señor.

Mario, sonrojado hasta las orejas, intentaba cubrirse con la toalla como si fuera un escudo contra la vergüenza. Sus mejillas ardían como brasas y un murmullo de maldiciones brotaba de sus labios entrecortados.

—Y-yo… yo lo siento —balbuceó, tartamudeando las palabras como si le costaran un gran esfuerzo—. Fue un accidente… yo…

—Bendito accidente —murmuró la mujer con una sonrisa pícara que dejaba poco a la imaginación—. Ojalá sufriera más de estos todos los días.

—¡Mamá! —gritó Fredy, horrorizado por el descaro de su progenitora.

—¡Ni mamá, ni leches! —replicó ella sin inmutarse—. Que una tiene una edad, pero también tiene ojos en la cara.

—Señora, yo…

—Para ti Adela, bombón —lo interrumpió ella con un guiño malicioso.

Mario miró a Chloe con ojos desesperados, buscando en ella un salvavidas que lo sacara de aquel mar de incomodidad.

—Esto… —Chloe luchaba por contener la risa que amenazaba con estallar en su garganta—. No sé qué decir.

—Pues yo sí tengo unos cuantos comentarios que aportar sobre ese culito respingón —comentó su vecina con una sonrisa traviesa.

Fredy, con el rostro a punto de estallar, miró furioso a Mario.

—¿Cómo se te ocurre salir medio desnudo de la ducha exhibiéndote de esa forma? ¡¡Pervertido!!

Mario tragó saliva con dificultad. La situación era surrealista, caótica y completamente humillante.

—No estaba exhibiéndome —protestó, ajustando la toalla con fuerza—. Ni tampoco sabía que esta mujer estaba aquí —intentó defenderse—. Y mucho menos que Mr. Mochi iba a hacer de las suyas otra vez.

—Esta mujer es su madre y se llama Adela. —Se presentó a sí misma la vecina de Chloe, acercándose a él—. Encantada, guapetón.

Mario luchó con sus manos torpes para responder al saludo de la mujer y al mismo tiempo sujetar la toalla que pendía alrededor de su cintura.

—Lo mismo digo. —Se tomó su tiempo, pero al final acabó por estrecharle la mano—. Yo soy Mario.

—Me han hablado mucho de ti —respondió ella coqueteando de inmediato, a la vez que le hacía una radiografía de arriba abajo con la mirada.

Perplejo, él alzó ambas cejas al mismo tiempo sin saber dónde meterse.

—Lo siento, yo…

—Me imagino que Chloe no habrá tenido mucho tiempo de hablarte de mí —lo interrumpió, acercándole una de las muletas caídas en el piso—, pero ahora que sé que te estás quedando en su casa porque estás impedido, vendré más a menudo para ayudarte en lo que necesites.

—Para eso ya estoy yo, mamá —respondió Fredy, indignado con su comportamiento.

La mujer hizo un gesto despectivo con las manos, para acallar su protesta.

—Tú no sabes ni cuidar de ti mismo, cariño —dijo con una voz condescendiente—. ¿Cómo vas a pretender ayudar a este chulazo?

El gesto dolido de su hijo provocó una pizca de compasión en Mario cuando este pateó el suelo, sobrepasado por la impotencia.

—¡¡Mamá!!

—Tu madre está ocupada, hijo, no interrumpas. —Y se volvió hacia Mario ignorando el berrinche de Fredy—. ¿Qué estaba diciendo…?

La expresión boquiabierta de Mario era tan hilarante que Adela miró a Chloe y le guiñó un ojo para demostrarle que estaba de broma; o tal vez no, con esa mujer nunca se sabía.

No obstante, Mario se apresuró a aclarar.

—No creo que sea necesario. Se lo agradezco mucho, pero de momento me valgo por mí mismo.

Hizo el amago de recoger la otra muleta del suelo, pero estaba indeciso de intentarlo, temiendo que ocurriera otro desastre y la puñetera toalla volviera a hacer de las suyas.

—Ay, cielo, si no es ninguna molestia, de verdad —respondió la mujer entregándosela con un brillo pillo en sus ojos.

Él aceptó la muleta con una tímida sonrisa, agradecido, pero aún incómodo. Lanzó una mirada desesperada a Chloe, suplicando silenciosamente que lo rescatara de esa situación embarazosa.

Ella, conteniendo la risa con dificultad, se acercó para ayudarlo.

—Déjame ayudarte, anda —dijo, tratando de mantener la compostura—. Y, para la próxima, lleva la ropa limpia al baño y te cambias después de ducharte.

—Será mejor que yo vaya con él —se ofreció Fredy—. Todavía sigue desnudo debajo de ese… ese… —hizo un gesto con el dedo mientras evitaba mirar hacia la toalla— ese trapo roñoso.

—Tú te quedas ahí quietecito —intervino su madre con tono firme—. Que parece que no tienes nada mejor que hacer que tocar las narices.

—Pero ¡mamá!

—Ni peros, ni peras —sentenció Adela, acallando cualquier tipo de objeción.

Seguido por Chloe, Mario se dirigió a su habitación a toda la velocidad que las muletas, y el riesgo de perder la toalla de nuevo, le permitieron, mientras dejaba atrás una discusión entre madre e hijo. Jamás había huido de una situación tan incómoda en su vida. Al llegar a la habitación, se dejó caer sobre la cama, exhausto y necesitado de recuperar el aliento.

—Tienes que buscar otro piso de inmediato —dijo con voz entrecortada, respirando con dificultad, mientras observaba a su amiga buscar ropa en la mochila que aún no había terminado de deshacer.

Ella se mordió el labio en un inútil intento de reprimir la carcajada que amenazaba con salir.

—¿Por qué? —preguntó, intentando mantener la seriedad mientras sacaba unos pantalones holgados, una camiseta y unos calzoncillos, y los colocaba ordenadamente sobre la cama.

—¿Y todavía lo preguntas? —Su gesto de asombro era genuino—. Tus vecinos están pirados. Madre e hijo, los dos.

La imagen de Adela coqueteando de forma descarada, y la mueca de horror de Mario ante su fortuito *striptease*, regresó de nuevo a su memoria y Chloe no pudo evitar reírse con todo su cuerpo.

—¿En serio? —respondió tras calmarse un poco—. A mí me parecen de lo más adorables.

La expresión de Mario de no entender nada hizo que volviera a estallar en carcajadas.

—¿Te parece gracioso? —cuestionó él torciendo el gesto—. No he pasado más vergüenza en mi vida.

Ella intentó calmarse un poco, pero su esfuerzo no dio resultado. La imagen de él sonrojado hasta las orejas, intentando cubrirse con la toalla traicionera, era demasiado hilarante como para no reír hasta llorar.

—Por eso mismo ha sido tan gracioso —respondió entre risotadas.

Ofendido, Mario agarró una muleta para usarla contra ella.

—¡Fuera de aquí!

—Espera —le pidió cuando pudo serenarse un poco—. Déjame guardarte la ropa en el armario.

Molesto, él se levantó para obligarla a salir, pero tuvo que sentarse de nuevo cuando sintió que la toalla se aflojaba otra vez.

La risa contagiosa de Chloe regresó como una melodía que inundaba la habitación. Mario, resignado a su suerte, solo pudo poner los ojos en blanco mientras esperaba a que la tormenta de carcajadas pasara.



Capítulo 14

Incapaz de concentrarse en su trabajo, Chloe se reclinó en su asiento con una sonrisa divertida dibujada en los labios. Su mente viajaba irremediablemente hacia la mañana de ese día, donde el cúmulo de situaciones desastrosas que había presenciado la hacían sonreír incluso en la soledad de su estudio.

No recordaba la última vez que se había reído tanto. El último año había sido demasiado estresante y agobiante para ella, creándole la imperiosa necesidad de huir y tomar distancia de lo que ocurría en su vida en Londres. Lo único que la había mantenido cuerda y a flote había sido tener a Phoebe a su lado. Contar con su apoyo y amistad había sido crucial para ella en los últimos meses.

Después de un par de horas, Chloe se acercó a la cocina para prepararse un café y se encontró con Mario y Fredy sentados en el salón con sus respectivos portátiles, muy lejos el uno del otro, mientras se lanzaban miradas desafiantes entre ellos. Mr. Mochi, entretanto, se dedicaba a vigilarlos de cerca, fingiendo dormir o acicalarse con experta indiferencia, en perpetúa supervisión.

Por otro lado, Adela, siempre tan atenta y generosa, había cocinado suficiente comida como para alimentar a un regimiento. En parte, era su manera de disculparse por el mal rato que le había hecho pasar a Mario. Con una sonrisa maternal y cargada de buenas intenciones, le ofreció a Chloe el abundante excedente de comida, esperando que el gesto sirviera para suavizar las tensiones con su amigo. Sin embargo, antes de que pudiera retirarse con la bandeja en las manos y la firme intención de arrastrar a su hijo de vuelta a casa, Chloe, algo incómoda con la perspectiva de quedarse a solas con Mario, se apresuró a invitarlos a ella y a su hijo a compartir la mesa. Esta circunstancia no le hizo ninguna gracia a Mario, quien no pudo oponerse, ya que aquel no era su hogar.

Tras el recochineo inicial vivido con el momento toalla, la madre de Fredy se comportó de manera ejemplar para no incomodarlo más de lo debido. La tensión se fue relajando poco a poco conforme charlaban sobre el trabajo de él y la relación que lo unía a Chloe. Para sorpresa de todos, el ambiente se volvió tan distendido, debido a las anécdotas que tanto Chloe como Mario comenzaron a contar sobre las trastadas de su preadolescencia, que las risas llenaron cada rincón de la casa de un modo natural.

Incluso el propio Mario se atrevió a coquetear un poco con Adela de forma inocente, siguiéndole el juego cuando tuvo algo más de confianza, provocando algún que otro rubor en ella y miradas fulminantes por parte de su hijo. La situación era tan surrealista que Chloe no pudo evitar sentir una mezcla de diversión y ternura al observar cómo Mario intentaba, torpemente, encajar en el peculiar grupo que se había formado alrededor de la mesa.

—¿Te acuerdas de aquella vez que intentamos robar una canoa en el pantano de San Juan y nos pillaron? —preguntó Chloe, tratando de contener la risa.

—¡Cómo olvidarlo! —respondió él con una sonrisa—. Y todo porque tú insististe en que tenías un plan perfecto para recorrer el pantano sin que nadie nos echara en falta.

Ella revolvió el azúcar vertido en su café con la cucharilla a la vez que una sonrisa pícara se dibujaba en su rostro.

—Tienes que admitir que era un plan maestro.

Una fuerte risotada sacudió el pecho de Mario al recordarlo.

—Un plan tan «maestro» —hizo un gesto de comillas con los dedos— que fracasó de forma estrepitosa ante nuestras narices. Al poco de aventurarnos en nuestra misión, mis padres llamaron al SUMMA[1] porque no nos encontraban y creían que nos habíamos ahogado, barra, secuestrado.

—Tenía doce años, ¿qué esperabas? —se defendió entre risas—. Si no fuera por el pequeño detalle sobreprotector de tus padres, no nos habrían descubierto nunca.

Mario la miró con una mezcla de condescendencia y ternura, divertido por su memoria selectiva.

—Chloe, nos encontraron en medio del pantano porque no éramos capaces de volver —le recordó—. Supieron donde estábamos porque llorabas y gritabas a todo pulmón: ¡Vamos a morir! ¡Vamos a morir!

—Eso no es cierto —rebatió ofendida, arrugando la nariz.

—¡Anda que no!

Ella hizo un gesto con la mano, desechando su argumento.

—¡Bah!, minucias —dijo con desparpajo—. Mi idea no tenía fallas, lo mires por donde lo mires.

Él se dirigió a Adela, que observaba la escena con una sonrisa divertida, y le preguntó con resignación:

—¿Ve usted lo que tengo que aguantar?

Ella, encantada por la complicidad entre los dos amigos, comentó:

—Por favor, trátame de tú, que no soy tan mayor —le rogó. Cuando Mario asintió, ella continuó—: Parece que tenéis mucha historia juntos. Es maravilloso ver cómo habéis mantenido la amistad a lo largo de los años.

—Sí, estábamos muy unidos —admitió él, lanzándole una mirada afectuosa a su amiga.

Una sombra de tristeza empañó la expresión de Chloe cuando se sumergió en los recuerdos de aquellos tiempos felices. Evocar esa época le traía de vuelta una mezcla de nostalgia y dolor.

—¿Cariño, estás bien? —preguntó su vecina con preocupación al captar su cambio de humor.

Ella asintió y tragó con fuerza el nudo que se había formado en su garganta.

—Sí, estoy bien —afirmó, forzando una sonrisa—. Solo es que echo de menos esos momentos.

Adela, con la calidez que la caracterizaba, le apretó la mano con simpatía. Sus ojos, llenos de comprensión, reflejaban la preocupación que sentía por su joven vecina.

—Supongo que marcharte a Londres y dejar a tus amigos atrás debió de resultarte muy duro.

Chloe bajó la mirada, temerosa de que las lágrimas la traicionaran.

—No fue fácil, no —confesó en un susurro.

—¿Por qué te fuiste? —interrogó Fredy.

La pregunta produjo una innegable tensión en Chloe, cuya reacción fue de absoluta incomodidad. La habitación, que momentos antes rebosaba de calidez, se llenó de un silencio cargado.

—No es necesario que respondas —intervino Adela al ver su respuesta emocional, dirigiendo una mirada severa hacia su hijo.

Chloe, agradecida por la intervención de su vecina, negó con la cabeza, aún sin poder

encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que sentía.

—No importa —dijo finalmente, tomando aire para calmarse—. Es algo que ya he superado.

Sin embargo, en sus ojos, Mario pudo ver la fragilidad de su afirmación. La tristeza y la melancolía aún nublaban su mirada, revelando que las heridas del pasado todavía estaban abiertas.

Intrigado por la complejidad de sus emociones, no pudo evitar expresar su desacuerdo con sus palabras.

—No lo parece.

Chloe torció el gesto ante su franqueza. No le gustaba que alguien pudiera ver tan profundo en su interior, remover sentimientos que había intentado esconder durante tanto tiempo.

—Al menos, ahora puedo hablar de ello —respondió con un tono desafiante, tratando de ocultar el dolor que aún la atormentaba. Sus palabras sonaron como un escudo, una barrera construida para proteger su vulnerable corazón.

En ese preciso instante, una atmósfera tensa se apoderó de la habitación. La confesión de Chloe había dejado al descubierto las heridas de un pasado que Mario desconocía. Un pasado que la había marcado profundamente y que aún la perseguía como un fantasma.

Confundido por sus palabras y por la evidente batalla interna que libraba, él esperó con paciencia a que decidiera abrirse y compartir las razones que aún le causaban tanto dolor. Ella le había contado algo días antes, cuando él le preguntó de forma directa. Pero era evidente que solo había sido un pequeño retazo de los motivos que no lograba adivinar. Y sintió cierto rencor porque había sido su elección, y solo suya, perder todo contacto. Si no lo hubiera hecho, si hubiesen mantenido vivo el vínculo a pesar de la distancia, él habría estado ahí para ella, para ofrecerle un hombro sobre el que llorar, un refugio en medio de la tormenta.

Ahora solo le quedaba especular sobre lo que había ocurrido en Londres, porque Chloe se resistía a bajar la guardia. Su pasado era un territorio prohibido, un laberinto de recuerdos dolorosos en el que no deseaba que nadie entrara. Se aferraba a la idea de que podía superar sus fantasmas por sí misma, sin ayuda, sola, como había hecho siempre. Y, en su opinión, no podía estar más equivocada.

Adela, con su intuición maternal, observaba la escena con una mezcla de tristeza y comprensión. Sabía que Chloe hablaría cuando estuviese preparada, no antes.

—A veces, solo necesitamos tiempo para procesar el dolor —comentó con voz suave.

Chloe la miró y sus ojos se empañaron al advertir la calidez con la que esa mujer le hablaba. Era tan diferente de su madre que tuvo que apretar los labios con fuerza cuando sintió que la barbilla comenzaba a temblar por la emoción.

—Es inútil, Chloe siempre ha sido así —reveló Mario con un tono de resignación y frustración—. Ya de niños era inaccesible, incapaz de pedir ayuda cuando lo estaba pasando mal.

Ella le lanzó una mirada dolida, sus ojos reflejaban una lucha interna que parecía no tener fin.

—No todos somos igual de abiertos con nuestras emociones.

Él lo sabía, ¡vaya si lo sabía! Y por eso lo llevaban los demonios verla sufrir y no poder hacer nada por ayudarla. D esde pequeños, Chloe se había esforzado en construir una armadura invisible alrededor de su corazón, una coraza que se fortalecía con cada preocupación, con cada miedo, con cada dolor que no quería compartir, que impedía al resto entrar en su mundo interior.

Esa impotencia lo consumía por dentro, porque nada le dolía más que verla sobrellevar una carga tan pesada sobre sus inexpertos hombros. Pero ¿cómo se podía ayudar a alguien que se

negaba a dejarte entrar, que te mantenía a distancia incluso en los momentos más difíciles? En aquel entonces, él era demasiado joven e inmaduro para saber cómo actuar. Se sentía desamparado, incapaz de comprender por qué Chloe se encerraba en sí misma, por qué no confiaba en él lo suficiente como para compartir sus momentos más bajos.

Para Mario, Chloe era su faro, su roca, la persona a la que le contaba todo, en la que más confiaba. Era su mejor amiga, su confidente, su alma gemela. Sin embargo, en momentos como aquellos, sentía que él no era lo suficientemente importante para ella. Al menos, no para contarle cuando estaba pasando por un mal momento.

Esa sensación de no ser adecuado lo hería en lo más profundo. Se preguntaba qué hacía mal, qué le faltaba para ganarse su confianza absoluta. Muchas veces se había sentido excluido, como si hubiera un muro invisible que lo separaba de ella y que Chloe se encargaba de mantener a toda costa. Y en cierto modo, cuando ella cortó todo contacto al mudarse a Londres, no le extrañó.

Adela, que los había estado observando a los dos, intervino con su sabiduría y comprensión.

—Hay un tipo de persona que necesita su tiempo para procesar las emociones, incluso necesita ser ella misma la que solucione sus propios problemas por temor a ser una carga para los demás —habló con suavidad, dirigiéndose a Mario—. Por otro lado, no tienes que ser fuerte todo el tiempo, Chloe —añadió, apretando suavemente la mano de su vecina esta vez—. Está bien dejar que otros te cuiden también.

Ambos amigos miraron primero a la mujer, asombrados de que los hubiera leído tan bien, y después entre ellos con cierta vergüenza.

El primero en desviar la mirada fue Mario, asimilando la sabiduría de las palabras de Adela. Sabía que Chloe era una mujer fuerte e independiente, capaz de superar cualquier obstáculo que se le presentara en el camino. Pero también sabía que, en ocasiones, incluso las personas más fuertes necesitan una mano amiga, un hombro sobre el que llorar, una mirada comprensiva. Él, sobre todas las cosas, anhelaba poder atravesar las barreras que ella había construido, poder abrazarla y decirle que no estaba sola, que estaba ahí para ella, que siempre estuvo dispuesto a escucharla sin juzgarla, a acompañarla en su dolor. Ahora que la había recuperado de nuevo, quería que supiera que podía contar con él siempre que lo necesitase.

Por su parte, Chloe bajó la cabeza, las lágrimas amenazaron con desbordarse. La calidez de la mano de Adela sobre la suya era un recordatorio constante de que no estaba sola, de que había personas dispuestas a sostenerla cuando más lo necesitaba, y sintió cómo la emoción estrangulaba su garganta al descubrir el afecto y la ternura en el rostro de Mario. Sin embargo, tenía un secreto que la atormentaba y le impedía abrirse por completo. Un secreto que llevaba años ocultando y que, de saberse, lo cambiaría todo.



Horas después, aislada en su propio mundo, Chloe escuchaba la melodía una y otra vez, ajustando los parámetros en su equipo hasta alcanzar la perfección que buscaba. Las notas del piano inundaban su mente, sepultando los problemas y pensamientos, transportándola a un universo donde se sentía completamente libre de cualquier preocupación.

De pronto, sintió una presencia en el estudio y giró la silla, se encontró con la mirada penetrante de Mario.

—¿Llevas mucho tiempo ahí? —preguntó mientras se quitaba los cascos, sus ojos brillaban

con curiosidad y una pizca de incomodidad.

De pie, apoyado en la muleta, él negó con la cabeza.

—No mucho —admitió, avanzando con dificultad hasta sentarse en una silla cercana—. Solo venía para recordarte que ya es hora de la cena.

Chloe echó un vistazo rápido al reloj de la pantalla de su ordenador y se dio cuenta de lo tarde que era.

—No deberías estar mucho tiempo de pie —lo regañó preocupada—. No es bueno que fuerces el tobillo.

—No te preocupes, sé cuidarme yo solito.

Ella arqueó una ceja, escéptica, su mirada descendió hacia el vendaje que envolvía su extremidad lastimada.

Captando su gesto, Mario resopló, levantó la pierna y la apoyó en un hueco libre en la mesa de mezclas. Observó la cantidad de pistas en el programa de edición de música y lo asaltó la curiosidad.

—¿Cómo lo llevas?

Chloe esbozó una tímida sonrisa, sus dedos acariciaron los controles del equipo.

—¿Quieres escucharlo?

La mueca de sorpresa de Mario le borró la sonrisa.

—¿Me vas a dejar? —Perplejo, hizo un gesto melodramático llevándose las manos al rostro como si hubiera recibido la noticia del siglo—. ¡Oh, Señor, un milagro se ha producido!

Ella chasqueó la lengua, molesta por su burla.

—Ahora ya no. —E hizo un gesto con la cabeza señalando la puerta—. Largo.

Mario se echó a reír, una carcajada que llenó el estudio con su calidez. Se inclinó hacia adelante, la seriedad volvió a su expresión.

—Vamos, Chloe, no seas así, solo era una broma. Quiero oírlo, de verdad.

Ella lo observó durante un instante, sus ojos escrutaron los de él, buscando alguna señal de sinceridad. Al final suspiró, volvió a ponerse los cascos e hizo unos ajustes rápidos antes de pasarle un par a él.

—Está bien, pero no te rías —advirtió, conectando los auriculares.

Mario la contempló con ternura y un toque de admiración mientras se colocaba los cascos.

—Nunca me reiría de ti, Chloe. Ya deberías saberlo.

Por un segundo, sus miradas conectaron, y Chloe pudo captar una especie de anhelo en el rostro de él que hizo que su corazón latiera con fuerza. Un rubor carmesí coloreó sus mejillas y, por un momento, se sintió expuesta, vulnerable ante la intensidad de su mirada. Tras recuperar el control de sus patéticas neuronas, Chloe se aclaró la voz y activó la pista para evitar pensar en el significado de la mirada de Mario. Las notas comenzaron a fluir, envolviendo el espacio con una melodía que era a la vez melancólica y esperanzadora. Él cerró los ojos, se dejó llevar por la música, sintió cada nota como una caricia que lo envolvía. Las notas bailaban en el aire, contándole una historia de amor y pérdida, de sueños rotos y esperanzas renacidas. Era como si Chloe estuviera desnudando su alma, compartiendo sus emociones más íntimas a través de la música.

Cuando la última nota se desvaneció, Mario abrió los ojos lentamente, con la mirada aún perdida en el infinito. Un silencio se apoderó del estudio, cargado de una mezcla de emociones que ambos podían sentir.

—Es… —empezó, pero las palabras no salían—. Es increíble, Chloe.

Ella sonrió, una sonrisa auténtica, de esas que iluminan el rostro y el alma.

—¿En serio? —preguntó con una voz llena de emoción, esperando su aprobación a la vez que se quitaba los cascos.

El más sincero respeto y entusiasmo inundó el semblante de Mario.

—¿Acaso lo dudas? —Dejó los auriculares encima de la mesa con expresión seria—. No puedo imaginarme nada mejor que esto.

—¿Crees que le gustará a la empresa?

Mario bajó la pierna y se acercó a ella. Le tomó el rostro entre las manos y habló con tal sinceridad que le puso la carne de gallina.

—Si no les gusta es que están completamente locos.

Los ojos verdes de Chloe recayeron en los labios de él más tiempo del necesario. La atmósfera se cargó de electricidad, una tensión palpable que ambos sentían con cada fibra de su ser.

Chloe, consciente de la cercanía de Mario, sintió cómo su corazón comenzó a latir con fuerza en su pecho. La respiración se le aceleró y un calor recorrió su cuerpo. Era como si una fuerza invisible los empujara el uno hacia el otro, con el anhelo de acortar la distancia que los separaba. Hasta que la voz de Fredy, al otro lado de la puerta, rompió su burbuja, disolviendo la magia, y ambos se apartaron al mismo tiempo.



Capítulo 15

—Encanto, mi madre se está poniendo muy pesada, así que mejor me voy. —Mr. Mochi aprovechó que la puerta estaba abierta para colarse y subirse al regazo de su dueña al mismo tiempo que Fredy entraba en el estudio—. ¿Estarás bien con este…?

El adjetivo despectivo de su vecino quedó suspendido en el aire a propósito.

Era la segunda vez en pocos minutos que Chloe se veía obligada a aclararse la voz para poder hablar. Acarició la cabeza de su fiel amigo felino, mientras intentaba recomponerse y preparar una respuesta adecuada.

—Estaré bien, no te preocupes.

Fredy sorbió por la nariz y se subió los pantalones al mismo tiempo.

—¿Estás segura? Porque una palabra tuya y mando a este pardillo de vuelta por donde ha venido.

Chloe sintió que Mario se encrespaba a su lado, listo para defenderse de su ataque verbal. Pero antes de que la situación se descontrolara y se convirtiera en una pelea, ella se apresuró a intervenir.

—Fredy, este «pardillo» —enfatizó la palabra con un gesto de comillas con los dedos—, como tú lo llamas, es mi amigo. Así que te rogaría… —En este punto, Chloe rectificó y los miró a ambos con una clara advertencia—. No, mejor dicho, os exigiría a los dos que intentaseis llevaros bien, si no tendré que tomar ciertas medidas.

Mario, quien en un principio se había hinchado lleno de orgullo porque ella lo defendiera, acabó arrugando la frente con incredulidad ante su amenaza.

—¿Qué tipo de medidas?

—No creo que quieras saberlas —respondió con un tono enigmático, dejando que su imaginación corriera libre.

Su amigo soltó un bufido indignado.

—¡Venga, Chloe, no es justo! —se quejó, exagerando su indignación—. ¡Siempre empieza él!

—¡Mimimimimi! —se burló Fredy, imitando el gesto de llanto de Mario—. Además de pardillo, llorica.

—¿Lo ves? —lo acusó, señalándolo con un dedo.

—¿Lo ves? —imitó Fredy el gesto de Mario, sacándole la lengua de un modo infantil.

Enervado por la burla, Mario quiso levantarse para enfrentarse a aquel puñetero friki de las narices, pero Chloe lo detuvo con una mano firme en su pecho. Se puso en pie con los brazos en jarras, tomando una postura de autoridad que dejó a los dos hombres atónitos.

—¡Basta, Fredy! —dijo con una voz firme y severa a la vez que Mr. Mochi saltaba de su regazo, asustado—. ¿Qué somos ahora, niños de diez años?

Su dura mirada le dejaba claro que no estaba dispuesta a tolerar más ese tipo de conducta infantil. Él se peinó las amplias entradas de su frente hacia atrás con ambas manos al mismo tiempo que torcía el gesto.

—Es que no puedo con él —confesó en un tono de voz que mezclaba resentimiento y

resignación.

Los celos que expresaba su comportamiento eran evidentes, pero Chloe no podía permitir ese tipo de actitud caprichosa por mucho cariño que le tuviera.

—Pues vas a tener que acostumbrarte.

El *gamer* se enfrentó a ella con terquedad.

—¿Y si no quiero? —preguntó con un matiz desafiante, cruzando los brazos sobre su pecho.

Chloe lo observó con detenimiento, sus ojos verdes escudriñaron cada detalle de su rostro. En la profundidad de su mirada pudo captar una chispa de vulnerabilidad que la enterneció. Comprendía que la actitud hostil de su vecino era solo una coraza para ocultar sus inseguridades y el miedo a ser rechazado.

Desde que Chloe se había mudado al edificio, había sido testigo del trato que Fredy recibía de las demás mujeres. Miradas condescendientes, comentarios hirientes y burlas silenciosas eran solo algunas de las muestras de desdén que debía soportar a diario cuando por casualidad coincidían en el ascensor. Su apariencia, alejada de los cánones de belleza que resultaban atrayentes para sus convecinas, lo convertía en un blanco fácil para las críticas y el rechazo.

Ella, en cambio, lo había aceptado tal y como era. No esperaba nada de él. No estaba abierta al amor, por lo que no tenía ningún tipo de interés en ese sentido, y se lo había dejado claro al poco de mudarse. Fredy lo había entendido, no obstante, no perdía la esperanza de que algún día cambiara de opinión y quisiera ser su novia. Era un juego, sin más, que ella permitía porque lo veía inofensivo. Un juego inocente que a él lo hacía feliz y que ella obviaba porque no causaba daño alguno. Hasta ese momento.

—Os encerraré a ambos en una habitación hasta que uno de los dos sobreviva —los amenazó con seriedad.

Un jadeo estrangulado salió de la garganta de Mario.

—¡¿Estás de broma?!

Ella alzó una ceja cargada de suficiencia.

—¿Tú qué crees?

Fredy, por su parte, todavía no estaba dispuesto a tirar la toalla. Había sido testigo de la complicidad entre Mario y Chloe durante la comida, y una punzada de celos lo carcomía desde entonces. Temía que ella lo excluyera, que lo dejara de lado por su amigo de la infancia. Los años compartidos, las vivencias y los recuerdos que atesoraban juntos pesaban demasiado y jugaban en su contra.

—¿Y si me sigo negando?

Chloe sintió una oleada de compasión hacia él. Sabía que su comportamiento rencoroso y su constante enemistad con Mario eran solo un mecanismo de defensa para proteger su frágil autoestima. Sin embargo, había llegado el momento de pintar una línea roja que le advirtiera de por donde no debía cruzar.

—No me obligues a elegir, Fredy, no creo que salieses bien parado.

Él entendió el mensaje, alto y claro, y apartó los ojos para que no advirtieran la tristeza y la decepción reflejándose en ellos. Dolía, joder. Dolía ser rechazado de nuevo. Otra vez su corazón pisoteado ante un imposible. Aunque tampoco podía decir que no se lo esperase. Chloe era demasiado guapa, demasiado talentosa, buena y comprensiva para él. No se la merecía y esa era una verdad que no podía ignorar. Era lógico que otros hombres se sintieran atraídos hacia ella, no era estúpido.

No olvidaba que sus posibilidades eran mínimas y que su atractivo estaba muy por debajo de

lo que ella se merecía. Pero eso no quitaba que su instinto desde que la había conocido fuese protegerla. Tal vez porque había detectado una vulnerabilidad en Chloe que, por mucho que se empeñase, no podía ocultar. Le habían hecho mucho daño en Londres, eso era obvio, y que había huido de allí y no estaba preparada para abrir su corazón de nuevo, también. Al menos, de momento.

Pero el cuento de que Mario solo era un amigo de la infancia no se lo tragaba ni de coña. Podía no tener mucha experiencia en el ámbito amoroso debido a su anodina apariencia y nulo *sex appeal* con las mujeres, pero, o mucho se equivocaba, o había detectado cierta tensión sexual no resuelta entre ambos. Tal vez ninguno quería admitir dicha atracción en aras de su supuesta «amistad», pero estaba ahí, vivita y coleando.

En ese momento, un suave ronroneo lo sacó de sus pensamientos. Mr. Mochi, el gato de Chloe, se frotaba contra sus piernas para llamar su atención, como si comprendiese por lo que estaba pasando. Sus ojos amarillos, llenos de sabiduría felina, parecían mirarlo con comprensión. Por un instante, gato y humano conectaron de un modo inusual.

Inquieta por su silencio, Chloe se acercó y, con ternura, puso una mano en su brazo.

—Fredy, quiero que sepas que eres muy importante para mí. —Su voz era suave, cargada de sinceridad—. Has sido un buen amigo desde que me mudé, y te estoy muy agradecida por tu apoyo y ayuda, pero no puedo tolerar que esta guerra entre los dos continúe por más tiempo. Mario también es mi amigo y, si en realidad te importo, tendrás que aceptarlo.

Él bajó la mirada, la batalla interna evidente en su rostro. Después de unos segundos, suspiró profundamente.

—Está bien —aceptó resignado—. No te prometo nada, pero lo intentaré.

Una sonrisa de alivio se dibujó en el rostro de su vecina.

—Bueno, al menos es un avance. —Y Chloe se giró hacia Mario en busca de una respuesta de su parte.

—¿Qué? —cuestionó él ante el gesto seco de ella, su tono de voz ligero y desafiante.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó ella con una ceja arqueada.

Mario abrió los labios para expresar con dureza su postura, pero lo detuvo la sombra de advertencia que oscureció la mirada de su amiga.

—Yo tampoco prometo nada —se limitó a gruñir.

Chloe alzó los ojos al cielo, clamando paciencia en un gesto silencioso. Resopló con ganas, frustrada por la falta de cooperación de ambos hombres y salió del estudio rezongando entre dientes. Por su parte, Mario y Fredy, aprovechando su ausencia, se lanzaron gestos y miradas retadoras, demostrando con ello lo inútil de la charla.



Después de la marcha de Fredy, los dos se sentaron delante del televisor mientras cenaban las sobras del mediodía. Todavía molesta, Chloe sentía la mirada de Mario sobre ella como la de un halcón vigilando a su presa.

—¿Qué? —interrogó con un tono hosco que solo confirmaba lo mucho que le fastidiaba ese escrutinio.

—Nada —respondió él apartando la mirada.

Ella dejó salir un suspiro impaciente antes de volverse y clavar sus ojos en él.

—Ahora no te quedes callado. Dime lo que llevas rumiando desde hace rato.

Él se encogió de hombros, tratando de aparentar indiferencia.

—Da igual. No importa.

—Mario… —Su amenaza quedó flotando implícita en el aire, una advertencia silenciosa que no necesitaba más palabras.

Así que, finalmente, él decidió satisfacer su curiosidad.

—¿Por qué permites que ese jodido idiota te trate así? —preguntó con brusquedad, su tono de voz cargado de rencor hacia su fastidioso vecino—. ¿Acaso le debes algo? Porque si no es así, no lo entiendo, la verdad.

Chloe lo miró con un extraño velo que él no supo identificar.

—Ese jodido idiota no tiene a nadie más, Mario. ¿Alguna vez te has sentido así? ¿Solo y excluido?, ¿sin nadie en quien apoyarte?

La pregunta lo golpeó como un puñetazo en el estómago. Y no solo por la cuestión en sí, sino por el dolor y tristeza que su expresión reflejaba en ese preciso instante.

«¿Qué te ocurrió en Londres, Chloe?», se preguntó por enésima vez desde el mediodía. Era una pregunta que no podía sacarse de la cabeza, una incógnita que lo atormentaba y lo impulsaba a buscar respuestas.

—¿Tú sí?

Ella desvió el rostro hacia el frente.

—No estamos hablando de mí.

—Yo sí estoy hablando de ti.

Un silencio pesado se adueñó del salón, recreando de nuevo ese muro invisible que Chloe levantaba cada vez que se negaba a hablar sobre algo que la afectaba. Mario la miró con una mezcla de frustración y compasión, deseando poder llegar a ella, anhelando derribar esa barrera que los separaba.

—Fredy es un buen tipo —dijo ella al fin, desviando el tema hacia un lugar más seguro—. Sus complejos e inseguridades lo animan a aislarse del mundo, ¿sabes? No deberíamos juzgar tan a la ligera a los demás.

En su voz se percibía un tono de empatía y comprensión que Mario no había escuchado antes. Era como si al hablar de Fredy pudiera hablar de sí misma, de sus propias heridas y del dolor que la había llevado a construir esos muros a su alrededor. Así que decidió no insistir hasta ver donde llegaba.

—Sentirse rechazado y despreciado mina la autoestima de cualquiera —continuó Chloe—, te obliga a buscar refugio en un lugar seguro, y que dejes de darle importancia a tu aspecto y te recluyas para que no sigan haciéndote daño. Los videojuegos es ese lugar para él. Ahí puede ser quien quiera: el mejor héroe de la partida, el más valiente guerrero de un mundo de fantasía, el indestructible y poderoso mago que acaba con sus enemigos en un escenario irreal donde solo él tiene el control frente a los demás. Y aunque todo eso es una fantasía que nada tiene que ver con él, es su realidad, ¿lo entiendes?

Un brillo de compasión suavizó la expresión de Mario. Y asintió con lentitud, comprendiendo a regañadientes.

—¿Eso es lo que le pasó?

—Eso es lo que he podido deducir tras mis charlas con su madre —reveló, mirándolo de nuevo—. Ella está preocupada por él. Tiene miedo de que no encuentre a nadie y se quede solo para siempre antes de morir.

Mario dejó escapar un suspiro profundo y se pasó una mano por el cabello en un gesto de frustración.

—Entiendo la preocupación de Adela. Pero la actitud controladora y chulesca de Fredy no hace que te caiga bien precisamente.

Una sonrisa triste se formó en la comisura de los labios de Chloe.

—Lo sé, te lo aseguro. Pero también entiendo que su comportamiento viene derivado de su nula interacción con el exterior. Fredy se viste su coraza de chico malo para impresionar, tal y como lo haría en una partida de uno de sus videojuegos. Ahí siempre gana el más fuerte, aunque en el fondo no sea más que un osito de peluche ansioso de mimos y arrumacos. Además, él piensa que de ese modo me protege.

Mario no pudo aguantarse más y la pregunta salió tan rápido que no tuvo tiempo de retenerla.

—¿Protegerte de qué? ¿De lo que te pasó en Londres?

Ella volvió a desviar la mirada hacia el frente, sus ojos se perdieron en algún punto indefinido.

—Nunca le dije nada, pero asumo que es por eso, sí —confirmó, su voz apenas era un susurro.

Mario la observó por un momento, sintiendo el peso de sus palabras y el dolor subyacente en su tono. Al final, rompió el silencio con suavidad.

—¿Y a mí?, ¿me lo vas a contar? —indagó con cautela, reteniendo el aire en su interior, temeroso de su respuesta—. Al mediodía dijiste que ahora podías hablar de ello, y yo solo quiero comprender, Chloe.

Ella cerró los ojos un instante, tratando de reunir el coraje necesario, y él se arrepintió al instante. Recordó las sabias palabras de Adela y se sintió mal, por lo que se apresuró a decir:

—Pero puedo esperar. Es cierto que estoy preocupado por ti, que me gustaría que confiaras en mí, que supieras que siempre me tendrás cuando lo necesites… Pero no quiero forzarte a hacer nada que no quieras hacer.

Cuando ella los abrió, una resolución firme brillaba en ellos.

—No es nada tan sórdido como para preocuparse. Solo que me duele recordarlo.

Mario la observó en silencio, sus ojos reflejaban una mezcla de preocupación y ternura. La vulnerabilidad de Chloe le dolía profundamente, pero también despertaba en él un deseo ardiente de protegerla, de estar ahí para ella y aliviar su pena.

—El problema es que mi imaginación no deja de elucubrar sobre las peores situaciones.

Chloe sintió la presencia de Mr. Mochi, quien se subió al sofá y comenzó a darle con la patita para llamar su atención. Ella sonrió con ternura al verlo. Sabía que su fiel amigo tenía un sexto sentido, una capacidad innata para detectar su tristeza y ofrecerle su consuelo incondicional. Lo tomó en brazos y lo acurrucó contra su pecho, sintiendo cómo su suave pelaje y su ronroneo apaciguaban la tormenta que se agitaba en su interior.

En ese abrazo, Chloe encontró la fuerza para seguir adelante, para empezar a desvelar el dolor que la atormentaba. Y Mario, a su lado, permaneció en silencio, ofreciendo su apoyo y comprensión sin exigir nada a cambio.



Capítulo 16

—¿Recuerdas lo que te dije cuando de niños me preguntaste por qué me gustaba tanto la música?

La pregunta de Chloe tomó por sorpresa a Mario, quien tuvo que hacer memoria para responder.

—Que era tu lugar seguro en el mundo —respondió tras unos instantes—. Un universo propio en el que podías sentirte totalmente libre.

Ella asintió, satisfecha y sorprendida de que lo recordara.

—Es cierto —confirmó—. La música era mi vía de escape, mi salvación. En aquel entonces era demasiado joven para expresar con palabras mis emociones. Pero, en perspectiva, creo que incluso hoy en día es la mejor definición de lo que representa para mí.

Él la miró con ternura, reviviendo aquellos momentos en los que se perdía escuchándola fascinado por su talento.

—Podías pasar horas y horas delante del piano —comentó Mario—, abstraída por completo mientras tus dedos volaban sobre las teclas y las notas rasgaban el aire.

Chloe asintió otra vez, una sonrisa melancólica se dibujó en sus labios.

—Tú nunca lo entendiste, porque tus gustos musicales eran los acordes a tu edad. Cantantes de pop, grupos de rock, eso era lo que a ti te apasionaba. Y a mí también, que conste, pero cuando me sumergía en Beethoven, Bach, Mozart… era como adentrarme en un mundo que silenciaba mi cerebro y me hacía volar. —La mirada de Chloe quedó perdida en el espacio mientras su mente viajaba a aquella época—. Todavía recuerdo lo mucho que lloré cuando mi madre me obligó a ponerme delante de un piano por primera vez. Al principio, a mi cerebro le costaba coordinar los movimientos de ambas manos y conectar ambos hemisferios para controlar los tiempos, y ella solía perder la paciencia y se frustraba cuando cometía errores que a su parecer eran imperdonables. Pero cuando logré dominar la técnica, fue como si se obrase un pequeño milagro; la música y yo encajamos a la perfección. Debo admitir que le estoy muy agradecida por haberme inculcado su pasión, en muchos momentos y aspectos de mi vida fue mi tabla de salvación.

Él apretó los labios en una fina línea de disgusto. Siempre le pareció que la madre de Chloe era demasiado severa con su hija. No solo en las horas de práctica, también en su día a día, e intentó que su voz no sonara tan dura cuando dijo:

—Aun así, siempre fue demasiado exigente contigo.

Ella bajó la mirada para que no viera el dolor reflejado en su rostro.

—Con el tiempo, y después de muchas sesiones de terapia con mi psicóloga, entendí que mi madre intentaba vivir la vida que ella siempre había anhelado a través de mí. —Chloe acarició las orejas de Mr. Mochi, quien ronroneaba con los ojos cerrados debido al deleite que esa caricia le producía—. Ahora ya no la culpo por eso. Por otras cosas sí, pero comprendí que, en aquella época, de algún modo, ella buscase una vía de escape para su infelicidad.

Mario la observó en silencio, queriéndole hacer un montón de preguntas.

—¿Infelicidad?

Ella alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—No creo que te pille por sorpresa enterarte de que mis padres no eran precisamente la

pareja perfecta —asumió resignada—. Sus discusiones eran tan frecuentes y acaloradas que todo el edificio debía de escucharlas.

—Bueno, sí… —admitió con cierta incomodidad. Viviendo en el piso de abajo, las peleas de sus vecinos no le eran del todo ajenas—. Pero ¿qué pareja no discute en su matrimonio? Mis padres también tenían las suyas, es lo más normal, ¿no?

Una mueca abatida se dibujó en los labios de Chloe.

—Sí, supongo.

Indeciso, Mario esperó a que ella dijera algo más. Había sido un estúpido al no darse cuenta de lo mucho que la afectaban aquellas broncas. El que fuera un preadolescente con las hormonas disparadas no excusaba lo tonto que había sido por no insistir en que le contara sus problemas.

Chloe respiró hondo, como si quisiera reunir todo el aire del mundo en sus pulmones antes de comenzar a hablar. Sus verdes ojos, que solían ser tan expresivos, ahora se veían empañados por la tristeza. Era como si, al abrir las compuertas de su memoria, liberara un torrente de recuerdos dolorosos que la habían perseguido durante años.

—No era solo que discutieran, ¿sabes? —comenzó, su voz tembló ligeramente—. Era la intensidad, la violencia verbal que se lanzaban. Recuerdo cerrar la puerta de mi habitación y tocar con más fuerza las teclas del piano para no escuchar las palabras hirientes que mis padres se dirigían. Por eso siempre sentí que la música era mi refugio, un lugar donde el dolor no me podía alcanzar.

Las lágrimas comenzaron a acumularse en los ojos de Chloe, pero ella las mantuvo a raya y continuó con su relato.

—El miedo a que aquello terminara en divorcio era una constante en mi cabeza, un fantasma que me atormentaba sin descanso. Pero cuando llegó el silencio, fue mucho peor. Mis padres podían pasarse días sin dirigirse la palabra, ignorándose de forma consciente mientras la tensión arañaba las paredes de aquella casa y se tornaba insoportable. Era como si la comunicación se hubiera extinguido entre ellos, dejando solo un vacío ensordecedor que resonaba en cada rincón de aquel horrible apartamento. Podía sentir cómo un desierto vacío se iba formando entre ellos. Cómo dejaron de hablar, de discutir, para solo existir un angustiante silencio mientras un abismo los separaba cada vez más.

Mario la escuchaba con atención, su corazón se encogía con cada palabra.

—¿Y por eso no los perdonas?

Ella sacudió la cabeza ante su comprensible pregunta.

—Yo me sentía atrapada en medio de una guerra sin nombre, una lucha sin vencedores ni vencidos, donde mi único papel era ser espectadora involuntaria de un amor que se marchitaba ante mis ojos. Si pienso qué era lo mejor para todos en aquella época, el divorcio sin duda era lo más sano, pues lo cierto e irónico de todo aquello es que nunca hubo un amor real que salvar.

Mario arrugó la frente, confuso por sus palabras.

—¿Qué quieres decir?

Chloe torció el gesto en una penosa mueca, y decidió comenzar por el principio para que él comprendiera de dónde nacía aquel dolor.

—Cuando mi madre era una niña, su sueño era ser una concertista de piano de renombre. Estudió y practicó duramente para alcanzar su sueño, pero un día conoció a mi padre y su mundo se desmoronó a su alrededor. Se enamoró. Por primera vez en su vida sintió que algo más, aparte de la música, hacía que su corazón palpitase. Ese amor creció de forma inconmensurable, hasta el punto de que se volvió una obsesión. Una obsesión que mi padre no compartía.

Chloe se detuvo durante un instante. Sentía las lágrimas agolparse en las comisuras de sus ojos, pugnando por brotar, pero las reprimió con fuerza. No quería ceder al dolor, ni ser arrastrada por la marea de emociones que amenazaba con ahogarla.

—Chloe… —Mario se estaba arrepintiendo de haber preguntado al ver lo mucho que la afectaba, pero ella hizo un gesto con la mano para indicarle que estaba bien.

—La música, que hasta entonces había sido la única pasión de mi madre, pasó a un segundo plano, eclipsada por la fuerza arrolladora de ese amor recién descubierto —confesó, su voz apenas era un susurro que rasgaba el silencio de la habitación—. Sin embargo, a mi padre, en aquel entonces, le gustaba otra chica, aunque no era nada serio. Ambos eran jóvenes, con muy poca experiencia, y mi padre fue influenciado por su familia, que veía bien que los dos saliesen juntos. —En este punto, Chloe ignoró el nudo de dolor que se le formó en la boca del estómago —. Lo que empezó como un flirteo inocente por parte de mi padre, una forma de pasar el rato y contentar a los suyos, acabó en un embarazo no deseado.

La frase resonó en la habitación como un golpe certero, golpeando a Mario con una fuerza inesperada. La sorpresa lo dejó sin habla, incapaz de articular palabra.

—Un embarazo… —murmuró apenas con un hilo de voz, asimilando la crudeza de la confesión.

Ella asintió. Descubrir que solo había sido un obstáculo en la vida de sus padres le producía más dolor del que quería admitir. Ella había sido el principio del fin en la felicidad de sus progenitores, una carga demasiado pesada que sobrellevaba sobre sus hombros.

—Así es, nunca fui una hija deseada. Mi nacimiento fue fruto de un desliz que les cambió la vida a los dos. Y si un embarazo suele ser una fuente de alegría, en mi caso, sin duda alguna, no lo fue.

Mario la observaba con el corazón encogido, intuyendo la tormenta interior que agitaba a la mujer que tenía frente a él. Buscaba con desesperación las palabras adecuadas que aliviasen una culpa que no debía sentir y atinó a decir.

—Chloe, tú no tienes la culpa de la infelicidad de tus padres —dijo finalmente, con la voz cargada de convicción y ternura—. Y no tolero que pienses que eres un error, porque no es cierto.

Ella sintió una calidez en su pecho al escuchar esas palabras y se mordió el labio cuando este comenzó a temblar.

—Lo sé.

Él no la creyó. En sus ojos, llenos de una tristeza que desgarraba su alma, podía ver el tormento que aún cargaba en su corazón. En ese momento solo quería abrazarla, ofrecerle un hombro donde llorar y un refugio donde sanar las heridas de su pasado. Pero ella necesitaba continuar su relato, exorcizar los demonios que la atormentaban desde hacía tantos años.

—Mi padre quería que abortara, sabía que el embarazo era una equivocación, pero mi madre estaba dispuesta a todo por retenerlo a su lado. No le importaba que él no sintiera lo mismo por ella. En su absurda obsesión, estaba segura de que con el tiempo sus sentimientos cambiarían y acabaría amándola.

—Pero no fue así —dedujo él, con una voz cargada de pesadumbre.

—No, obviamente, no fue así —confirmó Chloe—. Mi padre se sintió obligado por la presión de ambas familias, que estaban en total desacuerdo en llevar acabo un aborto, así que al poco tiempo se vio atado a una mujer que no amaba y con una responsabilidad que no había buscado. —Suspiró profundo, como si el peso de la historia la agobiara—. A medida que los

años pasaban, lejos de darse una oportunidad y unirse como pareja y familia feliz, la brecha entre ellos se ensanchó cada vez más. Las discusiones se volvían cada vez más frecuentes y acaloradas, porque mi madre no recibía el amor que anhelaba con tanta desesperación. Ella no entendía por qué mi padre pasaba tantas horas fuera de casa. Cualquier excusa era buena para no regresar a su lado como un amante esposo, y él se escondía en su trabajo volcando todos sus esfuerzos en sobresalir en su carrera, hasta alcanzar la meta de ser uno de los mejores catedráticos del país. Ante la indiferencia de mi padre, el amor de mi madre se fue convirtiendo en rabia. Y la pasión que alguna vez sintió hacia el hombre que creía era el amor de su vida se fue trasformando en un odio visceral que la hizo acercarse de nuevo a la música para convertirse en su único consuelo. El problema es que, en ese entonces, era demasiado mayor para retomar su carrera, así que centró todos sus esfuerzos y sueños en mí.

Chloe se detuvo, dejando que las palabras resonaran en el aire. Y él pudo imaginarse la desesperación y soledad que debió de sentir siendo una niña, atrapada en medio de una relación rota y llena de resentimiento.

—Así que, en cierto modo —continuó Chloe, apenas en un susurro—, yo me convertí en el campo de batalla de sus frustraciones y resentimientos. Mi madre proyectaba en mí todos sus sueños incumplidos y mi padre veía en mí un constante recordatorio de su fracaso como marido.

Mario sentía la necesidad de tomar sus manos, de ofrecerle ese apoyo que en su día no pudo demostrarle. Pero tenía miedo de que Chloe se cerrase en banda de nuevo.

—No entiendo —reflexionó tras unos instantes—. Si tus padres estaban tan mal, ¿por qué decidieron mudarse juntos a Londres? ¿Por qué no se divorciaron?

Una sombra cargada de rabia y cinismo cruzó por el rostro de Chloe.

—Para mi padre, cambiar de ciudad, de país, era un modo de escapar de un matrimonio infeliz, así que cuando le ofrecieron la oportunidad de dar clases en la prestigiosa Universidad de Oxford no se lo pensó dos veces. —La expresión de desconcierto en Mario se hizo más profunda tras esa explicación—. Con lo que él no contaba era con que mi madre decidiese seguirlo cuando, de forma absurda, cometió el error de comentarle que alguien le había hablado de la existencia de una vacante en uno de los conservatorios más importantes del mundo. En ese instante, ella vio el cielo abierto y decidió que no perdería la oportunidad de hacer algo más trascendental que ser una simple ama de casa y vivir su sueño a través de los logros de su hija.

Al advertir esa mueca irónica en el rostro de su amiga, Mario intuyó que algo más había pasado. Tal vez un motivo más fuerte que imposibilitaba la opción de que perdonase a sus padres.

—Pero ahí no acabo la cosa, ¿cierto?

Ella sacudió la cabeza y sintió cómo su cuerpo temblaba de rabia contenida.

—Mi madre no estaba dispuesta a ofrecerle un divorcio fácil y cómodo, quería amargarle la vida por todos los años en los que intentó hacerlo feliz y él no movió un solo dedo para corresponderle. A no ser…

—¿A no ser…?

—A no ser que le consiguiera ese puesto en la Royal Academy of Music de Londres.

Mr. Mochi sintió el torbellino de oscuras emociones que Chloe intentaba reprimir a toda costa y se incorporó en su regazo, para frotar su frente contra la barbilla de su dueña. Su instinto animal buscaba el modo de reconfortarla, de calmar su rabia y decepción, y Mario fue testigo de ello.

—Entiendo.

Una risa amarga escaló por la garganta de Chloe.

—¿Lo entiendes? —cuestionó incrédula—. Tal vez lo entiendas mejor cuando sepas que, al poco de llegar a Londres, mis padres no solo se separaron y tomaron rumbos distintos, sino que también se deshicieron de mí al dejarme en un internado.

Perplejo, el rostro de Mario demudó a una mueca de asombro.

—¡¿Cómo?!

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—Si lo piensas bien, era lo más conveniente para todos. Ninguno de los dos era feliz, los años pasaban y no lograban arreglar algo que nunca había tenido arreglo, y la presión por aparentar ante la familia y ante mí desaparecía. Yo solo era un estorbo que los ataba a una relación muerta. Si me enviaban a un internado, todos sus problemas se resolvían de un plumazo. Mi padre seguía siendo un respetado académico y mi madre, a su vez, se sentía realizada al haber logrado uno de sus sueños sin las ataduras de una hija que solo les recordaba su desdichado fracaso. En aquella ecuación, mi presencia sobraba.

Mario sintió un nudo en la garganta. El panorama que Chloe le dibujaba era, sin duda, desolador y no pudo evitar sentir una oleada de indignación. ¿Cómo podían dos adultos ser tan egoístas y crueles con su propia hija? Pudo imaginar la angustia y confusión que ella debió de sentir al verse sola y abandonada en un país extraño a tan tierna edad.

Mario buscaba algo que decir, las palabras que mitigasen ese dolor y amargura que con razón ella sentía hacia sus padres.

—Chloe… —murmuró finalmente, su voz cargada de tristeza e impotencia—. Ojalá hubiese estado allí… No puedo imaginar por lo que tuviste que pasar…

—El internado no fue tan malo —lo interrumpió, intentando sonar despreocupada, aunque su voz tembló un poco—. Al menos, no tan malo como cuando descubrí que mi madre había cambiado a su familia por otra—. Alzó las cejas con resignación, pero sus ojos brillaban con una tristeza infinita—. Podría haberles perdonado que ambos buscasen su propia felicidad y se separasen, no deja de ser lo más normal. Pero ella se enamoró de un compañero y decidió hacer borrón y cuenta nueva, me dejó atrás sin una pizca de remordimiento —soltó sin más.

—¡Joder! —exclamó él, impactado por la noticia—. ¿Y tu padre qué hizo?

—Él sintió que había logrado la libertad que tanto había ansiado, así que nunca dijo nada al respecto.

Mario se quedó en silencio, tratando de procesar toda la información. Si él se había quedado sin palabras de la impresión, no podía imaginarse lo que tuvo que ser para ella vivir toda aquella situación sola.

—No puedo creer lo que te hicieron —dijo al fin—. Es horrible. Y ahora entiendo por qué nunca más volvimos a saber de ti. En tu vida tenías problemas más serios que acordarte de tus viejos amigos.

Ella asintió, aliviada porque hubiera llegado a esa conclusión.

—En el internado no me dejaban hacer llamadas al extranjero —explicó, aunque también existía otra razón que la llevó a alejarse de sus amigos. Una razón que debía permanecer oculta y no ser revelada, y menos a él—. Después pasó el tiempo y… Bueno, si te soy sincera, no me sentía con ganas de llamar para contar lo desgraciada que era.

Una mezcla de impotencia y compasión oprimió el corazón de Mario. Se acercó a ella con lentitud, como si temiera su rechazo, y tomó sus manos entre las suyas.

—Lo siento, Chloe. Lo siento mucho.

Ella odiaba con todo su ser sentirse tan expuesta y vulnerable ante él, pero al mismo tiempo la aliviaba soltar una carga que había llevado consigo durante demasiados años. No quería sentirse nunca más como aquella Chloe de quince años, sola y asustada en un mundo frío y aterrador.

—Ya te lo he dicho, no todo fue tan malo en el internado —señaló, conteniendo a duras penas la humedad de sus ojos—. Allí conocí a mi mejor amiga, Phoebe. Ella fue mi único consuelo en aquel lugar, y nos hicimos tan íntimas que la considero más una hermana que una amiga.

Saber eso apagó en cierto modo la indignación e ira que bullía en el interior de Mario, y sintió una innegable tranquilidad al descubrir que no estuvo tan sola en aquel infierno. Lo conmovió la entereza que demostraba a pesar de imaginarse lo devastada que debía de sentirse por dentro y deseó haber estado ahí para ella.

—Ven aquí —dijo, abriendo los brazos.

Chloe dudó por un instante, pero él hizo un gesto con la cabeza que la instó a buscar refugio en su abrazo. Lentamente, se dejó envolver por sus brazos y, en ese instante, el mundo exterior se desvaneció. Solo existían ellos dos, compartiendo un momento de vulnerabilidad y apoyo mutuo.

Mario la sostuvo con ternura, notando el leve temblor en su cuerpo. Chloe apoyó la cabeza en su hombro y permitió que las lágrimas que había contenido durante tanto tiempo fluyeran con libertad. Cada sollozo era como un pedazo de su alma rota que encontraba consuelo en el cálido abrazo de Mario.

—Gracias —susurró ella, con la voz quebrada pero llena de gratitud.

—Siempre estaré aquí para ti, Chloe. No importa lo que pase, puedes contar conmigo —respondió él, apretándola un poco más fuerte.

Chloe cerró los ojos, dejando que las palabras de Mario se filtraran en su corazón como un bálsamo. Sentía que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía que ser fuerte. Podía dejarse caer y él estaría ahí para sostenerla.

Se mantuvieron así durante unos minutos. Él acariciando con ternura el cabello de Chloe, sintiendo la suavidad de sus mechones entre sus dedos. El silencio que se había instalado entre ellos era cómodo, lleno de una profunda conexión.

—Llevo tiempo queriendo decir esto —habló Mario, rompiendo el silencio—, pero me sentí muy solo cuando te fuiste —confesó sincero—. Siempre fuiste mi mejor amiga y, de repente, desapareciste sin dejar rastro.

Ella se separó ligeramente de él, sus ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento.

Mario le tomó el rostro entre las manos y secó la humedad de sus mejillas con los pulgares.

—No lo sientas —dijo, alzando la comisura de sus labios en una triste sonrisa—. Ahora que sé por todo lo que pasaste, no tengo derecho a sentir ningún rencor hacia ti. Pero durante mucho tiempo estuve preocupado y ansioso por no tener noticias tuyas. Creí que te habías olvidado de mí.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca.

Una expresión de alivio suavizó la expresión de Mario al escucharla.

—Prométeme que no te volverás a ir si decirme nada, Chloe. Prométeme que, si estás pasando por un mal momento, dejarás que te sostenga, que no interpondrás de nuevo una barrera

entre los dos. Déjame ser tu apoyo, tu amigo, tu confidente…

Los ojos de Chloe, como si tuvieran vida propia, se quedaron fijos en la boca de Mario y se mantuvieron ahí durante una eternidad. El corazón de él comenzó a palpitar con fuerza y retuvo el aire en su interior al notar la intensidad de esa mirada. Un anhelo profundo se apoderó de él, un deseo secreto de reducir la distancia que los separaba y dejarse llevar por una fuerza irresistible que comenzó a crecer en su interior.

El mundo pareció detenerse a su alrededor, el aire se cargó de una energía distinta a la habitual. El dolor y la tristeza se desvanecieron, dando paso a un deseo contenido. Un deseo que los impulsaba a cometer la mayor de las locuras.

Sus rostros se acercaron lentamente, movidos por una atracción irresistible. Chloe sintió el calor de la respiración de Mario sobre sus labios y sus corazones latieron al unísono. El momento era perfecto, un instante suspendido en el tiempo, donde solo existían ellos dos.

Pero justo cuando sus labios estaban a punto de encontrarse, una pequeña figura peluda irrumpió en la escena. Mr. Mochi, sin motivo aparente, mordió la pierna de Mario. No fue un mordisco fuerte, pero el dolor inesperado hizo que Mario se separara con brusquedad de Chloe.

—¡Joder! —exclamó, llevándose la mano a la pantorrilla—. ¡¿Qué le pasa a ese bicho?!

Avergonzada y todavía aturdida por el momento que habían compartido, Chloe se levantó del sofá y tomó a Mr. Mochi en brazos, creando una distancia prudente entre ellos.

—Lo siento —se disculpó, tan asombrada como el propio Mario—. No sé qué le ha pasado. Nunca ha sido agresivo con nadie.

Mario, aún molesto, señaló al gato con un dedo acusador.

—Te lo dije, me tiene manía. No me puede ver.

Chloe tomó el rostro de Mr. Mochi y lo miró directo a los ojos. Aunque en secreto le agradecía la intervención por haber evitado que el momento se volviera aún más complicado, no podía dejar pasar su comportamiento.

—¿Por qué has hecho eso? —lo interrogó, como si esperara una respuesta—. ¡Te estás portando muy mal! ¡No se muerde a la gente!

El british shorthair le dedicó una mirada tan amorosa e inocente, con esos grandes y adorables ojos dorados, que Chloe no pudo evitar derretirse. Así que comenzó a llenarlo de besos mientras seguía regañándolo con un tono más suave.

Mario, incrédulo al ver cómo aquella bola de pelo manipulaba a su dueña, bufó con fuerza mientras revisaba su pierna.

—Espero que no tenga que ponerme la vacuna de la rabia —refunfuñó entre dientes—. Ya era lo que me faltaba.



Capítulo 17

«Que el roce hace el cariño» es una frase muy cierta, y si no, que se lo digan a Chloe, que todavía no podía creerse lo que tenía ante sí. Sentados en el sofá, cada uno con su portátil apoyado en las piernas, Mario y Fredy peleaban con los botones del teclado mientras jugaban una partida online.

—¡Dispara! —ordenó su vecino, enfocado en lo que ocurría en la pantalla—. ¡Dispara como si no hubiera un mañana!

Mario pulsaba la tecla a la velocidad de la luz, al tiempo que se mordía el labio inferior con una concentración brutal.

—¡Eso hago! —replicó y, a continuación, maldijo por lo bajo—. ¡Espera! Necesito cambiar de arma, me he quedado sin munición.

—¡Rápido, joder! —lo apremió Fredy—. ¡Me están acorralando en esa puñetera habitación!

Chloe, que había salido de su cueva a por un café —así era como llamaba Mario a su estudio —, los observaba sin dar crédito. Habían pasado varios días desde el momento casi-beso. Ese momento de locura transitoria que le había nublado el juicio. Ese momento en el que estuvo a punto de cometer el mayor error de su vida. Ese momento que todavía tenía grabado a fuego en sus retinas y al que volvía una y otra vez, y la descentraba de su trabajo en cuanto se despistaba.

Bueno, pues tras «ese momento», la situación en su casa había cambiado de forma sustancial. Con la excusa de no dejarlos solos, Fredy seguía pasando tiempo en su apartamento y ella, en cierto modo, se lo agradecía. Estar a solas con Mario desde que ocurrió «ese momento», le resultaba, cuanto menos, incómodo. Así que no había puesto mucha resistencia a las largas visitas de su vecino.

Por su parte, aburrido por no tener nada que hacer, ya que ella se encerraba horas en su estudio a trabajar, o acudía a la empresa cuando lo requería, Mario también sacó su portátil al salón para pasar el rato durante su tediosa convalecencia.

Las miradas asesinas que se lanzaban entre él y Fredy, al principio, se convirtieron en miradas curiosas por saber qué hacía cada uno por su cuenta, después. Hasta que, al final, unieron fuerzas y comenzaron a jugar juntos en línea.

Con la cadera apoyada en la encimera, Chloe estudiaba la escena con gesto mordaz mientras daba un sorbo a su café. Por si todo aquello no fuese lo suficientemente surrealista, Mr. Mochi dormía de forma plácida acostado muy cerca de Mario, ajeno a la batalla campal que este jugaba con su ordenador. De forma tácita, sin muchos cambios sorprendentes en su conducta, su fiel mascota había decidido acercar posturas con su amigo de la infancia. Era más como «si no puedes con el enemigo, únete a él». Así que ahora Mr. Mochi rondaba cerca de Mario sin bufarle cada vez que lo veía.

Chloe sonrió al ver la escena. La imagen de los dos, tan concentrados en el juego, era conmovedora a la vez que extraña. La confusión que sentía no solo se debía al acercamiento entre Fredy y Mario, sino también a la lucha interna que libraba desde «ese momento». Una parte de ella deseaba recuperar la comodidad y la simplicidad de su antigua amistad con Mario, mientras que otra no podía ignorar el torbellino de emociones que provocaba en su interior. Verlo reír y pelear en broma con su vecino, como si siempre hubiesen sido amigos, no hacía más

que intensificar esa confusión. Era como si Mario se estuviese colando en su vida de nuevo, en su rutina, en su trabajo, en su día a día, arrollándola por completo, sin pedir permiso, y eso le producía autentico pánico.

Chloe apretó la taza de café caliente entre sus manos al mismo tiempo que dejaba salir un lánguido suspiro y observaba cómo su mundo se tambaleaba de manera imprevisible. Había pasado tanto tiempo construyendo muros alrededor de su corazón que le parecía impensable que esos mismos muros parecieran tambalearse como si fuesen papel mojado de forma tan sencilla. Un casi-beso y todo volvía al inicio.

Mr. Mochi, su fiel compañero, dormía enroscado y con gesto apacible al lado de Mario, incluso sus bigotes se movían de vez en cuando y demostraba, con ese encantador gesto, lo profundo que era su sueño. Su comportamiento relajado era un reflejo de la aceptación y confianza silenciosa ante la nueva presencia que había invadido su reino. Chloe se dio cuenta de que incluso su gato había decidido adaptarse, aceptar a Mario como uno más en aquella casa, algo que ella aún no podía hacer.

Un nudo se formó en su estómago y dejó escapar un suspiro pesado. Se llevó la taza de café a los labios, pero el sabor amargo le recordó que aquello no era buena idea. Los recuerdos de su adolescencia, de los sentimientos que había rehuido con todo su ser y que creía superados, volvieron a inundar su cabeza. En aquel tiempo había elegido escapar, poner tierra de por medio para no sentir más dolor. Esconderse había sido la elección más sencilla y rápida. Sin embargo, a pesar de la distancia, no había resultado tan fácil recomponer su corazón roto.

Ahora, años después, Mario estaba de nuevo en su vida, con su sonrisa deslumbrante y su presencia reconfortante para remover todo a su paso. La mezcla de asombro y deseo era abrumadora. La calidez que había sentido en el abrazo de Mario, la ternura en sus ojos, la cercanía que había compartido con él en esos breves momentos… habían hecho que estuviese a punto de caer en la tentación de besarlo.

Chloe se frotó la frente cuando su mente regresó a «ese momento» y su corazón comenzó a latir con fuerza. La confusión se mezclaba con el miedo. Miedo a abrirse, miedo a dejarlo entrar de nuevo en su vida, a permitir que esa vulnerabilidad la dominara una vez más. Había trabajado tanto para ser fuerte, para construir una barrera impenetrable alrededor de su corazón, y ahora todo parecía desmoronarse como un castillo de naipes.

No quería volver a sufrir, no quería arriesgarse a amar y perder otra vez. No quería sentirse tan pequeña, tan patética, tan poca cosa como en aquel entonces. Había pasado años construyendo una vida que creía segura, donde sus emociones estaban bajo control, lejos del caos que él siempre había traído consigo. Todo eso la asustaba. Era un miedo que la paralizaba, que la hacía dudar de cada decisión, de cada paso que daba.

El sonido del móvil interrumpió sus pensamientos y la montaña rusa emocional en la que se encontraba inmersa. Miró la pantalla, tratando de enfocarse en algo tangible, algo que no fuera el remolino de emociones que Mario había desatado en su interior. Pero incluso mientras hacía esto, no pudo evitar mirar de reojo hacia el salón donde él y Fredy seguían enfrascados en su juego.

Dejó la taza de café vacía dentro del fregadero y caminó de regreso a su estudio. El ruido que ambos generaban al jugar era demasiado molesto como para ignorarlo.

—Dime.

La voz al otro lado dejó salir un carraspeo nervioso.

—Siento molestarte —se disculpó Gonzalo—, pero ha surgido un ligero inconveniente.

Chloe se dejó caer sobre su asiento giratorio al mismo tiempo que cerraba los párpados.

—¿Qué inconveniente? —preguntó con voz monótona.

—Milo está aquí. Quiere hacer un pequeño cambio en la canción principal.

Ella abrió los ojos y miró el reloj en la pantalla del ordenador. Ya era tarde y la idea de tener que lidiar con un cambio de última hora no le hacía ninguna gracia. Llevaba retraso en la composición musical de algunos temas y no podía darle más vueltas a lo mismo una y otra vez. Para ella, la melodía era perfecta, solo necesitaba el visto bueno de la empresa y grabar la voz de Milo para finalizarla.

—Es un poco tarde para ir hasta ahí —respondió, tratando de parecer calmada—. Mándame el cambio por e-mail, lo reviso esta noche y mañana ya hablaré con él.

—El caso es que mañana vuela hasta Londres para una grabación de su nuevo *single*. Estará varios días fuera.

—¡Mierda!

Chloe se pellizcó el puente de la nariz, como si quisiese aliviar la frustración que sentía por dentro, y un silencio llenó la conversación telefónica mientras tomaba una decisión.

—¿Qué te parece si nos pasamos un momento por tu casa? —sugirió Gonzalo con un tono que sugería cierta incomodidad—. Será algo rápido. No te quitaremos mucho tiempo.

Ella se imaginó la escena: Milo insistiendo en ir a su casa para mostrarle los cambios y su compañero indeciso sobre qué hacer.

Para ser honesta, no le hacía mucha gracia que el novio de Blanca conociese donde vivía. Prefería mantener su entorno laboral alejado del personal todo lo posible, pero entendía que esas eran las consecuencias de elegir trabajar desde casa.

—Está bien —aceptó a regañadientes.

Colgó el teléfono y se quedó mirando fijamente la pantalla de su ordenador. La idea de tener a Milo en su casa la incomodaba un poco, pero también le daba una excusa para no pensar en Mario y en los sentimientos confusos que había despertado de nuevo en ella.



Tiempo después, Fredy abrió la puerta de su estudio para informarle que tenía visita. Ella se quitó los cascos que la aislaban del sonido exterior y le pidió que los hiciera pasar.

El primero en entrar en la habitación fue Gonzalo, seguido de Milo y una persona más con la que Chloe no contaba.

—Espero que no te importe que hayamos venido hasta aquí —se disculpó el cantante, sincero—. Pero le he estado dando vueltas y creo que, si hacemos unos pequeños cambios a la canción, será gloriosa.

Los ojos de Chloe no se apartaban del rostro de Blanca, quien observaba el estudio con curiosidad, como si estuviera inspeccionando su territorio. Tras ella, Mario se mantenía en pie apoyado en una sola muleta, su mirada fija en la nueva visita. Un escalofrío recorrió la espalda de Chloe.

—¿Te lo enseño? —la voz de Gonzalo la sacó de sus pensamientos, atrayendo su atención hacia el *pendrive* que le mostraba.

Ella asintió mecánicamente, su cabeza divagando. La voz de Gonzalo se perdió en el ruido de fondo. Su atención estaba por completo centrada en Blanca y en Mario, quienes comenzaron

una conversación casual.

Su compañero descargó la canción en su equipo y la reprodujo para que ella la escuchara. Tras unos minutos, en los que el rostro de Chloe se mantuvo inexpresivo, Milo esperaba impaciente una respuesta de su parte.

—¿Qué te parece? —indagó ansioso—. ¿No crees que, si hacemos que la guitarra suene de derecha a izquierda, el sonido del estribillo será más interesante? Me gusta cómo queda el bajo en la zona de atrás, pero si…

Ella negó con la cabeza y su voz sonó firme cuando lo interrumpió.

—No va a funcionar.

—¿Por qué?

—Porque ya hay demasiados elementos y pistas que se superponen. Cuando añadamos tu voz y las armonías, saturarán la melodía. La mayoría de las veces lo simple y limpio es más efectivo. Hay que saber cuándo parar.

El ingeniero de sonido estuvo de acuerdo con ella.

—Yo también pienso lo mismo.

La decepción en el cantante se apreció en el tono de su voz.

—Entiendo.

Aprovechando su estancia allí, hablaron de otros temas, y Milo le pidió que le enseñara el resto de composiciones. Como si fuera un niño en un parque de atracciones, el novio de Blanca absorbía cada detalle con emoción, inmerso en el mundo que tanto le apasionaba. Olvidándose incluso de la persona que, supuestamente, llenaba su corazón.



Lo que en un principio iba a ser solo un momento, se alargó en el tiempo más de lo esperado, por lo que Chloe salió de su estudio y se dirigió a la cocina para preparar algunas bebidas. Fredy la siguió y comenzó a recoger sus cosas.

—Será mejor que me vaya.

Ella arrugó el ceño al advertir cierto aire extraño en su vecino.

—Puedes quedarte, si quieres.

Él negó con rapidez, justo en el instante en el que también aparecía Blanca.

—Llevo muchas horas sin ver a mi madre —respondió, lanzando una breve pero incómoda mirada de soslayo hacia su antigua amiga—. Te dejo bien acompañada, así que me voy tranquilo.

Preocupada, Chloe lo acompañó hasta la puerta para despedirlo.

—¿Estás bien?

Él se limitó a asentir y forzó una sonrisa enseñando los dientes.

—Pues claro, encanto. —Se inclinó para darle un beso en la mejilla con afecto—. Nos vemos mañana.

Confusa, Chloe regresó a la cocina, resignada, y con nulas ganas de interactuar con Blanca.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó esta en cuanto se acercó, con tono aparentemente amable.

—No, gracias. Puedo yo sola.

Chloe no pretendía que su voz sonara tan seca, pues que Blanca intuyera que su presencia allí la incomodaba le proporcionaba una ligera ventaja, pero no podía evitarlo.

Por su parte, su antigua amiga ignoró aquel detalle y estudió el pequeño apartamento con interés.

—Parece que te ha ido bien en la vida —comentó, su tono cargaba una insinuación apenas velada mientras observaba los importantes y prestigiosos premios que Chloe había ganado a lo largo de su carrera.

Ella creyó captar cierto desdén, como si el tamaño de su apartamento no tuviese comparación con el de ella y los premios fuesen una simple nimiedad, así que también fingió no darse cuenta y abrió la nevera para sacar unas cervezas.

—No me puedo quejar —respondió, intentando mantener la conversación superficial.

—Como tampoco podrás quejarte de la atención que recibes —comentó Blanca como si tal cosa—. Cuatro hombres pendientes de ti, parece que las cosas no han cambiado mucho a pesar del tiempo transcurrido.

La nota de envidia que advirtió en su comentario era algo que le resultaba familiar a Chloe y sintió una punzada de irritación al recordar los viejos tiempos. Siempre había sentido una competencia sutil por parte de su examiga, una batalla no declarada que, años después, todavía parecía seguir viva. Blanca, con su aparente perfección y su tendencia a atraer todas las miradas, a menudo había tenido esa capacidad de hacerla sentir inferior. Buscaba con desesperación la forma de sobresalir con la intención de opacarla y no se cortaba ni un poco en demostrar su satisfacción cuando lo lograba. Pero Chloe no estaba dispuesta a permitir que la hiciera sentir mal en su propio hogar. Los años de dejarse pisotear se habían terminado, así que se limitó a poner las latas de cerveza en una bandeja, intentando mantener la calma.

—Supongo que es cuestión de perspectiva —respondió con una sonrisa forzada—. Yo recuerdo que eras tú la que siempre atraía la atención de los chicos en aquella época.

Blanca alzó una ceja, visiblemente interesada en su respuesta.

—¿En serio? —cuestionó incrédula—. Si la memoria no me falla, los chicos se morían por llamar tu atención, aunque tú solo tuvieses ojos para él. —E hizo un gesto con la cabeza que señalaba el estudio.

Chloe sabía muy bien a quien se refería, y su insinuación un modo de provocarla, pero no iba caer en su juego.

—¿A qué has venido, Blanca?

Ella torció el gesto al no obtener la reacción que esperaba y se encogió de hombros con indiferencia.

—A ver cómo estaba mi amigo, por supuesto.

—Un poco tarde, ¿no crees? Lleva en mi casa más de semana y media.

—Vine en cuanto me enteré de que se había hecho daño y no estaba en su apartamento —replicó sin asomo de arrepentimiento—. Como ya sabes, soy una chica ocupada.

Chloe no creía ni una sola palabra, pero decidió morderse la lengua y se puso de puntillas para abrir la puerta de una alacena y agarrar unas bolsas de aperitivos.

—Pues ya ves que está mucho mejor —respondió al fin—. Ayer el médico le dijo que, si seguía así, en pocos días le daría el alta.

Blanca se acercó a la isla y se sentó en un taburete.

—Como en los viejos tiempos, ¿recuerdas? —comentó con una dulce sonrisa—. Los tres preocupándonos los unos de los otros.

Chloe la observó con seriedad durante unos segundos.

—Unos más que otros —respondió, y se agachó para coger unos cuencos de porcelana.

Blanca apoyó los codos encima de la encimera y se agarró la barbilla con las manos.

—¿Todavía sigues enfadada conmigo por lo que pasó en aquel cumpleaños? Deberías pasar página, cariño, eso ocurrió hace un millón de años. Además, prometí mantener el secreto y lo he hecho hasta el día de hoy.

Chloe sintió que se le secaba la boca ante esa velada amenaza, pero no se dejó intimidar y actuó de forma normal mientras vaciaba el contenido de algunas bolsas de *snacks* en los recipientes.

—Lo que hagas o dejes de hacer es algo que dejó de importarme hace mucho tiempo, Blanca.

Su examiga hizo un gesto irónico.

—¿En serio? ¿Por eso huiste hace trece años?

Chloe detuvo lo que estaba haciendo y la miró con tal intensidad que su expresión intimidante tomó desprevenida a la *influencer*.

—Hace trece años no hui —mintió—. Tuve que mudarme a otro país por el trabajo de mis padres. Y si no has contado nada hasta el momento, es porque a ti tampoco te interesa que él sepa toda la verdad, ¿me equivoco?

Algo en la sonrisa de Blanca le produjo un escalofrío que le subió por la espalda y se quedó en la base de la nuca. Había cierta tristeza en esa mueca, una tristeza que no se esperaba en absoluto. Sabía que podía ser envidiosa, egoísta y manipuladora, pero era la primera vez que veía ese lado vulnerable en ella.

—No estés tan segura —respondió, cambiando su expresión por una seguridad apabullante. De pronto, esa sombra abatida desapareció y regresó la Blanca de siempre—. ¿Por qué no dejamos los rencores en el pasado, eh? Me encantaría que todo fuera como antes de que te mudaras.

Chloe parpadeó varias veces ante su inesperado cambio de actitud y a punto estuvo de lanzar una carcajada llena de amargura. Si algo le había enseñado la vida era a valorarse a sí misma. Ya no era aquella tímida chiquilla de quince años que ocultaba estar enamorada de su mejor amigo porque este vivía obnubilado por otra que se hacía pasar por su amiga. Ahora sabía lo que era la verdadera amistad; Phoebe se lo había enseñado. Y también sabía que no volvería a vivir bajo el miedo de una mentira.

—Yo no, gracias —declaró firme—. En mi vida quiero gente que sume, no que reste. Ni tampoco deseo a nadie a mi lado que me chantajee para conseguir lo que quiere.

—Chantajear es una palabra un poco fuerte, ¿no crees?

—Para mí, tus amenazas lo eran —rebatió sin amilanarse—. De igual forma, no me importa lo que hagas. Ya no. Con el tiempo entendí que a ti tampoco te interesa contar lo que ocurrió en ese cumpleaños o perderías a Mario para siempre.

Un silencio envolvió la estancia. Un silencio pesado y áspero cayó sobre ellas al tiempo que se retaban entre sí, hasta que el aludido apareció cojeando.

—¿Qué hacéis?

Chloe se obligó a sonreír, ocultando la tormenta de emociones que Blanca había desatado en su interior.

—Solo poniéndonos al día —respondió ella, forzando un tono ligero.

Miró a Blanca para que confirmase sus palabras, pero la expresión de ella era astuta, como si estuviese decidiendo qué le convenía hacer en ese momento, cuál sería su próximo movimiento.

—Sí, solo estamos recordando los viejos tiempos —añadió la *influencer*—. ¿Verdad, Chloe?

Ella asintió y le devolvió la mirada. Pero esta vez su mirada era retadora, decidida, lejos del miedo y la constante zozobra que había sentido en el pasado. Ya no era aquella adolescente asustada; ahora era una mujer fuerte, dispuesta a enfrentarse a ella y a las consecuencias.

El alivio en la expresión de Mario produjo un nudo en el estómago de Chloe. Intuía que a él también le haría feliz si la relación entre ellas volvía a ser como en aquellos días felices. Pero sabía que no podía permitir que Blanca volviera a manipular su vida.

Sabedora de ese detalle, su examiga amplió aún más su sonrisa para anunciar:

—Por cierto, os tengo que dar un notición.

El tono de su voz y el brillo en sus ojos indicaban que estaba a punto de soltar una bomba. Chloe se preparó para lo que fuera, pero no pudo evitar sentir una punzada de ansiedad.



Capítulo 18

A escondidas, Mario estuvo escuchando la conversación en cuanto sus dos amigas salieron del estudio. Necesitaba descubrir por qué existía tal animadversión entre ellas, pero su curiosidad no quedó satisfecha, al contrario. Tenía más preguntas que respuestas.

¿Cuál era el secreto que guardaba Blanca? ¿Por qué había estado chantajeando a Chloe? ¿Qué diablos había pasado en aquel cumpleaños que lo había cambiado todo? ¿En quién tenía puestos los ojos Chloe cuando eran jóvenes? ¿Acaso le gustaba alguien y no se lo había dicho?

¡No, imposible! Eran amigos. Los mejores amigos, de hecho. Si ella estuviese enamorada de algún chico del instituto, él lo sabría, ¿verdad?

Necesitaba averiguar lo que ambas ocultaban, pero por desgracia no sería en ese momento, ya que escuchó voces acercarse a la puerta del estudio, lo que lo obligó a interrumpir aquella intrigante conversación.

—¿Ya le has contado la buena noticia a tus amigos, cariño? —preguntó Milo, apareciendo enseguida detrás de él, su sonrisa radiante contrastaba con la tormenta que se había formado en el interior de Mario.

El cantante se acercó a su novia y la abrazó por la espalda, su gesto de complicidad discrepaba de la tensión que había percibido Mario unos segundos antes, logrando que la impotencia se enroscara en su garganta como una enredadera venenosa.

—Todavía no —respondió ella, poniendo la mejilla para que él le diera un beso.

—¿Y a qué esperas? —insistió emocionado.

Una sonrisa satisfecha apareció en el rostro de la *influencer*. Era una sonrisa que conocía bien, la misma que solía poner cuando conseguía lo que deseaba.

—¿Por qué no lo haces tú? Sé que te hace ilusión.

Gonzalo dejó salir un bufido exasperado ante lo que, para él, era una actitud de fingida modestia por parte de Blanca.

—¿Lo vais a soltar o no? —exigió impaciente.

Divertido, Milo envolvió más fuerte a su novia entre sus brazos.

—Hemos conseguido que el director le dé a Blanca un pequeño papel en la película. ¿No os parece increíble?

La noticia cayó como una bomba. Mario se esforzó por mantener una expresión neutral, pero por dentro sentía una mezcla de emociones como si estuviera montado en un tiovivo. Por un lado, la revelación lo decepcionaba de nuevo; una vez más, tenía que enterarse por otros sobre algo que tendría que haberle dicho la propia Blanca. ¿De verdad no había tenido ni tan siquiera un momento para llamarlo y contarle la buena noticia? ¿En serio significaba tan poco para ella que tenía que enterarse por otros? Joder, que era la empresa donde él trabajaba, qué menos que decirle que había hablado con su jefe y no aparecer de pronto y soltarlo como si tal cosa, haciéndolo parecer un tonto ante los demás.

Por otro lado, sentía un ligero dilema al recordar algo que le había dicho Gonzalo tiempo atrás. En su momento, no había querido creerlo, pero tal vez su amigo tenía parte de razón. Y es que Blanca siempre había conseguido lo que quería, utilizando cualquier medio necesario, novios incluidos, para lograr lo que ansiaba sin importar cómo.

Sacudió la cabeza negándose a creer algo así, pero se detuvo cuando lo meditó mejor. Durante una época habían sido inseparables, cuando en sus comienzos ella se empeñó en subir tutoriales de maquillaje a las redes sociales. Cierto era que tenía una presencia escénica impresionante, y que su contenido enseguida despertó el interés del público en general, pero no habría podido lograrlo si no fuera porque él la ayudó a grabar y editar aquellos primeros vídeos. Cuando aprendió a hacerlo por ella misma, Mario ya no le resultaba tan imprescindible, y dejaron de verse tan a menudo. Durante un tiempo, su popularidad se estancó, y a pesar de que Blanca tenía mucho talento para llegar y entretener a las personas, tal vez no habría obtenido tal alcance si no fuera por su relación sentimental con un joven y prometedor futbolista que llegó a primera división. Ese futbolista había sido Nacho, el chaval del cumpleaños con el que Blanca juraba haberse besado aquel día. Él era el chico popular del instituto con el que estuvo saliendo durante unos años, y su notoriedad aumentó exponencialmente, sobre todo cuando este fue fichado por un equipo de fútbol importante. No obstante, su relación se terminó en el momento en el que Nacho tuvo una grave lesión que lo mantuvo alejado de los partidos durante una larga temporada. Blanca le confesó que había cortado con él porque le habían llegado rumores de que le ponía los cuernos, y él la creyó. Pero ahora, al recordar aquella situación, una duda se instaló en su cabeza. ¿Habría sido en realidad Nacho quien la había engañado? O, por el contrario, ¿habría sido Blanca quien había utilizado esa excusa para terminar la relación cuando ya no le resultaba útil?

—¿No vais a decir nada?

Mario regresó a la realidad y miró a Chloe, quien mantenía la misma estoica expresión que él. Intentó felicitar a Blanca con sinceridad, pero su voz sonó un tanto forzada.

—Eso es genial. Felicidades.

—Sí, felicidades —respondió Chloe tras carraspear con fuerza.

Blanca, por su parte, disfrutaba de su momento de atención. Su sonrisa era radiante, pero en sus ojos Mario creyó captar un brillo triste ante su respuesta tan poco entusiasta. Y no podía culparla, en realidad. Eran amigos desde niños, pero en los últimos años habían tenido un ligero distanciamiento, promovido por la ajetreada vida de Blanca, en la que él se había visto un poco relegado por sus constantes viajes, siempre ocupada o liada con importantes y nuevos proyectos en sus redes sociales.

No dudaba de su cariño hacia él, pero era dolorosamente evidente que su amistad ya no era tan trascendental en su vida, pues ahora tenía otras prioridades que su estatus de celebridad requería.

—Gracias —respondió en verdad emocionada—. Es un reto enorme e inesperado para mí, pero estoy feliz de haber conseguido esta oportunidad.

Mario asintió, pero sus pensamientos estaban a miles de kilómetros. ¿Estaría en lo cierto Gonzalo o sus teorías eran fruto de su reconocida inquina? Si pensaba con cierta maldad, era verdad que la tristeza por los cuernos de Nacho no le había durado demasiado a Blanca, y que al poco tiempo comenzó a salir con un joven actor, al cual le siguió otro y después un piloto de motos que había conocido en un evento. Así como su ajetreada vida amorosa crecía, también lo hacía su popularidad. Un nudo se formó en su estómago al recordar las palabras de Gonzalo. ¿Era posible que Blanca fuera tan superficial y calculadora? ¿Que utilizara a los hombres como trampolín para alcanzar la fama?

No, imposible, la conocía demasiado y no poseía ninguna evidencia como para ponerla en tela de juicio ahora. Pese a lo que los demás dijeran, Blanca siempre se había portado bien con

él, no tenía ningún motivo para dudar de ella. Es más, no debía olvidar lo mucho que en realidad le debía.

Los ojos de Mario se centraron en Chloe y un brillo de admiración creció en ellos. Todavía se asombraba de lo fácil que había sido retomar la amistad con ella. Después de reencontrarse ambos en la empresa por primera vez después de tantos años, había notado cierta incomodidad entre los dos, supuso que por el tiempo que ambos habían estado separados, algo normal debido a crecer y madurar alejados uno del otro en distintos países. Pero después su relación volvió a ser como la de antes: cercana, divertida, natural y sincera.

Tras convivir durante unos días, se dio cuenta de que encajaban tan bien como cuando eran unos críos. Al contrario que Blanca, ella le compartía cada idea nueva que se le ocurría para la banda sonora de la película. A pesar de estar de baja laboral, Mario había pasado varias horas dentro de su cueva para ser testigo de su genialidad, y ella no dudó en hacerlo partícipe de cada pequeño detalle, escuchando muchas de sus sugerencias con atención, incluso poniendo en práctica algunas de sus ideas.

Ambos se habían divertido creando nuevos recuerdos que los acercaban todavía más. Y cuando Chloe le contó por lo que había pasado en Londres, él sintió una punzada de culpa por no haber estado allí para ella. Y cuando le habló de la compasión que sentía hacia Fredy, hizo que cambiara de opinión con respecto al friki e intentara de manera sincera acercarse a él. Esos cambios fueron significativos para Mario, pues pudo comprobar que Chloe seguía siendo una persona que irradiaba una luz y generosidad que muy poca gente poseía.

Ella seguía siendo, a pesar de su apariencia introvertida y reservada, aquella chica altruista, divertida, dulce y noble que siempre había sido. Se sentía cómodo a su lado, reconfortado, apreciado y valorado. Y tal vez, debido a ello, su mente se ofuscó por un momento cuando casi la besó. La imagen de sus labios casi rozando los suyos lo hizo estremecer. Nunca, antes, había tenido un acercamiento así con ella y ese cambio lo asustaba más de lo que deseaba admitir.

Su atención regresó a Blanca, quien seguía disfrutando del momento, al parecer, sin notar la tensión en el aire. Su sonrisa seguía siendo deslumbrante, pero para él ya no tenía el mismo brillo que antes, y supo el motivo cuando siguió la mirada de su amiga. A pesar de su actitud desafiante y altanera con Gonzalo, sabía que a Blanca le dolía que este la juzgase y atacase a la menor oportunidad de forma tan dura y mordaz. Ese gesto de contención en ella, escondida tras una sonrisa de fingida alegría, iba dirigida hacia su amigo como una forma de ocultar la desilusión y la amargura que sentía en su interior.

A Mario le daba rabia que ambos se llevasen tan mal. Por su parte, había intentado de todo para que ambos acercasen posturas. Siendo los dos sus mejores amigos desde que era un adulto, era lo que siempre había deseado. Pero por algún motivo que no lograba entender, Gonzalo nunca había querido dar su brazo a torcer, creando esa animadversión visceral entre ellos desde la universidad.

Dejó salir un suspiro y contempló de nuevo a Chloe. Ahora, todo su ser se inclinaba hacia ella, hacia la autenticidad y la bondad que su amiga representaba. Mario sentía una oleada de ternura y complicidad que le resultaba difícil de contener cuando estaba cerca de ella. Con su mirada franca y su sonrisa que iluminaba hasta los rincones más oscuros de su alma, era un faro en medio de la tormenta.

—¿Por qué no salimos a celebrarlo? —sugirió Milo, expectante.

Mario, Chloe y Gonzalo intercambiaron miradas cargadas de significado. Por sus expresiones, era evidente que a ninguno le apetecía celebrar el logro de Blanca. Este último fue

el primero en romper el silencio, con tono resignado.

—Para ser honesto, estoy reventado —mintió—. Mañana tengo que madrugar y será un día muy largo, pues tengo un montón de curro atrasado en la empresa por culpa de este idiota —soltó, empujando ligeramente el hombro de su compañero.

—¡Ey!, qué culpa tengo yo de que seáis una panda de inútiles que no podéis hacer nada sin mí —exclamó Mario fingiendo ofenderse.

Gonzalo alzó el puño amenazante antes de bufar con ganas.

—¡Tendrá cara! ¡¡Uf!! —replicó, torciendo el gesto—. La próxima vez que te vea con una cerveza en la mano te corto los huevos.

Mario levantó su muleta para protegerse del ficticio ataque de su amigo y sacó la lengua en un gesto burlón. Entretanto, Milo giró la cabeza hacia Chloe, en busca de una respuesta diferente.

—¿Tú te apuntas? —preguntó, casi suplicante.

Chloe miró a Blanca, quien observaba la escena a la espera de una respuesta.

—Lo siento —se excusó sin más—. Pero yo también tengo mucho trabajo atrasado.

La sonrisa de Blanca se fue desvaneciendo conforme la idea de recrearse y celebrar la noticia ante los demás se esfumaba. Sus ojos se encontraron con los de Mario, pero no encontró en ellos la alegría que esperaba. En lugar de eso vio una sombra de culpa apagando su cálida mirada.

—Yo no puedo beber —explicó él encogiéndose de hombros y forzando una sonrisa—, estoy con medicación.

Blanca intentó mantener la compostura, pero la decepción se hizo evidente en su rostro. La emoción que había sentido al compartir su noticia se desmoronaba ante la indiferencia de los demás. Una rabia repentina comenzó a crecer dentro de ella. Entendía que Chloe o el idiota de Gonzalo no tuviesen el más mínimo interés en alegrarse por ella, pero Mario… Él siempre había sido el más entusiasta en cuanto algo bueno le ocurría, y descubrir su indiferencia la lastimaba más de lo que quería admitir. No obstante, a pesar de la ira que bullía en su interior, Blanca lo ocultó con gran maestría, como siempre, ofreciendo solo la fingida imagen angelical a la que el resto estaba acostumbrado.

—No pasa nada, lo entiendo perfectamente —comentó con aire comprensivo, y se dirigió hacia Milo con una dulce expresión en su rostro—. Es mejor que nos vayamos, cariño. Hemos venido sin avisar y seguro que somos una molestia. Dejémoslos trabajar tranquilos.

Ni Gonzalo ni Chloe se dejaron manipular por ese matiz de desencanto en la voz de Blanca. Para ser honesta, no esperaba menos de ellos; ambos eran un público duro, los cuales tenían una idea prejuiciosa de ella. Pero Mario… Mario era otra historia. Él siempre había estado a su lado en los momentos más importantes de su vida. No obstante, esta vez no se apresuró a alegrarse por ella tal y como había esperado, y ese golpe inesperado la desestabilizó. Un nudo se formó en su garganta porque, tal vez, lo estaba perdiendo como amigo.

Se tragó el nudo y forzó una sonrisa. Su orgullo no le permitía demostrar lo mucho que le afectaba ese cambio en él. Pero una alarma de advertencia sonó en su cabeza ante esa nueva actitud. Algo no andaba bien, eso era seguro, y todo se debía al regreso de Chloe. Un sentimiento de celos, frío y punzante, comenzó a apoderarse de ella.

Su mente comenzó a maquinar. No podía quedarse de brazos cruzados mientras veía cómo Mario se alejaba de ella. Debía hablar con él y descubrir qué estaba ocurriendo. Se lo debía. Mario le debía una explicación, como mínimo, después de todo lo que había hecho por él.

Tras despedirse, se fue de allí con un amargo sabor de boca y una determinación férrea. Y mientras caminaba por la calle, rodeada por los amorosos brazos de su novio, Blanca se preguntaba cómo podía subsanar aquel distanciamiento.



Sentada en el estudio de la empresa, Chloe contemplaba la pantalla de su ordenador con la mirada perdida. La luz del atardecer se filtraba por la ventana, proyectando largas sombras que bailaban en la pared. Habían pasado varios días desde la inesperada visita de Blanca a su casa, y todo se había vuelto oscuro y turbio desde entonces.

Como si fuera la cosa más natural del mundo, su examiga había aparecido al día siguiente en su apartamento con una sonrisa que le pareció tan dulce y falsa que a Chloe le provocó un escalofrío. Sin venir a cuento, su vena solidaria y sacrificada salió a relucir cuando se preocupó por la salud de Mario, alegando que tenía unos días libres y que estaba allí para ayudarlo en lo que él necesitase.

Ese lado tan caritativo como inesperado le producía náuseas a Chloe, quien no se creía en absoluto que la *influencer* no tuviese una razón oculta detrás de ello. La amabilidad de Blanca le resultaba inquietante, como una tormenta que se aproxima lentamente para desbaratarlo todo a su paso. Cada sonrisa, cada gesto en apariencia desinteresado, la hacía sentir una ansiosa incomodidad que no podía sacudirse de encima.

Chloe no podía quitarse de la cabeza la imagen de su examiga, moviéndose por su casa con esa actitud condescendiente, como si tuviera el derecho de estar allí, de entrometerse en su vida y en la de Mario. La sola idea de que estuviera maquinando algo, manipulándolo con su encanto envenenado, la llenaba de una inquietud que le calaba hasta los huesos.

Tras meses sin dar señales de preocupación o interés por Mario, de pronto, regresaba a la vida de este con una devoción que rayaba lo ridículo. No se fiaba nada de las ocultas intenciones de Blanca. Sabía que detrás de esa fachada de preocupación había algo oscuro. Cada vez que pensaba en las posibles motivaciones de la *influencer*, su mente se llenaba de un torbellino de sospechas y dudas. ¿Qué pretendía? ¿Por qué ahora? ¿Por qué de pronto Mario volvía a ser alguien crucial en su vida? La incertidumbre la desgastaba.

Sin embargo, tampoco podía oponerse abiertamente a sus visitas sin quedar como una arpía. Blanca tenía una habilidad especial para manipular la situación a su favor, haciendo que cualquier rechazo pareciera irracional y mezquino. Así que había decidido pasar todas las horas posibles en la empresa con tal de no cruzarse con ella. O, al menos, hacerlo lo menos posible. No quería que le saliese una úlcera por ello. Le tocaba aguantar hasta que Mario pudiese regresar a su apartamento de nuevo.

—Tierra llamando a Chloe, ¿me recibes?

La voz de Gonzalo la sacó de sus cavilaciones. Chloe parpadeó y sacudió la cabeza para despejar sus pensamientos.

—Perdón, ¿decías algo?

Su ayudante la miró con una mezcla de preocupación y curiosidad.

—¿Estás bien?

Ella ocultó sus inquietudes y pensamientos bajo una sonrisa. Una sonrisa que apenas alcanzó sus ojos.

—Sí, por supuesto —mintió—. Por cierto, ¿cuándo terminan las obras de tu casa?

Gonzalo le lanzó una mirada guasona.

—¡Vaya!, directa al grano —señaló divertido—. ¿Por qué lo preguntas? Ya estás deseando deshacerte de Mario.

Chloe se encogió de hombros y ocultó el verdadero motivo de su pregunta bajo un velo de misterio.

—No, no es eso. Solo que el médico ya le dio el alta, así que pensé que ya no habría motivos para que se quedara más tiempo.

—¿Estás segura? ¿No tiene más bien que ver con que Blanca esté pululando todos los días por allí?

Sorprendida porque pudiera leerla tan bien, Chloe se cruzó de brazos y se inclinó hacia atrás en su asiento.

—¿Para qué preguntas si ya sabes la respuesta?

Ahora le tocó a él encogerse de hombros con expresión satisfecha.

—Por diversión, supongo.

—Pues a mí no me hace ni puñetera gracia, la verdad.

Gonzalo dejó escapar una ligera carcajada al verla tan molesta.

—El que vinieras a trabajar aquí todos los días me hizo sospechar, no te voy a mentir. Y tampoco te voy a mentir si te digo que, en cierto modo, me alegro de que así sea.

Chloe abrió la boca para replicar tras escuchar su tono coqueto, pero tuvo que cerrarla, interrumpida por el sonido de su móvil. Le lanzó una mirada de soslayo mientras agarraba el teléfono, pues no estaba de humor para lidiar con su flirteo. Ya tenía bastantes problemas en casa como para agregar uno más. No solo estaba hasta las narices de que Blanca se hubiese apropiado de su hogar, sino que Fredy no había vuelto a aparecer desde que eso ocurría y estaba preocupada.

Sin embargo, todo aquello perdió importancia al descolgar el teléfono y oír una voz conocida. Una voz que había esperado no volver a escuchar jamás.

—¿Chloe?

El corazón de esta dio un vuelco y sintió cómo el color abandonaba su rostro. Se quedó mirando el vacío con incredulidad, incapaz de procesar lo que estaba sucediendo. Gonzalo, al notar el cambio en su expresión, frunció el ceño, preocupado.

—¿Qué ocurre? —preguntó con suavidad, pero ella apenas lo escuchó.

—Nada —mintió cuando colgó el teléfono—. Número equivocado.



Capítulo 19

Sentado en el sofá de tres plazas, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, Mario no dejaba de mirar el pasillo, esperando que Chloe apareciera en cualquier momento. Su impaciencia era palpable; la pierna derecha temblaba incesantemente mientras sus ojos revisaban la pantalla de su móvil por enésima vez. La hora brillaba en la penumbra de la habitación: 01:17:41 de la madrugada.

—¿Dónde cojones estará? —murmuró para sí, la preocupación en su voz apenas contenida.

Fredy, que estaba sentado a su lado, rígido como una estatua, mantenía la mirada fija en el mismo punto del pasillo, compartiendo la idéntica tensión que envolvía a Mario.

—¿Sigue sin cogerte el teléfono? —preguntó, su voz era un susurro en la quietud de la noche.

Mario apretó los dientes antes de responder, el miedo y la frustración se acumulaban en cada palabra.

—Dice apagado o fuera de cobertura.

Fredy apartó la mirada del pasillo y la dirigió hacia Mario con una expresión de preocupación que hacía eco de sus propios temores.

—¿Y si llamamos a la policía?

«Tendríais que haber llamado hace horas, ¡idiotas!».

El airado maullido de Mr. Mochi atrajo la atención de ambos hombres. Sentado sobre sus cuartos traseros, justo al lado de Fredy, el felino clavó sus amarillas pupilas sobre ellos como si reclamara su incompresible pasividad.

Los tres, sentados sin moverse en aquel sofá de tres plazas, podrían resultar un cuadro de lo más cómico si no fuera por la tensión del momento. Y justo cuando Mario abrió la boca para responder, el teléfono rompió el angustioso silencio de la sala.

—¿Dónde estás? —preguntó con el corazón en un puño.

La respuesta llegó, breve y críptica, intensificando su preocupación.

—En el Olimpo.

El pecho de Mario se comprimió, la inquietud lo golpeó con fuerza.

—¿Está ella contigo? —insistió, conteniendo el aliento.

—Sí.

Una oleada de alivio mezclada con rabia recorrió su cuerpo. Sin embargo, no había tiempo para más preguntas ni dudas.

—No te muevas de ahí.

Antes de terminar la frase, Mario ya se había levantado de un salto, su cuerpo movido por la urgencia desesperada de encontrar a Chloe. Salió disparado hacia la puerta sin mirar atrás, Fredy siguió sus pasos con la misma impetuosidad, ambos dominados por la necesidad de averiguar si Chloe estaba bien.

Llegaron al bar justo cuando los dueños estaban preparando todo para cerrar. La imagen que los recibió fue lamentable: Chloe, pálida y desorientada, yacía semiinconsciente sobre la barra con la cabeza apoyada sobre sus brazos.

Mario sintió un nudo en el estómago, su rostro se endureció al dirigir una mirada de

desaprobación y enfado hacia Gonzalo, quien estaba allí, de pie, con una expresión de confusión.

—¿Qué ha pasado? —espetó con la voz cargada de ira contenida—. Cuando salí del trabajo estaba perfectamente.

Gonzalo solo pudo encogerse de hombros, incapaz de ofrecer una respuesta clara.

—No lo sé —admitió, su tono desconcertado.

—¿Cómo que no lo sabes?, ¡joder! —La frustración de Mario se desbordaba al no entender cómo demonios había dejado que ella alcanzara ese estado.

De repente, Chloe, con la voz pastosa y los ojos entrecerrados, reaccionó al reconocer la voz de Mario. Su cabeza se levantó con dificultad, y una sonrisa torpe apareció en su rostro.

—¡Oh, vaya, has venido! —balbuceó, su tono era un eco de la condición en la que se encontraba. Levantó la mano de manera torpe, tratando de llamar la atención del camarero—. ¡Ey, Roberto! Pon otra ronda por aquí, yo invito.

Mario cerró los ojos por un segundo, tratando de controlar la mezcla de emociones que lo asfixiaban: preocupación, sorpresa y un profundo enojo al verla en ese nivel de ebriedad.

Gonzalo, al sentir el peso de la mirada asesina de Mario sobre él, intentó explicarse, aunque las palabras parecían no ser suficientes.

—Estábamos en el estudio y recibió una llamada —declaró, todavía luchando por entenderlo él mismo—. Después de eso comenzó a actuar de manera muy extraña y, antes de que me diera cuenta, terminamos aquí.

Fredy, incapaz de contener su propia inquietud, intervino con una pregunta que flotaba en el aire cargada de dudas.

—¿Quién la llamó?

—No lo sé —admitió Gonzalo, encogiéndose de hombros con un gesto de impotencia—. Le pregunté, pero no conseguí que me dijera nada.

Chloe perdió el equilibrio el moverse de la silla. Mario la sostuvo con firmeza; sintió la calidez de su cuerpo y el fuerte aroma a alcohol que emanaba de ella.

—¿Por qué no me llamaste? —cuestionó, molesto con su amigo—. ¿Tienes idea de lo preocupado que estaba?

—Estábamos —intervino Fredy en la conversación con el mismo nivel de desagrado—. Tanto que a punto hemos estado de llamar a la policía

—¡Oh, cariño! ¿Tú también estás aquí? —La lengua de Chloe patinaba y sus ojos vidriosos se enfocaron sobre su vecino con afecto—. ¡Qué bien! ¡Estamos todos! ¡Yujuu! —Intentó ponerse en pie, pero Mario se lo impidió a tiempo.

Gonzalo se sintió acorralado por las miradas acusadoras de Mario, y Fredy se erizó para defender su posición con una mezcla de ofensa y frustración.

—¿Acaso creéis que no lo intenté? —soltó a la defensiva—. Pero no me dejó hacerlo. Primero, apagó su teléfono y, luego, me amenazó con que haría todo lo posible para que me despidieran si intentaba avisarte.

Mario lo miró con incredulidad, su enojo no disminuía.

—¿Y te lo tragaste?

Gonzalo torció el gesto, sintiéndose ridiculizado.

—Por supuesto que no —se defendió—, pero ella es adulta, y no puedo obligarla a hacer algo que no quiere. Me quedé a su lado con la esperanza de que en algún momento me dijera qué estaba pasando, pero…

Fredy, al igual que Mario, no podía contener su curiosidad ni su preocupación.

—Pero ¿qué? —preguntó, su tono urgía a Gonzalo a continuar.

Este suspiró, abatido, reconociendo la frustración en su propia voz.

—Pero nada —dijo finalmente—. Es dura como el acero, no soltó ni una palabra. Ni los del KGB lograrían arrancarle una confesión con el suero de la verdad.

Justo en ese momento, Chloe se irguió con torpeza en su taburete y levantó el brazo con un gesto exagerado para llamar otra vez la atención del camarero.

—¡Esa ronda, ¿viene o no viene?!

Mario puso los ojos en blanco, disgustado por su escandaloso reclamo.

—¡Vámonos! —ordenó, agarrándola del brazo para ayudarla a bajar del taburete.

Ella se revolvió molesta y trató de soltarse.

—¡Ni de coña! —se opuso, chistando la lengua contra el paladar—. Y menos contigo.

—Chloe, estás muy borracha.

—¿Y qué? —lo desafió—. Eres el menos indicado para decirme nada, ¿sabes? Y no me vengas con tu aire paternalista, que yo al menos no me he roto un pie.

Hizo tantos aspavientos con las manos mientras lo enfrentaba que de nuevo perdió el equilibrio.

—De momento —musitó él entre dientes a la vez que evitaba que diera con el culo en el suelo.

—Por cierto, ¿dónde está tu muleta? —interrogó Chloe, confusa, luchando por enfocar la mirada en ella.

—Si estuvieras más por casa te habrías dado cuenta de que hace un par de días que no la llevo.

Ella ignoró su comentario al recordar que tampoco la estaba llevando al trabajo y dirigió su atención hacia Fredy para cambiar de tema.

—¡Qué bien que estés aquí! —exclamó, agarrándose a él—. ¡Te he echado mucho de menos! —Y de pronto frunció la boca en un puchero de lo más adorable—. ¿Por qué has dejado de venir por casa? ¿Acaso estás enfadado conmigo?

Su vecino sintió un nudo de tristeza al ver su vulnerabilidad. Era obvio que algo había pasado para que su amiga acudiera al alcohol como única forma de evadirse. Y tomó las riendas de la situación con suavidad, ayudándola a dirigirse hacia la salida.

—Claro que no, encanto —respondió con voz cálida y reconfortante—. Jamás podría enfadarme contigo.

—Pero me has dejado sola con ese idiota. —Se dio la vuelta y señaló a Mario, quien estaba pagando la cuenta—. ¿Acaso te ha vuelto a molestar? Porque si es así, lo echo ahora mismo de mi casa.

—No, en absoluto —respondió, saliendo a la calle.

El aire fresco de la madrugada golpeó las mejillas encendidas de Chloe, y enfrió por un momento su rabia, pero no lo suficiente como para calmar la tormenta que rugía en su interior.

—¿Entonces?

A pesar de estar borracha, Chloe fue capaz de captar esa mirada insegura y frágil que Fredy sentía cuando otras mujeres se burlaban de él. Rabiosa, se giró de nuevo hacia Mario con una expresión dura en su rostro, achacándole todos sus problemas, porque era la salida más fácil a su frustración.

—¿Lo ves? —exclamó, trastabillando hacia un lado, mientras se aferraba a la fachada de un edificio para mantener el equilibrio—. Ni él se siente cómodo con Blanca pululando todo el día

por mi apartamento. No tienes ni idea de las ganas que tengo de que se acaben las obras en el tuyo.

Mario se detuvo en seco en medio de la calle, sus ojos oscuros reflejaron la incredulidad y el dolor que se arremolinaban en su interior.

—¿A qué viene esto? —preguntó, su voz se cargó de una mezcla de sorpresa y tristeza que apenas lograba contener—: ¿Acaso me estás echando?

Chloe sacudió la cabeza con tanta fuerza que Fredy y Gonzalo se apresuraron a sostenerla al temer que pudiera caer.

—No —negó con un susurro, llevándose una mano a la frente cuando el mareo la golpeó con fuerza—. Solo quiero recuperar mi vida, mi refugio, mi cueva… Y no puedo hacerlo si ella sigue por allí, pavoneándose como si fuera la dueña de todo.

—¿Y tengo yo la culpa de eso?

—¿Quién la ha invitado si no? Porque por mí no viene, te lo aseguro.

—Yo no la invité —confesó serio—, también te lo aseguro.

Gonzalo, viendo cómo la tensión aumentaba peligrosamente entre ellos, intentó mediar.

—Venga, chicos —intervino con suavidad, en un intento de apaciguar los ánimos—, vamos a calmarnos un poco.

Lanzó una mirada de advertencia a Mario, pidiéndole con los ojos que no alimentara la discusión. Este, aunque a regañadientes, se mantuvo en silencio durante el resto del camino hasta llegar al edificio de Chloe. Sin embargo, mientras subían en el ascensor, después de haber despedido a Gonzalo en la calle, la presión en su pecho se volvió insoportable y las palabras que tanto había contenido se deslizaron de sus labios.

—¿Tanto la odias? —preguntó, su voz resonó en el interior de aquel habitáculo.

Chloe levantó la mirada, sus ojos enrojecidos y cansados se encontraron con los de él. En su mirada se percibía un miedo profundo, una confusión dolorosa y un anhelo desesperado por recuperar el control sobre su vida. Pero en su estado, esas emociones se mezclaban de forma caótica, sin claridad para entender lo que en realidad sentía.

—No es odio, Mario —confesó en un murmullo que parecía romperse en cada sílaba—. Pero tú no lo entiendes porque estás cegado por completo.

Con un suspiro de resignación, Fredy comenzó a buscar las llaves del apartamento de Chloe en su bolso mientras Mario la sujetaba con firmeza para asegurarse de que no perdiera el equilibrio. Su preocupación era palpable, pero también era consciente de que la situación había alcanzado un punto en el que su presencia no haría más que estorbar. Algo había sucedido entre ella y Mario, algo que no lograba entender y que obviamente no se había resuelto. Y todo se debía a Blanca, era de lo único de lo que estaba seguro.

Abrió la puerta del apartamento y entró con la intención de ayudar a Mario a llevarla a la cama, pero ella se dirigió directa hacia el baño a vaciar el contenido de su estómago. Los sonidos de su malestar resonaron en el pequeño espacio, y Mario, impotente y frustrado, se pasó una mano por el pelo en un intento de mantener la calma ante aquella escena que le desgarraba por dentro.

—Vete a casa, Fredy —dijo finalmente, con voz más suave pero cargada de un cansancio que iba más allá del físico—. Ya me encargo yo de ella.

Fredy no pudo evitar sentir una punzada de preocupación, una que le recorrió el pecho y se asentó como una presión incómoda en su estómago. Pero sabía que Mario tenía razón, que este era un momento entre los dos, un momento en el que los sentimientos reprimidos, los silencios

incómodos y las verdades no dichas podrían por fin salir a la luz. Fredy había pasado días observándolos, notando esos pequeños gestos, las miradas que duraban un segundo más de lo normal, y esa tensión en el aire que siempre se sentía cuando estaban juntos. No era ajeno a lo que, con probabilidad, se escondía detrás de esa fachada de amistad que ambos insistían en mantener.

Sabía que Chloe, incluso en su estado, necesitaba enfrentarse a sus propios fantasmas. Y Mario… Bueno, él debía aprovechar esa oportunidad para derribar las barreras que ella había construido a lo largo del tiempo. El alcohol tal vez sería el catalizador que permitiría que Chloe bajara la guardia, que concediera que sus sentimientos, aquellos que llevaba tanto tiempo escondiéndole a Mario, salieran en definitiva a la superficie.

Con un último vistazo a la puerta entreabierta del baño, Fredy asintió para sí mismo, aceptando que su papel en aquella historia terminaba allí. Se deslizó fuera del apartamento y cerró la puerta con suavidad detrás de sí, el clic del cerrojo resonó en el pasillo como un punto final. Mientras se adentraba en la soledad de su propio hogar, no pudo evitar desear que su única amiga, de una vez por todas, lograra resolver esos problemas que la habían mantenido en un limbo emocional durante tanto tiempo. Porque, si ella le achacaba a Mario el haber estado enamorado de un imposible durante tantos años, ella sufría de la misma dolencia.

Y si algo tenía claro, era que Chloe se merecía ser feliz. Aunque le dolía no ser él esa fuente de felicidad, no era tan egoísta como para no desear que ella encontrara por fin el amor que tanto se merecía, aunque fuera al lado de aquel obtuso que no sabía la suerte que tenía.



Capítulo 20

Después de unos minutos de espera, Mario no pudo evitar la necesidad de entrar en el baño. La escena que encontró lo golpeó como una bofetada de realidad: Chloe, casi dormida sobre el retrete, lucía abatida, vulnerable, con los rastros de la noche marcados en su piel. El alivio tras vomitar el alcohol no parecía suficiente para borrar el agotamiento que se reflejaba en su hermoso rostro, donde ahora se dibujaban finas líneas de cansancio que antes no había notado.

Con una suavidad que le era casi ajena, Mario se arrodilló a su lado. Alzó la mano con cautela y apartó un mechón de cabello rizado que se había pegado a su mejilla. La calidez de su piel contrastaba con el frío de la cerámica, y aquel simple contacto hizo que su corazón latiera con fuerza.

—¿Por qué no me dices la verdad? —susurró con apenas un hilo de voz—. ¿Qué me estás ocultando, Chloe?

Los últimos días apenas la había visto por casa. Era evidente lo incómoda que se sentía con la presencia de Blanca, y aunque ambas fingían tolerarse cuando estaban ante él, Mario no era tan ingenuo como para no notar la tensión palpable entre ellas. Aún tenía grabada en su mente aquella conversación enigmática que había escuchado a hurtadillas, y el peso de la incertidumbre lo había estado carcomiendo desde entonces. Necesitaba saber qué había pasado en esa maldita fiesta de cumpleaños, el suceso que había sembrado la discordia entre dos de las mujeres más importantes de su vida.

Chloe abrió los ojos con dificultad al sentir el roce cálido de los dedos de Mario en su piel. Sus miradas se encontraron y, por un instante, el mundo pareció detenerse. En esos ojos, él vio más de lo que ella jamás había querido mostrarle: fragilidad, miedo y una tristeza profunda que lo inquietaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Estás mejor? —preguntó, dedicándole una dulce sonrisa.

La respuesta de Chloe fue inmediata pero no verbal; su cuerpo, aún intoxicado, reaccionó con otra arcada. Mario, sin dudarlo, sujetó su frente y le apartó el cabello, asegurándose de que estuviera lo más cómoda posible mientras su cuerpo expulsaba lo que quedaba del alcohol que había ingerido. Sus manos eran firmes, pero su tacto estaba lleno de una delicadeza que conmovió a Chloe hasta sacudir cada célula de su cuerpo. Una vez que las náuseas remitieron, la ayudó a levantarse, sosteniéndola como si fuera la cosa más preciosa y frágil del mundo.

Chloe se tambaleó hasta el lavabo, su mente luchaba por encontrar un respiro, un instante de paz en medio de aquel caos interno que Mario desataba en ella. Con manos temblorosas se cepilló los dientes, como si el simple acto de eliminar el mal sabor pudiera borrar también los sentimientos que la agobiaban. Pero no era tan fácil. El agua fresca no lograba apagar el torbellino de emociones que ahogaban su cerebro aturdido. No podía permitir que él volviera a trastocarla de esa manera, no otra vez. Si, con una simple caricia, su cuerpo reaccionaba estremeciéndose hasta el punto de desmoronarse, ¿qué sería de ella si se permitía sentir más? Si, con una mirada, su corazón se aceleraba y sentía que podía precipitarse en el abismo, entonces no había duda de que estaba en un serio problema. Había caído antes y había prometido no volver a hacerlo. Mario no podía volver a ser alguien crucial en su vida. No debía serlo.

Pero mientras el mal sabor de boca desaparecía, la amargura persistía en su pecho, enredada

entre sus pensamientos, enraizada en su alma. Se enjuagó la boca una vez más, intentando con desesperación escuchar esa voz interior que le susurrara lo que tenía que hacer, que le recordara los errores que no debía volver a cometer.

Mario la observaba desde la puerta con los brazos cruzados, sus ojos reflejaban una mezcla de emociones que no terminaba de entender. Había preocupación, sí, pero también había algo más, algo profundo y silencioso, algo que tal vez nunca había querido admitir, ni siquiera a sí mismo: culpa y arrepentimiento.

Chloe sintió su atención clavada en ella, y eso solo avivó el torbellino en su interior. Cada vez que lo miraba, cada vez que lo sentía cerca, era como si una parte de ella quisiera rendirse, dejarse llevar por lo que una vez sintió. Pero no podía. No debía.

—¿Por qué da vueltas todo? —murmuró, mirándose al espejo, apoyada en el lavabo para no perder el equilibrio.

—Es lo que suele ocurrir cuando uno bebe más de la cuenta. —La voz suave y profunda de él contrastaba con la ironía de sus palabras.

En ese momento, Mr. Mochi se acercó a ella con un suave maullido, la cola erguida en el aire. Se restregó entre las piernas de Chloe, reclamando su atención. Sin embargo, ella estaba demasiado ocupada tratando de mantenerse en pie y acallando los latidos de su acelerado corazón como para prestar atención al animal. Tambaleante, se dirigió hacia la salida del baño, ignorando el hecho de que todo se moviera a su alrededor como si estuviera montada en un tiovivo.

—Te llevo a la cama —sugirió Mario, acercándose para sujetarla antes de que pudiera tropezar.

—Estoy bien —replicó ella con frialdad, rechazando su ayuda.

Con paso inseguro, Chloe se adentró en la penumbra del apartamento; avanzó hacia la cocina despacio, como si buscara algo que la mantuviera anclada al suelo. Abrió la puerta de la nevera y sacó una lata de cerveza, decidida a continuar bebiendo a pesar de todo.

Mario no dudó en arrebatársela de las manos, sus ojos brillaban con una mezcla de frustración y preocupación.

—Ni hablar —sentenció con firmeza.

Chloe lo miró, sus ojos nublados por el alcohol, pero aún capaces de reflejar la obstinación que la caracterizaba.

—Soy mayorcita, ¿sabes? —replicó, tomando la lata de nuevo—. Puedo beber lo que me dé la gana sin tener que rendir cuentas a nadie.

Dicho esto, se alejó titubeante hasta el sofá, donde se dejó caer con pesadez, el mismo en el que Mario había pasado las últimas horas esperando angustiado por cualquier noticia suya. El eco de esa espera aún lo atormentaba, y verla así, tan distante, tan perdida, le rompía el corazón. Se pasó las manos por el pelo en un gesto de impotencia, deseando poder hacer algo, cualquier cosa, para sacarla de aquel estado.

La frustración lo consumía, pero más que nada era la sensación de verla alejarse de él de nuevo, sin poder hacer nada para detenerla. ¿Qué podía hacer cuando ella misma se negaba a aceptar su ayuda? Era como si un abismo se abriera entre ambos, un abismo lleno de secretos y silencios que no sabía cómo atravesar. Pero no estaba dispuesto a rendirse. No ahora. No hoy. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

Tomó asiento a su lado, con expresión grave, reflejando la seriedad de la conversación que estaba a punto de iniciar.

—¿Me vas a contar qué ha pasado hoy? —preguntó con suavidad, pero con una firme determinación.

Chloe le lanzó una mirada de reojo, una mezcla de desafío y evasión en sus ojos, antes de dar un largo sorbo a su cerveza.

—No ha pasado nada —replicó, intentando sonar despreocupada, pero su voz traicionera sugería todo lo contrario.

—¿Por eso te has emborrachado de este modo? —insistió él, sin apartar la mirada de ella, en busca de una verdad que sabía estaba oculta bajo capas de negación.

Ella se encogió de hombros, como si no le importara.

—¿Acaso no puedo tomar una copa de vez en cuando?

Mario sintió una punzada en el pecho ante su respuesta. Aquella indiferencia, aquella actitud de alejarse, le dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Entonces, si solo tenías ganas de fiesta, ¿por qué no me llamaste?

Una sonrisa amarga se formó en los labios de Chloe, una sonrisa que no alcanzaba sus ojos, que solo reflejaba el cansancio y la tristeza que llevaba por dentro.

—¿Para qué? —respondió en tono ácido, defensivo.

—Para beber contigo.

Chloe torció el gesto al escuchar la respuesta.

—Supuse que estabas muy ocupado, no quise molestar —dijo, pero había una nota de resentimiento en su voz que no pudo esconder.

—¿Lo dices por Blanca?

—¿Por quién si no?

Mario se inclinó hacia adelante, sus ojos fijos en los de ella.

—Hace un par de días que le pedí que no viniera.

La sorpresa golpeó a Chloe, haciéndola escupir la cerveza que acababa de beber. Lo miró atónita, mientras se limpiaba las gotas de la barbilla con el reverso de la mano.

—¿Por qué?

Mario agarró un par de pañuelos de papel de la caja que estaba encima de la mesa auxiliar y se los ofreció.

—Porque sabía que te molestaba su presencia —admitió sin rodeos.

Ella lo estudió durante unos instantes temiendo que le estuviera mintiendo. Estaba borracha. Muy borracha en realidad. Pero la inteligencia la seguía conservando.

—No te creo —dijo al fin, y se llevó la lata a los labios de nuevo antes de decir—. A no ser que Blanca ya haya conseguido lo que quiere de ti y ya no te necesite. ¿Es eso?

Mario sintió un nudo en el estómago ante esa acusación, pero se obligó a mantener la calma, a no perder la paciencia debido a su desconfianza.

—¿Por qué piensas eso?

Chloe no dudó ni un segundo en responder, su voz cargada de una certeza amarga.

—Porque es lo que hace siempre.

Mario permaneció en silencio durante unos segundos, sintiéndose más culpable de lo que quería admitir. Había tomado la difícil decisión de pedirle a Blanca que no volviera al apartamento después de ver el esfuerzo evidente que Chloe hacía por no coincidir con ella. Era obvio que nada estaba saliendo según lo planeado y que, a pesar de los esfuerzos, la amistad entre ellas no parecía algo que pudiera reconstruirse. Así que, tras hablar con la *influencer*, tomó una decisión. Decisión influida por la incomodidad de Chloe ante la presencia de su examiga, la

cual Mario no podía ignorar.

Al revés de lo que todos pudieran pensar, Blanca nunca se había portado mal con él; de hecho, siempre había sido todo lo contrario. Mario era consciente de lo que muchos opinaban sobre ella; tanto Chloe como Gonzalo se lo habían dejado claro en más de una ocasión. Pero, lamentablemente, la mala interpretación y el juicio implacable que recaían sobre Blanca eran, en gran medida, culpa suya.

A pesar de su distanciamiento, ambos se importaban, eso era algo que él tenía muy claro. También sabía que algo le ocurría a su amiga, y tras una conversación sincera, Blanca le confesó que estaba considerando dejar a Milo.

En ese preciso instante, Mario se encontró atrapado en un gran dilema. ¿Debía apoyar la decisión de su amiga y dejar que todos creyesen lo peor de ella, o sería más correcto pedirle que no cortara con el cantante? Para muchos, la sospecha de que Blanca utilizaba a las personas para alcanzar sus propios fines era un hecho. Si ella abandonaba al cantante después de que este le asegurara un papel en la película, no haría más que reforzar la pésima opinión que tenían sobre ella. Y no era justo. No era justo porque él la conocía mejor que nadie; sabía que Blanca no era tan interesada ni tan calculadora como la pintaban. Habían compartido mucho, y su lealtad era incuestionable, a pesar de las innumerables confrontaciones que habían tenido ambos por esa misma razón. Y si había algo que odiaba, era que siguiesen cuchicheando a sus espaldas asumiendo lo peor, sin conocer el verdadero motivo detrás de sus acciones.

Ahora, Mario se encontraba entre la espada y la pared, dividido entre la lealtad y el amor. Tanto Blanca como Chloe eran importantes en su vida, pero la enemistad creciente entre ellas lo estaba desgarrando, y él no sabía qué hacer.

Ese silencio que guardaba, esa duda que lo carcomía por dentro, no hacía más que atormentarlo. Y en ese instante, mientras Chloe lo miraba con una mezcla de fragilidad, desafío y tristeza, él se dio cuenta de que, si no actuaba pronto, podría perderlas a ambas.

Mario le quitó la lata de cerveza de las manos con suavidad pero con firmeza, sus dedos rozaron los de Chloe en un contacto que parecía arder más de lo que debería, antes de sujetarla con suavidad por la barbilla y obligarla a mirarlo directo a los ojos

—¿Toda esa rabia que sientes hacia Blanca tiene que ver con lo que pasó en la fiesta de cumpleaños? —Su voz era un susurro tenso, cargado de una mezcla de preocupación y frustración contenida—. ¿Por qué te chantajeaba, Chloe? ¿Qué me estás ocultando?

Las pupilas de ella se dilataron ligeramente, con la sorpresa reflejada en su rostro. El mundo que estaba girando a causa del alcohol pareció detenerse cuando escuchó sus palabras. El pulso se le aceleró y sintió un nudo en la garganta, como si el secreto que había mantenido enterrado durante años la estuviera estrangulando.

—¿Escuchaste nuestra conversación? —preguntó con un hilo de voz, incapaz de ocultar su asombro.

Él asintió con lentitud, sin apartar los ojos de los suyos.

—Sí —admitió con una seriedad que hizo que un escalofrío le recorriera la columna vertebral—. Como el hecho de que te estuvo chantajeando.

Chloe se removió incómoda en su asiento, tratando de disimular el miedo que ahora se reflejaba en sus ojos. El pasado que ella había intentado dejar atrás volvía a golpearla con fuerza, más vivo que nunca.

—Eso ya no importa, Mario —dijo, tratando de sonar indiferente, pero la inseguridad en su voz la delataba—. Pasó hace mucho tiempo.

—Pero tú todavía no lo has olvidado, Chloe. Eso es obvio —insistió él.

Ella volvió a tomar la lata con la esperanza de no tener que responder la pregunta, pero Mario fue más rápido y le impidió que bebiera.

—¿Acaso te amenazaba con contar que te gustaba un chico en el instituto? ¿Fue eso? —cuestionó insistente, buscando la respuesta en su mirada esquiva, tratando de entender lo que la atormentaba.

Chloe intentó desviar la conversación, su voz teñida de indiferencia.

—¿Qué más da? Ya ni lo recuerdo.

—No mientas —le reprochó él, el dolor asomaba en su voz—. Es evidente que todavía te afecta. Creía que nos lo contábamos todo, que éramos los mejores amigos, pero ahora me doy cuenta de que me equivocaba. Y eso… eso me duele más de lo que quiero admitir.

Las palabras de Mario atravesaron a Chloe como un cuchillo, haciéndole revivir una herida que nunca había sanado del todo. Sentía la necesidad de defenderse, pero también el miedo de perderlo si revelaba la verdad.

—¿En serio tienes las narices de venir ahora a recriminármelo? —replicó ella, con la voz temblando entre la rabia y el dolor—. ¿Sabes cuántas veces intenté contártelo? Claro que no, porque estabas demasiado ocupado lloriqueando por las esquinas porque ella no te hacía ni caso.

Mario frunció el ceño, desconcertado por la intensidad de su respuesta. Algo en sus palabras no cuadraba, pero no podía entender por qué Chloe había guardado ese secreto con tanto recelo.

—Eso no es justo, Chloe —protestó, la incomprensión se mezcló con la confusión—. Te pregunté infinidad de veces si te pasaba algo cada vez que te veía rara o de bajón, pero siempre fuiste hermética como una ostra. No había forma de que te abrieras con nadie.

Chloe apretó los labios, sintiendo la presión en su pecho aumentar. No quería recordar, no quería revivir esos momentos. Pero Mario estaba allí, con esos ojos tan llenos de preocupación y de algo más, algo que siempre había deseado ver en él.

—Porque no era fácil hacerlo, Mario —respondió, su voz empezó a quebrarse—. Necesitaba reunir el valor para decírtelo, y cuando por fin lo lograba, tú seguías con tu monotema favorito: Blanca y lo mucho que te gustaba.

La frustración y la impotencia se mezclaron en Mario mientras intentaba procesar lo que Chloe le decía. ¿Por qué ella necesitaría tanto valor para confesarle que le gustaba un chico? Él siempre había estado dispuesto a apoyarla, a estar a su lado sin importar lo que fuera, aunque ese apoyo supusiera compartirla con otro y le rompiera el corazón. Pero algo no encajaba en toda esa historia.

—¿Y por qué no eres valiente ahora y me cuentas todo lo que me has estado ocultando?

—¿En serio quieres saberlo? —susurró Chloe, sus ojos brillaron con una mezcla de desafío y miedo—. ¿Estás preparado para conocer la verdad?

Y antes de que Mario pudiera responder, antes de que siquiera pudiera procesar lo que estaba ocurriendo, Chloe, impulsada por el arrojo que el alcohol le proporcionaba, cerró los ojos y lo besó. Derramó en ese beso todos los sentimientos que había ocultado durante tanto tiempo, aquellos que había enterrado tan profundo que casi había logrado convencerse de que no existían. Fue un beso cargado de todo lo que nunca dijo, de todo lo que nunca se atrevió a admitir. En ese instante, el peso de la verdad se hizo insoportable, y todo lo que había mantenido reprimido durante años salió a la superficie, rompiendo las barreras que tanto había luchado por mantener. Con ese beso, Chloe sabía que no había vuelta atrás; el secreto que había guardado con tanto celo estaba finalmente expuesto.



Capítulo 21

Con la cabeza apoyada sobre los brazos, Mario contemplaba el techo de su cuarto mientras las primeras luces del alba se colaban por las rendijas de la persiana, dibujando sombras efímeras sobre las paredes. Cerró los ojos y el recuerdo del beso de Chloe regresó con una intensidad abrumadora, como si hubiera sucedido apenas un instante atrás. Sintió de nuevo la calidez de aquellos labios, la suave presión contra los suyos, y en ese momento lo supo con certeza. La chica a la que había besado en aquella fiesta, trece años atrás, había sido ella. Siempre había sido ella.

Por un breve pero eterno instante, Mario quedó agarrotado, incapaz de reaccionar ni de apartar la mirada de esos penetrantes ojos que parecían querer descifrar sus más recónditos pensamientos. Observó la sombra de vulnerabilidad en la expresión de Chloe, una fragilidad que hizo que aquel momento fuese aún más dolorosamente real. Ella esperaba, contenida, su siguiente movimiento, mientras el impacto de aquella revelación lo dejó aturdido. La certeza de que había sido ella quien había entrado en aquel cuarto años atrás lo dejó sin aliento, y su mundo se tambaleó cuando captó la decepción y la tristeza en los ojos de Chloe, que no comprendía por qué no hacía o decía nada.

¡Santo cielo! Había esperado tanto por ese momento, había imaginado tantas veces ese instante, que entonces, frente a la verdad, algo en su interior lo paralizó. Pero no podía quedarse allí, atrapado en su asombro. Tenía que estar seguro. Necesitaba confirmar si el escalofrío que recorría cada célula de su cuerpo, que sacudía su alma hasta los cimientos, era el mismo que había sentido aquella noche. Entonces, como poseído por una locura transitoria, Mario tomó el rostro de Chloe entre sus manos mientras un gemido profundo brotaba desde lo más hondo de su pecho; un gemido cargado de años de contención, de emociones reprimidas que se desbordaban.

Los labios de Mario reconocieron a los de Chloe al instante. La suavidad, la textura, la forma eran perfectas para él, como si ambos encajaran de un modo demencialmente único. Su corazón latía con una fuerza desmesurada, tan rápido que temía que se le saliera del pecho cuando la lengua de Chloe apareció, tímida, como pidiendo permiso. El mundo se redujo a aquel instante, a aquel contacto, a aquella conexión.

Un jadeo escapó de la garganta de ella cuando Mario la envolvió entre sus brazos y profundizó en el beso. Sus lenguas enredándose, sus alientos mezclándose, anhelando descubrirse con suavidad, con fiereza a veces, en una sincronía inigualable.

—Chloe… —susurró Mario contra su boca.

Ella se agarró con fuerza de sus hombros mientras su cuerpo temblaba bajo sus caricias. Una bruma de deseo cegó a Mario, sorprendiéndolo por la intensidad que lo consumía. Era Chloe. Era su mejor amiga. Era su alma gemela.

Las dudas lo asaltaron durante un instante, un instante en el que se sintió un miserable. Chloe estaba borracha, su juicio nublado por el alcohol. Sin embargo, no podía detenerse. Una emoción que iba más allá de sí mismo lo empujaba a avanzar, con el deseo de descubrir si lo que estaba sintiendo en ese mismo instante era real y no un sueño.

Un nudo de culpabilidad se formó en el estómago de Mario, pero pronto fue arrasado por una oleada de placer que lo envolvió por completo. Se inclinó hacia adelante, empujando con

suavidad la espalda de Chloe contra el mullido sofá, ajustando sus cuerpos hasta quedar sobre ella. En ese momento, el mundo exterior se desvaneció. Solo existía el calor de sus cuerpos entrelazados, el sabor de sus labios y el deseo de prolongar ese beso hasta el infinito y más allá.

Sin embargo, la realidad pronto lo alcanzó. Mario maldijo en voz baja al recordar lo que había sucedido después, y una sombra de frustración cruzó su rostro. Sus pensamientos lo arrastraron de vuelta a la decepción que sintió al descubrir que Chloe se había quedado dormida en sus brazos. El golpe a su ego fue tan intenso como los puñetazos que ahora propinaba a su almohada mientras se giraba de lado en la cama, en un intento de encontrar una posición que aliviara la ardiente erección que todavía no había remitido.

Una vez que se aseguró de que el alcohol la había sumido en un sueño profundo, Mario se quedó unos minutos contemplando la escena, tratando de asimilar lo que había ocurrido mientras la luz tenue de la habitación resaltaba la fragilidad de su hermoso rostro dormido. Al final, con una mezcla de impotencia y resignación, la levantó en brazos y la llevó a la cama, con cuidado de que estuviera bien arropada antes de regresar a la suya. Después, retornó a su propio dormitorio, pero el descanso se le escapó como arena entre los dedos. La noche se le hizo eterna, sus pensamientos girando sin cesar en torno a lo sucedido entre ellos, mientras la soledad de su habitación se hacía cada vez más opresiva. Cuanto más cavilaba, más crecía en él un resentimiento amargo, como un veneno lento pero implacable.

Sí, al fin había descubierto el secreto que lo había atormentado durante todos aquellos años. Si embargo, esa inesperada revelación no podía ser más agridulce para él. Averiguar que tanto Chloe como Blanca lo habían estado engañando durante años fue un duro mazazo.

Su mejor amiga, la persona en la que más confiaba, le había mentido al negar que fuera ella quien lo besó. Y como un estúpido, él la creyó. ¿Y cómo no hacerlo? La conocía a la perfección, o eso creía en aquel entonces, y no dudó ni por un instante de su versión debido al mutismo de Blanca al no sacarlo de su error.

¡Madre mía, qué incauto había sido!

Incapaz de permanecer inmóvil, Mario se incorporó en la cama y apoyó la espalda en el frío cabecero mientras cruzaba los brazos sobre su torso desnudo. El peso de sus pensamientos lo abrumaba, una mezcla de emociones que lo mantenía despierto en la quietud de la noche. ¿De verdad podía culparla? ¿Podría perdonarle que nunca le hubiera confesado su amor? ¿Por qué había esperado tanto tiempo para hacerlo? Las respuestas a esas preguntas eran claras para él. No era tan ingenuo; él también había sentido el miedo y la incertidumbre que acompañan a un amor no correspondido, había vivido esa misma angustia silenciosa.

Pero Blanca… Blanca era una historia diferente. ¿Por qué nunca le dijo nada? ¿Por qué había guardado ese secreto durante todos esos años? Ella le había ocultado una verdad que podría haber cambiado el curso de sus vidas. El dolor de ese silencio le calaba hasta los huesos.

Tendría que preguntarle y averiguar la verdad. En esos momentos estaba tan molesto con ella que lo mejor sería que se calmase. Además, tenía que tomar una decisión, pensar con claridad sobre lo que haría a continuación. Porque ese beso… ese beso lo cambiaba todo. Absolutamente todo. Y, de pronto, una sonrisa emergió en su rostro al pensar en lo que eso significaba.



Chloe abrió los párpados con pesadez y, enseguida, los cerró de nuevo cuando la claridad del día la cegó como a un vampiro al enfrentarse a su primer amanecer. Llevó una mano temblorosa a su frente al sentir que la Tamborrada de Donostia resonaba con brutalidad en su cabeza, y un gemido lastimero se escapó de sus labios, tan débil como su estado en ese momento.

¡Madre del amor hermoso! Pero ¿cuánto había bebido la noche anterior?

Intentó mover su cuerpo hacia un lado, pero el esfuerzo fue en vano. Cada pequeño movimiento enviaba ondas de dolor agudo desde su cráneo hasta lo más hondo de su ser. Probó a girarse en la dirección contraria, pero, de nuevo, la sensación de que su cabeza se partía en dos la detuvo en seco. Tal vez tuviera que quedarse en la cama por el resto de su vida.

Chloe permaneció inmóvil por unos instantes, suplicando en silencio que el martilleo en su cabeza se apaciguara lo suficiente como para que la simple tarea de pensar no se sintiera como una tortura medieval. Cada segundo que pasaba alargaba su agonía, mientras intentaba reunir fuerzas para recordar los eventos que la habían llevado a ese estado tan lamentable.

Arrugó el ceño cuando su memoria comenzó a despertar lentamente, como si emergiera de un espeso manto de niebla. Primero, la llamada telefónica; luego, la angustia que la invadió tras recibirla. Y una oleada de impotencia al sentir que, una vez más, su vida se le escapaba de las manos. La desesperación creció en su interior, un angustioso deseo de desaparecer, de ocultarse en alguna isla desierta, lejos de todo y de todos. Al final, la necesidad imperiosa de anestesiar aquella zozobra bajo litros de alcohol la dominó por completo. Y lo había conseguido, porque después de la quinta copa, todo se volvió un borrón en su memoria.

De pronto, varios recuerdos fugaces cruzaron por su cabeza, como relámpagos en medio de la tormenta: Ella y Mario sentados juntos en el sofá. Sus ojos color chocolate fijos en los suyos, con un brillo de anhelo y confusión destellando en sus pupilas. Ella inclinándose hacia él, reduciendo la distancia entre ambos. Sus labios encontrándose de forma peligrosa, y luego la sensación inconfundible de sus lenguas enredadas en un beso demencial.

—¡No puede ser!

Chloe abrió los ojos y se incorporó de golpe en la cama, sintiendo cómo su masa cerebral, reblandecida por el alcohol, chocaba dolorosamente contra su cráneo, arrancándole un jadeo de dolor que la dejó noqueada durante unos segundos.

—Imposible —murmuró para sí misma, como si el mero acto de hablar en voz alta diera veracidad a sus palabras—. Ha tenido que ser un sueño. Ayer no besé a Mario…, ¿verdad? —Comenzó a negar con la cabeza una y otra vez—. No, no, no, no… ¡Imposible!

Bajó la mirada hacia su ropa; llevaba la misma que la noche anterior. Un pequeño alivio o, al menos, eso intentó decirse. Confusa y ansiosa, se mordió el labio inferior antes de hundir el rostro entre las manos. El pánico comenzó a crecer en su interior al intuir que quizás había cometido un error imperdonable, uno que podría cambiarlo todo.

Permaneció así por unos instantes, tratando de reunir el valor que sentía tan esquivo en ese momento. Al final alzó la cabeza, pero la vergüenza fue más fuerte, y volvió a esconder el rostro entre sus manos. Y si por ella fuera, así se habría quedado para los restos, porque no se sentía con fuerzas de enfrentarse a Mario y descubrir que había arruinado su amistad para siempre.

—Venga, Chloe, tienes que ser valiente —se dijo así misma con escasa confianza—. Si de verdad besé a Mario, si de verdad no fue un sueño… ¿Qué es lo peor que puede ocurrir, eh? ¿Que te pregunte por qué lo hiciste?, ¿por qué cruzaste la línea? Puedes alegar que estabas muy borracha y que no sabías lo que hacías. Y no estarías mintiendo. Si no te cree y no puedes volver a mirarlo a la cara nunca más… Bueno, has vivido sin él durante trece años, seguro que puedes

hacerlo de nuevo.

Con la determinación de alguien que camina hacia el patíbulo, Chloe arrastró las piernas fuera del colchón tan lenta y pesadamente que parecía hacerlo a cámara lenta. Su mirada perdida en un punto indefinido de la habitación, mientras intentaba con desesperación reconstruir los fragmentos de la noche anterior.

—No, ayer no lo besé —se reafirmó, aunque la duda en su voz era inconfundible—. Imposible —repitió por enésima vez.

Tenía que ser un sueño, debía ser un sueño. Llevaba tanto tiempo reprimiendo sus sentimientos que no era la primera vez que soñaba con Mario y el anhelo de un futuro juntos que jamás se daría. Convenía volver a la realidad, bajar de su nube y asumir que solo había sido un deseo tomando forma en su subconsciente.

Si no fuera porque tenía que ir al baño con urgencia, se habría quedado entre aquellas cuatro paredes hasta mimetizarse con ellas y desaparecer para siempre. Sin embargo, se obligó a ponerse en pie y caminar hacia la puerta de su habitación. Asomó la cabeza con cautela, para comprobar que el pasillo estaba despejado; cuando se convenció de que no había nadie a la vista, correteó con rapidez hacia el aseo e irrumpió en él sin pensarlo dos veces.

Con la espalda apoyada en la madera y los ojos abiertos como platos, Chloe se topó de frente con su fuente de problemas.

¡Mierda!

—¿Te has olvidado de llamar a la puerta? —indagó Mario alzando una ceja cargada de ironía.

El vapor del agua caliente inundaba el cuarto, y si esa no fuera una pista suficiente para deducir que acababa de salir de la ducha, el gesto de anudarse una toalla alrededor de su estrecha cintura mientras gotas de agua recorrían su fuerte torso no dejaba lugar a duda.

Chloe se giró varias veces, como si buscara una salida que no existía, indecisa entre huir y quedarse. Su mente se debatía frenética, incapaz de encontrar una respuesta adecuada ante la inesperada y comprometedora situación en la que se hallaba. Con cada segundo que pasaba, sentía cómo la tensión en la habitación se intensificaba y el sonido de su propio corazón desbocado resonaba en sus oídos.

—Yo… lo siento —balbuceó, apenas capaz de articular las palabras antes de darse la vuelta, decidida a escapar lo más rápido posible.

—¡Espera!

La mano de Chloe se detuvo en el pomo de la puerta al escuchar la orden en la voz de Mario, firme y resonante. Tragó saliva con esfuerzo al sentir el peso de su presencia cuando escuchó sus pasos acercarse a ella. El calor que emanaba del cuerpo de él cuando se paró detrás de ella era tan intenso que casi la hizo gemir, un sonido que contuvo mordiendo su labio inferior con fuerza, mientras el aroma del gel de baño envolvía sus sentidos, embotándolos.

—¿A dónde vas? —Su voz baja, rica y profunda, muy cerca de su oído, le produjo un escalofrío que la recorrió de arriba abajo.

El cerebro de Chloe parecía a punto de licuarse bajo su presencia. Sentir a Mario tan cerca, notar su calor atravesar su ropa, hizo que su piel se estremeciera. No supo de dónde sacó las fuerzas para responderle, pero lo hizo con un hilo de voz.

—A dejar que termines —musitó, apenas audible.

Intentó abrir la puerta de nuevo, su única vía de escape, pero la mano de él sobre la madera la detuvo con una firmeza que no dejó lugar a duda.

—No tan rápido.

Con un movimiento suave pero decidido, Mario la tomó por los hombros y la giró para que lo mirara directo a los ojos. Chloe sintió cómo el aire se le escapaba de los pulmones al enfrentarse a la intensidad de esos iris color chocolate, llenos de algo que no podía o no quería interpretar.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó, su voz suave, pero impregnada de una preocupación genuina.

Incapaz de sostenerle la mirada, Chloe desvió el rostro hacia el suelo mientras un rubor violento se apoderaba de sus mejillas y se extendió como un fuego que no podía apagar. Se sentía expuesta, vulnerable, y la atracción que sentía hacia Mario se mezclaba con una vergüenza que le hacía difícil respirar. Pero incluso en medio de su confusión, había algo en la forma en que él la miraba que la hacía sentir un calor distinto, uno que amenazaba con derretir sus defensas si no se alejaba pronto.

—Bien —respondió a duras penas, sus pies clavados en el mismo lugar.

Mario colocó un dedo debajo de su barbilla con delicadeza y la animó a levantar la cabeza para mirarlo a la cara. El contacto hizo que un cosquilleo ascendiera por el estómago de Chloe y tuvo que retener un jadeo en su garganta.

—¿Estás segura?

Ella enmudeció tras la intensidad de esas oscuras ventanas que se escondían tras un velo de misterio. Mario se acercó más a ella, redujo el espacio que los separaba hasta volverlo inexistente, al mismo tiempo que ladeaba la cabeza y la comisura de su boca se ensanchaba juguetona hasta formar una sensual sonrisa de medio lado.

—¿P-por qué lo d-dices? —tartamudeó.

Chloe casi podía jurar que él se estaba divirtiendo con la situación, pero simplemente se encogió de hombros con aparente indiferencia, aunque sus ojos no la dejaban escapar.

—Ayer pillaste una buena cogorza, ¿lo recuerdas?

Ahí estaba el dilema, la pregunta que encerraba una trampa. Chloe se encontraba dividida entre la sinceridad y el riesgo. ¿Debería admitir que no recordaba nada o jugar sus cartas y tratar de sonsacarle información? Si descubría que en verdad se habían besado y que no había sido un sueño, ¿sería capaz de manejar las consecuencias?

—No —confesó sincera, pues se le daba fatal jugar a hacerse la interesante—. No recuerdo nada después de la quinta copa.

Una sombra de decepción apagó el brillo en los ojos de Mario. Se alejó unos centímetros, peinándose el cabello hacia atrás con un gesto que marcó con sutil precisión cada músculo expuesto a la vista de Chloe, como si cada movimiento suyo estuviera calculado para atraerla más.

—Una pena —murmuró, con un tono envuelto en misterio.

—¿Por qué? ¿Hice algo de lo que deba avergonzarme? —Chloe sintió que el aire se le atascaba en los pulmones mientras esperaba su respuesta, su corazón latía con fuerza.

Mario se encogió de hombros con una indiferencia que solo aumentó su confusión.

—Yo no he dicho eso —su respuesta ambigua la dejó aún más desconcertada.

—¿Entonces? —insistió, el nerviosismo y la curiosidad entrelazados en su voz.

Él se inclinó sobre ella, aproximando los labios a su oído, tan cerca que Chloe pudo sentir el calor de su aliento rozar su piel. Su torso desnudo era una tentación a la que le resultaba casi imposible resistirse, y saber que debajo de la toalla estaba desnudo era una agonía en sí misma.

Su corazón, que palpitaba furioso dentro de su pecho, pareció detenerse por un instante al tenerlo tan cerca, al sentir la promesa de su proximidad.

—Entonces… —la pausa que sobrevino hizo que las piernas de Chloe temblasen como si estuviesen echas de gelatina—, deberías tomar algo para la resaca. —El calor de su susurro envió un escalofrío que atravesó todo su cuerpo, incapaz de controlarse—. Estoy seguro de que el dolor de cabeza debe ser monumental.

Dicho lo cual, se apartó con una calma que contrastaba con la tormenta que había desatado en el interior de Chloe. Agarró el pomo de la puerta y, antes de que ella pudiera reaccionar, salió del baño y la dejó allí, jadeante y temblorosa, con un deseo ardiente que no sabía cómo apagar.



Tiempo después, encerrada en su estudio, en busca de esa paz que siempre encontraba en la música, Chloe fue sacada de su ensimismamiento por el repentino tono de su móvil. Miró la hora y descubrió que llevaba horas perdida en sus pensamientos, todavía dándole vueltas a lo ocurrido entre ella y Mario. El corazón le dio un vuelco al ver el nombre en la pantalla y, sin dudarlo, respondió la llamada.

—Dios mío, no sabes las ganas que tenía de escuchar tu voz —susurró, con una mezcla de alivio y desesperación.

—*¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?* —interrogó Phoebe, alarmada por su tono angustioso.

Chloe se inclinó sobre la mesa de mezclas, frotándose la frente como si intentara borrar con la mano las preocupaciones que la acosaban.

—Sí —admitió, su voz se quebró bajo el peso de la sinceridad.

—*Está bien, cariño* —dijo Phoebe con ternura desde el otro lado de la línea—. *Respira hondo y comienza por el principio.*



Capítulo 22

Sentado frente al ordenador, Mario levantó la mirada hacia el reloj que colgaba en la pared del estudio de su trabajo. Un suspiro de impaciencia escapó de sus labios al comprobar que todavía faltaba una hora para poder regresar a casa. Se reclinó en su asiento y notó la tensión en los hombros mientras volvía a mirar su reloj de pulsera, para asegurarse de que el tiempo no se había detenido.

A pesar de no haber dormido nada la noche anterior, el cansancio no se había apoderado de él. Quizás porque su mente seguía atrapada en el recuerdo del beso con Chloe. Una sonrisa se asomó en su rostro al revivir el encuentro de esa mañana en el baño. Verla tan nerviosa en su presencia había sido un placer inesperado, un placer que deseaba experimentar de nuevo, en especial ahora que sabía que ella había estado enamorada de él desde que eran unos críos.

De repente, sintió un golpecito en el hombro, y se dio cuenta de que era Gonzalo quien llamaba su atención. Este, enviado por la mujer que ocupaba sus pensamientos, había acudido a su oficina para resolver unas dudas de trabajo que le habían surgido a José antes de pillarlo tan ensimismado.

—¿Por qué sonríes como un idiota?

La pregunta de su amigo lo hizo ponerse serio de inmediato, y centró la vista de nuevo en la pantalla del ordenador.

—Por nada —respondió, tratando de sonar convincente.

Sin embargo, la sombra de culpa que cruzó por su rostro no pasó desapercibida.

—¿Qué me estás ocultando?

Mario carraspeó al notar la presión de la mirada de su compañero de piso, y echó un vistazo a su alrededor, para comprobar que el resto de su equipo no estaba prestando atención.

—Ya te lo he dicho. Nada.

Algo en su expresión no convenció en absoluto a Gonzalo, quien frunció el ceño al notar que su amigo evitaba sostenerle la mirada.

—Pasó algo ayer, ¿verdad? —insistió él, con una mezcla de preocupación y sospecha.

—No —respondió Mario, con una sequedad que no hizo más que aumentar las sospechas del ayudante de Chloe.

De repente, Gonzalo se levantó y le hizo una señal para que lo siguiera.

—Ven conmigo. —Su tono sonó tajante, dejando claro que no aceptaría una negativa.

Mario cerró los ojos y maldijo por lo bajo. Sabía que ese momento llegaría, especialmente después de lo ocurrido la noche anterior. A pesar de haber decidido cuáles serían sus próximos pasos, la conversación con Gonzalo era algo que había pospuesto durante demasiado tiempo. No porque quisiera, sino porque el secreto que guardaba y que lo había obligado a no ser sincero con su mejor amigo no le pertenecía. Temía la reacción de este cuando se enterara de todo, y con razón.

Salieron del estudio en silencio y tomaron el ascensor que los llevó hasta la azotea. Al abrir las puertas, la suave brisa del ocaso los recibió, junto a la impresionante vista del *skyline* de Madrid, que comenzaba a iluminarse con las primeras luces de la noche. La azotea, diseñada como un refugio lúdico donde despejar la mente o disfrutar de un cigarrillo, era ahora el

escenario de una conversación que Mario había estado evitando.

Gonzalo no perdió el tiempo; sacó un paquete de tabaco del bolsillo, encendió un cigarrillo y, tras una calada profunda, soltó el humo al cielo oscuro.

—Desembucha —dijo sin rodeos, su voz cortó el silencio, a la espera de lo que tuviera que decir.

Mario se frotó la nuca con nerviosismo mientras se apoyaba en la pared de cristal que los separaba del vacío. Por un instante, se preguntó si aquel era en realidad el mejor lugar para tener esa conversación. La altura le daba una sensación inquietante, como si el suelo bajo sus pies pudiera desaparecer en cualquier momento para caer al duro asfalto.

—Verás… —comenzó a hablar con vacilación—, hay algo que no sabes…

—Te gusta Chloe.

La afirmación de Gonzalo lo tomó por sorpresa. Mario se quedó inmóvil, incluso cuando el humo del cigarrillo de su amigo le dio de lleno en la cara.

—¿Cómo lo sabes?

Gonzalo se limitó a encogerse de hombros, su expresión impenetrable, como si estuviera evaluando cada palabra, cada reacción.

—Te conozco desde hace mucho tiempo, Mario. No soy estúpido —dijo serio—. Llevo días observándote… —corrigió—, observándoos a los dos, para ser más preciso, y sé que algo está pasando entre vosotros.

Mario, inquieto, se revolvió el cabello, en busca de las palabras adecuadas para explicarse, sin saber cómo evitar que su amigo malinterpretara la situación… de nuevo.

—Sé lo que puede parecer —farfulló, preocupado por lo que él pudiera pensar, sobre todo sabiendo que también le gustaba Chloe—, pero te aseguro que no es lo que crees.

Gonzalo entrecerró los ojos hasta que se convirtieron en finas rendijas que parecían escrutar cada rincón de su rostro.

—Ah, ¿no? —respondió con una calma que solo aumentaba la tensión—. ¿Y qué es lo que pienso exactamente?

Un profundo y largo suspiro escapó de los labios de Mario, quien metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros mientras su mirada se perdía en el horizonte plagado de rascacielos. La noche caía con lentitud sobre la ciudad y las luces comenzaban a iluminar las calles en penumbra. Los faros de los coches se reflejaban en el asfalto, mientras los viandantes apresuraban el paso para regresar al calor de sus hogares tras una larga jornada laboral. Pero, para Mario, el peso de lo que estaba a punto de revelar lo mantenía anclado en un lugar del que llevaba tiempo queriendo salir.

El silencio entre ellos se prolongó, cargado de pensamientos no dichos y emociones contenidas mientras la ciudad seguía su curso, indiferente a la tormenta que se desataba en el interior de Mario.

—Solo te pido que me escuches hasta el final —dijo al fin, rompiendo el silencio tras unos interminables segundos—, porque sé que lo que te voy a decir no te va a gustar.

Gonzalo permaneció en silencio, sin comprometerse a promesas que tal vez no pudiera cumplir. Escuchó a su amigo con atención; este le contó lo que había ocurrido la noche anterior con Chloe y el secreto que llevaba ocultando desde que era un crío. Cada palabra, cada verdad, más sorprendente que la anterior. Así que, a medida que su amigo avanzaba en su relato, la expresión de Gonzalo cambiaba, pasando del asombro a la incredulidad y, finalmente, a la decepción.

—¡Estás de broma, ¿verdad?! —exclamó, incapaz de contenerse por más tiempo.

Mario sacudió la cabeza con tristeza, sus ojos reflejaban la culpa que había llevado consigo durante tanto tiempo.

—No, lo siento.

La incredulidad y la desilusión se dibujaban con claridad en el rostro del técnico de sonido, su mente luchaba por procesar lo que acababa de confesarle.

—¿Por qué no me dijiste nada hasta ahora? Creí que éramos amigos.

Mario se tomó un momento para responder, sus ojos se endurecieron al recordar todos los intentos fallidos de hacer que su amigo comprendiera. Apretó los dientes, esforzándose por mantener la calma y ser comprensivo.

—Te lo dije muchas veces, Gonzalo, pero nunca quisiste escucharme.

Este, sintiéndose traicionado, negó con la cabeza repetidamente, la frustración era evidente en cada uno de sus gestos.

—No, eso no es cierto.

—Sí, sí que lo es. Lo negué todas y cada una de las veces que diste por sentado que estaba colado por ella, pero preferiste no creerme y seguir juzgando sin tener ninguna prueba, salvo las habladurías que llegaron a ti y tus propias suposiciones.

—Nunca fuiste claro, Mario, tú nunca… —Mantuvo silencio durante unos segundos, asimilando el impacto de lo que acababa de descubrir; su mente repasó todos los momentos que, al parecer, había malinterpretado—. Incluso el otro día, en el *after work*, te sentías celoso de Milo y fui testigo de lo ansioso que te pusiste al pensar en volver a verla cuando él soltó que Blanca podría aparecer.

—Te equivocas de nuevo —le aclaró él—. Estaba celoso de lo cercano que se veía con Chloe y ansioso de lo que ocurriría con la posibilidad de que las dos se encontraran de nuevo.

Gonzalo se pasó las manos por la cabeza en un gesto de total desconcierto.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué no fuiste sincero conmigo cuando…?

—No podía serlo —lo interrumpió—, porque hice una promesa.

Su amigo lo miró con incredulidad, tratando de encontrar sentido a lo que escuchaba.

—¿A quién le hiciste la promesa? ¿A Blanca? —Mario asintió con lentitud, sus ojos cargados de una tristeza que parecía haber estado acumulando durante años—. ¿Por qué? —insistió su compañero, su voz se tiñó de desesperación por entender.

—¿Tú por qué crees? —replicó frustrado al ver que su amigo seguía sin comprender—. Piensa un poco, idiota.

Pero por más que lo intentaba, Gonzalo no lograba explicarse por qué Blanca prefería que él pensara lo peor de ella.

—No logro comprenderlo, lo siento. No entiendo por qué dejó que pensara todas esas cosas tan horribles de ella.

Mario soltó un suspiro pesado, como si al hacerlo pudiera aliviar el peso de las emociones que lo oprimían.

—Porque tiene mucho orgullo —explicó con voz grave—. Intenté convencerla de que te contara toda la verdad, o de que me dejara hacerlo a mí, pero ella es demasiado cabezota. Tú le gustabas, le gustabas mucho —añadió, sintiéndose culpable por haber seguido el juego de su amiga—. Pero cuando vio que, por mucho que te insistía que no había nada entre ella y yo, tú seguías sin creerme, prefirió que pensaras lo peor. Blanca siempre me ayudó. Siempre estuvo ahí para mí, como una buena amiga, sin pedir nada a cambio. Y cuando me rogó que guardara

silencio no me pude negar. Se lo debía.

La confusión y el dolor se reflejaban en los ojos de Gonzalo mientras intentaba asimilar lo que Mario le estaba diciendo.

—¿Por qué?

—Porque era una forma de recordarse a sí misma que tú no valías la pena —respondió con tono amargo—. Porque, a pesar de todo, le seguías gustando y le dolía que jamás fueras capaz de creer en ella y darle una oportunidad.

—Pero yo pensé que ella estaba jugando con los dos. Yo creí que…

—Te lo dije infinidad de veces, Gonzalo —suspiró—. Blanca no es como tú te crees.

El técnico de sonido bajó la cabeza, sintiéndose abrumado por la culpa. Ahora entendía lo equivocado que había estado con ella, lo cruel y arbitrario que había sido al prejuzgarla. No podía evitar preguntarse si Blanca alguna vez podría perdonarlo. Con cierta desesperación, se llevó las manos a la cabeza otra vez, sintiendo el peso de sus propios errores.

—¿Chloe lo sabe? —preguntó en voz baja—. ¿Ella sabe todo lo que me acabas de contar?

—No —confesó Mario, con un gran pesar reflejado en cada palabra—. Pero se lo pienso decir.

—Eres consciente de que ella también piensa lo peor de Blanca, ¿verdad?

—Sí —respondió cabizbajo—. Creí que después de todo este tiempo, y siendo ambas adultas, podrían hablar y solucionar sus problemas con madurez, pero estaba equivocado.

Gonzalo chasqueó la lengua ante la ingenuidad de su amigo e hizo la pregunta que le quemaba en la lengua:

—¿Por qué ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo?

Mario lo observó, y sus ojos reflejaban la determinación que al final lo había llevado a hablar.

—Porque las cosas han cambiado entre nosotros. Por fin tengo la certeza de que le gusto, de que no le soy indiferente. En su momento no pude contarle todo lo que sentía, ella me arrebató esa opción cuando huyó a Londres. Y si no termino con esto ahora, si no aclaro las cosas de una maldita vez, quizá no haya vuelta atrás. Pero, para hacerlo, necesito tu ayuda.

La expresión de Gonzalo no era nada alentadora. La decepción y el dolor por haber sido engañado durante tanto tiempo se reflejaban en la tensa crispación de su gesto. Apagó el cigarrillo con enojo, como si descargara su frustración en ese simple acto.

—¿Me vas a ayudar? —preguntó Mario, sintiendo el peso de la incertidumbre sobre sus hombros.

Gonzalo le lanzó una mirada cargada de reproche.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque eres mi amigo —respondió con esa expresión de Bambi desvalido que tanto le había ayudado en el pasado.

Una risa amarga flotó en el aire y resonó en la quietud de la azotea.

—¡Vaya, resulta que ahora soy tu amigo! ¡Qué irónico!

Mario se acercó a él y lo empujó ligeramente con el hombro en un gesto amistoso, intentando suavizar la tensión entre ellos.

—Vamos, colega, si hubiera sido al revés, yo habría hecho lo mismo por ti y lo sabes.

Gonzalo abrió la boca para replicar con una mordaz respuesta, pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta. Sabía que Mario tenía razón. Aun así, le lanzó una última mirada recriminatoria antes de ceder.

—Te ayudo, pero solo si tú me ayudas a mí.

La sonrisa de Mario iluminó su rostro, casi como si el peso que había estado cargando durante tanto tiempo comenzara a desvanecerse.

—¡Lo sabía! —dijo, señalándolo con el dedo, feliz porque sus sospechas eran ciertas. A pesar de que Gonzalo torció el gesto ante su explosión de felicidad, Mario alzó la mano para que le chocara los cinco—. ¡Hecho!



Después de comer, Chloe tuvo que hacer una rápida visita a la empresa debido a algunos cambios que requerían su presencia. Al finalizar la jornada laboral, caminaba de regreso a casa junto a Mario, el silencio entre ellos estaba cargado de una tirantez incómoda.

—¿Qué tal llevas la resaca? —preguntó él, rompiendo la quietud, con una sonrisa ligera.

—La llevo —respondió ella, con un tono que intentaba ser casual y que a duras penas ocultaba su inquietud.

Mario arqueó una ceja ante la escueta respuesta. Lo que él no sabía era que Chloe seguía devanándose los sesos en un intento de recordar algo de la noche anterior. Si lo que había soñado tenía algo de cierto o solo era una paranoia suya.

—¿No quieres hablar del tema? —insistió él, su voz suave pero cargada de una sutil provocación.

—¿Debería? —replicó, fingiendo una indiferencia que no sentía, mientras su corazón latía con fuerza.

El brillo burlón en los ojos de Mario era demasiado revelador, y Chloe sintió un nudo formarse en su estómago.

—Tal vez sí —respondió él, manteniendo su tono juguetón.

Chloe se esforzó por no mostrar la agitación que la consumía por dentro. Cada vez más, las sospechas de que su «sueño» había sido real se volvían imposibles de ignorar.

—No recuerdo nada, así que… —Se encogió de hombros, intentando sonar despreocupada —. No tengo mucho que decir. ¿Tú sí?

Retuvo el aliento, esperando su respuesta, y su cuerpo se tensó como una cuerda a punto de romperse.

—Quizá —respondió Mario, con un tono que dejaba todo en el aire.

Chloe sabía que Mario estaba jugando con ella. Cada célula de su cuerpo se lo gritaba, pero la desconfianza la estaba destrozando por dentro. Temía lo que él pudiera decir, pero aún más temía esa incertidumbre que la mantenía en una constante zozobra.

—Pues dilo, no sé a qué esperas —lo desafió, intentando tomar el control de la situación, aunque por dentro se sentía al borde del abismo.

Cuando estaban a solo unos metros de su edificio, Mario decidió mantener silencio, con una expresión enigmática bajo la luz suave de las farolas y los escaparates.

—No creo que ahora sea el momento —dijo, con un tono que solo aumentó el misterio.

El comentario de Mario hizo que el miedo de Chloe creciera, enredándose en su pecho como una hiedra oscura, apretando cada vez más fuerte.

—Como quieras —respondió, y aligeró el paso como si al hacerlo pudiera escapar de la intensidad del momento o de los sentimientos que amenazaban con desbordarse.

Una sonrisa canalla asomó a los labios de él al verla tan apurada, disfrutando del efecto que tenía sobre ella.

—Por cierto, ¿recibiste el correo con la invitación? —cambió de tema.

Chloe torció el gesto con desagrado al escuchar la pregunta y se detuvo justo antes de abrir el portal de su edificio con sus llaves.

—Sí, pero no pienso asistir —aseguró con firmeza, su voz intentó ocultar la confusión que sentía.

Mario frunció el ceño, intrigado por la seguridad con la que lo afirmaba.

—¿Por qué?

Ella dudó un momento, indecisa de si aquella era la respuesta adecuada.

—Ya lo sabes, las fiestas no son lo mío.

La sonrisa canalla regresó al rostro de Mario, con un brillo enigmático en sus ojos que parecía disfrutar de un secreto privado.

—¡Vaya! ¿De qué me suena eso? —se regodeó burlón—. ¿No me dijiste lo mismo hace trece años?

—Y mira lo que pasó —respondió entre dientes.

Lo dijo tan bajito que Mario no fue capaz de entender sus palabras.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Chloe caminó hasta la puerta del ascensor, sintiendo la mirada de él fija en ella como un peso tangible. El brillo granuja en su rostro la estaba poniendo de los nervios.

—¿Se lo has dicho al «gran jefe»?

Ella pulsó el botón del piso al que debían subir antes de responder.

—Se lo he dicho esta tarde.

Cuando la puerta metálica se cerró tras ellos, Chloe sintió como si el espacio del ascensor se encogiera de forma repentina, haciéndose más pequeño e íntimo, como si solo existieran ellos dos en el mundo. Pero también podía ser por la forma en que Mario acortó la distancia entre ambos con una mirada que parecía devorarla de pies a cabeza, haciendo que su piel se encendiera bajo su escrutinio.

—¿Y qué te dijo? —preguntó él en voz baja y cargada de una tensión que electrizaba el aire a su alrededor, envolviéndolos en una burbuja de deseo contenido.

Chloe tragó saliva con fuerza ante su proximidad. El aroma de su colonia, mezclado con su propio olor masculino, formaba un cóctel embriagador para sus sentidos que nubló su capacidad de pensar con claridad.

—Algo sobre que no podía negarme porque venía en el contrato —balbuceó, sintiendo cómo los latidos de su corazón se desbocaban en su pecho, acelerados por la cercanía de Mario.

—¿Y tú qué respondiste? —murmuró él, al acercarse un poco más y dejar solo un suspiro de distancia entre los dos.

Chloe sintió el calor de su aliento en la piel y, por un momento, todas las palabras se le escaparon. Su cuerpo entero reaccionaba al hombre que tenía ante sí, como si una corriente invisible la atrajera de forma irremediable. La atracción entre ellos era innegable, un lazo invisible que se tensaba con cada segundo que pasaba.

Alzó los ojos; se quedó atrapada en una mirada tan intensa y enigmática que le robó el aliento, dejándola vulnerable y expuesta.

—Que no me importaba —musitó cuando al fin encontró las palabras.

—¿En serio? —La admiración sincera brillaba en los ojos de Mario como dos faros en la noche, iluminando el deseo que él mismo contenía—. Pues sí que los tienes bien puestos.

Incapaz de resistirse, la atención de Chloe se posó en los labios del chico del que llevaba enamorada años. Y, sin poder evitarlo, mojó los suyos con la punta de la lengua, con una imperiosa necesidad de besarlo, de cerrar la distancia que los separaba.

Ajenos a todo lo que no fuera el otro, no se dieron cuenta de que las puertas del ascensor se abrían hasta que el grito de alguien los arrancó de su mundo privado de golpe.

—¡Chloe!

Cuando la voz de quien la llamaba penetró en la ofuscada mente de Chloe, esta abrió los ojos con total incredulidad.

—¡¿Phoebe?!



Capítulo 23

La primera toma de contacto de Mario con Phoebe fue verla sentada sobre una maleta, a la espera de que su amiga llegara a casa. Su actitud relajada, combinada con una evidente impaciencia, la hacían destacar, mientras Fredy, apoyado en el quicio de la puerta de su apartamento, la entretenía con una conversación ligera para hacer más llevadera la espera.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Chloe al ver a su amiga, corriendo hacia ella sin pensarlo dos veces. Las dos se fundieron en un abrazo de oso, dando pequeños saltos de alegría, como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez que se vieron—. ¿Qué haces aquí? —preguntó tras la algarabía inicial.

—¿Tú qué crees? —respondió la recién llegada con su marcado acento inglés y su característico tono despreocupado—. Pillé el primer avión después de la charla que tuvimos esta mañana.

Chloe arrugó la nariz de forma adorable, un gesto que siempre hacía cuando estaba muy emocionada. El hecho de que su amiga siempre estuviera ahí, sin importar la distancia, la reconfortaba profundamente.

—No hacía falta que vinieras —señaló, haciendo un puchero mientras sus ojos brillaban con gratitud.

—¿Estás loca? —replicó Phoebe con una sonrisa de incredulidad—. Después de la llamada de ese indeseable no podía quedarme quieta en casa. Tenía que venir y asegurarme de que en verdad estabas bien.

La expresión de Mario se endureció al recordar lo que Gonzalo le contó sobre esa misteriosa conversación telefónica, la misma que empujó a Chloe a una noche de borrachera.

—¿Indeseable? —preguntó Mario, interrumpiendo el reencuentro de las dos amigas. Su tono denotaba una mezcla de curiosidad y preocupación—. ¿Sabes quién la llamó?

Phoebe lo miró como si la respuesta fuera obvia, levantando una ceja con un gesto de pura incredulidad.

—Pues claro, ese imbécil de CeCe…

Antes de que pudiera continuar, Chloe, visiblemente incómoda, le tapó la boca con la mano para detenerla. Phoebe la miró desconcertada, intentando descifrar por qué su amiga quería que guardara silencio en ese momento.

Por su parte, Mario se pegó una colleja mental por no haber caído antes en la cuenta. Tendría que haber sospechado que la llamada que la desestabilizó de ese modo fue la de su exnovio. Tras reconocer su estupidez, observó a la recién llegada con detenimiento, pues tal vez pudiera ganársela para que le revelara los oscuros secretos que su amiga todavía le ocultaba.

Phoebe, de edad aproximada a la de Chloe, llamaba la atención de inmediato. Aunque no era una beldad, su cabello rubio recogido en rastas enmarcaba un rostro cubierto de pecas, mientras sus grandes ojos azules brillaban con una mezcla de curiosidad y sorpresa que la hacían muy interesante. Si no supiera que había estudiado en un exclusivo internado para niños pudientes, Mario habría pensado que se trataba de una hippie con un estilo bohemio muy marcado: vestía pantalones bombachos estilo yoga, una bandana cubriendo parte de su cabeza, y sus muñecas y dedos adornados con innumerables pulseras y anillos. La camiseta de maga larga ajustada

completaba el *look*, haciéndola parecer aún más libre y desenfadada. Phoebe no encajaba con Chloe ni de lejos, pero a pesar de eso, había algo en su energía que hacía difícil no congeniar con ella.

—Creo que no os he presentado —intervino Chloe, claramente buscando una manera de desviar la conversación antes de que su amiga dijera algo más comprometedor—. Phoebe, este es Mario.

Los ojos de Phoebe se agrandaron aún más, reflejando sorpresa e interés.

—¡Vaya! He oído hablar mucho sobre ti.

Mario extendió la mano para responder al saludo con una sonrisa calmada.

—Espero que cosas buenas.

—La verdad es que no.

Chloe, rápida como un rayo, volvió a tapar la boca de su amiga antes de que pudiera soltar alguna que otra verdad incómoda.

—No le hagas caso —le advirtió, intentando restar importancia a la situación—. Como puedes ver, Phoebe no tiene ningún filtro y dice lo primero que se le pasa por la cabeza.

Una sonrisa divertida asomó a los labios de Mario, disfrutando de la espontaneidad de la recién llegada y de la evidente incomodidad de Chloe.

—Ya veo, ya —dijo con un brillo de diversión en los ojos.

De repente, un sonido apagado que reclamaba atención se escuchó desde el otro lado de la puerta.

—Mr. Mochi lleva un buen rato maullando —comentó Fredy, señalando el umbral con curiosidad—. Es la primera vez que lo veo así de inquieto.

—Seguro que ha reconocido tu voz —explicó Chloe, agradecida por la interrupción mientras buscaba apresuradamente la llave en su llavero.

Phoebe se giró hacia la entrada del apartamento de su amiga con gesto ansioso.

—¡Oh, mi príncipe! —lloriqueó mientras esperaba a que se abriera la puerta—. ¡Qué ganas tengo de achucharlo!

Cuando la puerta se abrió, el felino no tardó ni un segundo en correr hacia ella. A punto estuvo de saltar a sus brazos, movido por un entusiasmo que nadie más había logrado arrancarle. Si no fuera porque lo estaba viendo con sus propios ojos, Mario jamás habría creído que esa malhumorada bola de pelo pudiera mostrar tanto afecto por alguien que no fuera su dueña.

—A veces pienso que la quiere más que a mí —murmuró Chloe, con un ligero tono celoso que no pasó desapercibido.

—Soy su tía favorita, ¿qué esperabas? —replicó Phoebe con una sonrisa triunfante mientras llenaba a Mr. Mochi de besuqueos y arrumacos.

Mario y Fredy cruzaron una mirada que combinaba sorpresa y fastidio. La traición de ese bicho peludo dolía más de lo que esperaban. Era imposible no sentir un leve pinchazo de desilusión.

Sacudiendo la cabeza con resignación, Mario agarró la maleta de Phoebe y se dirigió hacia el interior de la entrada, seguido de cerca por Chloe. Phoebe, que se había quedado un poco rezagada junto a Mr. Mochi, hizo un gesto con la cabeza hacia Fredy invitándolo a pasar.

—No, yo… no quiero molestar —respondió él levantando las manos en un gesto de rechazo, aunque su mirada expresaba cierta vacilación.

Mario alzó una ceja, extrañado. Al parecer, el día estaba lleno de sorpresas, pues era la primera vez que el friki vecino se mostraba tan comedido delante de ellos.

—Tú nunca molestas —intervino Chloe sonriéndole con calidez mientras extendía la invitación—. Entra, anda.

Phoebe no dejó pasar la oportunidad. Se acercó a Fredy con aire despreocupado y lo tomó de la mano, añadiendo una sonrisa encantadora:

—Has estado haciéndome compañía durante horas mientras esperaba en el rellano. Lo menos que puedo hacer es invitarte a cenar.

Fredy, claramente sorprendido por el contacto, sonrió con timidez al mismo tiempo que un leve rubor subió por su rostro. Mario observó la escena, sintiendo un ligero pellizco en el estómago. En ese momento se dio cuenta de cómo un simple gesto podía tener un impacto profundo en la vida de alguien. Y de manera instintiva, buscó la mirada de Chloe, intentando descifrar si la sospecha de que su amiga sentía cierto interés hacia su vecino era correcta. Sin embargo, todo lo que encontró fue una sonrisa afectuosa que no revelaba nada que pudiera ayudarlo. Y desechó esa apresurada idea, debido a que ambos acababan de conocerse.

—¿Pedimos algo? —sugirió después de que entraran todos en el apartamento—. ¿Qué os apetece cenar?

Phoebe, que había dejado a Mr. Mochi en el suelo, negó con la cabeza mientras el gato la seguía como una sombra, enredándose entre sus piernas.

—Lo siento, guapo —dijo con una sonrisa pícara—, pero mientras yo esté aquí no se come comida basura.

Chloe, que conocía demasiado bien las preferencias de su amiga por lo ecológico y natural, levantó las manos en un gesto de advertencia.

—Tengo la nevera vacía —admitió, anticipando la reacción de esta.

Como era de esperar, Phoebe se dirigió hacia el frigorífico y su expresión se torció al comprobar la escasez de alimentos saludables. Al ver la abundancia de latas de cerveza en su lugar, le dedicó una mirada seria y desaprobatoria a Chloe.

—Pues habrá que bajar a hacer la compra —intervino Fredy, con su sorprendente e inaudito tono tímido que no había sacado a relucir hasta entonces.

Phoebe le guiñó un ojo con complicidad, encantada con su ofrecimiento, mientras que Chloe no tardó en sumar a Mario al plan.

—Me parece una idea excelente —dijo con rapidez—. ¿Por qué no vais los dos a hacer la compra mientras yo la ayudo a deshacer la maleta? Incluso puedes darte una ducha antes de cocinar —añadió con una sonrisa, con la intención de que su amiga se sintiera cómoda.

Phoebe asintió con entusiasmo, claramente encantada con la idea de relajarse un poco antes de la cena.

—Me parece perfecto —acordó con una sonrisa, acomodándose en el ambiente como si ya fuera parte de la rutina.

Mario intercambió una mirada rápida con Fredy, ambos conscientes de que habían sido delegados a la tarea de reabastecer la despensa. Pero mientras se dirigían hacia la puerta, una preocupación cruzó la mente de este y lo hizo detenerse.

—Ahora que lo pienso —expuso, frunciendo el ceño, como si acabara de recordar algo importante—, tal vez sea mejor que busque una pensión para pasar la noche, ¿no?

Chloe lo miró con sorpresa, sus ojos mostraban una mezcla de confusión y preocupación.

—¿Por qué? —preguntó, deteniéndose también.

—Porque solo hay dos habitaciones y yo ocupo una de ellas —respondió, consciente de que con Phoebe allí tal vez su presencia no fuese bien recibida.

Antes de que Chloe pudiera decir algo, Phoebe intervino sin titubear, su tono despreocupado y alegre.

—Por mí no te preocupes, no me importa compartir la cama con Chloe.

Chloe asintió de inmediato, como si la idea fuera lo más natural del mundo.

—Así es, no es un problema para nosotras.

Cualquiera en el lugar de Phoebe podría haberse sentido incómoda ante la presencia de un extraño, pero ella no mostraba ni una pizca de oposición al hecho de tener que compartir a su mejor amiga con alguien a quien apenas conocía. Ese desparpajo y familiaridad demostraban la generosidad y franqueza de su amistad con Chloe. No había espacio para estúpidos celos ni posesividad mal entendida; su conexión era sólida, forjada en una confianza profunda. La londinense ya se movía por la casa como si siempre hubiera formado parte de ella, tratándolo tanto a él como a Fredy con la misma naturalidad y cercanía que le ofrecía a Chloe. Y esta, en respuesta, parecía más relajada, como si la presencia de Phoebe le hubiera devuelto una tranquilidad que había estado ausente en los últimos días.

Mario no pudo evitar sentirse un poco fuera de lugar en medio de esa dinámica tan íntima, pero al mismo tiempo, agradecía la calidez que Phoebe traía consigo. Sin embargo, su instinto protector seguía presente, empujándolo a buscar otra opción, no porque se sintiera incómodo, sino por temor a perturbar la armonía tan evidente entre las dos amigas.

—No quiero interrumpir vuestro reencuentro —insistió, aunque su convicción empezaba a flaquear al pensar en la posibilidad de tener que buscar otro lugar para pasar la noche—. Ahora que puedo valerme por mí mismo, no será problema encontrar un lugar hasta que pueda volver a mi apartamento.

Phoebe, con una mirada divertida y llena de descaro, lo fulminó de inmediato.

—Oh, venga ya, Mario, no seas tan dramático, hay espacio de sobra para todos. Además, solo será durante un par de días —dijo con una sonrisa traviesa y luego, con un guiño malicioso, añadió—: Si tanto te preocupa, incluso puedes dormir en el sofá.

Chloe soltó una risita, se acercó a él y le dio una palmada ligera en el brazo en un gesto lleno de complicidad.

—Relájate, en serio. De verdad que no es necesario que te vayas. Nos apañaremos bien los tres —le aseguró, sus ojos reflejaron una mezcla de cariño y diversión.

Con esas simples palabras, Mario sintió cómo la tensión que había acumulado en su cuerpo empezaba a desvanecerse. El ambiente que lo rodeaba era cálido, cercano, y aunque acababa de ser testigo de la profunda relación entre Chloe y Phoebe, no se sentía como un intruso. Al contrario, se sentía muy agradecido y aliviado por el hecho de que ambas se habían tenido la una a la otra en sus peores momentos.

Además, ahora que sabía que Chloe sentía algo por él, cualquier excusa para pasar más tiempo a su lado era bienvenida. Y aunque aún no tenía muy claro cómo actuar, necesitaba encontrar la forma de acercarse a ella sin que saliera huyendo. Por alguna razón que no lograba discernir del todo, algo en su interior le decía que Phoebe sería una gran aliada en su misión. Había en ella una energía que inspiraba confianza, como si supiera mucho más de lo que dejaba entrever.



En cuanto salieron del apartamento, Mario agarró a Fredy por el brazo con firmeza.

—¿Tienes algo decente que ponerte?

Fredy lo miró desconcertado, como si acabara de hablarle en otro idioma.

—¿A qué te refieres?

Mario se rascó la barbilla, dándole un buen vistazo de arriba abajo.

—Me refiero a si tienes unos vaqueros y una camisa limpia en el armario. Algo que no grite «friki desesperado» —añadió, soltando la última frase con un tono más suave, pero no menos directo.

Fredy, al escuchar el calificativo, tensó el cuerpo y frunció el ceño, sintiéndose atacado.

—Mira, pardillo —espetó con un gesto beligerante—, hasta ahora nos llevábamos bien, pero si sigues por ese camino, yo…

—¡Escucha! —lo interrumpió, levantando una mano para calmarlo—. No sé muy bien por qué, pero creo que le gustas a la amiga de Chloe.

Fredy lo miró perplejo mientras él señalaba su ropa cubierta de manchas y claramente desgastada.

—Te lo digo como colega. No sé si volverás a tener una oportunidad como esta, así que, en serio, deberías darte una ducha y cambiarte de ropa. Créeme, va a hacer la diferencia.

Por un instante, un brillo esperanzador apareció en los ojos de Fredy, pero se desvaneció con rapidez, como si la realidad cayera sobre él de golpe.

—Nah, te equivocas —dijo, sacudiendo la cabeza con una risa nerviosa que descartaba la idea como absurda, mientras se movía hacia el ascensor—. No soy su tipo. En realidad, no soy el tipo de nadie.

Algo en ese tono desalentador estrujó el corazón de Mario. Pero antes de que pudiera alejarse, lo detuvo rodeándole el cuello con un brazo de manera amistosa, pero firme, y lo guio hacia la puerta de su apartamento.

—¿No has visto las señales? —preguntó, sorprendido por la falta de perspicacia de su nuevo amigo.

Fredy parpadeó, confuso.

—¿Qué señales?

Mario bufó, incrédulo, sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

—Hazme caso, colega. Tengo más experiencia que tú en estas cosas —se jactó con una mezcla de humor y arrogancia—. Dúchate, cámbiate de ropa y échate colonia. Yo me encargo de la compra.

De repente, una chispa de pánico cruzó por los ojos de Fredy.

—Estás de broma, ¿verdad?

Mario lo miró muy serio, cruzándose de brazos frente a él.

—¿Tengo pinta de estar bromeando?

—Pero…

—Mira, si no me haces caso ahora mismo, llamo a tu madre —lo amenazó, mencionando a Adela como si estuviera hablando de la mafia italiana.

El rostro de Fredy se contrajo al oír el nombre de su madre. No quería imaginarse lo que ella podría decir si se enteraba.

—Puede que me equivoque o puede que no, nunca lo sabremos a menos que pases tiempo con ella y ver lo que surge. Además, solo es darte una ducha y cambiarte de ropa, algo de lo más normal —continuó Mario dándole una palmada en la espalda—. Y tampoco pierdes nada por

intentarlo, ¿verdad?

Fredy lo observó con una mezcla de confusión y gratitud, como si no pudiera entender por qué estaba siendo tan amable.

—¿Por qué haces todo esto? —preguntó, aún incrédulo.

Él se rascó la coronilla, algo incómodo, y se encogió de hombros con una sonrisa leve.

—No lo sé…, pero empiezas a caerme bien.

La sonrisa de felicidad en el rostro de Fredy tomó desprevenido a Mario, quien, incómodo con la emoción que provocó, lo empujó con suavidad hacia la entrada de su casa.

—Venga, entra antes de que me arrepienta —bromeó antes de cerrar la puerta con un gesto rápido, como si quisiera evitar que Fredy dijera o hiciera algo que los avergonzara a ambos.



Tras volver del supermercado, Mario pasó a recoger a Fredy. Le echó un vistazo de arriba abajo, evaluando su aspecto, y asintió satisfecho.

—¿Vais a salir por ahí de fiesta? —preguntó Adela, emocionada ante la posibilidad de que su hijo, al fin, se comportara como un joven normal.

Mario negó con la cabeza y la expresión de la mujer se ensombreció levemente.

—Hoy cenaremos en casa de Chloe, pero tiene una visita muy especial.

Los ojos de Adela volvieron a iluminarse de inmediato y se acercó a Mario para cuchichear con complicidad.

—¿Hablas de esa joven tan agradable que estuvo en el rellano esperando y no dejó de hablar con mi Fredy?

Él sonrió, divertido, y le guiñó un ojo.

—Ajá —respondió con un toque de picardía.

Captando el mensaje al instante, la mujer giró su mirada hacia su hijo con una sonrisa que le iluminaba todo el rostro. Sin perder tiempo, se acercó a Fredy y se pasó los dedos por los labios para humedecerlos con saliva y aplicar un toque invisible de orden, antes de peinar con cariño las entradas e incipiente calva de su hijo y acomodar su camisa sobre el cuello.

—Pórtate bien, ¿de acuerdo? —le advirtió con cariño—. Y por favor, no te pongas a hablar de esos estúpidos juegos en línea que tanto te gustan. No presumas de eso.

—¡¡Mamá!! —protestó Fredy, avergonzado por el trato infantil que estaba recibiendo.

—¡Ni mamá, ni leches! —lo reprendió con firmeza, aunque el amor que sentía por su hijo era evidente en cada palabra. Luego, volviéndose hacia Mario, su rostro se suavizó con una expresión cargada de gratitud—. Te confío a mi pequeño.

—Cuidaré de él, no se preocupe —respondió, sonriendo de forma tranquilizadora.

Adela asintió, pero sus ojos comenzaron a empañarse de emoción. El aire se llenó de un dramatismo que parecía desproporcionado para la ocasión, y Fredy, sintiendo cómo la vergüenza lo invadía, resopló con frustración.

—¡Por el amor de Dios! —murmuró entre dientes, deseando que todo terminara pronto.

Los nervios que había sentido antes de la llegada de Mario desaparecieron, reemplazados por la humillación que su propia madre le estaba haciendo pasar. Aunque, en el fondo, no podía evitar sentir un ligero calor en el pecho al ver lo mucho que se preocupaba por él.



Capítulo 24

La cena de bienvenida con Phoebe transcurrió de manera cálida y relajada, llena de risas y momentos compartidos. La atmósfera era tan cercana y agradable que parecía como si cuatro viejos amigos se reunieran después de mucho tiempo sin verse, para ponerse al día con facilidad y complicidad.

Durante la conversación, Mario descubrió algunos detalles fascinantes sobre Phoebe. Resultó que ella no era solo una joven rebelde y talentosa; era también la hija de un importante diplomático en el Reino Unido. En concreto, su padre era el alto comisionado de la embajada canadiense, cuyo edificio, la famosa Canadá House, se encontraba en pleno Trafalgar Square, en el corazón de Londres. A pesar de crecer rodeada de lujos y protocolos diplomáticos, el espíritu libre de Phoebe nunca encajó con el riguroso código de etiqueta y las exigencias sociales que su entorno le imponía. Su naturaleza rebelde y desenfadada contrastaba con el mundo elitista en el que había crecido.

Sus padres, preocupados por su actitud inconformista, la enviaron a un exclusivo internado con la esperanza de que la disciplina la hiciera recapacitar. Fue en ese internado donde conoció a Chloe, y lo que sus padres no previeron fue que esa amistad sería el refugio que su hija necesitaba para mantener su autenticidad. Chloe y Phoebe, aunque de mundos muy distintos, conectaron de inmediato. Ambas encontraron en la otra una compañera de lucha, alguien que entendía el peso de las expectativas que los demás depositaban sobre ellas.

Chloe, una joven tímida y reservada, luchaba por hacerse oír en medio de su propia batalla interna por encontrar su lugar en el mundo. Phoebe, en cambio, tenía claro que no estaba dispuesta a conformarse con los planes que su familia había trazado para ella. Juntas se apoyaron en los momentos difíciles: Phoebe ayudaba a Chloe a salir de su caparazón, a ser más segura y a confiar en su talento musical; mientras Chloe le ofrecía a Phoebe un espacio donde podía ser vulnerable sin temor a ser juzgada.

Al cumplir los 18 años, Phoebe dejó el internado y se emancipó para forjar su propio camino como diseñadora de videojuegos *freelance*. Su talento, creatividad e intuición no tardaron en ser reconocidos, y pronto varias empresas comenzaron a rivalizar por sus servicios. Aunque el mundo de los videojuegos era ferozmente competitivo, Phoebe se abrió paso gracias a su versatilidad y capacidad para innovar. Con el tiempo, se consolidó como una de las diseñadoras más prometedoras del sector.

Pero su éxito no solo fue individual. Gracias a los contactos que Phoebe fue forjando en la industria, Chloe también encontró su destino. En los primeros años de su carrera, cuando la incertidumbre la abrumaba por no saber qué camino tomar, fue Phoebe quien la ayudó a entrar en el mundo profesional. Aprovechando sus conexiones, la londinense recomendó a Chloe como compositora de música para videojuegos. Así fue como Chloe comenzó a hacerse un nombre en el mundo de la música, componiendo para importantes proyectos que le dieron la visibilidad que necesitaba.

La cena continuó, y mientras Fredy y Phoebe se sumergían en una conversación animada sobre la industria de los videojuegos, Mario no pudo evitar admirar la fuerte conexión entre las dos. Se habían ayudado a crecer y a luchar por sus sueños, y aunque venían de mundos distintos,

la profundidad de su relación iba mucho más allá de sus diferencias. Phoebe no solo había sido una amiga, sino también un pilar fundamental para Chloe en los momentos más inciertos de su vida, y lo mismo para la londinense.

—Bien, ahora que te tengo para mí unos días, Phoebe —dijo Chloe, aprovechando una pequeña pausa en la conversación—, ¿qué te apetece hacer este fin de semana?

Estaban sentados alrededor de la mesa del comedor, disfrutando de la sensación relajada que dejaba una cena vegana sorprendentemente sabrosa. Mr. Mochi, enroscado en el regazo de Phoebe, parecía haber encontrado el lugar perfecto para no moverse en lo que restaba de noche. Mientras acariciaba al felino con una cadencia suave, Phoebe meditó la pregunta de su amiga.

—La verdad, no lo sé —admitió con una sonrisa sincera—. No conozco mucho Madrid, así que no tengo ni idea. Pero estoy abierta a sugerencias.

Chloe, con una sonrisa cómplice, se inclinó hacia ella.

—Con lo mucho que te gustan los parques de atracciones, ¿qué te parece si vamos a la Warner?

Antes de responder, su amiga desvió la mirada hacia su vecino, como si estuviera más interesada en su opinión que en la de cualquier otra persona.

—¿A ti qué te parece, Fredy?

Él parpadeó sorprendido, pues no se esperaba que le preguntara a él.

—¿A mí? Bueno…, no lo sé, la verdad es que nunca he ido a un parque de atracciones.

Phoebe, pensativa, se recostó en su asiento mientras dejaba caer su mano sobre el pelaje de Mr. Mochi con una suavidad que contrastaba con la intensidad de sus pensamientos.

—Si te dieran a escoger —preguntó, mirándolo con atención—, ¿qué te gustaría hacer que no hayas hecho nunca?

Fredy, algo desconcertado, miró a Chloe y luego a Mario, buscando apoyo en sus expresiones. Nadie había mostrado tanto interés en su opinión antes, y la situación lo dejó un poco sin saber cómo reaccionar.

—Bueno…, yo… —Se frotó la nuca, nervioso, pues no estaba acostumbrado a ser el centro de atención, y se tomó unos instantes antes de expresar sus pensamientos en alto—: La verdad es que, el otro día, cuando Mario y Chloe hablaron de sus aventuras en el pantano, sentí un poco de envidia porque yo nunca he ido de acampada.

Los ojos de Phoebe se abrieron como platos y lo señaló con emoción palpable.

—¿Sabes qué? —exclamó, su voz vibró con entusiasmo—. ¡Yo tampoco he ido nunca de acampada! Y me encantaría probarlo.

Chloe, emocionada ante la idea, se giró con rapidez hacia Mario en busca de su aprobación.

—¡Oh! A mí también me parece una idea genial —dijo con una sonrisa radiante—. ¿Tú qué dices?

Él parpadeó varias veces, como si estuviera asimilando la propuesta, y luego, con una pizca de ironía, respondió:

—¿Ah? Pero ¿yo también voy? —indagó, aunque la sonrisa en sus labios delataba que estaba más que feliz de ser incluido en sus planes.

Chloe lo golpeó ligeramente en el brazo, como un gesto de camaradería.

—¡Por supuesto! —dijo entre risas—. Necesitamos un guía y, además, alguien que conduzca.

Mario se llevó con dramatismo la mano al pecho, simulando una herida emocional.

—Ya veo que solo me quieres por mi cara bonita.

Chloe soltó una carcajada.

—Por tu cara bonita, no —corrigió divertida—, más bien, por tu coche.

—¡Para! ¡No sigas! —exclamó él, fingiendo una muerte lenta y dolorosa, lo que provocó una explosión de risas alrededor de la mesa.

El ambiente se tornó afable y ligero de inmediato, como si la idea de la acampada hubiera encendido una chispa entre los cuatro. Durante un breve momento, Mario cruzó la mirada con Phoebe y algo en los ojos de ella lo detuvo en seco. Era como si compartieran una complicidad secreta, una mirada que le decía sin palabras que esta era una oportunidad que no podía desaprovechar. Un vuelco inesperado en su estómago lo dejó sin aliento. ¿Sería verdad o habría malinterpretado esa mirada?

No le dio muchas vueltas a ese gesto, pero sí a la visión de que un fin de semana romántico en plena naturaleza podría ser justo lo que necesitaba para acercarse más a Chloe. A medida que esa idea cobraba fuerza, una sonrisa comenzó a formarse lentamente en sus labios.

—Entonces, ¿nos vamos de acampada? —preguntó la recién llegada con una mirada cómplice hacia Fredy, quien parecía estar todavía procesando la inesperada atención.

Este, aún incrédulo, asintió con timidez, aunque la emoción comenzaba a abrirse paso entre sus nervios. La idea de salir de su zona de confort lo intimidaba, pero el brillo en los ojos de Phoebe lo empujaba a intentarlo. No quería hacerse demasiadas ilusiones, había sufrido demasiados batacazos en su vida como para ser tan ingenuo, pero tampoco podía dejar pasar esa oportunidad.

—Sí, me parece bien —respondió al fin, casi sorprendido de escuchar esas palabras salir de su propia boca.

Phoebe sonrió encantada con su respuesta. Se inclinó hacia él con una mirada que desbordaba calidez.

—¡Será genial, ya lo verás! —Y le guiñó un ojo, cómplice.

Chloe, observando la escena con una sonrisa dulce, sintió un cambio en el aire. Ese fin de semana no sería solo una simple acampada; algo especial parecía estar en marcha. No solo porque tendría a su amiga Phoebe a su lado, sino porque algo en la dinámica entre ella y su vecino parecía evolucionar, como si esa escapada pudiera ser mucho más significativa de lo que había imaginado.



Envuelto en las sombras de la noche, iluminado únicamente por la luz tenue de la pantalla de su móvil, Mario se encontraba sentado en el sofá revisando actividades que podrían hacer al día siguiente. Su pierna derecha temblaba movida por una mezcla de nerviosismo y anticipación. La causa de su inquietud era la cita secreta que Phoebe había concertado con él más temprano, cuando se le acercó de manera discreta mientras recogían la mesa después de la cena. El motivo de aquella reunión, tras asegurarse de que Chloe estuviera dormida, seguía siendo un misterio, y Mario no podía evitar que los nervios lo invadieran.

Incluso antes de que Phoebe apareciera, Mario supo que el momento de su encuentro había llegado. El suave hundimiento del sofá a su lado lo alertó de la presencia de Mr. Mochi, quien lo saludó con ese sonido tan particular en él, mitad maullido, mitad ronroneo.

—Siento tenerte despierto tan tarde —se disculpó Phoebe, tomando al felino en brazos

mientras ocupaba su lugar junto a Mario—, pero necesitaba hablar contigo sin la presencia de Chloe.

Él sintió un nudo formarse en su estómago. Sabía que este momento era importante. No solo porque Phoebe era la mejor amiga de Chloe y deseaba causar una buena impresión, sino porque ella era una figura clave en su vida y formar parte de ese vínculo era esencial para él.

—No es ninguna molestia, no te preocupes —respondió, intentando ocultar su inquietud bajo una apariencia tranquila.

Phoebe no perdió el tiempo. Lo miró directa, con la intensidad de alguien que no da rodeos y va al grano.

—Bien, no voy a irme por las ramas, no es mi estilo —dijo con firmeza, sus ojos fijos en los de él, sin dejar lugar a ambigüedades—. Necesito que me digas si lo que vi esta tarde en el ascensor fue real o no. Necesito conocer tu respuesta para poder decidir si mañana te ayudo o no.

El corazón de Mario se aceleró ante la seriedad de la pregunta. Sabía exactamente a qué se refería Phoebe, a ese momento cargado de tensión en el ascensor, cuando Chloe y él parecían estar a punto de cruzar una línea que lo cambiaría todo entre ellos. Esa mirada, ese instante en el que ambos sintieron que algo más que una simple amistad latía bajo la superficie, y que se esfumó cuando las puertas metálicas se abrieron.

Phoebe, con Mr. Mochi acurrucado en su regazo, no dejaba de mirarlo, esperando una respuesta honesta. Mario entendía la importancia de ese momento. Era como si Phoebe estuviera dispuesta a ser su aliada, pero solo si él era sincero, si admitía lo que en realidad sentía por Chloe.

—Fue real —confesó al fin, con la voz más baja de lo que esperaba, pero cargada de una certeza que demostraba la sinceridad de sus sentimientos—. No sé si Chloe lo sintió igual, pero para mí… fue muy real, te lo aseguro.

Ella no se movió, su expresión permaneció inmutable, aunque un leve arqueo de cejas le indicó a Mario que no estaba convencida del todo.

—¿Y a qué se debe ese cambio repentino? —preguntó, su tono impregnado de recelo—. Hasta donde yo sé, estabas enamorado hasta las trancas de una tal Blanca.

Mario sonrió con pesar ante sus palabras, aunque enseguida borró la sonrisa al ver la severidad en la expresión de Phoebe. No estaba allí para bromear ni permitir que él esquivara su sinceridad.

—Entiendo que no me creas —admitió con un suspiro—, porque solo conoces la versión de Chloe. Pero te garantizo que lo que ella te contó no es del todo cierto.

Phoebe se cruzó de brazos, en una postura más rígida y beligerante. Sus ojos se entrecerraron y su mandíbula se apretó con visible incomodidad.

—¿Perdona? —musitó entre dientes, como una advertencia—. ¿Estás insinuando que Chloe me ha mentido todo este tiempo? Porque si es así, déjame decirte una cosa: en todos los años que hace que la conozco, ella jamás me ha mentido. *Never*. La creeré por encima de todo, ¿entiendes? Es mi hermana, es mi familia, y siempre estaré de su lado.

Mario sacudió la cabeza con rapidez, consciente de que había tocado una fibra sensible.

—No, no te ha mentido —se apresuró a aclarar, con la urgencia de evitar que la situación se complicara más—. Al menos, no de manera consciente.

Phoebe mantuvo su mirada fija en él, pero algo en su expresión le indicó que estaba dispuesta a escuchar. Su rostro seguía rígido, pero había un atisbo de curiosidad bajo la tensión.

—Explícate —exigió con voz fría pero controlada.

Mario respiró hondo, consciente de que lo que estaba a punto de decir podía marcar la diferencia entre tener a Phoebe como aliada o perder su confianza para siempre. Sabía que no podía dejar ningún cabo suelto. Así que empezó desde el principio, desgranando cada malentendido, cada confusión, y explicando el vínculo que lo unía a Blanca y el papel que ella había jugado en todo aquello. Cada palabra era un intento de aclarar una historia llena de errores, de sentimientos malinterpretados y de decisiones equivocadas que lo habían llevado hasta ese punto.

Cuando terminó de hablar, Phoebe lo miraba en silencio, perpleja. Los ojos que antes lo escrutaban con dureza ahora se suavizaron, mostrando que comenzaba a entender por lo que él había pasado.

—¡*Oh, my God*! —exclamó abrumada, aunque enseguida se inclinó hacia adelante; su expresión mostraba una curiosidad genuina—. ¿En serio me estás diciendo que tú no sabías nada hasta ayer?

Mario asintió, todavía sintiendo el peso de todo lo que había sucedido.

—Chloe me confesó sus sentimientos estando borracha.

Lo miró sorprendida y casi incrédula.

—¿Y ahora no se acuerda de nada?

Él negó con la cabeza, compartiendo el mismo sentimiento de asombro y decepción que ella.

—Eso dice —respondió con un suspiro.

Phoebe chasqueó la lengua y sacudió la cabeza, molesta.

—Muy típico de Chloe —barruntó, a las claras irritada con su amiga—. Te juro que, si la pillo en estos momentos, le daría una colleja por terca.

Una leve sonrisa de alivio asomó en los labios de Mario. Por fin sentía que alguien entendía su frustración. Phoebe, a pesar de todo, lo estaba escuchando.

—¿Y ahora qué? —preguntó, mirándola con esperanza—. ¿Me vas a ayudar? No solo a mí, sino también a arreglar su relación con Blanca.

Ella lo miró durante unos segundos, meditando su siguiente acción antes de asentir lentamente.

—Por supuesto. Ahora ya sé todo lo que necesitaba saber —dijo, esbozando una sonrisa ligera, aunque en sus ojos brillaba la determinación—. Porque déjame decirte algo, Mario: Chloe puede ser la mujer más cabezota del planeta, pero haremos que entre en razón cueste lo que cueste.

Él parpadeó abrumado, sintiendo una mezcla de alivio y gratitud que le llenaba el pecho.

—Gracias —murmuró conmovido—. No tienes ni idea de lo mucho que esto significa para mí.

Ella soltó una risa suave, mientras acariciaba a Mr. Mochi en su regazo. Lo miró de reojo, con una sonrisa traviesa.

—Lo único que me importa es que Chloe sea feliz —confesó sincera—. Se lo merece más que nadie. Y aunque haya renegado de ti mil veces, sé que tú eres el único que puede lograr que lo sea. Así que, desde ahora, tienes todo mi apoyo.

Mario sintió una oleada de gratitud, pero Phoebe no había terminado. Su sonrisa desapareció lentamente y su expresión se volvió seria.

—Pero te advierto algo —continuó, con tono firme y casi amenazante—: Si le haces daño, si la haces llorar aunque sea una vez, te juro que no querrás tenerme en tu contra. Por las buenas soy muy buena, pero por las malas soy la peor perra que conocerás en tu vida.

La advertencia era clara y su intensidad no dejaba lugar a duda. Pero a él no le importó, porque tenerla de su lado significaba más de lo que podía expresar.

—Lo tendré en cuenta —respondió con una sonrisa honesta, extendiendo la mano para sellar con ese gesto la alianza que acababan de forjar.



Capítulo 25

Descubrir que Mario había invitado a Blanca al fin de semana de acampada fue como un jarro de agua fría para Chloe. Y por si eso no fuera suficiente, Gonzalo también se había apuntado, completando lo que parecía un grupo demasiado grande para lo que ella había imaginado. Al parecer, Mario había creído que cuantos más se unieran a ellos mejor, pero Chloe no compartía el mismo entusiasmo.

El viaje se organizó en dos coches, pues no cabían todos en uno. El buen humor con el que Chloe había comenzado el día se desplomó en cuanto vio a su examiga. Lo que Chloe no sabía era que Blanca también había sido engañada y estaba lejos de sentirse cómoda con la situación. Parecía que a ella tampoco le hacía ninguna ilusión compartir tiempo con ellos, y mucho menos viajar con el ayudante de edición y mezcla en el mismo coche.

—Las llaves —le pidió Chloe a Mario antes de repartirse en los vehículos.

Él la miró extrañado, pero mantuvo la prudencia cuando detectó el brillo de cabreo refulgiendo en su mirada.

—¿Estás segura? Mira que no te sabes el camino. Además, es mi coche y…

Ella no lo dejó terminar.

—No te preocupes, voy detrás de vosotros.

Ante la expresión determinada de su rostro, Mario decidió no insistir.

A pesar de la incomodidad, Chloe disimuló bien su mosqueo durante todo el trayecto hacia el Parque Natural de la Sierra de Guadarrama, a las afueras de Madrid. Y aunque al principio se sintió tensa, por el bien del resto, también decidió que no permitiría que la presencia de Blanca le arruinara la escapada.

El *camping*, rodeado de naturaleza y situado en un lugar privilegiado, les ofrecía la oportunidad perfecta para desconectar del caos y el estrés de la vida cotidiana. El aire fresco y el paisaje sereno prometían momentos de paz, y Chloe no pensaba desaprovechar la ocasión de disfrutar y crear nuevos recuerdos con las personas que en realidad le importaban.

La noche anterior, Mario había reservado una acogedora cabaña de madera con capacidad para siete personas, lo que significaba que todos compartirían el mismo espacio en una parcela rodeada de majestuosos y frondosos pinos integrados en la naturaleza. La cabaña, rodeada de aire puro y tranquilidad, parecía el escenario perfecto para una escapada idílica.

Tras registrarse y dejar las maletas en el *bungalow*, decidieron almorzar temprano para aprovechar el día y hacer una ruta que discurría junto a un pequeño arroyo. El plan prometía momentos de relajación y conexión con la naturaleza.

—¡Oh, esto es maravilloso! —exclamó Phoebe, abriendo los brazos e inspirando el aire fresco por la nariz, lista para comenzar la caminata y disfrutar del paisaje después del almuerzo —. Lo vamos a pasar en grande, ¿verdad?

La mueca de desagrado en el rostro de Blanca no pasó desapercibida, pero todos optaron por ignorar el hecho de que ella no pensaba lo mismo.

—Será mejor que vayáis vosotros primero —anunció Mario de repente, con rostro tenso y algo pálido—. Tal vez os alcance más tarde.

—¿Por qué? —preguntó Chloe, visiblemente preocupada—. ¿Te encuentras mal?

Mario se llevó una mano al estómago, haciendo un gesto con la otra para restarle importancia.

—No te preocupes, no es nada serio. Seguro que se me pasa pronto, pero creo que algo no me ha sentado bien.

Chloe y el resto intercambiaron miradas confusas. Todos habían comido lo mismo y, sin embargo, nadie más se sentía mal.

—¿Cómo es posible? —preguntó Fredy, reflejando el desconcierto de los demás—. La comida ha sido la misma para todos y ninguno de nosotros está enfermo.

En ese momento Blanca se acercó a Mario con gesto preocupado y le tocó la frente con la palma de la mano para comprobar si tenía fiebre.

—¿Te aseguraste de preguntar si alguno de los platos llevaba ajo? —preguntó, con una mezcla de incredulidad y frustración.

Mario desvió la mirada hacia el suelo y negó avergonzado, y la expresión de Blanca se endureció.

—¿Cómo es posible que no lo hayas hecho sabiendo que eres intolerante? —lo reprendió sin ocultar su enojo.

El silencio que siguió a sus palabras se sintió pesado y cargado de preocupación. Chloe miró a Mario con el ceño fruncido, una sombra de inquietud cruzaba por su rostro. El resto del grupo permanecía en silencio, incapaz de procesar de inmediato lo que estaba ocurriendo. Mario, a pesar de su malestar evidente, intentaba restarle importancia, pero todos podían ver que no se encontraba bien.

—Lo siento —se disculpó tras la merecida reprimenda de Blanca—. No quiero que esto os arruine los planes. Vosotros seguid adelante, no os preocupéis por mí. Me echaré un rato y seguro que más tarde estaré como nuevo.

Pero su voz, normalmente firme, sonaba débil, como si hasta hablar le resultara un esfuerzo. Chloe lo observaba con creciente preocupación, mordiéndose el labio mientras intentaba decidir qué era lo correcto.

—¿Estás seguro? —intervino Fredy, con tono lleno de duda—. Tal vez lo mejor sea que nos quedemos todos aquí y…

—No, no, ni hablar —se apresuró a interrumpir Mario levantando la mano para detener la idea—. Me sentiré muy culpable si lo hacéis. No quiero que… —De pronto, su rostro se contrajo de dolor y, sin decir más, huyó hacia el interior de la cabaña con pasos apresurados.

Chloe dio un paso hacia él, pero se detuvo, indecisa, al verlo desaparecía por la puerta. La preocupación era palpable, flotaba en el aire mientras todos intercambiaban miradas.

—Quizá deberíamos quedarnos —murmuró Chloe, sin poder apartar la vista de la cabaña, sus pensamientos divididos entre su deseo de seguir los planes y su preocupación por Mario—. No me gusta dejarlo solo en ese estado.

Fredy asintió, conforme con su opinión, aunque sin decir nada más.

—Estoy de acuerdo —intervino Gonzalo por primera vez—. Pero si me pongo en su lugar, sé que, si nos quedamos, lo único que haríamos sería hacerlo sentir peor. Además, su intolerancia no va más allá de un malestar de estómago, gases e hinchazón abdominal. Lo digo con conocimiento de causa.

Chloe miró hacia la cabaña con la duda empañando sus ojos.

—No sé, no estaría cómoda dejándolo solo, la verdad.

Phoebe, que había permanecido en silencio, suspiró profundo y se acercó a ella para apoyar

una mano en su hombro.

—Entiendo cómo te sientes —dijo con suavidad, sus ojos mostraban la misma preocupación —, pero Gonzalo tiene razón en algo. Si nos quedamos todos aquí, Mario se sentirá más culpable de lo que, con seguridad, ya se siente. Podemos regresar antes y en un par de horas estar de vuelta, ¿qué te parece?

Chloe mantenía una lucha en su fuero interno, sus ojos fijos en la cabaña mientras el resto esperaba su decisión. Sabía que Phoebe tenía razón; Mario odiaría sentirse responsable de arruinarles los planes, pero también sabía que su instinto le decía que no lo dejara solo.

—¿Y si algo le pasa? —susurró, sus palabras impregnadas de preocupación.

—Le hemos dejado el móvil —dijo Gonzalo, tratando de ser práctico—. Nos puede llamar en cualquier momento.

El grupo se quedó en silencio, sintiéndose igual de divididos que ella. Tras unos instantes, al fin respiró hondo y asintió con resignación.

—De acuerdo —concedió, aunque su tono reflejaba la batalla interna que aún persistía en su corazón.



Chloe se acercó a la cama donde Mario estaba recostado sin hacer ruido. Había logrado alejarse unos 300 metros de la cabaña cuando su conciencia la obligó a detenerse y dar la vuelta. Por un lado, estaba molesta con él; que decidiera avisar a Blanca para pasar ese fin de semana con ellos le había fastidiado más de lo que quería admitir. No es que se hubiese hecho ilusiones con él, ni nada parecido, pero que siguiese anteponiendo a la *influencer* a sus deseos de tener el menor contacto con ella la cabreaba. Pero, por otro lado, no podía ignorar lo que sentía al saber que Mario estaba sufriendo. Ese instinto protector era más fuerte que cualquier enfado. No podía seguir adelante sabiendo que él no estaba bien. Simplemente, era superior a ella.

Se detuvo a su lado y, con delicadeza, apoyó el dorso de la mano sobre su frente, para comprobar si tenía fiebre. La quietud de su cuerpo y su respiración pausada la tenían en vilo. No tenía experiencia tomando la temperatura corporal, y tampoco sabía bien lo que estaba haciendo, pero quería asegurarse de que su frente no ardía.

De repente, la mano de Mario se movió y agarró la suya antes de abrir los ojos. El contacto cálido la sorprendió, pero no la apartó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él, su voz ronca y suave a la vez, entre el sueño y la sorpresa.

Chloe lo miró y, por un momento, se perdió en la profundidad de esos ojos de Bambi que siempre conseguían desarmarla.

—Asegurarme de que estás bien —musitó con honestidad.

Una sonrisa, la más dulce que Chloe había visto jamás, se formó en los labios de Mario. Esa simple curva de su boca hizo que su estómago diera un vuelco inesperado. Era imposible no sentir algo ante esa expresión que la desarmaba por completo.

—No tenías por qué hacerlo —respondió él con suavidad.

Chloe se encogió de hombros, intentando restarle importancia a su propio impulso.

—Soy una tonta, lo sé —dijo en un murmullo, más para sí misma que para él.

Mario se movió un poco en la cama, haciendo espacio junto a él. Luego, palmeó el colchón

con la mano en una clara invitación a acostarse a su lado.

—Ven aquí.

Chloe sacudió la cabeza de inmediato, sintiendo una incomodidad que no sabía cómo manejar.

—Tú descansa, no te preocupes por mí.

No había terminado de hablar cuando sintió cómo Mario, con suavidad pero sin darle opción a negarse, tiraba de ella hasta tumbarla frente a él en la cama. El contacto de sus cuerpos fue suave pero firme, y antes de que Chloe pudiera procesarlo, estaban tan cerca que su corazón latió desbocado, reverberando en su pecho con una intensidad que no podía controlar.

—Tengo algo de frío —murmuró él en voz baja mientras la abrazaba por la cintura, pegándola a su cuerpo con una intimidad que la hizo contener el aliento—. Necesito un poco de calor humano.

Y ante eso, ¿qué podía hacer Chloe? Permaneció quieta, completamente inmóvil, rezando para que su corazón no delatara el torrente de emociones que la embargaba. Los latidos desbocados resonaban en sus oídos, y una corriente de calor le subió desde el estómago hasta las mejillas. Su proximidad la confundía, la hacía sentir demasiado vulnerable. No sabía qué hacer, qué pensar, ni cómo manejar la intensidad del momento. Cada centímetro de su cuerpo parecía hipersensible a su cercanía.

Se mantuvo estática, casi sin atreverse a respirar. Su mente era un caos de preguntas y emociones contradictorias. ¿Por qué estaba allí, en realidad? ¿Por qué no pudo seguir con el resto y escapar de los sentimientos que la atrapaban cada vez que estaba cerca de Mario? Luchaba por mantener la calma, pero la verdad era que la mera cercanía de él la desarmaba. ¿Cómo podía ignorar lo que sentía cuando su sola presencia hacía que los latidos de su corazón se disparasen?

No sabía cuánto tiempo pasó en ese estado de tensión antes de que Mario dejara escapar un largo suspiro, lo que la hizo estremecerse sutilmente bajo su abrazo.

—¿Por qué estás tan tensa? —preguntó, su voz suave pero cargada de curiosidad, como si pudiera sentir el huracán interno que la agitaba.

—Yo… no sé… —balbuceó nerviosa, incapaz de encontrar una excusa convincente, así que optó por mentir—: Estaba pensando en Phoebe… en si se sentirá cómoda con el resto…

Era la trola más tonta que había dicho en su vida y ambos lo sabían. Mario abrió los ojos y clavó la mirada en ella, esos ojos oscuros que siempre parecían ver más allá de sus palabras. El simple peso de su escrutinio hizo que Chloe sintiera un nudo en la garganta, incapaz de sostenérsela por mucho tiempo.

—Si estás tan preocupada por tu amiga —dijo él, sin apartar su atención de ella—, ¿por qué has dado la vuelta y has venido aquí?

Chloe se quedó muda. No le salían las palabras. ¿Cómo podía explicarle lo que ni ella misma entendía? Había vuelto porque, por más que quisiera, no podía dejarlo solo. Había vuelto porque algo más profundo que su orgullo la arrastraba hacia él. Porque, aunque quisiera convencerse de que Mario la molestaba con sus decisiones, la verdad era que estar a su lado la hacía sentir una emoción más fuerte que su propia razón.

Mario suspiró de nuevo ante su mutismo y cerró los ojos, apoyando la barbilla sobre la coronilla de Chloe. Y ella sintió el peso de su aliento cálido sobre su cabello, tan cercano, tan íntimo.

—Relájate un poco para que yo pueda dormir algo, ¿de acuerdo? —murmuró con suavidad, como si no fuera consciente del tumulto que ella sentía en su interior.

¿Relajarse? Chloe estaba lejos de poder relajarse, en especial cuando sentía el calor que irradiaba el cuerpo de Mario contra el suyo, cuando su respiración acompasada y su abrazo fuerte pero delicado la mantenían atrapada. Se mordió la comisura del labio, intentando encontrar una posición más cómoda mientras intentaba moverse sin que él lo notara. Pero era inútil. Cada pequeño gesto, cada roce entre sus cuerpos, la hacía más consciente de lo irremediablemente cerca que estaban.

Su mente se debatía entre el deseo de entregarse a la calidez de su abrazo y el miedo a lo que eso pudiera significar. ¿Por qué estaba tan afectada? Lo había querido evitar, pero allí se encontraba, en sus brazos, sintiendo una cercanía que ni siquiera sabía cómo manejar. Cada segundo parecía alargarse, pero de alguna manera, esa tensión, ese calor, comenzaron a envolverla en una especie de calma inesperada.

Al fin, tras lo que pareció una eternidad, Chloe sintió sus párpados volverse pesados. Sin darse cuenta, su respiración comenzó a acompasarse con la de Mario. Y aunque las dudas y los sentimientos seguían retumbando en su pecho, el cansancio fue más fuerte debido a que se había quedado hasta tarde hablando con Phoebe. Poco a poco, se rindió al sueño y se perdió en la calidez de sus brazos.



Chloe no supo cuánto tiempo estuvo dormida; podrían haber sido minutos o tal vez horas. Abrió los párpados con lentitud al sentir un leve cosquilleo en la frente. Lo primero que encontró fue la mirada penetrante de Mario, quien la observaba en silencio.

—¿Qué hora es? —murmuró con la voz todavía impregnada de sueño.

Él sonrió, bajando la mano que había estado acariciando su rostro.

—Tarde —respondió con suavidad.

Solo entonces Chloe se dio cuenta de la penumbra que llenaba la habitación. El atardecer se filtraba con timidez por las ventanas, tiñendo todo con un suave resplandor dorado.

—¡Oh, mierda! —exclamó, incorporándose de golpe en la cama, el pánico comenzó a aflorar—. ¿Dónde están los demás?

—Los demás no están —comentó él con una calma desconcertante.

Chloe, aún más alarmada por su serenidad, sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón y lo miró ansiosa. No tenía ninguna llamada perdida, lo que solo aumentó su nerviosismo. La sensación de que algo extraño ocurría se instaló en su pecho.

—Eso ya lo sé —respondió mientras sus dedos temblorosos buscaban el contacto de Phoebe en la agenda—. Y es precisamente lo que me preocupa, porque ya está anocheciendo y aún no han vuelto.

Marcó el número de su amiga y se llevó el móvil al oído, pero no escuchó tono de llamada. Frustrada, colgó con rapidez y volvió a intentarlo, esta vez con Gonzalo. La inquietud crecía dentro de ella como una sombra enredándose con cada segundo que pasaba al no obtener respuesta.

—Y no van a volver —explicó él en apenas un susurro.

No prestó atención a sus palabras al principio, demasiado centrada en el teléfono, hasta que se dio cuenta de que no tenía cobertura. Miró la pantalla con desesperación y, al levantar el móvil en busca de una señal inexistente, la ansiedad la golpeó de lleno.

—¿Cómo que no van a volver? —preguntó casi en un grito, mientras se levantaba de la cama y agitaba el teléfono como si eso pudiera ayudar—. ¡Joder, no hay cobertura!

Mario la siguió, su cuerpo tenso pero sus movimientos suaves, como si temiera asustarla. Con calma, le tomó el móvil de las manos, sus dedos rozaron los suyos con una delicadeza que solo hizo aumentar la confusión de Chloe. Sus gestos eran firmes, pero cargados de una sensibilidad que la desconcertaba.

—Chloe… —comenzó, su tono lleno de paciencia y algo más, una emoción contenida que ella no pudo descifrar al instante.

Pero Chloe no estaba en sintonía con él. Su mente estaba desbordada por la idea de que sus amigos pudieran haber sufrido un accidente. La falta de noticias, la noche cayendo sobre ellos, todo contribuía a su creciente pánico.

—¿Qué haces? ¡Dame el teléfono! —insistió, su voz quebrada por la desesperación.

Mario no cedió. En lugar de eso, la tomó con suavidad por los hombros, obligándola a detenerse. Su toque era cálido, casi tranquilizador, pero en su mirada había algo que la inquietaba. Algo profundo, algo importante.

—Mírame —pidió en voz baja, su voz tan suave como el roce de sus dedos.

Finalmente ella levantó la vista y, en cuanto sus ojos se encontraron, el tiempo pareció detenerse. La intensidad de la mirada de Mario era abrumadora, cargada de algo que ella no podía descifrar, pero que la llenaba de una inquietud que no había sentido antes. No podía leer lo que estaba ocurriendo, pero el mundo alrededor de ellos parecía haberse transformado.

—Chloe…, tenemos que hablar —explicó él con voz firme, aunque teñida de una vulnerabilidad que jamás había mostrado antes.

El silencio que siguió fue denso, casi tangible. Ella frunció el ceño, el miedo y la confusión empezaban a apoderarse de su mente. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué sentía que algo más grande estaba a punto de suceder?



Capítulo 26

—¿Qué ocurre, Mario? —murmuró con la voz temblorosa—. Me estás asustando.

Él respiró hondo, visiblemente nervioso. El brillo en sus ojos traicionaba el torbellino de emociones que intentaba contener.

—No ocurre nada malo, no te preocupes —respondió con calma, pero la tensión en su rostro no pasó desapercibida.

—Entonces, ¿dónde están los demás? —preguntó inquieta, su desconcierto crecía con cada segundo que pasaba.

Mario bajó la mirada un instante, como si necesitara ganar tiempo, y luego echó un rápido vistazo a su reloj de pulsera.

—Supongo que, a estas horas, ya estarán en Madrid.

Chloe parpadeó varias veces, incapaz de comprender lo que acababa de escuchar.

—¿En Madrid? —repitió atónita—. ¿Por qué?

—Te lo he dicho…, porque tenemos que hablar.

Confusa, su gesto se contrajo sin saber a qué se refería.

—¿Hablar? ¿Hablar de qué?

Él tragó saliva, el nerviosismo era evidente en cada movimiento de su cuerpo. Sabía que ese momento tenía que llegar, que llevaba demasiado tiempo esperando para decirle lo que en realidad sentía. Pero ahora que estaba allí, frente a ella, las palabras parecían quedarse atascadas en su garganta.

—De ti… y de mí —respondió al fin, su voz se quebró un poco—. De nosotros. —Chloe clavó los ojos sobre él, todavía sin entender. La estupefacción en su rostro era tan evidente que Mario se apresuró a continuar—: Necesitaba que tú y yo estuviésemos solos —confesó firme—. Cuando surgió la idea de venir de acampada, hablé con Phoebe y Gonzalo para que me ayudaran a organizar esto… —señaló el lugar con un amplio movimiento de brazo para enfatizar—, y así poder mantener la conversación que nos debemos desde hace trece años.

Ella lo miró boquiabierta, todavía procesando lo que acababa de decir. ¿A qué venía todo eso? ¿Por qué los demás se habían marchado para dejarlos a solas? La confusión dio paso a una sensación de incomodidad y a algo más profundo que todavía no se atrevía a nombrar.

Mario, al verla perdida en sus pensamientos, se pasó una mano ansiosa por el cabello y suspiró, sintiendo el peso de todos los años que había estado guardando silencio.

—Verás… —comenzó de nuevo, buscando las palabras adecuadas para expresar todo lo que bullía en su interior—, llevo mucho tiempo queriendo decirte algo, pero nunca encontré el momento adecuado. —Su mirada se oscureció, llena de emociones reprimidas—. Y sé que, probablemente, no entiendas nada de lo que está pasando, pero… te prometo que solo necesito que me escuches. Que entiendas por qué he hecho todo lo que he hecho.

Chloe se quedó en silencio, su corazón latía desbocado, su mente trataba de unir todas las piezas. Esa frase tan misteriosa no le aclaraba nada, pero sentía que lo que vendría a continuación lo cambiaría «todo». Allí estaba él, el hombre que amaba desde que tenía uso de razón, justo enfrente de ella, pero con una actitud tan insegura que se le encogió el corazón. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo podía manejar todo lo que esa mirada estaba intentando decirle?

Nervioso y expectante, Mario aguardaba la reacción de Chloe, su corazón golpeaba con una fuerza que casi le dolía. Sabía que sus sentimientos, aquellos que había mantenido ocultos durante tanto tiempo, podían ser demasiado impactantes para ella. Había esperado tanto, soñado tanto con ese momento… Pero ahora que estaba frente a la mujer que amaba, la duda lo asaltaba. Sin embargo, ya no había vuelta atrás. Era ahora o nunca.

—Te quiero, Chloe —dijo al fin con la voz cargada de una emoción que lo desbordaba—. Siempre te he querido. Llevo tanto tiempo amándote que no recuerdo un solo momento de mi vida en el que pensar en ti no me consumiera.

El mundo de Chloe se detuvo. El aire en la habitación pareció desvanecerse y, de repente, sintió que el suelo bajo sus pies desaparecía. ¿Mario la amaba? La idea era tan absurda, tan imposible, que su mente no lograba procesarla.

—¡¿Qué…?! —jadeó en un susurro, mientras una sensación de vértigo se enroscaba en su estómago y subía por su garganta hasta formar un nudo que le impedía respirar.

Él dio un paso adelante y acortó la distancia hasta que el espacio entre ambos se volvió inexistente. Con una ternura que la desarmó por completo, le tomó el rostro entre sus manos, sus dedos trazaban una caricia suave sobre su piel.

—Siempre supe, de algún modo, que fuiste tú —confesó, su mirada cargada de una certeza que la dejó sin aliento—. Ese beso en aquella habitación oscura hace trece años… En el fondo de mi corazón, siempre supe que eras tú. Y cuando me besaste hace dos noches, ya no me quedó ninguna duda.

Chloe dio un paso atrás, tambaleándose, como si la revelación la hubiera golpeado físicamente.

—¿Te besé…? —balbuceó aturdida—. ¿No fue un sueño?

Él negó con la cabeza, su mirada serena pero llena de una emoción que a duras penas contenía.

—Estabas muy borracha, pero no, no fue un sueño. Fue muy real, Chloe.

Abrumada por el peso de la confesión, Chloe se alejó de él y le dio la espalda mientras su mente intentaba con desesperación procesar lo que acababa de escuchar. Necesitaba pensar, necesitaba tiempo para asimilar lo que estaba ocurriendo. Su corazón latía a un ritmo frenético y su cabeza amenazaba con estallar. ¿Cómo podía ser cierto lo que Mario le estaba diciendo? Toda su vida había creído que él amaba a otra persona, a Blanca.

—Chloe… —la llamó él con suavidad, tratando de acercarse.

Ella levantó las manos, haciendo un gesto de negación, como si quisiera detener el torbellino de emociones que la arrastraba.

—No… No es posible —murmuró, llena de incredulidad—. Tú has estado enamorado de Blanca desde niños. Siempre ha sido así, siempre ha sido ella.

Él dio otro paso en su dirección, su expresión sincera, llena de la misma ternura que la había desarmado segundos antes.

—No, Chloe. No es cierto —dijo con una rotundidad que rompió el silencio de la habitación —. De quien he estado enamorado desde que tengo uso de razón es de ti. Siempre has sido tú.

Ella se quedó inmóvil, sus ojos cerrados con fuerza al tiempo que intentaba procesar la avalancha de emociones que la embargaba. ¿Cómo podía ser verdad? Había pasado años creyendo que Mario solo tenía ojos para Blanca, que su corazón pertenecía a la que en aquel entonces era su mejor amiga. Y ahora él estaba ahí, confesándole un amor que la había atravesado todo ese tiempo sin que ella lo hubiera visto.

La confusión, el miedo, la incredulidad, todo se mezclaba en su interior. ¿Cómo no lo había notado? ¿Cómo no se había dado cuenta de que cada gesto, cada mirada, estaba destinado a ella y no a Blanca?

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —susurró incrédula, su voz rota, casi inaudible—. ¿Por qué dejaste que pensara que amabas a otra?

Mario se mordió el labio, la duda y la tristeza se reflejaron en su mirada. No había una respuesta sencilla, ninguna que pudiera resumir todos los años de silencios, de miradas no correspondidas, de palabras nunca dichas. Había querido decírselo tantas veces que en ocasiones sentía que se volvía loco. Pero el temor al rechazo, y la certeza de que ella solo lo veía como un amigo, lo habían frenado una y otra vez.

—Tenía miedo —admitió con pesar, sus palabras cargadas de la verdad que había mantenido oculta durante tanto tiempo—. Miedo de perderte, miedo de que no sintieras lo mismo que yo, y que este sentimiento que llevo guardado dentro de mí durante tanto tiempo no fuera correspondido. El pánico me impedía dar el paso, porque eras tan importante para mí que me destrozaría perderte y que todo entre nosotros cambiara. Estuve desesperado por años, hasta que se lo confesé a Blanca y ella me dijo que estaba segura de que tú sentías lo mismo por mí.

Chloe abrió los ojos, golpeada por la sorpresa.

—¿Blanca te dijo eso?

Mario asintió lentamente, observando cada una de sus reacciones con expectación.

—Me dijo que llevaba tiempo observándote. Y aunque intentó sonsacarte varias veces, y no pudo confirmar por tu boca que estaba en lo cierto, ella estaba segura de que no se equivocaba. Así que trazamos un plan en cuanto aceptó ayudarme.

Chloe se quedó helada. ¿Un plan? Las palabras resonaron en su cabeza como un eco distante, algo tan irreal que parecía parte de una historia que ella no había vivido, como si todo ese tiempo hubiera sido una espectadora de su propia vida.

—Chloe… —Intentó acercarse de nuevo, pero ella lo detuvo con una mirada feroz que lo dejó clavado en el sitio.

—¡Ni se te ocurra acercarte! —Su voz era un latigazo de dolor y furia contenida—. ¿Tienes idea de lo traicionada que me siento? ¿De lo horrible que es descubrir que me habéis estado mintiendo durante todos estos años?

Las palabras de Chloe lo golpearon como un mazo que lo dejó sin aliento. Podía ver el dolor en sus ojos y la culpa lo devoraba por dentro. Tal vez ella tenía razón. Había jugado con sus emociones, había dejado que esa mentira creciera hasta convertirse en una barrera entre ellos, y ahora, al derrumbarla, el daño podía resultar irreparable.

—¿De verdad crees que fue fácil para mí? —La voz de Mario se quebró con una mezcla de impotencia y desesperación—. ¡Yo era un crío que estaba loco por ti! Habría hecho lo que fuera para que te fijaras en mí, Chloe… ¡Lo que fuera! —Sus palabras salían como una confesión desesperada, cada una de ellas empapada de años de frustración y anhelo—. Pero no importaba cuánto lo intentara, siempre me mantenías en la zona de amigos. Siempre.

Chloe lo miró, sus ojos ardían con una mezcla de incredulidad y rabia.

Él avanzó un paso, desesperado por que ella entendiera lo que había detrás de todo. Sus manos temblaban y su voz se suavizó, llena de dolor.

—Había momentos, Chloe… —susurró—. Momentos en los que tus ojos no podían esconder lo que realmente sentías. Y, en esos momentos, una parte de mí volvía a llenarse de esperanza; una esperanza que me hacía volver a caer al abismo, cuando después me dabas la

espalda actuando como la «amiga» de siempre.

Chloe se estremeció. ¿Había sido tan evidente? Su mente viajaba a esos años, a esos momentos en los que, sin saberlo, tal vez sus ojos habían traicionado los sentimientos que intentaba enterrar tan profundo en su corazón. ¿Y si era verdad? ¿Y si había algo más en esos silencios que compartían, en esas miradas que no lograba ocultar lo que sentía por él?

Pero aun así… ¿Cómo había podido jugar con ella de esa manera?

—¿Y creíste que haciéndome pensar que te gustaba Blanca conseguirías algo? —Su voz temblaba de incredulidad—. ¿Pensaste que manipularme así era la solución? —Chloe lo miró con el corazón roto en mil pedazos—. ¿Tienes idea de lo mucho que me dolía? ¿De la tortura que suponía para mí pensar que te gustaba ella y yo no? ¿De la agonía que me atravesaba cada vez que me decías que te ibas a confesar?

Mario cerró los ojos, luchando contra el dolor que sus palabras le provocaban.

—No sabía qué más hacer —admitió, su voz llena de remordimiento—. Tenía tanto miedo de perderte, tanto miedo de que nunca me vieras de otra manera, que hice lo que creí que me acercaría a ti.

—¿Y creíste que, si me llevabas al límite, los celos me harían confesar mis sentimientos por ti?

Él se limitó a asentir y Chloe se quedó en silencio, el peso de sus palabras cayeron sobre ella como una losa. La habitación se volvió sofocante, las emociones giraban a su alrededor como una tormenta descontrolada. ¿Cómo se suponía que debía reaccionar a todo eso? La traición, la desesperación de Mario, su propio desconcierto… Nada tenía sentido.

—Pues te equivocaste, te lo aseguro —respondió al fin, con la voz quebrada pero cargada de una rabia sutil y el dolor luchando por salir a la superficie.

Mario se llevó ambas manos a la nuca, su expresión era una mezcla de impotencia y desesperación. No sabía qué hacer para que Chloe entendiera, para que viera más allá de la traición y comprendiera sus motivos.

—Ese día estaba decidido —murmuró, sus palabras apenas eran un susurro—. Ya no podía más; necesitaba decirte lo que llevaba guardando tanto tiempo, tenía que arriesgarlo todo y confesar lo que sentía. No era a Blanca a quien quería ver en ese cuarto…, era a ti, Chloe —reconoció con voz trémula—. Urdí aquel plan con ella porque pensé que, si te forzaba a enfrentarte a mis sentimientos, tal vez… tal vez me dieras una oportunidad. Creí que, si nos besábamos y sentías lo mismo que yo, lo entenderías sin necesidad de palabras. Pero nada salió como esperaba. Nada —agregó con la voz rota—. Al final, las dos negasteis aquel beso, y yo… yo no sabía a quién creer.

Chloe lo miró dolida, todavía recordando su corazón roto, convencida en aquel entonces de que ese beso no estaba destinado a ella. Él no podía entender lo mal que se había sentido, lo mucho que la había destrozado saber que aquel encuentro furtivo, que había significado tanto para ella como para él, solo había sido un error. En ese instante fue consciente de que no sería capaz de verlos juntos, de que moriría lentamente si alguna vez Mario se declaraba a Blanca. Acabaría por destruirla y, por eso mismo, decidió marcharse del país.

—No puedo creer que los dos jugarais conmigo de ese modo.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no me doy cuenta de que cometí un error? ¡Pero en aquel entonces eras tan distante, tan inaccesible con tus sentimientos! —Bajó los brazos, su mirada abatida al ver que todo lo que decía solo la alejaba más—. En realidad, sigues siendo la misma, Chloe. No has cambiado nada.

Ella jadeó, incrédula, y se cruzó de brazos de forma instintiva sobre el pecho como un escudo que la protegiera de sus palabras que sentía como dardos. El dolor la atravesaba, pero la indignación también se agitaba en su interior, imparable.

—Adelante —respondió con la voz cargada de resentimiento—, si eso te hace sentir mejor, échame a mí la culpa.

Él sacudió la cabeza, molesto, frustrado porque ella no parecía capaz de asumir parte de su responsabilidad. ¿Cómo no podía ver lo que él también había sufrido?

—¿Sabes cuántas veces intenté decirte lo que sentía? —preguntó con la desesperación palpable en cada sílaba—. Miles. Millones de veces, Chloe. En mi mente te gritaba lo mucho que me gustabas todo el tiempo, pero tú… tú construiste un muro imposible de traspasar.

El dolor se reflejaba en sus ojos mientras la miraba, buscando alguna señal de que ella lo comprendiera, pero todo lo que Mario encontró fue esa barrera infranqueable de nuevo.

—Yo solo era un crío —continuó, su voz bajando a un susurro—, pero al menos lo intenté, ¿sabes? Lo fácil hubiera sido esconder mis sentimientos, protegerme para no salir herido si me rechazabas. Pero no lo hice, intenté con todas mis fuerzas decirte lo importante que eras para mí… —Hizo una pausa, un silencio denso llenó el espacio entre los dos—. Pero no pude hacerlo, no tuve la oportunidad, porque tú huiste como una cobarde a otro país.

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerse. El impacto fue inmediato. Chloe lo miró con los ojos abiertos de par en par, como si acabara de recibir un golpe brutal. La acusación era tan devastadora que por un segundo no pudo respirar. El horror en su rostro lo dejó inmóvil. Él sabía que había cruzado una línea que no debía, y aunque no había querido herirla de esa manera, ya no había vuelta atrás, y sus hombros se hundieron derrotados al ver que ella se giraba para salir de allí.

—¡Sí, huye de nuevo! —gritó Mario, desesperado, mientras veía cómo ella se alejaba—. ¡Huye como lo hiciste la última vez! —Chloe se detuvo por un segundo, pero no se giró, así que él continuó dispuesto a llegar hasta el final—: No me importa que lo hagas, ¿y sabes por qué? Porque yo seguiré aquí, esperando por ti como lo he hecho hasta ahora. Lo he hecho durante trece años, Chloe. Trece largos años. ¿Qué más da si tengo que esperar el resto de mi vida? Porque si algo tengo claro después de todo este tiempo, es que no habrá ninguna mujer a la que ame con esta puta desesperación como te amo a ti.

El eco de sus palabras resonó en la habitación y el silencio que siguió fue devastador. Chloe se quedó quieta, incapaz de moverse, rebasada por sus emociones. Las palabras de Mario flotaban en el aire, cargadas de amor, de angustia, pero también de un dolor que ella reconocía muy bien.

Sin decir una sola palabra se giró. Sus ojos llenos de lágrimas encontraron los de Mario y, por un momento, todo se detuvo. Él tenía razón. Estaba huyendo de nuevo. ¿Por qué? La respuesta era clara: porque saber que había sufrido durante todos aquellos años por una mentira se le hacía insoportable.

El nudo en su garganta era tan grande que apenas podía respirar. Sin embargo, no sería justa si no reconocía el hecho de que no había sido la única que había sufrido. Lo estaba culpando por lo mismo que ella había callado. Además, Mario también decía una verdad que no podía seguir ignorando. Sí, en aquel entonces solo eran unos críos, pero ahora eran dos adultos. Dos adultos cuyos sentimientos jamás habían cambiado. Dos adultos cuyos corazones, a pesar de todo, se seguían perteneciendo. Y ahora tenían una nueva oportunidad. Una oportunidad de encontrar la felicidad que siempre habían anhelado el uno junto al otro.

Chloe parpadeó, las lágrimas surcaron sus mejillas mientras sentía que algo dentro de ella cedía. ¿Acaso no era lo que siempre había deseado? Había pasado toda su vida anhelando que Mario sintiera lo mismo por ella, deseando que ese amor que guardaba en su corazón fuera correspondido. Entonces, ¿por qué demonios estaba huyendo otra vez? ¿Por orgullo? ¿Por miedo a sufrir de nuevo? ¿A qué estaba renunciando al dejarlo atrás?

Con una mezcla de determinación y vulnerabilidad, sus pies se movieron antes de que pudiera detenerlos. De repente, Chloe se encontró corriendo hacia él, en busca de lo único que siempre había deseado: un futuro a su lado. Un futuro que parecía haber estado a su alcance todo ese tiempo sin que ella lo supiera. Y con ese movimiento inesperado, dejó atrás años de dolor, de dudas y de orgullo herido.

Sin decir nada, se lanzó a sus brazos y se fundieron en un abrazo que los envolvió en todo el amor que habían guardado en silencio durante tanto tiempo. Sus labios buscaron los de él con desesperación, con la necesidad de recuperar el tiempo perdido, con el anhelo de la Chloe de quince años, aquella que había tenido el corazón roto en mil pedazos y que, finalmente, cumplía su más profundo deseo.

El beso fue una liberación, una confesión silenciosa de todo lo que habían sentido y nunca se habían atrevido a decir. Las lágrimas de Chloe seguían fluyendo, pero ya no eran lágrimas de dolor, sino de alivio, de haber encontrado al fin lo que tanto había buscado. Había amado a Mario toda su vida y, en ese momento, en sus brazos, supo que ese amor no solo era real, sino que también era mutuo.



Capítulo 27

La cabaña estaba envuelta en un silencio absoluto, roto solo por sus respiraciones entrecortadas, el sonido de sus bocas devorándose y el murmullo del viento que susurraba entre los árboles. Afuera, el sol comenzaba a ponerse y el crepúsculo se extendía como un manto de terciopelo oscuro que daba la bienvenida a las estrellas que en breve comenzarían a titilar en la inmensidad. Pero nada de aquello importaba, porque solo estaban ellos dos en aquella habitación, iluminados por la suave luz que se filtraba tenuemente a través de la ventana, bañando la estancia con una delicada claridad que cambiaba del dorado al plateado y que parecía envolverlo todo en una atmósfera íntima y serena. Mario la sostuvo con firmeza, su mano se deslizó hacia la nuca de Chloe mientras la atraía más hacia él, como si no pudiera soportar la distancia que aún los separaba. Sus labios se movían con una necesidad palpable, devorándola con un hambre que había estado latente durante años. Chloe, perdida en el torbellino de emociones que el beso le provocaba, correspondió con la misma pasión, y sus manos se aferraron a los hombros de Mario en busca de anclarse a la realidad.

El calor entre ellos era abrumador, cada segundo parecía intensificar la conexión que los unía, y Chloe sentía cómo su corazón latía con una fuerza desbocada. El mundo exterior había desaparecido; solo existían ellos dos, inmersos en ese beso que lo decía todo. No había prisa, pero al mismo tiempo había una urgencia, un anhelo profundo de recuperar el tiempo perdido, de expresar todo lo que habían guardado dentro de ellos durante tantos años.

Mario la envolvió entre sus brazos, como si temiera que ella desapareciera de nuevo, pero en el fondo sabía que esta vez Chloe no huiría. Porque después de todo aquel proceso, ambos comprendieron que estaban destinados a estar juntos. Dos corazones que siempre se habían pertenecido y que, finalmente, habían encontrado el camino de vuelta el uno al otro.

Tras unos instantes, se separaron, buscando un poco de oxígeno que llevar a los pulmones, mientras notaban sus corazones latir desbocados resonando en su interior.

—Chloe… —susurró él apoyando su frente sobre la de ella, todavía con los ojos cerrados.

El eco de su nombre quedó flotando en el aire, lleno de un anhelo y una pasión tan abrumadora que el corazón de ella se saltó un latido.

—Estoy aquí, Mario —respondió con la voz a punto de romperse por la emoción.

Cuando él abrió los ojos, quedó perdido en los de ella, quien lo miraba con una intensidad cargada de significado y promesas no dichas. Y en ese momento suspendido entre ellos, solo quedaba el sentimiento que los unía, indiscutible y latente, como una corriente que fluía silenciosa entre los dos.

—He soñado tantas veces con este instante que no puedo creer que sea cierto —susurró él con una voz apenas audible, llena de verdad y emoción contenida—. Dime que esto está pasando de verdad. Dime que no es un sueño.

Ansioso por tocarla de nuevo, Mario extendió la mano y rozó su mejilla con una delicadeza infinita antes de recibir una respuesta, como si quisiera asegurarse de que aquello era real. El tacto de sus dedos fue como un susurro, una caricia apenas perceptible que hizo que el aliento de Chloe se detuviera por un instante. En ese pequeño refugio de madera solo importaban ellos dos

y el amor que los había mantenido unidos a pesar de la distancia física.

Chloe, incapaz de hablar, dejó que sus ojos le transmitieran lo que sus palabras no podían expresar. Con lentitud llevó su mano hacia la de Mario, entrelazando sus dedos con los de él, sintiendo la calidez de su piel, el latido firme de su pulso. El silencio entre ellos era una conversación en sí misma, un lenguaje que no necesitaba palabras.

—No es un sueño, esto es real —dijo al fin.

Con una ternura que solo él podía mostrarle, Mario la atrajo hacia su pecho y la rodeó con sus brazos como si temiera que pudiera desvanecerse. Chloe apoyó su rostro en su hombro, inhalando su fragancia, y se permitió disfrutar de ese instante de conexión, de esa cercanía que no había sentido nunca con nadie más. La quietud de sus cuerpos era una promesa de lo que estaba por venir, una promesa de amor eterno.

Poco a poco, sus labios se encontraron de nuevo en un beso que comenzó con una suavidad reverente, como si ambos estuvieran redescubriendo el significado de su amor a través del roce de sus bocas. Sus lenguas se entrelazaron en un juego sensual, explorando cada rincón del otro, reconociéndose a pesar de los años transcurridos. Todo comenzó en un cuarto oscuro, como un juego adolescente que cambiaría sus vidas y cuyo desenlace había tardado trece años en producirse. El beso fue lento, profundo, cargado de todo el deseo y la devoción que habían guardado durante todo aquel tiempo que habían estado separados. Mario la acarició con firmeza, pero sin prisas, como si cada segundo contara para amarla. Cada movimiento era delicado; cada caricia, una declaración silenciosa de lo mucho que la adoraba, de lo mucho que significaba para él. Deslizó sus manos por la espalda de Chloe, trazando las curvas de su cuerpo y rindiéndose a la pasión que lo dominaba.

Sin separarse de él, ella respondió con el mismo fervor, sus dedos recorrieron los hombros y la espalda de Mario, como si quisiera memorizar cada centímetro de su piel. Piel que se estremecía al contacto de sus caricias, como si esta cobrase vida solo ante ella, hechizaba por un embrujo que solo Chloe conocía.

Con manos temblorosas comenzó a desabotonar su camisa, sus dedos apenas rozaban su piel, mientras Mario no apartaba la mirada de ella, cautivado por la belleza del momento. Cuando terminó con el último botón, lo miró a los ojos y se perdió en ese abismo de ternura y pasión que siempre había sentido por él. Mario la observaba de la misma manera, como si fuera la única mujer que pudiera existir en su vida.

—¿Sabes?, yo tampoco puedo creer que esto al fin esté ocurriendo. No puedo creer que estemos aquí —confesó Chloe, su voz temblaba con ligereza mientras lo miraba con un brillo emocionado en los ojos—. Después de todo lo que hemos pasado, finalmente, estamos juntos.

Mario sonrió, esa sonrisa que solo reservaba para ella, una sonrisa que irradiaba amor puro.

—De algún modo inexplicable, siempre supe que terminaríamos así —respondió él, inclinándose para besarla de nuevo—. Era solo cuestión de tiempo. Nunca tuve la menor duda.

El beso que siguió fue más profundo, más urgente, como si el deseo que ambos habían contenido durante tantos años por fin los reclamara. Chloe sintió cómo el cuerpo de Mario reaccionaba al suyo, cómo la envolvía con su calor, con su fuerza. Sus labios se movían con una delicadeza que la hacía estremecer, mientras sus manos viajaban por su piel, encendiendo cada rincón que tocaban.

La llevó hacia la cama con una suavidad que parecía calculada, como si todo fuera parte de un delicado ritual de entrega. Chloe, todavía con el corazón desbocado, se dejó guiar por él y permitió que la desnudara con la misma reverencia con la que la miraba. Cada prenda que caía al

suelo era como un símbolo de las barreras que se derrumbaban entre ellos, de las dudas y los miedos que, al fin, desaparecían por completo.

Cuando ambos quedaron desnudos, Mario la contempló como si fuera la visión más hermosa que jamás hubiera visto. Chloe, al sentir la intensidad de su mirada, sonrió con timidez, pero no apartó los ojos de los suyos. En ese momento no había espacio para la vergüenza, solo para el amor que los envolvía.

—Eres tan hermosa… —murmuró él, acariciando su mejilla antes de inclinarse sobre ella y besarla en la frente con adoración—. A mis ojos siempre has sido la chica más increíble del mundo, Chloe. —A continuación, depositó un ligero beso en la punta de su nariz, después en la mejilla derecha y, por último, en la mejilla izquierda antes de devorar sus labios de nuevo.

Se acostaron en la cama, sus cuerpos entrelazados en una unión perfecta, como si siempre hubieran pertenecido el uno al otro. El contacto de su piel con la de él era un bálsamo, un recordatorio de que, a pesar de todo, estaban destinados a estar juntos. Mario la besaba con ternura, expresando su amor en cada gesto, y Chloe respondía con el mismo fervor, con el mismo deseo de entregarse por completo.

—¡Aahh…! —siseó Chloe cuando la lengua de él rodeó uno de sus pezones al mismo tiempo que su cuerpo se arqueaba.

Sentir esa humedad caliente sobre su pecho le produjo un cosquilleo que la atravesó por completo y fue directo hasta su entrepierna.

A continuación, Mario introdujo uno de esos pequeños botones en su boca y lo succionó con firmeza, mientras su mano avanzaba por su cuerpo y se detenía muy cerca de su sexo.

—¿Te gusta? —le preguntó, a la vez que introducía dos de sus largos dedos dentro de ella.

—Síií… —jadeó Chloe con los ojos cerrados y disfrutando de aquella gloriosa sensación.

Él sonrió al sentirla húmeda y preparada, y comenzó a frotar con el dedo pulgar su clítoris. Con los labios entreabiertos y la respiración agitada, Chloe se retorcía bajo sus caricias, incapaz de mostrar ningún atisbo de fuerza de voluntad.

El tiempo pareció detenerse mientras hacían el amor, sus cuerpos moviéndose en perfecta armonía, cada caricia, cada susurro, cargados de un significado más profundo que las palabras podían expresar. No era solo un acto físico; era una comunión de almas, un reencuentro que había tardado demasiado en llegar. En cada movimiento, en cada mirada, estaba presente el amor que los había unido desde el principio; un amor que había superado todas las pruebas y que, finalmente, había encontrado su lugar.

Chloe se aferró a él, sintiendo cómo el placer los envolvía, pero también cómo el amor lo llenaba todo. No había urgencia, solo la certeza de que estaban donde debían estar, juntos, en ese instante perfecto.

—Necesito tenerte dentro —balbuceó a punto de llorar, llevada por la frustración.

Él se inclinó un poco sobre ella y le susurró al oído.

—Tranquila, cariño, no tenemos prisa.

—Mario…, por favor… —suplicó.

Él atrapó de nuevo sus labios y le hizo el amor a su boca con la lengua de forma lenta y precisa. Cuando quedó satisfecho, marcó un camino de besos y mordiscos que fueron bajando por su mandíbula, cuello y clavícula hasta atrapar de nuevo uno de sus pechos y hacerla enloquecer hasta límites insospechados.

Chloe se perdió en las caricias y besos con los que Mario plagaba su cuerpo, como si él no quisiese dejar ni un centímetro sin saborear, sin palpar. Su lengua dejó un surco ardiente en su

piel que parecía marcarla a fuego, como si su misión fuera acabar con su cordura.

—¡Oohh…, Dios mío! —gimió cuando él le abrió los muslos y se colocó entre sus piernas.

Mario abrió los pliegues de su sexo y pasó la lengua por toda su longitud, hasta alcanzar la pequeña protuberancia que palpitaba dura y excitada ante él. La respiración de Chloe era errática, sentir su cálido aliento y la humedad de su lengua en un punto tan estimulado enviaba ondas de placer que la atravesaban por completo. Notó cómo su bajo vientre comenzaba a contraerse, síntoma de que en breve necesitaría liberar toda esa tensión que crecía dentro de ella como un torbellino.

—Mario, voy a correrme…

Sin previo aviso, él volvió a meter sus dedos dentro de ella e intensificó los movimientos mientras observaba con atención cómo Chloe perdía el aliento y su rostro se contraía ante el inminente final. Verla alcanzar el orgasmo siempre había sido una de sus más locas fantasías, y vivir ese momento casi hizo que él mismo se dejara ir.

Los espasmos de placer recorrieron el cuerpo de Chloe, haciendo que cerrara sus puños sobre el cobertor de la cama y sintiera todo su mundo desvanecerse. Implacable, Mario lamió ese hinchado botón hasta que ella lo obligó a parar agarrándolo del pelo, incapaz de soportar tanto placer. Tras lo cual, él se alzó sobre sus brazos y se colocó sobre ella para reclamar su boca de nuevo, al mismo tiempo que le susurraba una y otra vez lo hermosa que era.

Sin darle casi tiempo a bajar de su nube, Chloe respondió a ese beso y agarró el rostro de Mario mientras sentía su erección dura y poderosa palpitar contra su sexo. El beso se hizo más profundo, más intenso, como si ambos estuvieran consumidos por la necesidad de fundirse en uno solo. Chloe se aferró a Mario, sus dedos se enredaron en su cabello, mientras sus labios se movían al unísono, como si fueran dos piezas de un rompecabezas que por fin encajaban.

Tras unos instantes, él abandonó su boca. Sus ojos, oscuros y profundos, la observaron con una mezcla de deseo y súplica, como si le estuviera costando la vida entera contenerse. Chloe lo miraba con la misma intensidad, su pecho subiendo y bajando ligeramente, atrapada en ese instante en el que todo pareció detenerse. Sus manos recorrieron la curva de su espalda, arañando con suavidad la piel que se estremecía bajo sus caricias. Podía sentir el latido del corazón de Mario contra su pecho, fuerte y constante, y en ese ritmo compartido, encontró una paz que nunca, antes, había conocido. En ese momento lo supo: estaba en el lugar correcto, con la persona adecuada.

—Te amo —dijo al fin.

Mario contuvo el aliento, había esperado tanto tiempo poder escuchar esas dos palabras que sus ojos se humedecieron de la emoción. Sintió lo importante y crucial que era para ella desnudar su alma en ese instante, y apreció ese mágico y vulnerable momento surgido entre los dos en lo más profundo de su ser. La confesión de Chloe flotó en el aire, cargada de una franca espontaneidad que hizo que Mario sintiera una dulce calidez formarse en su pecho y que, a continuación, se expandió por todo su cuerpo hasta arremolinarse en su estómago. La emoción en su voz, el temblor de sus palabras, era como una melodía que él había anhelado escuchar toda su vida. La miró, grabando cada detalle de su rostro en su memoria: la manera en que sus ojos brillaban con las lágrimas contenidas, la suave curva de sus labios que temblaban por la emoción y la valentía que emanaba de su mirada.

—Yo también te amo, Chloe —confesó, sus palabras estaban cargadas de una efusión que la dejó sin aliento—. Te amo de una manera que nunca imaginé que sería posible amar. Desde el primer día has sido tú, siempre has sido tú. Cada sonrisa, cada mirada, cada palabra que has

dicho, cada instante compartido… Todo me ha llevado a este momento, a este lugar… Encontrarme entre tus brazos es como regresar a mi hogar, mi refugio, el único lugar en el que soy de verdad feliz.

Las lágrimas también acudieron a los ojos de Chloe y el muro que había erigido desde pequeña se derrumbó por completo ante sus palabras. Ella estaba allí, vulnerable y abierta, ofreciéndole su corazón sin reservas. Ese corazón que había protegido durante tanto tiempo, que había mantenido resguardado por miedo a sufrir, ahora latía con fuerza en sus manos.

—Siempre he tenido miedo de que, si alguna vez amaba a alguien, el amor acabaría destruyéndome como lo ha hecho con mis padres —reveló, entregándose por completo, sin ningún tipo de fisuras, confiando en él de una forma que jamás había hecho con nadie—. Pero ahora sé que nuestra historia es diferente, que nuestro amor podrá perdurar para siempre, porque las pruebas por las que hemos pasado me dicen que no habrá nada que pueda separarnos. Tú eres diferente, Mario, siempre lo has sido. Contigo siento que puedo ser yo misma, con mis miedos, con mis cicatrices, y aun así, tú me miras como si fuera lo más hermoso que hubieras visto.

—Porque lo eres —afirmó él, su voz cargada de ternura—. Eres lo más hermoso que la vida me ha regalado, Chloe. Cada parte de ti, incluso las partes que crees que nadie podría amar, son las que me han enamorado. Y te prometo que voy a estar aquí, a tu lado, para demostrarte que no hay nada en este mundo que merezca la pena si no es contigo.

Una lágrima solitaria se deslizó por la comisura del ojo de Chloe y rodó libre por su mejilla hasta desaparecer entre su cabello.

—No sé qué hice para merecerte —murmuró ella con la voz entrecortada—. Pero prometo amarte cada día de mi vida, prometo que no dejaré que el miedo nos aleje nunca más.

Mario la miró a los ojos y se permitió sonreír; una sonrisa cargada de amor y esperanza.

—No tienes que prometerme nada, Chloe, porque ya me has dado lo más importante: tu corazón. Y te juro que lo cuidaré con todo lo que soy, porque amarte es lo único que sé hacer, lo único que quiero hacer durante el resto de mi vida.

Ella, incapaz de contenerse, acercó su cabeza para fundirse con sus labios en un beso que selló su promesa. Fue un beso que contenía todo lo que no podían expresar con palabras: la intensidad de sus sentimientos, la devoción que se tenían y la certeza de que, a pesar de todo lo que habían pasado, habían encontrado su hogar el uno en el otro.

Y en ese beso, en ese acto tan simple y a la vez tan cargado de significado, Chloe y Mario comprendieron que su amor no era perfecto, pero era real, y eso era lo que lo hacía tan poderoso. Porque al final del día no eran las palabras, ni las promesas ni las confesiones, lo que importaba. Era el hecho de que, pesase a quien pesase, siempre se elegirían frente a los demás. Una y otra vez.

Chloe apretó las nalgas de Mario, invitándolo a entrar, a tomar posesión de su cuerpo, y él no rechazó su regalo. Se deslizó en la sedosidad de su interior y un gruñido escapó de su garganta al notar el calor envolver su miembro. Se detuvo durante un segundo a la vez que apretó los dientes con fuerza, cerró los ojos y apoyó la frente sobre la de ella en un intento por no terminar antes de tan siquiera empezar.

—Chloe…, no creo que aguante mucho más… —siseó, avergonzado en cierta forma, pues jamás nadie lo había llevado hasta ese extremo de excitación.

La respuesta de ella fue alzar las caderas para que él pudiera llenarla por completo. Él abrió los ojos mientras una gota de sudor se formaba en su frente, y la sonrisa lujuriosa que Chloe le dedicó derribó toda precaución por su parte. Mario se enterró en ella una y otra vez, moviéndose

al unísono, sus cuerpos como una sola entidad. Las acometidas se volvieron más intensas, más salvajes, hasta llevarlo al borde de la locura, transportado por el deseo hasta el filo de un precipicio repleto de sensaciones tan placenteras que creyó morir de placer.

Mario notaba la sangre fluir por sus venas de forma vertiginosa, las palpitaciones de su corazón golpear contra su pecho. A medida que la pasión se intensificaba, sus cuerpos se movían en consonancia, buscando un ritmo propio. Con cada embestida sentía cómo su cuerpo se estremecía, y gruñidos de placer escapaban de sus labios. A su vez, se perdía en la inmensidad de ese amor, en la belleza de Chloe y en la conexión tan profunda que habían forjado a pesar del tiempo y la distancia. Y todo terminó cuando sintió los espasmos del segundo orgasmo de ella bajo su cuerpo. Cuando Chloe gritó su nombre, él también alcanzó la liberación y se dejó ir por completo.

Al finalizar, ambos quedaron tendidos en la cama, abrazados, recuperando el aliento, agotados, felices y satisfechos. Mario la envolvió entre sus brazos, sus labios rozando su frente en un gesto de ternura infinita. Chloe cerró los ojos, sintiendo el latido de su corazón contra el pecho de él, y supo, con una certeza que nunca, antes, había sentido, que estaban donde siempre debieron estar.



Capítulo 28

Chloe no supo cuánto tiempo había pasado, pero cuando abrió los ojos la suave luz del amanecer ya se filtraba a través de las ventanas, bañando la habitación con un resplandor dorado. Aún envuelta en la calidez del sueño, giró la cabeza y lo vio. Mario, profundamente dormido a su lado, su respiración pausada y tranquila, como si el mundo entero no existiera más allá de ellos dos.

Una sonrisa tierna y llena de admiración se dibujó en los labios de Chloe mientras lo observaba. Era tan condenadamente guapo, pensó, y se preguntó cómo había logrado resistirse durante tanto tiempo a esa atracción que ahora le parecía inevitable. Sus ojos se deslizaron con lentitud por su rostro, recorriendo cada línea, cada detalle que hacía que Mario fuera tan único para ella.

Las pestañas de él, largas y oscuras, creaban un delicado sombreado sobre sus pómulos, y Chloe se encontró maravillada por la suavidad de ese detalle, que contrastaba con la firmeza de su rostro. La perfección de su nariz recta, la curva tentadora de sus labios que todavía mostraban un leve rastro de la sonrisa que había compartido con ella la noche anterior… Todo en él parecía haber sido esculpido para atraerla. Y luego estaba su mandíbula, fuerte y definida, un rasgo que Chloe encontraba tan varonil que le robaba el aliento.

Sus ojos continuaron su recorrido bajando por su cuello, y allí estaba la nuez de Adán, esa pequeña parte que Chloe había descubierto que adoraba. Hubiera dado lo que fuera por inclinarse y dejar un suave beso justo allí, para sentir la textura de su piel bajo la lengua. Pero no fue solo eso lo que la cautivó; sus ojos viajaron aún más abajo y se detuvieron en su pecho firme, en los músculos definidos que se movían con cada respiración. Recordó cómo, la noche anterior, sus manos habían explorado ese mismo torso, notando cómo cada fibra de su cuerpo respondía a su tacto, cómo habían compartido el momento más íntimo de sus vidas.

Era un hombre fuerte, atractivo, y de repente Chloe sintió que el deseo la envolvía de nuevo, un deseo que era tan profundo como el amor que sentía por él.

—¿Te gusta lo que ves? —La voz ronca de Mario la arrancó de sus pensamientos, y Chloe dejó escapar un pequeño jadeo de sorpresa.

Él no abrió los ojos, pero la sonrisa traviesa que apareció en sus labios le dijo que había estado despierto el tiempo suficiente para notar cómo lo observaba. Chloe, todavía recuperándose del susto, hizo un esfuerzo por recuperar la compostura.

—No está mal —respondió, fingiendo indiferencia, aunque sus ojos seguían bebiendo de cada detalle de su cuerpo, de esa estrecha cintura, las líneas esculpidas de sus abdominales y sus largas y musculosas piernas. Recordó la manera en que se había movido sobre ella, el peso de su cuerpo, la seguridad con la que la había amado, y un rubor cálido se extendió por sus mejillas al pensar en el placer que había experimentado la noche anterior.

Mario dejó escapar una risa suave, aún con los ojos cerrados, y la atrajo más hacia él para envolverla en sus brazos como si nunca quisiera dejarla ir. La cercanía de sus cuerpos, el calor que compartían, la hizo sentir segura, protegida, y en ese momento Chloe supo que no quería estar en ningún otro lugar que no fuera entre sus brazos.

—Me alegra saberlo —murmuró él apretando su abrazo, como si quisiera asegurarse de que

ella era real, de que el momento que compartían no era solo un sueño—. Porque no pienso dejar que te vayas nunca.

Chloe levantó la cabeza y se encontró con los ojos de Mario, que ahora estaban abiertos, mirándola con una intensidad que la dejó sin aliento. En esos ojos oscuros vio reflejado el amor, la devoción y algo más: la certeza de que, a pesar de todo lo que habían pasado, estaban destinados a estar juntos.

—No quiero irme a ningún lado —susurró ella, y se sorprendió de lo fácil que fue decirlo, de lo natural que se sintió admitir lo que siempre había sabido en lo más profundo de su ser.

Mario la miró con ternura y, sin decir nada más, inclinó la cabeza y dejó un suave beso en su frente, un beso que fue más que un simple gesto.

—Voy a tatuarme esa frase —dijo tras dejar salir un ligero suspiro de satisfacción—. Para que no se te olvide nunca y la recuerdes cada vez que estemos juntos.

La comisura de la boca de Chloe se ensanchó hasta hacerse hueco y surgir juguetona en su rostro.

—¿Harías eso por mí?

—Haría cualquier cosa por ti, Chloe —afirmó rotundo—. Siempre, en esta vida y en la otra, sin dudarlo ni un solo segundo.

Ella parpadeó, tratando de asimilar la magnitud de las palabras que él acababa de pronunciar. Notaba un nudo en la garganta; un nudo que amenazaba con desatarse en lágrimas que no serían de tristeza, sino de pura y abrumadora emoción. Las palabras que Mario había dicho, tan sencillas y a la vez tan poderosas, la habían alcanzado en lo más profundo de su ser. En todo ese tiempo, en todas esas noches en las que se había sentido tan sola, jamás imaginó que su sueño pudiese hacerse realidad, y que el hombre al que había amado por tantos años también podía amarla con la misma intensidad.

Un agradable silencio se instaló entre ellos; un silencio que se negaban a romper, como una forma de alargar el tiempo que todavía les quedaba hasta tener que regresar a Madrid.

—¿En qué piensas? —preguntó él, tras unos minutos, agarrando su pierna para colocarla encima de su cadera.

—Si te soy sincera, pensaba en Blanca —admitió.

Mario recorrió con la yema de los dedos la suave piel de su pantorrilla y subió con lentitud hasta acariciar su muslo en una caricia candente y sensual que erizó el vello de Chloe

—¿Por qué? —indagó, escondiendo el rostro en su cuello.

Chloe abrió la boca al sentir el caliente cosquilleo de la respiración de Mario sobre su piel.

—Es que todavía no entiendo por qué no me dijo nada cuando le reproché lo mucho que odiaba que jugase contigo —confesó—. Fui muy dura con ella cuando supe que me engañó para que fuera yo la que entrara en aquel cuarto.

—Y ahora te sientes mal —dedujo Mario, lamiendo esa zona tan sensible de su cuerpo a la vez que acariciaba el interior de su muslo y sus dedos se acercaban peligrosamente a su entrepierna.

Chloe echó la cabeza hacia atrás para ofrecerle un mejor acceso.

—¿Tú qué crees? —jadeó al sentir un conocido ardor colarse bajo su piel.

—Blanca no te lo dijo porque me lo prometió —aclaró Mario dejando un reguero de besos y mordiscos por su cuello, hombro y clavícula—, y ella siempre cumple sus promesas, para bien o para mal. Del mismo modo que a mí tampoco me dijo que fuiste tú la que me besó aquel día.

La mente de Chloe comenzó a nublarse al sentir los dedos de Mario acariciar los labios

exteriores de su sexo.

—Pero… ¿por qué? —gimió, su voz entrecortada cuando él tomó uno de sus pezones entre los labios.

Mario no respondió enseguida, ocupado como estaba en lamer, chupar y mordisquear aquel dulce botón que coronaba su pálido seno.

—Aunque no lo creas, ella siempre fue tu amiga, Chloe, y se mantuvo fiel al vínculo que habíamos creado de niños hasta el final. Pensó que podríamos solucionarlo, creyó que ambos hablaríamos y aclararíamos aquel malentendido. Pero de pronto te fuiste; abandonaste el país y la posibilidad de explicar lo ocurrido. Y, con ello, la probabilidad de que las dos hicieseis las paces se esfumó por completo.

Con un movimiento suave introdujo un dedo en ella, provocando un gemido ahogado que escapó de sus labios. Unos labios de los que él bebió de forma salvaje y activa, mientras su pelvis se movía haciendo que su pene erecto rozase su sexo.

Tras unos minutos de tortura deliciosa, Chloe empujó suavemente a Mario hasta colocarlo de espaldas. A continuación, se posicionó a horcajadas sobre él, agarró su miembro con una mano firme y lo guio hacia su entrada. La anticipación era palpable, el deseo vibraba en el aire mientras lo sentía deslizarse con suavidad en su interior. La exquisita e intensa sensación era como una descarga que recorría sus cuerpos y embotaba sus sentidos.

Un siseo escapó de los labios de Mario, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás, ahogado por la pasión y la enorme excitación que lo consumía en ese momento.

—¡Joder, Chloe! —gruñó con voz ronca y llena de deseo.

Ella lo acalló inclinándose sobre él y entregándose a un beso profundo y apasionado, explorando su boca con una urgencia que lo dejó sin aliento. Sus manos se deslizaron por su cuerpo para descubrir cada curva, cada secreto, hasta que se incorporó de nuevo y apoyó las palmas sobre su plano vientre y comenzó a cabalgar sobre su polla como una experta amazona. La sensación de sus cuerpos unidos era como una droga, adictiva y embriagadora. Con cada movimiento, cada roce, se sentía más cerca de él, más conectada.

—No sé cómo voy a lograr que me perdone —reconoció con cierta preocupación y la voz entrecortada, al tiempo que notaba una creciente tensión surgir en su bajo vientre.

Mario se incorporó y quedó sentando, a la vez que agarraba el trasero de Chloe con ambas manos y la ayudaba a moverse. Ella entrelazó los brazos alrededor de su cuello y continuó con su vaivén. La habitación se llenó de sus jadeos y gemidos, de la melodía de sus cuerpos fundiéndose por completo. Con cada embestida, la conexión entre ellos se intensificaba, haciéndoles sentir como si fueran uno solo.

—No te preocupes por eso —murmuró él contra su piel—. Blanca nunca te ha culpado de nada. Además, en estos momentos, estoy seguro de que tiene otras cosas en las que pensar.

Ella se detuvo al escucharlo.

—¿Por qué dices eso?

Él no respondió de inmediato. En cambio, dejó un suave beso en su pecho antes de mordisquear delicadamente su pezón, provocando que un escalofrío recorriera el cuerpo de Chloe. Ella dejó escapar un suspiro que le arrancó una sonrisa a Mario antes de que al fin hablara.

—Tenía una razón de peso para invitarla a venir este fin de semana —explicó, satisfecho consigo mismo por la idea que esperaba lo cambiara todo entre ellos—. Tenía que lograr que ella y Gonzalo tuvieran una excusa para estar solos. Y con la ayuda de Phoebe, ideamos un plan que

espero haya dado resultado.

Chloe tomó el rostro de Mario para obligarlo a que la mirara a los ojos.

—¿Quieres decir que Gonzalo y Blanca…? —la pregunta quedó suspendida en el aire, pues era una posibilidad que ella jamás se hubiera imaginado.

Mario asintió, sus labios se curvaron en una sonrisa encantadora mientras intentaba volver a su pequeño refugio sobre el pecho de Chloe. Pero ella, con un movimiento rápido, lo detuvo.

—Explícate —le exigió.

—¿Ahora?

Ella asintió con una firme determinación.

—Ahora.

Mario dejó salir un suspiro de pesar.

—Conozco a Gonzalo desde la universidad. Nos hicimos muy amigos y, como era natural, se lo presenté a Blanca. Al principio se llevaban bien, pero algo cambió entre ellos. En ese entonces, Blanca salía con Nacho, el futbolista, ¿lo recuerdas?

Chloe asintió con rapidez, la memoria de esa época regresó de golpe.

—Claro que lo recuerdo. Fue en su fiesta de cumpleaños donde… donde tú y yo nos besamos.

—Exacto —confirmó Mario, su mirada se volvió un poco más seria—. Después de esa noche, Blanca comenzó a salir con él. Pero a medida que Nacho subía de categoría en su equipo, su actitud cambió cuando las chicas lo esperaban a la salida de los partidos. La popularidad se le subió a la cabeza y comenzó a traicionarla, aprovechándose de la atención de otras mujeres. Se creía un Dios, el muy capullo. —Alzó la mano y colocó uno de los suaves rizos de Chloe detrás de su oreja con ternura—. Cuando ella lo mandó a paseo, no se lo tomó de la mejor forma. A mí nunca me cayó bien ese imbécil, pero lo soportaba porque a ella le gustaba —aclaró, recordando aquellos tiempos—. El caso es que le contó a Gonzalo que Blanca era una oportunista, que ella utilizaba a los hombres a su conveniencia y, como ejemplo, me puso a mí.

—¡Oh, mierda! —exclamó Chloe, arrepentida de haber pensado lo mismo.

—Nacho nunca soportó que los dos nos lleváramos tan bien —continuó—. Él siempre decía que la amistad entre un hombre y una mujer era imposible.

—Y Gonzalo lo creyó.

Mario asintió.

—Blanca estaba hasta las narices de Nacho, y uno de los motivos por los que cortó con él fue porque comenzaba a sentir algo por Gonzalo. Cuando supe lo que había ocurrido, hablé con ella, porque ambos habíamos prometido no contar nada sobre nuestro pacto para darte celos. A pesar de lo humillante que podía resultar para mí que los demás supieran mi patético intento por conquistarte, quise convencerla de que lo mejor era contarle la verdad a Gonzalo, pero Blanca no me lo permitió. Se sintió tan dolida de que él la juzgara sin tan siquiera darle el beneficio de la duda que prefirió que siguiera pensando lo peor de ella.

Asombrada, Chloe no dudó en preguntar.

—¿Por qué?

Mario la tomó por la cintura y, con un movimiento suave, la giró sobre sí misma hasta que quedó debajo de él, atrapada en su abrazo.

—Porque ella sueña con un amor tan inquebrantable como el que yo siento por ti.

Una sonrisa irónica asomó al rostro de Chloe al verlo tan pagado de sí mismo.

—Y eso te lo dijo ella misma, claro.

Todavía unidos, él empujó sus caderas para enterrarse más profundo en ella. Y dejó escapar una risa baja, íntima, que hizo que Chloe sintiera un cosquilleo recorrer su piel.

—¿Acaso lo dudas?

Ella lo atrajo hacia sí, sus labios se encontraron en un beso suave, lleno de promesas.

—Y dime… —murmuró contra su boca, mientras sus dedos se enredaban en el cabello de su nuca y lo atraía aún más cerca, como si necesitara sentirlo para poder respirar—, ¿cuál es ese maravilloso plan que has urdido con mi mejor amiga?

Mario sonrió sobre sus labios, sus ojos brillaron con un destello pícaro. Aumentó la profundidad de sus envites, provocando que Chloe arqueara la espalda y dejara escapar un jadeo entrecortado

—En realidad —comenzó a decir en voz baja y ronca—, mi idea es que de este fin de semana salgan tres parejas.

La respiración de Chloe se volvió más pesada y, por un momento, no supo si era por el ritmo de sus movimientos o por la intensidad de lo que estaba escuchando.

—¿Tres parejas? —repitió, apenas capaz de formar las palabras mientras su mente se nublaba por la sensación de tenerlo tan dentro de ella—. ¿De verdad crees que podrás conseguirlo?

Mario soltó una risa suave, sus labios viajaron hasta su oreja, donde dejó un rastro de besos cálidos que la hicieron estremecerse mientras no dejaba de mecerse en su interior.

—A pesar de que es muy pronto para sacar conclusiones, he visto cómo se miran Fredy y Phoebe, y creo que ahí podría haber algo —susurró, su voz como un suspiro contra su piel—. Así que le propuse a tu amiga que invitara a tu vecino a la Comic-Con que se celebra en Madrid este fin de semana, como la excusa perfecta por si tú decidías mandarme al infierno y llamarla para que viniera a recogerte, y de ese modo darles tiempo para conocerse.

Chloe lo contempló orgullosa mientras sentía cómo el calor se extendía por su cuerpo.

—Eres un hombre de muchos recursos, ¿lo sabías? —susurró, rozando sus labios con los de él, consciente de la tirantez que crecía de nuevo en su interior.

Él la miró, y en sus ojos se reflejaba todo lo que sentía por ella: deseo, ternura, amor y una devoción que Chloe jamás había visto antes. Era como si, en ese momento, quisiera dejarle claro que ella era su «todo» en ese mundo.

—Solo cuando se trata de ti, Chloe —respondió con voz grave, sus palabras cargadas de sinceridad, sin desviar la atención de su rostro, como si quisiera grabar ese momento en su memoria—. Porque, por ti, siempre haría lo que fuera. Incluso planear un fin de semana entero para que, al final, te quedases a mi lado.

Chloe no supo muy bien cómo fue capaz de realizar la siguiente pregunta. Sus gemidos más intensos anunciaban una pronta liberación.

—¿Y Gonzalo…? —balbuceó, su voz entrecortada por el torrente de sensaciones que recorría su cuerpo. Apenas podía concentrarse, ya que Mario no dejaba de moverse dentro de ella, llenándola una y otra vez de una manera que la hacía olvidar dónde terminaba ella y dónde comenzaba él.

Mario apretó los dientes, su propio cuerpo temblaba por la intensidad de lo que estaba sintiendo. Cada movimiento, cada caricia, los acercaba más a un punto sin retorno, y la forma en que Chloe se entregaba a él era como un combustible que avivaba aún más el fuego que ardía en su interior.

—En cuanto decidí romper mi promesa, hablé con él. —Su voz tensa por el esfuerzo de

mantenerse enfocado—. Le conté toda la verdad, con la esperanza de que, al fin, se diera cuenta de lo que siente por Blanca. Ella me confesó que tenía pensado dejar a Milo… Así que, si ambos quieren estar juntos, ahora no hay nada que se lo impida.

Las palabras de Mario se desvanecieron en el aire y se perdieron en el espacio entre ellos, porque, para Chloe, nada más importaba en ese momento. Todo pensamiento, toda duda, se disipó y la dejó únicamente con la realidad de sus cuerpos entrelazados, el calor que los envolvía y el deseo que los consumía como un fuego que amenazaba con arrasarlo todo.

—Mario… —susurró, sintiendo cómo el placer se intensificaba con cada embestida, cada movimiento que la acercaba más a la cima—. No puedo… Oh, Dios… voy a…

Él la miró con fijeza a los ojos, como si quisiera asegurarse de que estuvieran juntos en ese momento, de que fueran uno solo. Y con un último empuje, un último suspiro compartido, la llevó al borde del abismo y la guio hacia la liberación que los envolvió a ambos.

—Estoy contigo, Chloe —susurró con voz ronca y entrecortada por la emoción—. Siempre estaré contigo.



Capítulo 29

Mario salió del ascensor ajustándose la solapa de su impecable esmoquin alquilado, sintiendo el roce del tejido fino contra sus dedos. Caminó hasta la puerta del apartamento de Chloe, donde su corazón parecía latir con más fuerza a medida que avanzaba. Habían pasado siete días desde aquel fin de semana en el *camping*; una semana que le había parecido un sueño del que temía despertar. Sonrió al recordar la confesión de sus sentimientos, esa tarde en la que todo cambió para ellos, pero su sonrisa se desvaneció cuando miró hacia la puerta del apartamento de enfrente. El vecino, siempre atento, parecía haber desaparecido de la faz de la Tierra. Algo inquieto, Mario arrugó el ceño y se quedó un momento en silencio, a la espera de escuchar algún ruido que indicara que Fredy estaba allí, como siempre. Pero no hubo nada. Una inquietud sutil se instaló en su pecho y, sin pensarlo mucho, giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta colindante. Tocó el timbre y, mientras esperaba, se balanceó ligeramente sobre los talones, un gesto que delataba su impaciencia.

La puerta se abrió con un chirrido y allí estaba Adela, con ese inconfundible brillo de picardía en sus ojos que siempre lograba descolocarlo. Ella lo recorrió con la mirada, apreciando cada detalle de su esmoquin, como si evaluara la elegancia de su atuendo.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó con una sonrisa amplia, cargada de admiración—. Pero mira a quién tenemos aquí.

—Buenas tardes, Adela, ¿qué tal estás? —Mario respondió con amabilidad, esbozando una sonrisa mientras intentaba mantener la compostura bajo la mirada traviesa de la mujer.

Una sonrisa socarrona apareció en el rostro de ella, y él sintió un leve rubor en las mejillas. Nunca se acostumbraría a ese flirteo descarado por mucho empeño que le pusiese.

—Ahora que te veo, mucho mejor —respondió ella alisándose un mechón de cabello que había escapado de su peinado, un gesto con aire coqueto.

Mario soltó una risa incómoda, rascándose la nuca. Adela, de un modo u otro, siempre lograba sacarle los colores.

—Me alegra saberlo —respondió, intentando sonar natural.

La madre de Fredy se apoyó en el marco de la puerta, sus ojos sin apartarse ni un segundo de él.

—¿Vienes a verme a mí, así, tan guapetón? —preguntó, señalándolo con el dedo y entornando los ojos con diversión.

Mario carraspeó, sintiendo que el aire se volvía más pesado a su alrededor. Esa mujer tenía el don de ponerlo nervioso, aunque él no quería admitirlo.

—En realidad, venía a ver cómo está Fredy —confesó tras aclararse la voz, en un intento de volver al motivo que lo había llevado allí—. Desde el fin de semana pasado no he vuelto a saber de tu hijo. Y como hace un par de días que me mudé a mi apartamento, no he tenido oportunidad de hablar con él.

Adela lo observó en silencio durante unos segundos, sus labios se curvaron en una sonrisa más cálida al pensar en su hijo.

—Mi Fredy está bien, cielo —le aseguró con dulzura, dándole un golpecito en el brazo, como si quisiera tranquilizarlo. Y a continuación bajó la voz y se tapó la boca con la mano para

que nadie la escuchara—. La verdad es que está algo ocupado últimamente. Desde que volvió de ese fin de semana, ha estado un poco distraído, ya sabes, cosas de chico enamorado.

Mario arqueó una ceja, la curiosidad se despertó en su interior.

—¿Enamorado, dices?

Adela asintió con su expresión iluminada, como si compartiera un secreto muy especial.

—Oh, sí. Lleva casi una semana encerrado en su habitación, hablando todos los días por el ordenador con aquella joven encantadora, la amiga de Chloe, la de las rastas y una sonrisa preciosa.

Mario dejó escapar una carcajada, al sentir cómo la tensión se disipaba por completo. No podía esperar para contarle a Chloe las novedades sobre su vecino y Phoebe. La situación parecía aún más perfecta de lo que había planeado.

—¿En serio?

—Y tan en serio —admitió la mujer—. Me tiene prohibida la entrada, con eso te lo digo todo. Y se pone muy nervioso cuando le pregunto por ella. Además, ha decidido ponerse a dieta y comer más sano, y quiere hacerse un cambio de imagen. ¿Qué te parece ese milagro?

El pecho de Mario tembló ante la risa satisfecha que salió espontánea.

—Bueno, me alegra saber que está bien —dijo, dedicando a Adela una sonrisa genuina.

—Y a mí me alegra que hayas venido a verme, guapetón. No todos los días puedo recrearme la vista con tanta belleza. —Mario volvió a rascarse la nuca con timidez y bajó los ojos al suelo —. Ve y recoge a Chloe, anda, no la hagas esperar más. —Le lanzó un guiño para despedirse con ese aire encantador que la caracterizaba—. Por cierto, dile que quiero todos los detalles de vuestra cita. ¡Y nada de saltarse la parte romántica, eh!

Mario dejó escapar una risa ligera, inclinándose respetuosamente para despedirse de Adela. Mientras caminaba de nuevo hacia la puerta de Chloe, sintió cómo la emoción lo embargaba por completo. El corazón le latía con tanta fuerza que casi podía escuchar el ritmo acelerado en sus oídos. Esa noche era especial, más que cualquier otra; sería la primera vez que aparecerían juntos en público como pareja en la fiesta de la empresa, y la anticipación de ese momento le recorría el cuerpo como un torrente.

Cuando la puerta del apartamento se abrió y la figura de Chloe apareció ante sus ojos, Mario se quedó sin aliento. Cualquier adjetivo que pudiera pensar parecía inadecuado, insuficiente. La palabra «hermosa» no hacía justicia a lo que veía. Chloe era un sueño hecho realidad, una visión tan radiante que le resultaba difícil creer que estuviera ahí, frente a él.

—¿Estás bien? —preguntó ella, alzando ambas cejas al verlo petrificado en el umbral de la puerta, como si se hubiera convertido en una estatua.

Él apenas pudo responder, sus palabras se quedaron atrapadas en su garganta, incapaz de articular un pensamiento coherente.

—No sabría decirte —musitó al fin, su voz apenas era un susurro cargado de admiración.

Chloe frunció el ceño, ligeramente desconcertada por su reacción. Vestida con un elegante vestido de fiesta que se ceñía a su cuerpo en el lugar exacto, realzando cada curva, su apariencia era, sencillamente, perfecta. La tela del vestido caía con gracia, acariciando su figura mientras dejaba al descubierto sus hombros, donde la piel brillaba suave bajo la tenue luz de la entrada.

—¿No me veo bien? —preguntó con una nota de inseguridad en la voz.

Mario, quien había olvidado por completo cómo respirar, inspiró profundo para llenar sus pulmones con el aire que tanto necesitaba. Se obligó a reaccionar, a volver a la realidad, aunque la verdad era que no quería salir del trance en el que se encontraba. Los rizos delicados del

cabello de Chloe estaban recogidos a un lado, cayendo en cascada sobre su hombro desnudo, y el maquillaje sutil pero impecable realzaba sus rasgos, haciéndola parecer una diosa.

—No tengo palabras —acertó a decir. Y era cierto, no había palabras en el diccionario que pudieran describir lo que ella le hacía sentir.

Chloe sonrió, satisfecha con su reacción, y la expresión en su rostro era tan luminosa que, por un instante, Mario sintió que todo a su alrededor se desvanecía.

—Voy a por mi bolso —anunció antes de girarse para regresar al interior de su apartamento.

Mario asintió, reacio a apartar la mirada de ella mientras se alejaba. Por tercera vez en cuestión de minutos se llevó la mano a su nuca para rascársela con nerviosismo, como si ese pequeño gesto pudiera aliviar la intensidad de las emociones que lo envolvían. Cada fibra de su ser estaba tensa, lista para estallar en cualquier momento. Había estado a un segundo de perder la compostura, de arrastrarla hacia él y besarla con un deseo tan primitivo y desesperado que le haría olvidar el mundo a su alrededor. Quería perderse en ella, sentirla bajo sus manos y recorrer cada centímetro de su piel hasta que ambos olvidaran dónde terminaba uno y comenzaba el otro.

Pero un par de ojos felinos lo observaban con interés desde el otro lado del umbral. Mr. Mochi estaba sentado sobre sus cuartos traseros, mirándolo con una mezcla de curiosidad y desdén, con sus ojos dorados fijos en Mario como si lo juzgara por sus pensamientos impuros.

—No me mires así —murmuró entre dientes, estudiando al gato con una sonrisa que revelaba su frustración—. Me gustaría ver cómo reaccionarías tú si una gatita sexi y encantadora te hiciera perder la cabeza de ese modo.

Mr. Mochi simplemente parpadeó, como si considerara a Mario un caso perdido, y luego desvió la mirada con la arrogancia propia de un rey en su trono.

Mario dejó escapar una risa suave, sacudiendo la cabeza, consciente de lo ridículo que debía de parecer al hablarle al gato de Chloe. Sobre todo, cuando este se levantó y desapareció de su vista hacia el interior, caminando con elegancia y parsimonia, como si no valiera la pena perder su valioso tiempo con él.

«Capullo», maulló Mr. Mochi alejándose con la cola en alto.



El murmullo animado de la gente llenaba el salón. Los camareros, impecables en sus uniformes, se deslizaban con bandejas cargadas de canapés delicadamente decorados y copas de champán que brillaban bajo la suave luz de las lámparas. El ambiente era una mezcla de risas, conversaciones y susurros acerca de los entresijos del mundo empresarial y los secretos del espectáculo. Entre los presentes se percibía ese aire de sofisticación que solo las grandes reuniones podían ofrecer, donde personas de todos los ámbitos se entrelazaban, compartiendo experiencias e impresiones.

Chloe y Mario llevaban apenas unos minutos en la fiesta cuando vieron a Gonzalo acercarse entre la multitud, su era expresión relajada, pero con un toque tenso que Chloe no pudo pasar por alto. Había estado deseando hablar con él durante toda la semana, preguntarle lo que llevaba días rondando en su mente, pero temió parecer entrometida. Al verlo solo, su desilusión fue evidente.

—¿Vienes solo? —indagó, esforzándose por que su tono sonara casual, aunque no pudo evitar que una leve decepción se filtrara en sus palabras.

Gonzalo, con una actitud despreocupada, tomó un sorbo de su copa, haciendo un gesto casi

teatral de indiferencia.

—Eso parece —respondió serio. Sabía lo que Chloe se moría por preguntar, pero no tenía intención de ofrecer ninguna explicación a mayores sobre ese tema.

Mario, que había estado observando la interacción con una ceja arqueada, no pudo evitar intervenir con un tono de diversión en la voz.

—Vas a tener que currártelo mucho, lo sabes, ¿verdad?

Gonzalo lo sabía, vaya si lo sabía, pero solo se limitó a encogerse de hombros con una calma que contrastaba con la velada advertencia en las palabras de su amigo.

—Lo sé —respondió, tomando otro sorbo de su champán como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Es lo mínimo que te mereces después de todo lo que le has hecho pasar —añadió Mario, evidentemente del lado de Blanca.

El editor de sonido sonrió con esa media sonrisa que solo utilizaba cuando quería evitar revelar sus emociones demasiado pronto. Levantó la copa una vez más con aire pensativo.

—Lo sé —repitió, sus ojos brillaban con una mezcla de determinación y audacia.

Mario escondió una sonrisa de alivio al ver lo bien que su amigo estaba manejando la situación. Sabía que Gonzalo no era de los que se dejaban intimidar por los retos, pero también sabía que el asunto con Blanca era algo que podía manejar con facilidad.

—Me alegro de que lo lleves así —murmuró con un toque cómplice en su voz.

—Lo sé —dijo Gonzalo por cuarta vez, en esa ocasión, con un tono más suave, más cargado de significado.

—¿Es lo único que vas a decir esta noche? —interrogó Mario, ya que la actitud enigmática y chulesca de su amigo empezaba a irritarlo.

Gonzalo abrió la boca para responderle, pero la volvió a cerrar al detectar su malestar y conseguir con ese acto importunarlo más. Mientras tanto, Chloe, quien había estado observando la interacción en silencio, por fin intervino con una tristeza sutil en su mirada, lamentando no poder hacer más por ayudar a su compañero de trabajo.

—Yo me ofrecería a hablar con ella —dijo sincera—, pero ya sabes que nuestra relación no pasa por su mejor momento.

Gonzalo la miró, y en sus ojos se reflejaba una gratitud silenciosa que no necesitaba muchas palabras para ser entendida. Le dedicó una sonrisa cálida, una de esas que transmiten un afecto y respeto sincero, y asintió.

—Lo sé —respondió, su tono más suave, agradeciendo su disposición a pesar de las circunstancias. Y tras escuchar el fuerte bufido de Mario, el cual le arrancó una sonrisa satisfecha, continuó—: Y te lo agradezco mucho.

Mario, observando esa pequeña interacción de complicidad entre los dos, no pudo evitar torcer ligeramente los labios. No era que estuviera celoso, pero ver cómo esa conexión silenciosa se manifestaba entre ellos lo hizo sentir algo incómodo. Y de algún modo, como si su amigo le leyese la mente, Gonzalo añadió:

—Tranquilo, colega. Chloe dejó de interesarme en cuanto me di cuenta de la manera en que te miraba —confesó, con una honestidad que lo desarmó—. Enseguida supe que no tenía nada que hacer, aunque quisiera.

Ella, sorprendida por sus palabras, abrió la boca al captar el modo en que Mario se hinchaba con orgullo, como un pavo real que acaba de desplegar todas sus plumas. Con un gesto instintivo, él la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí, dejando claro que, aunque confiaba en

Gonzalo, no dejaría pasar la oportunidad de marcar su territorio.

Chloe rodó los ojos con una mezcla de ternura y exasperación, a punto de lanzar un comentario ingenioso para bajarle los humos a Mario, pero justo en ese instante algo captó su atención. Una figura femenina, elegante y llena de presencia, avanzaba con paso firme hacia ellos. Cada movimiento de Blanca irradiaba confianza y distinción, su porte impecable atrajo todas las miradas. Era innegable lo impresionante que lucía esa noche.

La sonrisa de Gonzalo se desvaneció de golpe al verla, y sus ojos, que momentos antes habían brillado con su habitual despreocupación, se suavizaron con una mezcla de amor y admiración. No había necesidad de palabras; su expresión lo decía todo. Blanca representaba mucho más de lo que Gonzalo había admitido hasta entonces. Por primera vez, Chloe pudo ver con claridad lo que había estado delante de todos: el amor no confesado que su amigo sentía por la *influencer* y que había enterrado bajo capas de hostilidad al creer que no tenía ninguna oportunidad con ella.

Blanca pasó cerca de ellos, su mirada captó brevemente la de Chloe, y con un gesto sutil hizo un movimiento hacia Mario, señalando que iba al baño. Aunque no dijo nada, su presencia dejó una estela de emociones a su paso. Nerviosa, Chloe sintió su corazón acelerarse mientras observaba a su examiga desaparecer entre la multitud.

Mordiéndose el labio con preocupación, Chloe miró a Mario, en busca de la seguridad que ahora le faltaba en él.

—¿Crees que es un buen momento para hablar con ella? —preguntó en un susurro, su voz revelaba la lucha interna que libraba entre su orgullo y el deseo de hacer lo correcto.

Él la miró con una ternura que la envolvió por completo. Con un gesto delicado, apretó su cintura, transmitiéndole apoyo y consuelo, un recordatorio silencioso de que no estaba sola en eso.

—Solo si te sientes preparada —respondió con suavidad, sus ojos transmitieron una calma que Chloe no sentía en absoluto.

Ella tomó una profunda inspiración, como si intentara llenarse de valor para lo que venía. Sabía que esa conversación era necesaria, pero también temía el rechazo, temía enfrentarse a los años de rencor y malentendidos. Había sido injusta con Blanca durante tanto tiempo, y aunque ahora lo comprendía, no podía evitar sentir que era demasiado tarde para arreglar las cosas.

Pero había algo más fuerte que el miedo en su interior: el deseo de sanar, de dejar atrás el peso de sus errores. Sabía que debía esa conversación, no solo a Blanca, sino a ella misma. Una disculpa sincera podía ser el primer paso hacia la reconciliación, hacia la paz que tanto anhelaba.

—Le debo una disculpa —murmuró, más para sí misma que para Mario, pero él la escuchó y, con una ligera sonrisa, la animó.

—Y estoy seguro de que la aceptará, Chloe. A pesar de todo, ella no te guarda rencor —le confesó, apretando con suavidad su mano, ofreciéndole el valor que necesitaba para dar ese paso tan importante.

Chloe asintió, sabiendo que era ahora o nunca.



Capítulo 30

Chloe caminó tras Blanca sorteando a la gente que conversaba despreocupada entre sí, hasta verla desaparecer en uno de los aseos del local donde se celebraba la fiesta. La determinación la empujaba hacia delante, pero con cada paso que daba, el peso del arrepentimiento aumentaba. No podía evitar retorcerse las manos y sentir que el arrojo la abandonaría en cualquier momento.

Al entrar en el baño, el eco de la puerta resonó en el espacio vacío. Blanca se había encerrado en uno de los cubículos, y Chloe, mientras esperaba, se miró al espejo. La soledad del lugar le permitió un momento de introspección. Las emociones se reflejaban en su propio rostro: la angustia, la culpa y el nerviosismo que la arrastraban hasta un lugar sombrío.

Tras unos minutos Blanca salió del habitáculo y, al verla allí, se detuvo por un instante, sorprendida por su presencia. Fue solo un segundo de vacilación antes de dirigirse hacia el lavabo, su expresión se volvió fría e impenetrable mientras lavaba sus manos y se revisaba el maquillaje en el espejo de un vistazo. Las miradas de ambas se encontraron a través del reflejo, pero Blanca no dijo nada.

Chloe sintió su pulso acelerarse. Era el momento. Llenó sus pulmones de aire, buscando las palabras adecuadas en medio de la tensión patente que reinaba entre ellas.

—¿Podemos hablar? —se atrevió a preguntar con voz temblorosa, llena de incertidumbre.

Su antigua amiga arqueó una ceja con un gesto de confusión y cierta incredulidad.

—Creí que no teníamos nada de que hablar —replicó en tono frío y con una nota de resentimiento, al recordar sus últimas palabras intercambiadas.

El suspiro de Chloe rompió el silencio. Sabía que no sería fácil. Las heridas entre ellas habían crecido con el tiempo, pero no podía seguir ignorando la culpa que la carcomía por dentro.

—Pues no es cierto —respondió, con una firmeza que no esperaba encontrar en sí misma.

Blanca, todavía distante, tomó un poco de papel de toalla para secarse las manos húmedas, su expresión aún mantenía esa barrera de indiferencia.

—Si lo que quieres es pedirme que no me entrometa en tu relación con Mario, no te preocupes, no lo haré. —Sus palabras estaban teñidas de una mezcla de desdén y cansancio, como si quisiera acabar lo más rápido posible con aquella conversación.

Chloe asintió, aunque el nudo en su garganta seguía creciendo.

—Lo sé.

Blanca se detuvo por un segundo, el asombro asomó a su rostro. No se lo esperaba.

—¿Lo sabes? —preguntó, su mirada buscó alguna pista en los ojos de Chloe mientras se aplicaba un toque de carmín en los labios.

—Mario me lo contó todo —admitió ella con la voz más suave, trasmitiendo lo vulnerable que se sentía en ese momento.

La fachada indiferente de Blanca se resquebrajó al instante. La noticia pareció desarmarla por completo, aunque intentaba mantener su compostura.

—¿Qué es lo que te contó? —inquirió con un tono más bajo, casi cauteloso, como si temiera la respuesta.

Chloe tragó saliva, su corazón palpitaba con fuerza mientras sentía cómo las lágrimas

comenzaban a llenar sus ojos.

—Lo equivocada que he estado durante todos estos años —confesó con una voz cargada de culpa y arrepentimiento—. Y por eso, te debo una disculpa…, una que espero no llegue demasiado tarde.

Blanca la observó en silencio, con los labios entreabiertos como si quisiera decir algo, pero no supiera cómo responder. La dureza de su expresión comenzó a suavizarse, aunque una sombra cautelosa se negaba a irse.

—¿Por fin estáis juntos? —preguntó, y esta vez su voz tembló ligeramente, como si el alivio y el dolor convivieran en sus palabras.

Chloe asintió y, al hacerlo, una lágrima rodó por su mejilla. No solo era la confirmación de su relación con Mario, sino también el reconocimiento de que el tiempo y los malentendidos habían creado una barrera innecesaria entre ellas.

—Sí —murmuró con la voz quebrada por la emoción, sus ojos humedecidos al recordar lo que su amistad había significado para ella—. Estamos juntos, a pesar de lo ciega que he estado durante todo este tiempo.

Blanca la miraba con atención y, aunque aún podía notarse la herida que los años habían dejado, algo en su interior comenzaba a ablandarse. Había esperado tanto por esa conversación, pero jamás había imaginado que dolería tanto escuchar aquellas palabras. Las heridas del pasado aún sangraban, pero la verdad que ambas habían ignorado por tanto tiempo estaba ahí, desnuda y honesta, esperando a ser sanada.

—Me alegro por vosotros, en serio. Aunque os haya llevado trece largos años dar el paso —señaló con una pequeña sonrisa que, a pesar de todo, no lograba borrar el peso de lo no dicho entre ellas.

Chloe la miró y, sus ojos, llenos de arrepentimiento, comenzaron a llenarse de lágrimas. Su corazón se comprimía con fuerza mientras se daba cuenta de lo lejos que habían llevado las cosas.

—Lo siento tanto, Blanca —dijo al fin, su voz rota por la culpa que llevaba guardando por tanto tiempo—. Siento haber tardado tanto en entenderlo, en darme cuenta de que lo único que querías era ayudarnos. Sé que no tengo derecho a pedirte que me perdones, no después de lo que ha pasado entre nosotras, pero necesitaba decirte lo mucho que lo lamento. Al menos, te debo eso.

Blanca, quien había estado conteniendo sus propias emociones, giró su cuerpo hacia Chloe, sus ojos brillaron con los mismos remordimientos que llevaba ocultando durante años. En sus facciones se podía ver el peso de sus propios errores, el arrepentimiento que había intentado ocultar tras su fachada de indiferencia.

—Chloe…

—No, escúchame, por favor —suplicó antes de perder el coraje—. Después de que Mario me hiciera entender lo equivocada que estaba, me he dado cuenta de que he sido una pésima amiga y una persona horrible. Volqué todas mis inseguridades, mis temores y mis celos en ti. Malinterpreté tus acciones engañándome a mí misma, excusándome en que todo lo que hacías era por una estúpida competencia por llamar la atención de los demás, cuando en realidad era yo quien quería buscar la atención de Mario porque me gustaba. No tengo ninguna defensa, Blanca, ahora me doy cuenta de que estaba todo en mi cabeza y me siento terrible por ello.

—No me debes nada, Chloe. La culpa ha sido tanto tuya como mía —admitió, con un nudo en la garganta—. Jugué con fuego. Creí que podía ayudaros manipulando la situación,

haciéndote sentir celos para que salieras de tu cascarón, pero no calculé las consecuencias de mis actos. Debí haberte dicho la verdad desde el principio, pero me dejé llevar por las ansias de ayudar a mis dos mejores amigos, y también, por qué no decirlo, por mi egocentrismo al creer que era la única que podía hacerte reaccionar.

—No —negó Chloe con vehemencia, sus ojos buscaron los de su amiga, desesperada por hacerla entender—. Yo te juzgué sin saber, te aparté y desconfié de ti. Nunca debí hacerlo. Fui injusta contigo, Blanca, y lo lamento tanto… Jamás debí dudar de tu lealtad.

Ella la miró, sus propios demonios se reflejaron en sus pupilas. Su voz era apenas un susurro cuando respondió.

—Estabas en tu derecho de odiarme, Chloe. No te culpo. Fui una egoísta al jugar con vuestras vidas sin pensar en cómo eso te haría sentir. Lo entiendo. Entiendo por qué me apartaste y, aunque dolió, siempre supe que yo había contribuido a que nuestra amistad se rompiera. Solo me arrepiento de no haber llegado a tiempo para arreglarlo antes.

El silencio que siguió fue pesado, cargado de emociones que ambas intentaban procesar. Los años que habían pasado sin hablar, sin confiar la una en la otra, pesaban como una losa. Pero en ese mismo silencio, también había algo más. Había un anhelo por recuperar lo que una vez habían tenido. Un deseo de sanar.

Chloe dio un paso hacia adelante con el miedo aún en su corazón, pero también la esperanza de que ese dolor pudiera ser reparado.

—No quiero perder lo que una vez tuvimos, Blanca —confesó con la voz rota pero sincera —. Nuestra amistad significaba muchísimo para mí. Y, aunque cometimos errores, creo que todavía podemos empezar de nuevo.

Blanca la miró y, en ese momento, las lágrimas que había estado conteniendo cayeron, su respiración tembló ante el peso de las palabras de Chloe.

—Yo tampoco quiero perderte, Chloe —admitió al fin, su voz trémula—. Eres… Siempre has sido más que una amiga para mí. Eras mi hermana, mi familia. Y, aunque nunca te lo dije, siempre me dolió que te apartaras de mí. Que dejáramos de ser las mejores amigas.

Ambas se quedaron quietas, mirándose a los ojos, las lágrimas cayendo libremente mientras sentían cómo el pasado comenzaba a sanar en ese pequeño espacio de confesiones y arrepentimientos. En ese momento, la distancia que las había separado durante años comenzó a desvanecerse, y con un gesto tímido, Chloe dio un paso hacia adelante.

—Lo siento mucho.

Blanca asintió, notando el mismo nudo de emoción cerrándole la garganta.

—Yo también lo siento.

Y en ese instante, sin decir nada más, Chloe la abrazó. Un abrazo que fue correspondido de inmediato, un abrazo que sellaba no solo una disculpa, sino el deseo de reconstruir lo que una vez fue roto y comenzar desde cero.

Cuando se separaron, tras unos momentos que parecieron eternos, una risa nerviosa y suave brotó de sus labios, como una liberación. Se miraron en el espejo y no pudieron evitar soltar una carcajada al ver el estropicio que las lágrimas habían hecho con sus maquillajes.

—¡Dios mío, qué desastre somos! —exclamó Chloe, intentando sin mucho éxito limpiar el rímel corrido con las yemas de los dedos.

Blanca, con una sonrisa, agarró una toallita de papel y se la ofreció. Luego comenzó a arreglarse también, con movimientos rápidos pero precisos.

—¿Quieres un poco de base? —preguntó, ofreciéndole su polvera del pequeño bolso de

mano.

Chloe sonrió agradecida.

—Sí, por favor.

Mientras ambas intentaban recomponer sus rostros, Chloe espiaba de reojo a Blanca a través del espejo, buscando el valor para hacer una pregunta que había estado rondando su mente.

—Así que tú y Gonzalo… —dejó la frase suspendida en el aire, con cautela, sabiendo que aún no habían alcanzado ese nivel de confianza entre ellas.

Las miradas de ambas se encontraron de nuevo en el espejo. Blanca arqueó una ceja, visiblemente intrigada.

—Gonzalo y yo, ¿qué?

—Bueno… —dudó Chloe, pero al final continuó—: Me ha dicho un pajarito que te gusta… Mucho. —Hizo una pausa, pero como su amiga parecía no tener ganas de hablar, añadió con suavidad—: ¿Tienes pensado perdonarlo?

Blanca soltó un suspiro, guardando la polvera en su bolso.

—Mi situación con él es muy distinta a la tuya —respondió, su tono más serio—. Tú tenías razones para desconfiar, para pensar lo peor de mí. Él, en cambio, no. Va a tener que esforzarse mucho si quiere que lo perdone.

Chloe la miró con compasión, viendo en su amiga una mezcla de orgullo y vulnerabilidad. Entonces, con una sonrisa comprensiva, se atrevió a darle un consejo que nacía de su propia experiencia.

—Si aceptas una sugerencia de alguien que ha vivido demasiado tiempo bajo la sombra de los celos y el resentimiento…, no tardes mucho en hacerlo.

Blanca arqueó una ceja con ironía, pero su mirada revelaba una curiosa mezcla de sorpresa y reconocimiento.

—¿Y eso me lo dices tú?

El pecho de Chloe se agitó con una carcajada sincera.

—¿Quién si no? —respondió entre risas—. Créeme, Blanca, sé mejor que nadie que ese tiempo no lo vas a recuperar jamás. Yo perdí trece años por pura cabezonería y un orgullo de lo más estúpido. Y te aseguro, de corazón, que no merece la pena.

Blanca la observó durante unos instantes, como si sus palabras estuvieran calando hondo en ella. Luego asintió levemente, permitiendo que una pequeña sonrisa asomara a sus labios.

—Tal vez tengas razón… —murmuró con un brillo distinto en la mirada—. Puede que te haga caso, pero no te prometo nada.

Un suspiro de alivio salió del Chloe con ligereza cuando Blanca aceptó su consejo sin acritud. Volvió a sentirse como aquellas dos adolescentes que compartían confidencias en sus noches de pijama. Y el peso de los años y los malentendidos parecieron empezar a disiparse, dejando en su lugar la promesa de una reconciliación, de un nuevo comienzo para ambas.



Cuando las dos estuvieron al fin satisfechas con su aspecto, salieron del baño tomadas del brazo, sintiendo un nuevo aire de complicidad entre ellas. Sin embargo, la calma duró poco. Apenas habían avanzado unos pocos pasos cuando una voz familiar interrumpió su momento.

—¡Chloe! —exclamó alguien a sus espaldas. Al darse la vuelta, vio a Milo caminando hacia ellas con una sonrisa radiante—. No sabes cuánto me alegra verte —continuó mientras aceleraba

el paso.

Chloe, aún con el resplandor del reencuentro con Blanca en el rostro, se tensó al notar que no estaba solo. La alegría en las facciones del cantante se desvaneció de forma notable al notar la presencia de su exnovia a su lado. Su saludo hacia ella fue cortante, incómodo, casi forzado.

—Hola, Blanca —dijo en un tono que no ocultaba la tensión que aún existía entre ambos tras su reciente ruptura.

Blanca asintió con la cabeza, su postura rígida y tensa ante el incómodo encuentro. Pero fue la persona que caminaba junto a Milo quien hizo que el corazón de Chloe diera un vuelco. Lo reconoció al instante, aunque deseaba con todas sus fuerzas estar equivocada.

—Mira quién ha venido desde Londres solo para darte una sorpresa —anunció Milo con una emoción que se fue apagando conforme la sangre abandonaba el pálido semblante de Chloe al ver la figura que se acercaba.

La mandíbula de ella se tensó y, sin poder evitarlo, apretó el brazo de su amiga. El hombre que acompañaba a Milo se acercó con una sonrisa complaciente, saboreando cada segundo del incómodo reencuentro. Esa sonrisa era un recordatorio de algo que Chloe había tratado de dejar atrás con todas sus fuerzas.

—Hola, Chloe —saludó el recién llegado, su tono lleno de falsa cordialidad, como si su presencia allí fuera una sorpresa privada de la que solo él disfrutaba.

Chloe apretó los labios, formando una fina línea de disgusto, mientras su mirada se endurecía. El aire entre ellos se tensó, y Blanca lo notó al instante. Sin poder evitarlo, le susurró a su amiga con preocupación:

—¿Quién es? —La confusión pintada en su rostro era evidente.

Antes de que Chloe pudiera responder, el hombre lo hizo por ella, disfrutando del desconcierto que había generado.

—Me llamo Caleb Cross Jay —respondió con una sonrisa arrogante, como si su presencia por sí sola debiera ser impactante—, aunque todo el mundo me conoce como CeCe Jay.

Blanca abrió los ojos con asombro al escuchar el nombre. La sorpresa la invadió de inmediato, pero más que sorpresa, lo que notaba en su amiga era el evidente malestar, el desagrado que emanaba de cada poro de Chloe.

—¿Tu exnovio? —susurró incrédula, mientras sus ojos pasaban de Chloe a Caleb.

Chloe tragó saliva, intentando mantener la compostura. El reencuentro con CeCe era lo último que necesitaba, y uno de los motivos por los que había dejado atrás su vida en Londres.



Capítulo 31

Chloe se giró de inmediato, decidida a poner el mayor espacio posible entre ella y Caleb. La presencia de su exnovio en la fiesta era una tormenta inesperada que no deseaba enfrentar. Pero antes de que pudiera escapar, sintió la mano de él agarrando con fuerza su brazo, deteniéndola al instante.

—Chloe… —la llamó Caleb, su tono cargado de súplica.

Ella se volteó para enfrentarlo, su mirada fría y desafiante. No era la primera vez que CeCe intentaba usar ese tono convincente, pero en esta ocasión no surtiría efecto.

—¡Suéltame! —le exigió con voz firme, la tensión marcada en esa única palabra.

Pero él no la soltó. En sus ojos se adivinaba una mezcla de arrepentimiento y necesidad, aunque Chloe sabía muy bien que la razón detrás de su gesto no era noble. Lo conocía demasiado bien, sabía qué buscaba, y no estaba dispuesta a ceder ni un milímetro.

—He venido desde muy lejos para hablar contigo —insistió él, su agarre se tensó ligeramente, como si temiera que, al dejarla ir, se desvanecería la oportunidad que tanto necesitaba.

Chloe apretó los dientes, levantando el mentón con desafío.

—Yo no te lo pedí —respondió, su voz más gélida que nunca.

Caleb intentó suavizar su expresión, pero el malestar en el aire entre ellos era innegable.

—Por favor, escúchame —suplicó él—. Sé que me equivoqué, lo admito, pero todavía podemos solucionarlo.

Ella forcejeó, tratando de soltarse de su agarre, y al ver la situación, Blanca dio un paso adelante, colocándose al lado de su amiga, lista para intervenir.

—Ya la has oído —dijo con firmeza—. Será mejor que la sueltes antes de que esto se convierta en un escándalo frente a todos.

CeCe la ignoró. No sabía quién era, ni le interesaba, su atención estaba puesta únicamente en la persona que tenía delante.

—Caleb… —le rogó Chloe retorciendo la muñeca para que la soltara.

—Te suplico que me perdones y vuelvas conmigo a casa —habló él con una nota de desesperación—. Te necesito, Chloe. No quiero perderte.

—Eso debiste pensarlo antes de acostarte con… ¿Cuántas fueron? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Veinte?

Él intentó convencerla, era su única oportunidad.

—Cariño, te prometo por mi vida que no significaron nada para mí.

Pero Chloe no quería escuchar nada de lo que tuviera que decir.

—No me importa —adujo, intentando liberarse—. ¡Suéltame, Caleb!

El ambiente se volvió aún más tenso. Milo, que había permanecido al margen con una mezcla de culpa y confusión en su rostro, dio un paso al frente, reconociendo el error de haber traído a CeCe sin advertir las consecuencias. Intentó interponerse, separándolos.

—Basta, CeCe, esto no está bien —intentó mediar, su voz apenas perceptible ante el murmullo de curiosidad en los presentes.

—Solo déjame arreglarlo —le pidió este—. Dame un minuto para que…

Pero Blanca no estaba dispuesta a esperar más, por lo que lo agarró para que soltara a su

amiga.

—No quiere saber nada de ti, así que es mejor que te vayas por donde has venido.

La expresión de CeCe cambió. Un destello de enojo brilló en sus ojos y, con un movimiento brusco, apartó la mano de Blanca, como si su intervención fuera una molestia insignificante.

—Oye, colega… —dijo Milo dando un paso al frente.

Pero no tuvo oportunidad de hacer más. En un abrir y cerrar de ojos, Mario apareció, su mirada estaba cargada de furia contenida. Sin mediar palabra, agarró a CeCe por la solapa de su esmoquin y lo empujó con fuerza contra la pared.

—Será mejor que le quites tus sucias manos de encima —siseó con un tono lleno de ira, sus palabras emanaban un peligro latente.

El impacto hizo que CeCe se tambaleara por un momento, pero pronto recobró la compostura. Arrinconado por Mario y Gonzalo, que había acudido en apoyo de su amigo, CeCe intentó revolverse, su ego herido reflejado en su rostro.

—¡Soltadme, imbéciles! —bramó, destilando arrogancia—. ¿Tenéis idea de quién soy?

Mario, imperturbable, lo miró a los ojos con una calma peligrosa.

—Ni lo sé, ni me interesa —respondió con indiferencia.

Chloe, aún conmocionada por lo rápido que había escalado la situación, sintió el peso de las miradas de los demás invitados sobre ellos. La fiesta había dejado de ser un bullicio de conversaciones, y todos los presentes los observaban con una mezcla de sorpresa y morbo.

—Por favor, Mario, suéltalo —pidió en voz baja, su tono era una súplica urgente al ver cómo la escena captaba la atención de la gente—. No quiero que esto se convierta en un espectáculo.

Él aflojó el agarre en cuanto escuchó el ruego de Chloe, pero no apartó su mirada de CeCe, quien, aún atrapado contra la pared, intentaba recomponerse. El silencio en la sala era ensordecedor, todas las conversaciones habían cesado y las miradas de los asistentes se centraban en el tenso enfrentamiento.

Chloe dio un paso hacia Mario, su corazón latía desbocado por la mezcla de emociones y la tensión del momento. Le tocó con suavidad el brazo, buscando calmarlo.

—Por favor —susurró. Sus ojos se encontraron con los de él, llenos de furia contenida, pero también de protección hacia ella.

Con un suspiro profundo, él soltó la solapa del esmoquin de CeCe y retrocedió unos pasos. Pero su mirada seguía siendo feroz y su postura desafiante, como si estuviera listo para intervenir en cualquier momento si fuera necesario.

CeCe, recuperando su soberbia habitual, se alisó el esmoquin con una mano temblorosa mientras esbozaba una sonrisa cargada de desdén.

—¿Así que este es el famoso Mario? —escupió con desprecio su nombre, sus ojos oscuros de rencor se posaron sobre Chloe—. Lo dejaste todo atrás para venir corriendo a sus brazos, ¿no es así?

Las palabras de CeCe se sintieron como veneno en el aire. Pero Chloe, en lugar de retroceder, dio un paso firme hacia él, sus ojos destellaron una determinación que no había sentido en años.

—Si vine o no corriendo es mi problema, no el tuyo —respondió con calma, pero con una seguridad que dejó a todos en silencio—. Tú dejaste de tener derecho alguno en el momento en el que me traicionaste.

CeCe la miraba como si no pudiera comprender lo que estaba sucediendo, como si todo

aquello que alguna vez los había unido se estuviera desmoronando frente a él sin que pudiera hacer nada por detenerlo. Su ego, herido por el rechazo, comenzaba a transformarse en una expresión retorcida, una mezcla de rabia y frustración que no lograba contener.

—¿Yo te traicioné? —espetó con amargura—. ¿De verdad estás tan segura de eso? Dime, Chloe, ¿acaso tuve alguna vez una verdadera oportunidad contigo? Porque lo único que recuerdo es vivir siempre bajo la sombra de este tipo —dijo, señalando a Mario con un gesto brusco y el odio impregnando cada palabra.

Chloe sostuvo su mirada, impasible, pero con un dolor que intentaba no dejar ver. Había sido clara con él desde el principio, pero la situación era más compleja de lo que parecía. CeCe había sido una persona importante en su vida, un amigo cercano antes de convertirse en algo más. Y aunque su relación no había estado destinada a durar, el modo en que todo se había derrumbado aún le dolía.

—Te lo dije desde el principio, Caleb, yo no sentía lo mismo por ti. Y tú no solo lo sabías, sino que además lo aceptaste —respondió, su tono firme, pero sin dureza—. Aun así, insististe, me pediste una oportunidad, y decidí dártela.

Él apretó los dientes, su frustración era tangible. Las palabras de Chloe, aunque sinceras, sonaban a una condena para él, a una confirmación de que nunca había tenido una verdadera posibilidad.

—¿Y de qué me sirvió? —replicó con amargura—. Me cansé de esperar a que tus sentimientos cambiaran, de vivir siempre anhelando algo que nunca llegó.

—Lo sé —admitió Chloe con pesar—. Y por eso estamos aquí ahora, en esta situación.

Mientras lo decía, su mente viajó al pasado, a esos primeros momentos cuando CeCe era solo Caleb, un joven apasionado por la música que se había convertido en uno de los mejores alumnos de su madre. Chloe lo había conocido en el conservatorio, en un tiempo en el que las preocupaciones la hacían buscar en la música su refugio. Aquel chico, con su talento para cantar, había despertado una curiosidad en ella, y aunque no había sentido amor romántico, sí había disfrutado de su compañía.

Pasaban horas juntos componiendo canciones, ella creando melodías que encajaban perfectamente con su voz. Se habían hecho un gran equipo, grabando maquetas que de forma eventual llegaron a las manos correctas en Londres. El éxito de Caleb fue tan repentino que ni siquiera tuvieron tiempo de procesarlo; las discográficas apostaron por él, y la fama llegó como una ola arrolladora.

Lo que alguna vez había sido una amistad pura, cimentada en la música y los sueños compartidos, había comenzado a transformarse con el paso del tiempo. Fue un giro inevitable, natural, que los llevó a iniciar una relación, aunque Chloe nunca llegó a sentir por Caleb lo que él afirmaba sentir por ella. Al principio, él estaba realmente enamorado, pero con el tiempo, su relación mutó en algo distinto, algo más oscuro: una necesidad. Necesitaba a Chloe no como pareja, sino como la compositora que, canción tras canción, alimentaba su carrera y lo ayudaba a mantener su nombre en la industria.

Ella lo conocía a la perfección como artista, sabía con total exactitud cuáles eran sus fortalezas y, más importante aún, sus debilidades. Cada canción que componía para él le encajaba a la medida, como un traje hecho a mano. Esa simbiosis, esa conexión creativa, los elevó a ambos a nuevas alturas. Juntos lograron un estatus envidiable, repleto de éxito y premios importantes, colocándolos en lo más alto del mundo de la música. Sin embargo, como tantas veces ocurre con la fama, la presión y el brillo del éxito comenzó a erosionar su relación.

Hubo un punto en el que Caleb se perdió. El ascenso meteórico, la adulación de las multitudes y las tentaciones constantes de la industria se lo tragaron por completo. El ego alimentado por los aplausos, las drogas, las fiestas interminables, las noches de exceso…, todo aquello lo arrastró hacia un abismo del que no supo salir. Su deseo de mantenerse en la cima lo llevó a caer en aventuras con otras mujeres, intentando llenar un vacío que el éxito y la fama no pudieron colmar. Ese vacío lo sentía como una losa sobre su pecho. Lo quería todo, porque él no era cualquiera, era CeCe Jay, el cantante del momento, el hombre por el que miles de mujeres suspiraban y llenaban estadios para oírlo cantar. Y a él ya no le bastaba con esperar a que Chloe olvidara a su primer amor. La quería para él, en cuerpo y alma, y cuando se dio cuenta de que eso no iba a ocurrir, fue cuando sobrevino el declive en su relación. Y fue ese descenso lo que finalmente destrozó lo poco que quedaba entre ellos.

—Chloe… —intentó de nuevo, su tono teñido de desesperación—. No puedes darme la espalda así, como si nada hubiera pasado. Somos un equipo. Siempre lo hemos sido.

Sus palabras resonaron en el aire, cargadas de la frustración de alguien que no entiende que lo que ha perdido no puede recuperarse. Chloe lo miró con una mezcla de tristeza y determinación. Ya no era la misma joven que había conocido a Caleb, esa chica que alguna vez se había dejado convencer por las palabras que él repetía, una y otra vez, al recordarle que gracias a él estaba donde estaba. Chloe desconocía si eran ciertas o no, lo único que sabía era que esa chica ya no existía, y que se había ido de Londres para encontrarse a sí misma. Estaba decidida a valorarse, a reconocer su propio talento y, sobre todo, a no permitir que nadie más la subestimara o la hiciera sentir de menos. Y en ese camino, en esa búsqueda personal, encontró al que era el verdadero amor de su vida.

—Sí, Caleb, puedo —dijo finalmente, su voz serena pero firme, cargada de una fuerza interna que antes no se atrevía a mostrar—. Y no solo puedo, sino que ya lo he hecho.

En esas palabras, Chloe dejó claro que su tiempo con él había quedado atrás, que el «nosotros» que alguna vez compartieron era solo una sombra de lo que fue. El equipo que habían formado, las ilusiones que en algún momento los unieron, ya no existían, y por primera vez en mucho tiempo, ella estaba lista para soltar todo lo que la ataba a ese pasado. Caleb, inmóvil, la miraba con una mezcla de incredulidad y desorientación, como si no pudiera asimilar la firmeza en su voz, como si el peso de su decisión aún no hubiera calado del todo. Parecía luchar con una realidad que no estaba dispuesto a aceptar: esta vez, no había segundas oportunidades; esta vez, el final era definitivo.

A pocos pasos, Mario observaba en silencio, sus ojos brillaban de orgullo por la valentía y fuerza de Chloe. CeCe, derrotado, pero sin querer rendirse del todo, intentó un último acercamiento, una última súplica, buscando recuperar aquello que había dejado escapar tiempo atrás. Pero antes de que pudiera siquiera dar otro paso, Milo se interpuso, llevándoselo a la fuerza. Antes de desaparecer entre la multitud, el cantante dirigió a Chloe una mirada cargada de disculpas, consciente de que había provocado una situación incómoda e innecesaria al traer a Caleb a aquella fiesta.

En cuanto se alejaron, Blanca se acercó a Chloe y apoyó una mano firme y cálida sobre su hombro, en un gesto silencioso de apoyo. Gonzalo, que la seguía de cerca, se unió al pequeño grupo. Los cuatro permanecieron en silencio por unos segundos, compartiendo un entendimiento mudo, respirando el alivio colectivo de haber cerrado finalmente un capítulo oscuro y doloroso del pasado de Chloe.

Ella dejó escapar un suspiro profundo, sintiendo cómo el peso que había cargado durante

tanto tiempo se desvanecía poco a poco. Una sensación de alivio la envolvió, como si por fin pudiera respirar sin esa opresión constante en el pecho. Sus ojos buscaron los de Mario, que seguía a su lado, firme como siempre, su roca inquebrantable. El simple hecho de verlo allí, como un ancla en medio del caos, le recordó cuán lejos había llegado y cómo, a pesar de todo, siempre había estado dispuesto a protegerla.

Se aferró a su brazo, buscando consuelo en su cercanía.

—Gracias —murmuró, su voz suave pero cargada de un sinfín de emociones que no podía expresar del todo. Su sonrisa era tenue, pero en sus ojos brillaba el reconocimiento y la gratitud.

Mario le devolvió la sonrisa, sus ojos se suavizaron al rodearla con un brazo, acercándola más hacia él, como si ese pequeño gesto pudiera decir todo lo que las palabras no lograban transmitir.

—No tienes que agradecerme nada, Chloe —dijo en un susurro, su tono tierno y lleno de promesas—. Estoy aquí para ti. Siempre lo he estado y siempre lo estaré.

Y en ese instante, mientras las miradas curiosas de los demás comenzaban a desvanecerse y la música de fondo volvía a llenar el ambiente, Chloe sintió algo profundo dentro de ella. Supo, sin lugar a duda, que había encontrado su lugar en el mundo. Ese lugar al que, en realidad, siempre había pertenecido.



Epílogo

Seis meses más tarde

Sentados en el cómodo sofá del salón, Adela, Fredy y Phoebe aguardaban con notable expectación, todos sus ojos fijos en la pantalla del televisor, donde las deslumbrantes figuras del cine desfilaban por la alfombra roja. El salón, que normalmente estaba lleno de las pullas y ocurrencias de Adela hacia su hijo, ahora se había sumido en un silencio tenso, solo roto por el ocasional tintineo de los hielos en sus bebidas o el maullido curioso de Mr. Mochi. Esta vez no estaban allí por cualquier gala, sino por una noche especial. Chloe, su querida amiga, tenía la posibilidad de llevarse a casa un Oscar de la Academia de Hollywood.

La película en la que había trabajado componiendo la banda sonora estaba nominada a Mejor Película Extranjera. El trabajo y rendimiento en la cartelera de los cines de España había sido excepcional, por lo que no había sido ninguna sorpresa que la hubieran escogido para presentarla como aspirante para competir por el preciado galardón. Pero lo más emocionante, lo que les hacía contener la respiración, era que el fruto y el trabajo de la misma Chloe estaba nominado en dos categorías: Mejor Banda Sonora y Mejor Canción Original. El peso de esa posibilidad latía en el aire, palpable, como si el triunfo de Chloe ya fuera suyo.

De repente, Phoebe, que hasta ese momento había estado siguiendo la ceremonia con ojos agudos, se incorporó de golpe en el sofá, haciendo que el pobre Mr. Mochi saltara de su regazo con las orejas hacia atrás y el pelo erizado.

—¡Espera, espera! —gritó, llevándose las manos a la boca de la emoción—. ¡Creo que la he visto!

Adela, que se acababa de meter una patatilla en la boca, casi se atragantó al oírla, y se inclinó hacia adelante en el sofá buscando con la vista frenética a su querida vecina.

—¿Dónde? —preguntó con urgencia, lanzando una palmada ligera sobre la rodilla de Phoebe para apurarla—. ¡Dime dónde, niña!

—¡Ahí, ahí! A la derecha, por encima de todos, detrás de ese actor… ¡No sé cómo se llama! —respondió Phoebe señalando con el dedo la parte superior de la televisión, su corazón acelerado.

Fredy, que hasta ese momento había estado más relajado, también se inclinó hacia adelante con el ceño fruncido, escudriñando cada rincón de la pantalla como si su vida dependiera de ello.

—¿Estás segura? —preguntó, sus ojos oscilaban entre los rostros resplandecientes de actores y actrices que desfilaban por la pantalla—. No veo nada…

Phoebe se mordió el labio inferior, frustrada, mientras Mr. Mochi volvía a saltar a su lado, ronroneando, ajeno a la tensión que dominaba la habitación. Por último, dejó de lado al gato y se arrodilló frente al televisor, buscando una confirmación en algún rincón de la pantalla.

—No lo sé… ¡Ahora la he perdido! —gimió, con las manos a la cabeza—. ¿De qué color era su vestido? No puedo creer que se me haya escapado.

Adela, que había estado a punto de imitar a Phoebe poniéndose también de rodillas en el suelo, se lo pensó mejor, pues sus pobres articulaciones se opusieron a una acción tan arriesgada.

—¡Era púrpura! —exclamó, recordando a la perfección el glamoroso vestido que Chloe había escogido para la ocasión.

Phoebe hizo un puchero, visiblemente decepcionada, mientras volvía a sentarse en el sofá soltando un suspiro.

—Lo siento, falsa alarma.

El ambiente en el salón se relajó un poco, pero la expectación no disminuyó. Era una noche especial. Una noche en la que los tres se habían reunido no solo para ver la gala de los Oscar, sino para acompañar a Chloe, aunque fuera desde la distancia, en uno de los momentos más importantes de su vida.

Cada vez que la cámara enfocaba un nuevo rostro en la alfombra roja, las respiraciones quedaban suspendidas en ese salón a la vez que sus corazones latían al unísono llenos de expectación. Aunque estaban lejos en su pequeño rincón del mundo, compartían la emoción como si caminaran junto a su amiga. La posibilidad de que el nombre de Chloe resonara en aquel majestuoso teatro, y que se escuchara el aplauso de todos los presentes, llenaba la estancia con una mezcla de ilusión y nerviosismo. Si ella lograba levantar la dorada estatuilla durante la gala, no solo iluminaría el escenario, sino también los corazones de quienes la amaban y la habían acompañado en su recorrido.

—¿Creéis que tiene alguna oportunidad? —murmuró Fredy con una sonrisa temblorosa, ajustándose en el sofá para intentar calmar la ansiedad.

—Va a ganar —afirmó Adela, su voz firme como una roca, lanzándole a su hijo una mirada llena de confianza—. Esa niña, cuando se propone algo, lo consigue. Lo lleva en la sangre.

Phoebe sonrió, aunque sus manos inquietas la delataban. Sabía que la noche aún tenía muchas sorpresas por delante, pero también conocía la determinación de su amiga. En un arranque de emoción, hizo una promesa exagerada.

—Juro que, si lo consigue, me corto las rastas.

Fredy la miró horrorizado, incapaz de asimilar siquiera la idea.

—¡Ni de coña! —exclamó, como si acabara de oír la peor blasfemia.

Ella arqueó una ceja, divertida por su reacción.

—¿Y por qué no?

Él la miró con una intensidad que la dejó sin aliento. Sus ojos se llenaron de ternura, amor y admiración mientras susurraba:

—Porque estoy enamorado de cada hebra de tu cabello. Para mí, eres la mujer más hermosa del mundo, tal como eres.

Un rubor subió por las mejillas de Phoebe, que desvió la mirada para ocultar el impacto que sus palabras le habían provocado. Se llevó una mano a las rastas, nerviosa ante tanta dulzura.

—¡Mira que eres cursi! —interrumpió Adela con una sonrisa traviesa—. Más ñoño y no naces, hijo mío. ¿Por qué no os vais a un hotel?

—¡Mamá! —se quejó su hijo más avergonzado que nunca.

Adela lanzó una mirada cómplice a Phoebe, sus ojos iluminados con una chispa de picardía que la joven no pudo evitar notar. Sin embargo, en cuestión de segundos, su expresión se tornó seria, aunque su corazón latía con la calidez de un agradecimiento silencioso. Los últimos meses habían traído consigo una transformación en su hijo que, para Adela, era poco menos que milagrosa. Fredy ya no era el hombre encerrado en sí mismo, atrapado en una rutina insípida y distante. Ahora parecía otra persona, una versión de sí mismo que ella había soñado, pero que nunca se había atrevido a esperar.

La diferencia era evidente a simple vista. Su aspecto físico había cambiado de manera notable; sus hombros se veían más erguidos, su piel más saludable y su ropa juvenil y moderna reflejaba sus gustos, pero sin parecer un sin hogar. La dieta vegetariana que Phoebe había instaurado en casa —primero, con cierta resistencia por parte de Fredy y luego, como una rutina adoptada sin mayor discusión—, no solo había mejorado su salud, sino que parecía haber sembrado en él una nueva disciplina. Pero el cambio más importante no era algo que se pudiera medir en kilos perdidos o comidas más balanceadas, sino en la luz que irradiaba. Había en Fredy una confianza en sí mismo que, por años, había estado enterrada bajo capas de inseguridad y conformismo.

Adela lo sabía. Sabía perfectamente que todo aquello, cada pequeño avance, se lo debía a la joven que tenía frente a ella. Phoebe no solo había entrado en su hogar con una sonrisa luminosa y un aire fresco; había entrado directamente en el corazón de su hijo y, de alguna forma, lo había despertado. Lo que esa muchacha había visto en él, lo que la había llevado a dedicarle su tiempo, su energía y, más importante aún, su paciencia, era un misterio que Adela no terminaba de comprender. Sin embargo, era algo por lo que le estaría agradecida por siempre.

Phoebe había sido el motor de los cambios en su hijo. Con su amor, su comprensión y esa forma tan única de cuidarlo, había logrado lo que Adela no había conseguido en años. Fredy había dejado atrás esa dejadez que lo mantenía encerrado en su mundo y abandonado esa cueva de soledad donde solo encontraba consuelo frente a una pantalla. Ahora, su hijo era alguien que cuidaba de su aspecto, que prestaba atención a los detalles y, lo más sorprendente, que se esforzaba por relacionarse con otros seres humanos de carne y hueso. Y gracias a esa dulce y encantadora mujer había encontrado una razón para cambiar.

—Hablando de hotel, niña —prosiguió, con la mirada puesta en ella—. ¿Cuándo piensas llevarte a este idiota para tu casa? Yo pago la mudanza encantada.

—¡Mamá, por favor! —rogó Fredy, su rostro encendido como una bombilla.

Phoebe estalló en una carcajada. Ya se había acostumbrado al estilo amoroso de Adela, que combinaba el sarcasmo y la ternura en cada comentario. Sabía que, en el fondo, todo aquello no era más que una forma de mostrar su cariño.

—Solo hace un mes que me mudé a Madrid —recordó con una sonrisa.

—Tiempo suficiente —replicó Adela con aire resuelto.

Un suspiro pesaroso escapó de los labios de su hijo.

—Mamá, tú no puedes vivir sola.

—Eso lo dices tú —replicó ella, ofendida—. No soy ninguna niña, puedo cuidarme yo solita, y lo más importante: no sabes las ganas que tengo de perderte de vista. Además, viviríais dos pisos por encima de mí, solo estoy a unos pocos metros si necesito tu ayuda.

Phoebe y Fredy intercambiaron una mirada llena de complicidad. Habían hablado varias veces sobre la posibilidad de pasar más tiempo juntos, pero el cambio los había tenido en vilo, preocupados por cómo lo tomaría Adela. Sin embargo, parecía que su preocupación había sido en vano.

—Bueno, ahora que lo mencionas… —comenzó Fredy, pero antes de que pudiera terminar, el grito emocionado de Adela los devolvió a la realidad.

—¡Ahí están! —chilló con alegría, señalando con el dedo hacia la pantalla—. Esa es Blanca. ¡Está guapísima!

La *influencer* caminaba de la mano de Gonzalo, con una sonrisa radiante que parecía iluminar la pantalla. Todos los ojos en la sala se posaron en la pareja.

—Y ahí está Milo —añadió Fredy al ver aparecer al cantante junto al resto del elenco de la película.

Los ojos de Phoebe brillaron al ver a la mujer que tanto significaba para ella. Chloe, su mejor amiga, la hermana que nunca tuvo, caminaba al lado de Mario, su rostro reflejaba la emoción de un momento tan especial.

—Ahí está Chloe —susurró Phoebe, sintiendo cómo un nudo de emoción se formaba en su garganta—. Está preciosa.

Fredy y Adela asintieron, compartiendo el mismo sentimiento.

—Se la ve radiante —comentó Fredy, con una sonrisa tranquila.

—A los dos —añadió Adela, visiblemente emocionada.

Tiempo después, mientras los gritos de algarabía taladraban lo sensibles oídos de Mr. Mochi, este se acercó a la televisión caminando con su característica elegancia tras reconocer el rostro de su dueña. Ella ocupaba toda la imagen de la pantalla mientras sostenía algo dorado entre sus manos temblorosas. La escuchó decir algunas palabras atropelladas y no entendió por qué sus ojos brillaban acuosos al tiempo que sonreía con una expresión radiante. Pero lo que sí entendió fue la mirada de ella, una mirada llena de algo que iba más allá de la alegría, algo que solo quienes la conocían bien podían descifrar. Sus ojos brillaban y, aunque Mr. Mochi no podía entender las lágrimas humanas, intuía la profundidad de la emoción que la embargaba.

Con un maullido suave, casi un suspiro, Mr. Mochi se quedó allí parado, observando la pantalla, como si su corazón felino entendiera que aquella victoria también era suya. Porque en sus pequeños momentos, esos momentos que solo ellos habían compartido, estuvo a su lado en los días de soledad, de dudas, de tristeza y, en ese instante, de gloria.

El maullido fue como un mensaje de complicidad, un pequeño homenaje silencioso dirigido solo a Chloe, aunque ella no lo escuchara.

«Vuelve a casa, Chloe, te echo de menos».



Tu valoración me importa.

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí, ¡no te imaginas la ilusión que me hace! A continuación, tu Kindle te pedirá que evalúes este libro. Por favor, haz un último esfuerzo, puntúalo y, si puedes, deja una breve opinión. Apenas te costará unos minutos y yo te lo agradeceré eternamente.

Con cariño
Antía Eiras



Biografía

Antía Eiras nació en la ciudad de Vigo, España, en 1974. Es la tercera de tres hijas de padres gallegos. Desde muy niña siempre le ha gustado leer y ese *hobby* se ha convertido en una pasión para ella.

En febrero de 2015 publicó su primera novela, *Los príncipes azules no existen... ¿O sí?*, que a las pocas semanas se convirtió en bestseller en Amazon y duró más de un año en el Top100. También ha sido finalista en los Premios Eriginal Books.

En 2016 publicó su segunda novela, *A la caza de tu amor*, que fue galardonada con el premio Watty2015, llegando al puesto nº1 en las mejores plataformas digitales.

En 2017 publicó su tercera novela titulada *Los Guardianes*, perteneciente a *La Orden de los Varones*, primer libro de una serie de corte romántico paranormal y que ha sido nº1 en diferentes plataformas digitales manteniéndose en los primeros puestos de ventas en diversas categorías en Amazon.

En el 2018 ha publicado su cuarta novela, *Mentiras arriesgadas*, consiguiendo nuevamente la confianza de la editorial Planeta para seguir publicando con ellos.

En el 2019 ha publicado su quinta novela, *La heredera del sello*, segundo libro de la serie de corte romántico paranormal que ha conseguido el nº1 en Amazon, y lleva desde su fecha de publicación manteniéndose en los primeros puestos de ventas en diversas categorías.

En el 2020 ha publicado, *El resurgir de Nix*, tercer libro de la serie de corte paranormal que ha cosechado el mismo éxito que sus predecesores.

En el 2021 ha publicado una novela de romántica contemporánea, *Mil noches a tu lado*, que ha sido lanzada por editorial Planeta bajo el sello de Esencia.

En el 2022 ha publicado, *Mi destino siempre fuiste tú*, cuarto y último libro de la serie de corte paranormal que cierra esta saga con una excelente acogida por parte de los lectores. Y *Un amor con mucho duende*, una divertida comedia contemporánea ambientada en la mágica Irlanda.

En el 2023 ha publicado una trilogía de fantasía juvenil, *El secreto de las brujas*, junto a dos autoras más, Andrea López y Nesa Costas, embarcándose en una nueva y divertida aventura que le encantaría repetir. También en este mismo año ha publicado su última novela, *A un latido de distancia*, una de sus historias más románticas hasta la fecha.

En el 2024 ha publicado la bilogía «Nosotros». *No somos una simple coincidencia* y *Entre tú y yo nada es coincidencia* es una historia joung adult con toques de ciencia ficción, siendo esta hasta el momento su más reciente publicación.

Si queréis saber más sobre ella y sus libros, podéis encontrar más información en:

http://www.antiaeiras.es/
https://www.facebook.com/antiaeiras
https://twitter.com/antiaeiras_
https://www.instagram.com/antia_eiras/

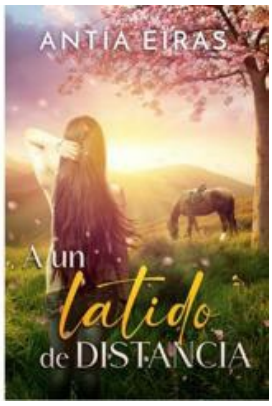


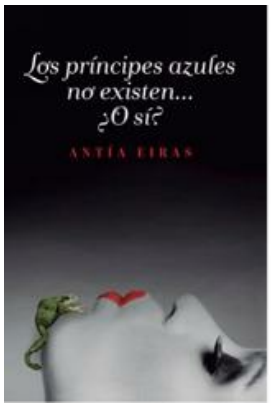
Todos los libros de la autora

Romance contemporáneo













Bilogía Joung Adult

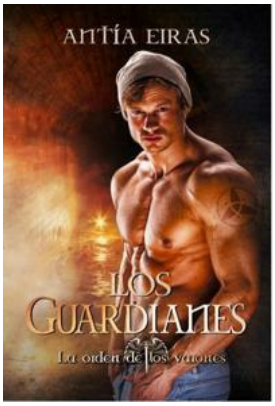
Nosotros





Romance Paranormal

La Orden de los Varones









Fantasía Juvenil

El Secreto de las Brujas







---

[1] N. de autor: Servicio de Urgencia Médica de la Comunidad de Madrid (112).